

ISABEL ACUÑA



REY DE
DIAMANTES

SERIE HERMANOS KING

ISABEL ACUÑA

REY_{DE}
DIAMANTES

SERIE HERMANOS KING I

©Isabel Acuña.

Registro de la obra: 1-2019-82835

Oficina de Registro de Autor. Ministerio de Justicia.
Colombia.

Editada por: Vivian Stusser.

Diseño de portada: Tulipe Noire Design.

Primera Edición: Septiembre del 2019.

Esta es una obra de ficción, producto de la imaginación de la autora. Los lugares y los personajes son ficticios. Cualquier similitud con la realidad es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o medio, sin permiso previo de la titular del copyright. La infracción de las condiciones descritas puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Oración

*Libranos, Señor;
de encontrarnos
años después,
con nuestros
grandes amores.*

CRISTINA PERI ROSSI





*A mi Juan Martin,
vida de mi vida,
amor de mis amores.*

TABLA DE CONTENIDO

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[CAPÍTULO 38](#)

[CAPÍTULO 39](#)

[EPÍLOGO](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[SOBRE LA AUTORA](#)

CAPÍTULO 1

Chicago, abril de 2018

Brandon King abrió el correo electrónico con la última información de su asistente y se llevó una desagradable sorpresa al ver que en el equipo de D&M Consultorías Financieras se encontraba el nombre del único error que había cometido en su vida en materia de mujeres.

Quiso un trago enseguida. Cerró el ordenador y se ajustó el cinturón de seguridad. El avión despegó con suavidad. Se sentía tan cansado que por un momento no supo dónde se encontraba, había estado en una intensa maratón por la costa oeste en vistas al gran salto que daría su negocio en unos cuantos meses. Los Ángeles, recordó, estaba en el Century City de Los Ángeles. Había volado y asistido a muchas reuniones en San Francisco, Portland y Seattle en menos de tres días.

La azafata, una hermosa morena, se acercó después de que se liberara del cinturón de seguridad.

—¿Desea tomar algo, señor King?

—Un whisky doble en las rocas, por favor —ordenó y se sumergió de nuevo en la información que le traía el mensaje mientras se aflojaba la corbata.

Eran muy pocas las cosas que lograban sorprender al brillante empresario. En sus treinta años de vida había visto mucho. Hijo de padres indolentes, había pasado parte de su niñez en compañía de nanas e institutrices mientras los King se daban la gran vida junto al *jet-set* europeo. Él y sus dos hermanos menores habían quedado huérfanos de padre cuando él tenía diez años por culpa de un accidente absurdo en una lancha de competencias en una de las tantas playas griegas que visitaban. Desde chico había tenido que sobrevivir a la pérdida y soportar la convivencia con un padrastro y un hermanastro con quienes tenía muy poco en común. Las alegrías de su niñez y adolescencia los hermanos King las vivieron de la mano de su nana sureña, la señorita Selma

Jackson, una mujer buena y de temple que había suplido el vacío en el corazón de los tres chicos.

Después de terminar su carrera universitaria, Brandon tuvo que sacar a flote lo poco que quedaba del negocio familiar, dándole una nueva imagen e inyectando capital de los bancos que confiaron en su propuesta. No fue fácil limpiar el nombre y la reputación de la empresa en el mundo financiero, pero tres años después había conseguido pagar todas las deudas y un par más tarde, Joyerías Diamond tenía sucursales en Chicago, Los Ángeles, Nueva York, Miami y Houston. Pronto darían el salto a la costa oeste, en una campaña de expansión proyectada para los próximos dos años, y de la que ya hablaban los distintos medios de comunicación del ámbito económico.

El taller de joyería en Chicago empleaba a más de doscientas personas, y en unas semanas abriría el taller de tasaje y talla de diamantes en Sudáfrica, lo que abarataría los costos de importación de las piedras que venían de minas certificadas, por ello necesitaba una mirada externa. La expansión se haría, pero no cometería errores, no quería ningún tipo de fragilidad en su negocio que llevara a uno de los grandes consorcios mundiales de joyas a una adquisición hostil; necesitaba blindarse, era imperativo saber qué áreas frágiles tenía la compañía y subsanarlo.

Eva James, un nombre del pasado. No tenía idea de que estuviera relacionada con la empresa con la que deseaba hacer negocios.

Necesitaba saber si era la misma. Conectado a la red Wi-Fi que ofrecía el vuelo privado, colocó su nombre en el buscador de Google y en imágenes aparecieron media docena de mujeres, hasta que surgió ella. Bebió el trago de golpe y pidió uno más mientras trataba de normalizar su respiración.

Más calmado, volvió la vista a la pantalla de su portátil y se dedicó a observarla. Era ella, estaba en una fiesta de fin de año de la empresa, sonreía con su perfecto peinado y su vestido de gala. Su traición aún le dolía, como si hubiera ocurrido el día anterior y no cinco años atrás.

Eva James era una hermosa mujer con un cabello del color del trigo, brillante, que a la luz del sol adquiría varios matices; unos ojos azul profundo de mirada intensa, y una figura esbelta y proporcionada. Observó el gesto inteligente que le devolvió la fotografía del ordenador.

Le envió un mensaje a su secretaria enseguida, solicitando la presencia de Mark Cooper, su jefe de seguridad, tan pronto aterrizara el vuelo en Chicago.

La investigaría, necesitaba saber qué había sido de ella, por lo leído en la red, era ahora la mano derecha de uno de los directores de la empresa de

estudios financieros más prestigiosa del país. No le sorprendía, era una mujer brillante y sagaz, inteligente y seductora. Buscó una foto de su jefe directo, Dominic Danvers. Era un hombre en la cuarentena y pensó que Eva, con su manzana, ya debía traer al pobre diablo de narices.

Volvió a mirar su esbelta figura, recordó todo lo que había debajo del vestido: piel suave, curvas delicadas y perfectas. Era difícil sustraerse al embrujo de su sensualidad. Por desgracia, no había vuelto a sentir por nadie más lo que sintió por ella. Se conformaba con el cariño y la lealtad de Cassandra, la mujer con la que pensaba comprometerse. Abrió su WhatsApp y observó las fotos de su novia y sus últimos mensajes.

“Hola, hombre guapo, ya estoy en tu casa. Te he echado de menos”.

Brandon esperó hasta que cargara una fotografía, era una *selfie* de la joven sonriendo en la puerta de su casa.

Él le contestó que también la había extrañado y le envió un emoticón con un beso. No pudo evitar pensar, algo decepcionado, que en ese momento hubiera deseado una fotografía más caliente, de sus pechos, de su sexo dándose placer, y no esa imagen que poco lo entusiasmaba; pero él lo había querido así, sería el tipo de esposa que necesitaba. A veces se percataba de que escondía su apetito sexual de su novia. Recordó su cabello oscuro, su piel blanca, sus ojos verdes; era correcta e inteligente, sería la madre ideal para los hijos que deseaba tener. Nunca había vuelto a pensar con la polla, eso era para imbéciles. No tenía que pensar en demonios vestidos de satén color piel, que lo habían dejado chamuscado y sin ganas de repetir la experiencia.

Brandon maldijo y examinó la fotografía de Eva una vez más, con la misma sensación de rabia e impotencia. Su error fue haberla llevado a las oficinas de Joyerías Diamond a hacer su pasantía. Se habían conocido cuando él estaba en último año de maestría y ella en el último de carrera, como un tonto enamorado le había abierto las puertas de su empresa. En cuanto terminaron descubrió, además de lo ocurrido, algo inadmisibile y de lo que había guardado estricto silencio. Fue toda una sorpresa el tamaño de la herida del desengaño.

Mientras miraba a Eva, apretó las mandíbulas.

—Bien, señorita James, hasta aquí le llegó el juego.

Horas después, al bajar del avión, su jefe de seguridad lo esperaba de pie al lado del chofer de la limusina. Después de un breve saludo y cuando el auto se deslizaba por la vía, le dio el encargo de investigar a Eva James. Mark

poco la recordaba de su tiempo en la empresa, cuando trabajaba en el departamento financiero. Pero si se le hizo extraño el pedido de su jefe, no lo manifestó. La reunión tendría lugar el lunes de la semana siguiente, luego contaban con seis días para averiguar los antecedentes de Eva y qué había sido de su vida en los años transcurridos desde su romance.

Brandon marcó enseguida un número.

—Hola, preciosa. —Escuchó y soltó una corta carcajada—. ¿En serio? Voy en camino.

Sacudió su cabeza, como si así pudiera alejar el recuerdo de la noticia que lo había molestado y se dispuso a pasar una agradable velada con su prometida.

Eva y Dominic llevaban dos semanas en Chicago, habían sido trasladados desde Nueva York a la filial de esa ciudad tan pronto Joyerías Diamond entró en el panorama de la empresa. Trabajaban en la propuesta que les presentarían en pocos días. Ella había estudiado la compañía en todos los frentes y no podía sentir otra cosa que admiración por todo lo que Brandon King había logrado. Su negocio estaba apostando por un público más joven con poder adquisitivo; aparte de la línea de diamantes, la empresa estaba ofreciendo toda clase de piedras preciosas y diversidad de materiales. El mercado de la joyería había cambiado mucho y a pesar de los años difíciles, estaba en expansión. Ellos estaban allí para que esa expansión fuera un éxito y lograr que los socios accionistas de la empresa no se sintieran tentados de vender sus acciones y pudieran seguir creciendo sin problemas. También para blindarla de ataques externos por parte de las grandes empresas de joyas a nivel mundial.

—Si logramos este acuerdo, tendremos un buen bono navideño este año, estoy seguro —dijo Dominic.

Eva sonrió, nerviosa. Llevaba tiempo preparándose para el encuentro, los años transcurridos apenas habían cerrado la herida por lo ocurrido con Brandon. Se había obligado, con mucha fuerza de voluntad, a dejar de lado sus sentimientos personales para centrarse en su trabajo, y creía que lo había logrado, pero volverlo a ver sería la verdadera prueba, el examen que tendría que pasar para poder seguir adelante con su vida.

—¿Qué pasa? Parece que hubieras visto al diablo en persona.

—Casi —murmuró ella, volviendo al trabajo.

Cinco años, pensó con pesadumbre, ¿no habían sido suficientes para

superar el dolor y la humillación? Era más madura, centrada, y estaba preparada para enfrentarse a lo que la vida le quisiera deparar, pero le parecía una jugarreta del destino el tener que volver a trabajar con Brandon. Al comienzo, cuando se enteró de su nuevo destino, quiso delegar el trabajo a algún otro compañero. Lo pensó seriamente durante una semana, pues estaba segura de que su primer impulso al volverlo a ver sería darle un puñetazo en su atractivo rostro. Además, estaba Ryan Winthrop y el solo pensar en que se toparía con ese miserable, casi la convence de no hacer la consultoría. Hasta que una reunión con el vicepresidente de su compañía —que la puso al día sobre la delicada situación financiera que atravesaban— la obligó a aceptar el cometido con la empresa de joyerías. Fue un alivio percatarse, al investigar un poco, de que Winthrop había desaparecido del panorama.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Dominic, sorprendido ante el inusual silencio de Eva.

Ella volvió la mirada a su jefe y le ofreció una sonrisa forzada.

—Estoy algo cansada.

El hombre miró el reloj.

—¡Por Dios! Son casi las diez, Robert me va a matar, el traslado lo tiene estresado. Menos mal que mañana es viernes, tendré todo el fin de semana para hacer de manitas.

Se levantó como un resorte y Eva no pudo evitar admirar lo guapo que era: tenía cuarenta años y ya en sus sienes se alojaban algunas canas. Alto y en forma, vestía de manera tradicional, en vez de corbata llevaba siempre corbatín y calzonarias.

—Mejor te vas, yo me quedaré otro rato ultimando detalles, mañana en la tarde tendremos una última reunión antes del fin de semana —dijo Eva y tomó agua de un vaso que reposaba a su lado.

—Perfecto, no me importaría venir el domingo y revisar que todo esté intachable.

—Todo saldrá bien, nuestro equipo está más que preparado, conseguiremos este contrato porque somos la mejor empresa del sector. Ve a hacer de manitas.

—Dios te oiga, lo necesitamos. Recuerda la última reunión de accionistas a la que nos invitaron, si no logramos ese contrato, nuestros trabajos y los de todos en la empresa estarán en dificultades.

Dominic se puso la gabardina.

—No es para tanto. Vete a casa, verás que tus temores son infundados.

De dientes para afuera, Eva mostraba una imagen segura y competente, pero desde que había llegado a Chicago estaba asustada. Tenía un presentimiento negro, no sabía cómo reaccionaría Brandon al verla. Tendrían que ponerse por encima de la situación, a lo mejor sus temores eran infundados, a lo mejor él la había superado sin problemas, a lo mejor el cielo era color de rosa y los cerdos volaban... Ahuyentó los malos pensamientos y siguió trabajando.

El sábado en la mañana se levantó algo tarde, la noche anterior se había olvidado de cerrar las cortinas de la habitación —se hospedaba en un hotel mientras buscaba departamento— y los rayos del sol inundaban la estancia. Pidió algo de fruta, café y queso para desayunar, y charló por teléfono con su madre. Se duchó mientras llegaba la comida y se vistió con un informal *jean*, zapatos Converse, blusa delgada y chaqueta de lino.

A las once la recogió su amiga Janeth Sullivan, antigua compañera de universidad y dueña de una pequeña compañía de bienes raíces, que se estaba encargando de buscarle una vivienda a su gusto. Eva deseaba un departamento pequeño, de no más de dos habitaciones, en un edificio con conserjería y no lejos de las oficinas y de las estaciones del metro, ya que planeaba estar por lo menos seis meses en la ciudad. Además del trabajo con Joyerías Diamond, la empresa consultora tenía otros proyectos y había enviado a Dominic, Eva y un grupo de profesionales a hacerse cargo de ellos.

—¿Y bien? —preguntó Janeth a Eva mientras esta miraba los rascacielos de la ciudad por una de las ventanas del departamento.

—Me gusta mucho, es precioso, funcional y está bien situado.

—En cuanto entró en mi lista de inmuebles supe que tenía que mostrártelo. —La mujer extendió los brazos queriendo abarcar el lugar.

Era un espacio de tamaño mediano, paredes blancas, rodeado de ventanales, y contaba con dos habitaciones, lo que sería perfecto para ella.

Eva le devolvió una sonrisa algo tensa. Desde su arribo a Chicago el nudo en el estómago se negaba a ceder, volvía a una ciudad que no había sido caritativa con ella en el momento en que más lo había necesitado. Llevaba cinco años trabajando para D&M en Nueva York y estaba satisfecha con su vida; no pensó ni en sueños que tendría que volver a Chicago y menos a luchar por el contrato de Joyerías Diamond. Tampoco imaginó que volvería a ver a Brandon King, pero no le iba a dar el gusto de verla derrotada, lo enfrentaría y que fuera lo que Dios quisiera.

—No me estás prestando atención.

Eva salió de su ensueño, dio un último vistazo y luego se acercó a la puerta.

—Lo tomo.

—Bien, ahora vamos a almorzar, quiero que me pongas al día —dijo Janeth mientras se acomodaba el bolso. La tomó del brazo con sonrisa satisfecha y salieron del lugar.

Caminaron por Roscoe Village con sus aceras pintorescas y sus negocios con toldos de colores. Entraron a un restaurante de comida thai.

—¿Ya fuiste a visitar a tus padres? —preguntó Janeth después de ordenar, mientras bebía un jugo de frutos rojos.

—Sí, he ido en dos ocasiones. Mañana iré a verlos de nuevo. —Suspiró mientras llevaba su bebida a los labios.

Los padres de Eva vivían en Evanston, un condado cercano a Chicago, donde tenían una pastelería. También tenía una hermana mayor que vivía cerca de ellos, casada y con una hija.

—Estarán felices.

—Sí, aunque a mi madre le encantaba ir a visitarme a Nueva York, decía que era su escape. Recorriendo conmigo las calles de arriba abajo decía que se sentía joven otra vez. Había vivido allí antes de casarse con mi padre.

Les trajeron la comida mientras se ponían al día sobre la vida de antiguos compañeros de clase y reían recordando fiestas. El picor del curry y otras especias bailó en su nariz. Pidieron una botella de vino.

La voz de Janeth perdió su tono festivo y miró a Eva inquisitivamente mientras partía un pedazo de pan.

—¿Qué harás cuando lo veas?

Janeth había conocido a Brandon en la época de su romance y Eva lloró sobre su hombro la pena del desengaño antes de abandonar la ciudad. Era una de las pocas amigas que tenía, de constitución delgada y temperamento nervioso, estaba casada con un odontólogo que la adoraba y era madre de mellizos.

Eva se perdió en sus cavilaciones, ya no era una jovencita frágil y enamorada. Recordó la última vez que lo vio, la palidez de su semblante, el rictus de sus labios, pero lo que la marcó fue su mirada de decepción y pena, como si lo visto por él tuviera algún atisbo de verdad. Ese día supo que el corazón de Brandon era de diamante, el material más duro de la naturaleza. Su filo de bordes agudos había rasgado su vida con la precisión de un bisturí, atravesándole las defensas y los sueños hasta llegar a su alma, donde

campeaba el amor, y ocasionándole una herida tan profunda que nunca cicatrizó del todo. De nada valieron sus palabras, los ruegos, el llanto, la despachó de su vida en segundos. Eva incluso recordaba cómo vestía esa tarde: traje de tres piezas de color gris, se veía guapo a rabiar. Habían hecho el amor esa mañana, todavía no podía creer que se hubiera tragado la escena sin ni siquiera escucharla.

Sonrió y miró a su amiga.

—Nada, absolutamente nada, ambos somos adultos, lo pasado, pasado. Yo era una jovencita de veintidós años, han pasado cinco años largos, no creo que le importe.

Ocultó sus verdaderos pensamientos, tratando de engañar a Janeth. El *sommelier* se acercó con la botella de vino y sirvió el líquido. Eva hizo los honores y después de aprobar la bebida y de un entrechocar de copas, dio un largo sorbo. Quiso beber algo más fuerte.

—Puede que tengas razón, una vez me encontré con él, Dios, estaba tan guapo, en eso no ha cambiado. Apenas me hizo un gesto de reconocimiento, frunció el ceño y pasó de largo. Me pareció pedante.

—Siempre fue pedante.

—Tiene novia.

Eva se sobresaltó y trató de disimular el desasosiego que la asaltó, se sentía como si le hubieran dado un puñetazo y eso la puso furiosa: ¿por qué diablos le importaba?

—Era de esperarse, es uno de los mejores partidos de la ciudad. — Frunció los hombros dándole un tinte indiferente a su expresión—. No me importa.

La humillación estaba presente cada vez que recordaba lo ocurrido, esa sensación de no ser lo suficientemente buena para la familia King.

—Lo sé, solo quiero chismear, creo que es una heredera, su nombre es Cassandra Elliot, llevan un tiempo juntos, parece buena chica.

“De todas las jodidas mujeres en el mundo tenía que ser ella”. Sonrió con sorna, tal para cual, ambos eran unos cabrones y se merecían. Levantó la copa de vino.

—Me alegro.

Janeth la miró de manera dubitativa.

—Lo dudo.

Ella sonrió para intentar convencerla y le costó trabajo. Estaba cansada de disimular que nada le importaba cuando en su interior era otro cantar.

—Alguien dijo: “Es inútil volver sobre lo que ha sido y ya no es”. Ni Brandon ni yo estamos por la labor de volver al pasado, de eso estoy segura. Somos adultos, Brandon es un hombre inteligente, no me lo imagino guardando rencor por lo que él cree que ocurrió. —Llamó al camarero para pedir la cuenta, tenía trabajo pendiente en el hotel—. Será fácil trabajar con él ya que ambos hemos superado el pasado.

—Si tú lo dices, pero también hay otro dicho: “Donde hubo fuego cenizas quedan”.

—Esas cenizas están barridas y en el bote de la basura. —Eva esperaba de corazón que así fuera.

—Ya veremos.

CAPÍTULO 2

El día de la reunión llegó. Eva se vistió con un sastre color hueso y zapatos de tacón alto un tono más oscuros, se aplicó su perfume de siempre y se maquilló de forma suave. Dominic, que ya estaba instalado en su nueva casa, pasó a recogerla, se encontrarían con John y Kim en la recepción de las oficinas de Joyerías Diamond.

Elevó una plegaria cuando se bajó en el aparcamiento del edificio y sintió que le faltaba el aire mientras el elevador ascendía hasta el piso donde estaba la oficina de Brandon King.

“Eres una guerrera”.

“Eres una guerrera”.

“Eres una guerrera”.

Repitió el mantra dos veces más.

—¿Eva? —la saludó un atractivo hombre, al salir del ascensor.

—¡Nathan! —Era uno de los hermanos King, el del medio, un año mayor que ella.

Eva sintió que el estómago se le encogía al ver el parecido con Brandon, aunque era mucho más alegre y efusivo que su hermano, quien, al ser el mayor y el responsable del negocio, siempre había sido muy serio. Demasiada gente dependía de él, decía, y no tenía tiempo para divertirse como lo hacían sus hermanos. Era muy sobreprotector con ellos.

El joven la abrazó encantado.

—¡Qué me aspen! Mírate... Estás preciosa.

Los acompañantes observaban el intercambio con gesto curioso.

—Gracias, tú también estás muy guapo.

El hombre mostró una sonrisa que debía ser la perdición de muchas mujeres y que la llevó por el sendero de los recuerdos.

—¿Brandon sabe de tu visita?

Eva aferró su maletín más de lo necesario.

—Espero que sí, tenemos una reunión de negocios.

Nathan levantó las cejas y con un brillo peculiar en sus ojos la miró de nuevo de arriba abajo.

—Quisiera estar allí, llevaría palomitas de maíz para tu equipo y para mí.

—Negó con la cabeza varias veces—. Van a ser días muy interesantes, lo

volverás loco, espero que sigas siendo aquella chica que lo retaba.

Eva no le contestó y le presentó a su equipo. Mientras Nathan saludaba, ella observó la recepción de la oficina, con su mesón en mármol oscuro y brillante. El aviso en letra dorada, reluciente. Las paredes mostraban fotografías de las joyas más emblemáticas de la marca, las sillas eran amplias y cómodas. Los ventanales daban al río Chicago. La empresa destilaba un lujo que hablaba de dinero y progreso. De manera inconsciente, se sintió orgullosa de lo logrado por Brandon.

—Mucha suerte.

—Gracias —contestó ella sonriéndole—. La necesitaré.

—Oye, si algún día quieres salir a tomar una copa... recordar viejos tiempos...

Eva sonrió y blanqueó los ojos.

—No has cambiado.

El hombre frunció los hombros, le obsequió otra de sus matadoras sonrisas y se metió las manos en los bolsillos.

—Tenía que intentarlo.

Le guiñó el ojo y se fue silbando una tonada en dirección opuesta a la de ellos. Se anunciaron con la recepcionista y se sentaron un par de minutos a esperar. En cuanto los llamaron a la sala de juntas, el peso en el estómago de Eva casi le impide levantarse de la silla. Se obligó a ponerse de pie, de no ser por todo lo que había en juego, hubiera dado media vuelta y corrido hasta el ascensor. Dominic la miró curioso.

—No me dijiste que conocieras a los King —comentó mientras caminaban por el largo corredor.

—No creí que importaría.

—Cualquier dato sobre ellos es importante, no sé por qué lo ocultaste.

Eva se adelantó unos pasos sin contestarle y fue la primera en entrar a la sala de juntas. Dejó de escuchar a Dominic, tampoco escuchó el saludo de Brandon, lo único que podía percibir era el errante latido de su corazón que sonaba como timbal en su oído mientras solo lo miraba a él.

Una lluvia de recuerdos se coló en su alma y en su cuerpo: el primer beso, la primera vez, las peleas, las reconciliaciones, el sexo, su olor, sus platillos favoritos y cuando iban a bailar. ¿En serio podría trabajar para él sin recordar lo vivido, lo ocurrido? Y con ese cuestionamiento llegaron los recuerdos de los malos momentos, que le brindaron las armas para enfrentarlo. Se ajustó su máscara y se dispuso a entrar en batalla.

Brandon se había blindado mentalmente para el encuentro, pero nada lo preparó para lo que sintió en cuanto tuvo a Eva James frente a él, mirándolo con indiferencia, como si alguna vez no hubieran sido todo el uno para el otro.

“Oh, Dios mío”, caviló.

Quedó paralizado en cuanto la saludó con la mano, las otras personas eran simples manchones, solo ella estaba en la habitación, y se cuestionó enseguida el haberlos convocado habiendo empresas con las mismas credenciales en el sector.

—Señorita James...

—Señor King.

Eva sintió encogerse su corazón ante el calorcillo emanado del roce de su piel y el tono ronco y áspero con él que pronunció su nombre.

Cuando escuchó su voz musical, con una nota única que él siempre relacionaba con la pasión, Brandon tomó aire y se obligó a centrarse. Ya no era el imbécil de años atrás, así que disimuló como pudo el malgenio y la turbación, y se dirigió a los otros, invitándolos a tomar asiento.

—Bienvenidos —saludó con voz espesa debido a la sequedad en la garganta.

A él lo acompañaba su equipo de marketing. Se sentó a la cabecera de la mesa, mientras los integrantes de ambos equipos conversaban sobre el clima y el tráfico antes de entrar en materia. La mente de Brandon se desconectó, a su memoria llegaron los recuerdos de ella y él años atrás, negó con la cabeza y se limitó a observarla con disimulo. Continuaba teniendo el cabello de color claro con sus miles de matices, y sus ojos, de ese color aguamarina que se oscurecía cuando diversas emociones la asaltaban y que había esperado no volver a ver jamás. Los labios llenos, de un rosa intenso, labios que Brandon había disfrutado en todas las partes de su cuerpo.

“No pienses en ello ahora”, dijo para sus adentros, furioso por su reacción.

La reunión dio comienzo en cuanto Eva se levantó para iniciar la presentación, elegante y elástica como una pantera. La miró de arriba abajo, evaluando cada curva y cada detalle, como las pecas de la nariz que trataba de cubrir de manera infructuosa con maquillaje y que él había besado una a una... Todo el resentimiento de lo ocurrido la tarde en que terminaron bulló sobre él como si acabara de beberse un licor de pésima factura. Quiso maldecir por lo bajo.

No pudo reprocharle absolutamente nada de la presentación, hubiera sido

un necio de haberlo hecho. La mujer sabía de lo que hablaba, le estaba presentando la consultoría perfecta y en otras circunstancias ya tendría decidido que era la empresa con la que deseaba comerciar para hacer el estudio exhaustivo de su compañía. Pero los antecedentes de Eva lo tenían en el limbo, nada en su historial, que había investigado hasta la saciedad, le decía lo que deseaba saber. ¿Por qué? La investigación solo hablaba de una trayectoria laboral impecable, de un excelente desempeño profesional y muchos logros; los elogios de los ejecutivos de las diferentes empresas a las que les había brindado el mismo trabajo le decían que estaba ante una persona brillante e íntegra, como le confirmó su jefe de seguridad en su investigación. A lo mejor la juventud o la inmadurez la llevaron en aquella ocasión a...

Se reprendió por estúpido mientras se alisaba la corbata, ya lo estaba ablandando y no llevaba ni diez minutos en su presencia. Su idea fue rechazarlos de plano, pero antes había querido escucharlos y... volver a verla. Necesitaba convencerse de que todo había sido un embrujo tonto de juventud. Pero ahora, con Eva frente a él, hablándole con competencia, amén de otras cosas, se dijo que les daría una oportunidad. Sin embargo, no les iba a hacer las cosas fáciles.

—Señores, por favor —interrumpió—, no tengo tiempo para detalles de procedimiento ni para guardar consideraciones a nadie. —Eva levantó la ceja. Brandon continuó—: No me están ofreciendo nada diferente a otras empresas del sector, los invité porque deseo ganar más dinero del que ganará la competencia y por el pequeño detalle de la expansión. —Esto último lo señaló con un deje de cinismo, ya que era el tema más importante a tratar en la consultoría.

—Señor King —dijo Eva y el tono de voz en el que pronunció su apellido lo llevó de manera inevitable por una senda que no deseaba recorrer en ese instante. Apretó más los labios—, somos la mejor empresa del sector.

—Necesito garantías, señorita James, sé muy bien cuáles son los problemas de la empresa, los necesito para que me informen qué estoy pasando por alto, y hasta el momento no veo que me vendan eso.

—No vamos a poner toda la carne en el asador con una primera presentación, señor King —aclaró Eva, firme—. Sé muy bien qué es lo que usted no ha visto, pero hasta que no tengamos un cheque en el bolsillo me temo que tendrá que esperar hasta que nuestra competencia se lo aclare.

Dominic la miraba pasmado.

—No creo que su empresa pueda darse el gusto de perder este negocio,

señorita James —retrucó, pronunciando el nombre en un tono que evidenciaba cierta molestia—. Necesito algún estímulo.

Brandon fijó la mirada en los pechos de la joven y después se extendió en una diatriba que parecía más bien una clase de economía y negocios. Dominic lo interrumpió en dos ocasiones.

—Señor King, no hallará estos precios con la competencia —insistió Eva.

—Yo no descarto nada que no esté seguro de poder reemplazar. —Llevó su mirada a Eva con intención.

Ella enrojeció de repente y lo miró, indignada.

—La lealtad también es muy importante.

Brandon soltó una risa carente de humor, solo ellos dos estaban en la sala, enfrentados en un duelo verbal que mostraba una energía oculta que amenazaba con explotar.

—Esa palabra no es la adecuada viniendo de usted.

Dominic se levantó, dispuesto a defender a Eva, pero Brandon lo silenció con un gesto de la mano.

—Vamos a hacer lo siguiente. —Algo dentro de él se negaba a dejarla ir y la miró con intención—. Trabajaré conmigo durante una semana, señorita James, usted solamente. Si después de ese tiempo veo que me ha convencido, el contrato será de ustedes.

Se levantó y después de una breve despedida, salió de la sala de juntas seguido del equipo de mercadotecnia.

—¿Me puedes decir qué diablos ocurre? —preguntó Dominic mirándola furioso. John y Kim cerraban los maletines sin perder un segundo del intercambio.

Eva negó con la cabeza varias veces, sin dejar de mirar la puerta por donde Brandon había salido.

—Es una larga historia y no estoy con deseos de contártela ahora mismo —contestó cortante—. Espérenme aquí, ya vuelvo.

Salió de la oficina dispuesta a enfrentarlo, escuchó a Dominic llamarla y no le prestó atención. Compartir con él una semana de trabajo, meditó, ese hombre estaba loco, solo fue volver a verlo y todos los muros de indiferencia con que se había protegido desaparecieron como bocanada de aire. Lo que pretendía Brandon era una locura, necesitaba hacerle entrar en razón sin curiosos alrededor. Cuando aceptó volver a Chicago y trabajar con Joyerías Diamond sabía que tendría algún intercambio con el dueño de la empresa, pero lo usual en las consultorías era trabajar con un grupo de profesionales

subalternos, generalmente los gerentes de los diferentes departamentos. Nunca habían tenido al dueño de una empresa respirándoles en la nuca, que era lo que pretendía Brandon que ella soportase si deseaban ganar el contrato. Se matarían en el proceso, estaba segura, o lo ahorcaría ella con sus propias manos.

Brandon se sentó detrás de su escritorio pensando que estaba hecho un soberano cabrón. Lo había hecho con intención, seguro de que, por la historia compartida, ella se negaría. Pasados los primeros instantes de su molestia, caviló: ¿en qué momento se le ocurrió pensar que quería a esa mujer revoloteando alrededor de él durante una semana? Tomó uno de sus lápices mientras pensaba que apenas se soportaban. La Eva del pasado le freía los sesos, pero a decir verdad le había gustado su imagen combativa y sabía que estaba haciendo un buen negocio. Una semana a su lado y ella se olvidaría de hacerle alguna treta a su empresa, él era ante todo un hombre de negocios, si no le gustaba, que se jodiera.

Se llevó el lápiz a los labios, una mala manía que tenía desde la universidad, y pensó en lo que sería tenerla ahí. Fue el pitido del intercomunicador el que lo sacó de sus cavilaciones.

—La señorita Eva James desea verlo, señor.

—Dile a la señorita James que la reunión se acabó. Estoy ocupado.

Escuchó atentamente a su secretaria transmitir la información y la suave voz de Eva al otro lado del auricular.

—La señorita James insiste.

—Está bien, dile que pase, pero solo tengo unos minutos —soltó el intercomunicador, no estaba listo para otro encuentro—. ¡Maldita sea!

Eva entró en su campo de visión y se observaron con animosidad unos segundos.

—¿No vas a decir nada? —preguntó ella.

—¿Qué necesitas, Eva?

—¿En serio vamos a jugar a esto? ¿No tienes nada que decir aparte de juramentos?

Él echó la silla hacia atrás.

—No se me ocurre qué quieras escuchar.

Ella tomó asiento, Brandon se fijó en que llevaba una mano al lóbulo de su oreja y supo que estaba nerviosa, porque ese era su gesto cuando algo la perturbaba.

—“Hola, Eva, ¿cómo estás? ¿Qué ha sido de tu vida este tiempo?”. Podrías empezar por algo así y no el gruñido que me brindaste en la sala de juntas.

—No estoy para entretener a nadie y no tengo la más mínima curiosidad por saber de tu vida —replicó Brandon en tono petulante, alzando una ceja y dirigiéndole una sonrisa socarrona.

El rostro de Eva mostraba consternación. Brandon sabía que estaba siendo cínico, quizá un poco grosero, no había sido educado para eso, pero ¿qué esperaba ella? ¿Qué la recibiera con un desfile? Era la mujer que había machacado su corazón y bailado sobre él hasta dejarlo vacío y vulnerable.

Eva se aclaró la garganta antes de hablar.

—Estoy segura de que no esperabas que estuviera en el equipo de consultoría.

Le mostró nuevamente su sonrisa arrogante.

—Ya lo sabía y espero que seas mucho más leal para esa empresa de lo que fuiste conmigo y con mi negocio.

Eva lo miró confundida. Brandon se levantó de la silla, caminó despacio y se apoyó en el borde del escritorio con los brazos cruzados. La miraba como si deseara tirarla por la ventana.

—Si no arreglamos nuestras diferencias me será difícil trabajar contigo —dijo ella ante su expresión.

Él soltó una risa irónica.

—¿Por qué? No tenemos que caernos bien —dijo con sarcasmo entre dientes—. En esta semana sabré qué tan buena eres en tu trabajo y si vale la pena que arriesgue mi trasero por ti.

Eva comprendió que todo cuanto había ensayado para ese encuentro no le había servido de nada. Los años de terapia parecían que habían volado con el viento. Se sentía furiosa, dolida y vulnerable.

—He trabajado muy duro para llegar a donde estoy, soy una profesional, como debes recordarlo y si vamos a trabajar juntos, tendrás que tener mis opiniones en cuenta, solo será trabajo, el pasado es pasado. No estarás arriesgando el trasero por mí, lo estarás arriesgando por la empresa en la que trabajo. Somos tu mejor opción, lo sabes.

Brandon movió la cabeza en un gesto de negación y chasqueó los dientes con un sonido que ella conocía muy bien.

—No te preocupes, todos en la sala de juntas sabemos que además de bonita, eres inteligente, y tenlo por seguro que solo es tu inteligencia la que

hoy te tiene enfrente de mí.

Eva sintió como si la hubiese abofeteado. El Brandon que ella había conocido en el pasado no se parecía en nada al hombre que tenía delante. El Brandon del pasado, aunque de temperamento serio, era un hombre apasionado, con un irresistible encanto juvenil, y amable con las personas. Ahora la miraba como si fuera poca cosa y le debiera algo —no, algo no, mucho—, cuando ella era la parte lastimada, la que fue desechada como un simple objeto. Quiso abofetearlo. Él le sonrió burlón, como si adivinara sus pensamientos.

Eva tuvo que superar muchas cosas, no solo lo ocurrido esa tarde y una parte de ella no podía perdonarlo. Había sido una ilusa, al verlo, todo el resentimiento afloraba, la herida que creía sanada volvía a supurar; no, no podría trabajar con él, sería un atentado contra su paz mental, conseguida a base de mucho tesón.

Lo miró durante largos segundos. Aquel hombre tenía la veta de obstinación del Brandon joven, su mandíbula denotaba firmeza, pero carecía del aire juvenil y la profunda ternura del hombre que ella había amado en el pasado, y sus ojos del color del hielo, que antes la miraban con amor y deseo, hoy la contemplaban con profundo desprecio. Había escuchado que se había convertido en un sagaz y riguroso hombre de negocios, ahora lo corroboraba. Su boca, antes tan presta a la risa, era una línea dura. No sabía si tantas responsabilidades lo habían hecho así o acaso era ella la que causaba ese gesto.

—No entiendo qué deseas lograr con esto, ¿quieres vengarte? ¿Qué más te habrán inventado de mí? ¿Con lo ocurrido no fue suficiente?

Brandon la miró con ojos brillantes y un rictus amargo en los labios.

—¿En serio Eva? ¿Tengo que recordártelo?

—No sé de qué hablas, pero no vine hasta aquí para recordar el pasado, mucho menos para hablar de lo que hay entre nosotros.

—No hay un “nosotros”. Habla.

Era el momento de renunciar, de decirle que se metiera su arreglo por donde mejor le cupiera, pero un destello en sus ojos le dijo que era lo que esperaba, que claudicara ante él. “Cabrón”, murmuró, furiosa. No le daría el gusto, ni a él ni a su dichosa novia, que era la encargada del departamento de diseño de la empresa. Se calmó como por ensalmo y lo enfrentó.

—Si vamos a trabajar juntos, tendremos que enterrar el hacha —dijo ella.

—No tengo ganas de maltratar tu cuerpo.

—Estás siendo imposible.

Lo notaba resentido, no podía volver a caer en el juego del pasado. El dolor entró en su pecho y desvió la mirada, él caminó hasta el ventanal con las manos en los bolsillos. Lo miró de reojo, su cuerpo poco había cambiado, seguía siendo esbelto, acuerpado, seguro todavía jugaba al tenis, parecía más fuerte y vigoroso que años atrás. Recordó que había cumplido treinta años el mes anterior, el cabello castaño oscuro más corto, y el atuendo serio de un hombre de negocios: traje oscuro de tres piezas, camisa blanca almidonada y corbata gris de puntos dorados. Se había convertido en un hombre impactante y las sensaciones incómodas que la asaltaron cuando lo vio ahora reaparecían. Tenía la esperanza, por el bien del contrato, de que el tiempo hubiera moderado su resentimiento hacia ella, pero estaba equivocada. Bien, el volver a verlo también había sido duro para ella, pero recordó que no podía ser egoísta: Dominic y su equipo habían trabajado duro y no se merecían quedarse sin empleo si el contrato no resultaba. Debía tragarse su orgullo y resentimiento, y trabajar con el ogro.

—Trabajarás a mi lado los próximos días, te aconsejo que hagas las cosas bien, no toleraré artimañas y traiciones, si esta vez atentas contra mi empresa, voy a encargarme personalmente de que caiga sobre ti todo el peso de la ley.

Eva sintió como si hubiera recibido otra bofetada.

—¿Si atento contra tu empresa? —repitió, confusa—. ¿De qué diablos estás hablando?

Brandon curvó la boca, la cínica sonrisa extendiéndose sobre su rostro, se sentó de nuevo detrás del escritorio y la recorrió con la mirada.

—No te hagas la tonta.

Lo miró tensa.

—Esto es serio, vas a tener que decirme lo que tienes entre pecho y espalda, no se me dan bien las adivinanzas.

—Eres una mujer lista, y a estas alturas ya debes saber de lo que hablo, todo en esta vida se sabe.

Eva se asustó ante la acusación implícita en su tono de voz. Pero no, no podía ser que él supiera lo ocurrido después, nadie lo supo nunca, ni siquiera Janeth, solo su hermana y sus padres. Y entonces, ¿de qué diablos hablaba Brandon? Parecía ser de algo concerniente a la empresa, necesitaba saber que más había en el tablero.

Brandon se quedó mirándola. Respiraba con dificultad, observó la línea de su cuello, hasta llegar a sus pechos, que tanto le gustaban. Su cuerpo respondió

al instante. La evocó desnuda sobre las sábanas de su cama, sus manos en su cabello, en su sexo. Podía escucharla gritar su nombre en una letanía sin control, mientras él golpeaba duro contra el cabezal de la cama. Se reprendió por tonto al ver el ceño de ella fruncido y el rictus severo de su boca. Necesitaba ponerse en la misma longitud de onda.

—¿Qué diablos crees que le hice a tu empresa? —insistió con los dientes apretados—. No tengo idea de lo que hablas, si es otra triquiñuela de Ryan o de...

Respiró tratando de calmarse. No iría allí.

—No me creas idiota —le dijo él con frialdad, obligándose a pensar con claridad, dejando el deseo a un lado.

—Tú no nos vas a dar la consultoría, me citaste a este encuentro para humillarme. Por una retorcida venganza de lo que crees que te hice me vas a obligar a trabajar a tu lado y después me despacharás, y si es así, me niego, no pienso ser tu juguete.

—No te creas tan importante, la empresa en la que trabajas es prestigiosa, sé dónde invierto el dinero, pero no tendrás la certeza de mi decisión si no trabajas conmigo durante esta semana.

—Me dices que no me crea tan importante, pero estás dejando una decisión empresarial de gran relevancia en mis manos.

—En tus manos no, en las mías.

—Necesito algo más, Brandon, no me estás dando nada.

Él negó con la cabeza.

—¿Lo tomas o lo dejas?

—Ya te lo dije, no voy a ser tu juguete, Brandon King, mi tiempo vale y no voy a perderlo contigo.

El rostro de Brandon reflejó cierta sorpresa y Eva se dio cuenta. Se alegraba de verlo descolocado, aunque fuera una vez.

—Yo no lo tomaría tan a la ligera. Y, además, te conviene trabajar conmigo.

¿Qué mierda hacía convenciéndola? Solo le faltaba rogarle.

—No vas a poder embaucarme —le advirtió ella—. Ni tú ni tu familia.

—La embaucadora fuiste tú.

Pensó en sus compañeros antes de enviar todo al diablo: en Dominic, que necesitaba el trabajo ya que estaba con su pareja en trámites de adopción de un bebé en China; en Kim, con las cuentas de hospital de su madre, y en John, que cuidaba de su esposa que padecía un alzhéimer temprano. Brandon King

no era el primer cliente conflictivo al que asesoraba; la historia compartida los hacía irascibles, pero tendría que ponerse por encima de la situación y tolerarlo una maldita semana. Además, suscitaba su curiosidad, si había algo más de lo ocurrido esa noche, algo que la involucraba directamente a ella, tenía que averiguarlo. El muy cabrón había jugado sus cartas y había ganado, la miró como si supiera de antemano su respuesta. Fue difícil aceptar.

—Está bien, trabajaré esta semana contigo y que sea lo que Dios quiera, pero no voy a tolerar triquiñuelas de parte de tus cercanos —le aclaró Eva con dureza, para que le quedara claro.

La vida la había vuelto una mujer más fuerte. Brandon la había abandonado, dejándola sola y humillada, y aquello le había forjado el carácter.

Él sonrió.

—Casi me convences con tus aires de mujer indignada.

Eva apretó los dientes, tendría que verle el rostro a Cassandra. Esa pécora estuvo toda la vida enamorada de Brandon y por lo visto se había salido con la suya, la odiaba y Eva estaba segura de que tuvo mucho que ver con lo ocurrido. En cuanto a Anne King y su hijastro Ryan Winthrop, no valía la pena enfrentarlos si Brandon no la creía.

Él, con el brillo de la victoria en los ojos, continuó.

—Soy ante todo un hombre de negocios, si tienes talento y buenas credenciales, me aprovecharé de eso. Las segundas ya las tienes, lo primero es lo que voy a averiguar. —La miró de arriba abajo con mirada punzante.

—Espero que a tu novia no le moleste nuestro acuerdo.

Quiso decirle que la mantuviera lejos de ella, pero eso sería darle poder a Brandon, a Cassandra y a los sentimientos que, sabía, verlos juntos le iban a ocasionar.

Brandon necesitaba desquitarse de alguna forma de lo ocurrido años atrás y esto era un comienzo.

—Cassandra estará bien.

—¿En serio, Brandon? ¿Ella? —Sonrió burlona y luego negó con la cabeza —. Aunque pensándolo bien, son tal para cual.

Por la mente de Brandon pasaron sin querer toda una serie de recuerdos, los buenos y los malos.

—Cassandra no te ha hecho nada. —Se obligó a defender a su novia.

—¿Loba disfrazada de oveja o mejor serpiente disfrazada de qué? ¿De conejo?

—Cualquiera diría que estás celosa.

Eva se obligó a soltar una carcajada que esperó no hubiera sonado tan fingida como ella la percibió. Lo miró en silencio unos segundos.

—Para estar celosa tendría que estar interesada y eres el último hombre al que le daría una oportunidad. Ni siquiera el último.

—No me interesan las oportunidades. Tengo algunos recuerdos de ti nada agradables.

—Ambos vemos la situación desde perspectivas diferentes —dijo, seria de repente—. En algún momento tendremos que volver al pasado.

—Haz tu trabajo y veremos, Eva James, el pasado dejémoslo donde está, es una época que no se repetirá. He cambiado mucho estos años, ya no soy el imbécil de antes.

—Es bueno saberlo, porque si tú cambiaste, yo ya no cometo los mismos errores de antes. —Se levantó de la silla, dispuesta a tener al menos la última palabra de esa contienda.

Eva salió de la oficina de Brandon sin despedirse.

CAPÍTULO 3

Cinco años atrás

El aula estaba a reventar, nadie se había perdido la clase ese día. Brandon pensó que eso tenía que ver con la entrega de los resultados del examen.

Volvió a posar sus ojos en ella, que estaba sentada en la segunda fila. La vio llevarse el lapicero a la boca, gesto que interrumpió cuando uno de sus compañeros le entregó el examen con la nota. Ni siquiera sabía que él existía. La había estado observando toda la tarde, como cada día desde hacía un mes, que era el tiempo que llevaba de monitor en la clase de Finanzas del señor Anderson. Era preciosa y se moría de ganas de charlar con ella. Había averiguado su nombre y un par de datos más, porque pocos sabían de aquella chica. Se llamaba Eva James. Era estudiante de último año de Mercadotecnia y Economía, no tenía novio y era poco fiestera, lo que explicaba que no la hubiera visto antes. Al parecer era un ratón de biblioteca y algo tímida, aunque él la veía muy segura en sus participaciones en clase. Alguien le dijo que había salido con un músico durante varios meses el año anterior. Aparte de eso, la chica era un misterio.

Era de estatura mediana y con unas curvas increíbles, llevaba un jean ajustado, que realzaba su trasero y un suéter ceñido de color púrpura, que ajustaba sus pechos. “Madre mía”, pensó, cachondo. Llevaba el cabello recogido en una trenza, quería verla con el cabello suelto.

En el podio del auditorio, el señor Anderson anunció que algunas de las calificaciones habían estado por debajo del promedio y que debían esmerarse más. “Bla, bla, bla...”. Brandon se perdió otra vez en sus pensamientos, observando de reojo a la chica. Amaba la caza y el trofeo valía la pena.

Tan pronto el profesor los despidió, Eva cerró veloz el portátil, el auditorio era una cacofonía de ruidos, malas palabras y pasos afanados por abandonar el lugar. Se encaminó hacia la salida, furiosa. Su nota estaba por debajo del promedio acostumbrado, a pesar de que había estudiado días para presentar ese examen. El resto de los estudiantes odiaba al señor Anderson en

ese momento y las chicas suspiraban por el monitor, que estaba cerca a la puerta, y a quien rozó al pasar. Era un hombre guapo, de último año de maestría en Finanzas, tenía un color de ojos que no sabía definir, una boca preciosa y cuerpo de atleta. Lo había pillado mirándola y no sabía si sentirse incómoda o halagada.

Eva había pasado de los chicos desde el año anterior, después de romper con Tyron Sucker, guitarrista de la banda de música. Ella creía que podrían formar una pareja estable en medio de todo lo que se vivía en la universidad, pero el chico tenía otras ideas, y lo había encontrado en la cama de su habitación con una *gruppie*. Fue un duro golpe, y desde entonces no había vuelto a salir con nadie en plan romántico. Aparte de él, un novio en el instituto y un estudiante en primer año, no tenía más experiencia en ese campo. Con veintidós años, estaba soltera y lo único en lo que pensaba era en terminar su carrera y trabajar con uno de los grandes.

—Me jode el señor Anderson —se quejó Janeth, que caminaba a su lado.

Se habían hecho buenas amigas desde que comenzaron a compartir habitación en primer año, coincidían en algunas materias desde el semestre pasado y estudiaban juntas. Las notas de Janeth no habían sido las mejores y estaba preocupada, si bajaba el promedio sus padres se enterarían y eso sí sería un problema mayor. En cambio, para Eva la nota era toda una sorpresa, aunque no había perdido la prueba, ese resultado la decepcionaba mucho, estaba acostumbrada a la excelencia, además, necesitaba mantener a como diera lugar el promedio que su beca le exigía.

—Podremos recuperarnos con el trabajo que hay que presentar en dos semanas.

Atravesaron el campus rumbo a la biblioteca de la facultad.

—Deberíamos buscar la ayuda de ese monitor que está tan bueno, hoy lo pillé mirándote otra vez. —El tono de Janeth era burlón.

—Están para ayudarnos —agregó Eva a toda prisa, dándole un codazo. Se escuchaba el crujir de las hojas a cada uno de los pasos de las chicas—. No es mala idea.

—No, mejor no, me distraería mucho. Además, es un chico popular —agregó Janeth.

El otoño estaba en todo su esplendor, con hojas de diferentes colores tapizando el prado y ese olor inconfundible. Era la estación favorita de Eva.

—Son los peores —dijo, recordando su experiencia del año anterior—, pero eso no importa ahora, así fuera el príncipe William, si está de monitor, lo

utilizaremos.

Eva tenía un concepto muy pobre de los estudiantes élite del lugar. Los peores eran los atletas, que se sentían los amos de todo: no tenían sino que chasquear los dedos y alguna chica tonta les caía en el regazo.

—Tu admirador pertenece a la flor y nata de Chicago, es jugador de tenis, las mujeres babeaban por él, pero no ha salido con nadie en un buen tiempo, desde que empezó el semestre.

—Vamos a buscarlo. Y no es mi admirador.

—Si tú lo dices. Esta noche debemos celebrar, hay fiesta en la hermandad de los tíos más buenos de este lugar, ya es hora de que te sacudas las telarañas.

Eva soltó una risa irónica.

—No tenemos nada que celebrar.

—Me prometiste que irías hoy. —Janeth se paró frente a ella—. Lo prometiste, no puedo aparecerme sola, necesito que Steve sepa que ya no me importa.

Janeth acababa de romper con el chico con el que había estado saliendo por un par de meses, y a Eva le parecía que le importaba más de lo que creía.

—Eso fue antes de la maldita nota.

Siguieron caminando.

—¡Vamos, James! Es solo una jodida nota que estoy segura recuperaremos en un santiamén.

—Lo pensaré.

Eva miró en su móvil el horario y se percató de que a esa hora el monitor atendía a los estudiantes. Siguió de largo al pasar por la biblioteca y llegaron al edificio contiguo, ubicado a varios metros de una fuente de agua que estaba en el centro de una de las tantas plazoletas de la universidad. Los monitores disponían de unos pequeños cubículos en el área de coordinación académica de la facultad.

En el lugar estaban Brandon King y Sarah Keats, una pelirroja más interesada en ligar que en estudiar: llevaba una minifalda y estaba sentada encima del escritorio exhibiendo sus esbeltas piernas. El joven pareció sorprendido cuando vio al par de chicas en la puerta. Janeth miró con gesto burlón a Eva, que no le prestó la más mínima atención.

Brandon agachó la cabeza, no quería que la chica viera su sonrisa. Levantó la vista con talante serio. Despachó con celeridad a la pelirroja, que le destinó un gesto de fastidio por interrumpir su devaneo, le pasó un Post-it con

su número de teléfono y se despidió. Brandon arrugó el papel, que echó en una papelería, e invitó al par de jóvenes a entrar.

Sabía que tarde o temprano tendría a Eva James en su puerta y gracias a una mala nota lo había conseguido. Aunque no tuvo nada que ver con la calificación del profesor, sí se alegró cuando vio la nota de Eva. La chica era rigurosa en su estudio y era cuestión de tiempo que recurriera a él.

Después de los saludos de presentación, Brandon acercó un par de sillas para que las jóvenes se sentaran.

—Y bien, ¿qué puedo hacer por ustedes, chicas? —soltó el joven mirando de la una a la otra sin querer desviar la vista a Eva más de lo necesario.

—Cómo sabrás, estamos aquí porque nos cargamos la nota del examen —contestó Eva, mientras Janeth se enroscaba el cabello castaño y miraba unos afiches en la pared lateral—. Necesitamos un diez en el trabajo que debemos entregar dentro de dos semanas y prepararnos para la próxima evaluación.

Brandon anotó algo en una hoja.

“Joder, qué guapo es”, pensó Eva, contemplándolo. El cabello oscuro resaltaba con su suéter claro, los ojos eran grises bordeados de largas pestañas, la boca carnosa sobresalía en medio de la sombra de barba que cubría su mandíbula. Evitó desviar la mirada a su cuerpo y su propia reacción la hizo enrojecer. Ella, que se creía vacunada contra los de su tipo, se preguntó por qué la atraía él precisamente, y cayó en cuenta de que Brandon no era un chico, era un hombre, tenía una fuerza indómita de la que carecían sus compañeros de clase, como si fuera mucho mayor de lo que en realidad era, porque no tendría más de veinticuatro o veinticinco años.

Carraspeó, incómoda de pronto, ya era hora de bajar la guardia y empezar a vivir como si de verdad estudiara en una universidad y no como si estuviera encerrada en un convento de clausura.

—Un buen trabajo las ayudará a subir el promedio, deben seguir esta bibliografía. —En su rostro resbaló una sonrisa—. Aquí encontrarán todo lo que necesitan sobre los temas. Sé que no es la bibliografía que les dio el profesor Anderson, pero estos libros manejan los temas con un poco más de profundidad, que es lo que a la larga busca el profesor. Además, hay un grupo de estudio, pero a veces es más lo que haraganean que lo que estudian. —Su amiga Cinthia lo mataría donde lo escuchara hablando mal de su grupo, pero en esto no le importaba en lo más mínimo jugar sucio—. Yo puedo ayudarlas en la preparación del examen.

Eva frunció el ceño. A pesar de su expresión seria, Brandon pensó que era

una de las mujeres más atractivas que había conocido, los ojos eran magnéticos e insondables; la boca, apetitosa, y el cuerpo, ni hablar.

—Perfecto —habló por primera vez Janeth, afanada por salir del lugar, más pendiente de los mensajes que entraban a su móvil que de lo que hablaba el monitor.

—Necesitamos clases particulares —dijo Eva de pronto.

Brandon quiso decirle que sí enseguida, pero no quería ser tan obvio.

—Tendría que mirar el cronograma, yo también tengo clases y estoy preparando mi tesis.

Janeth levantó la vista del móvil y negó firmemente con la cabeza. Sus ojos cafés echaban chispas. Eva blanqueó los ojos.

—Con esta bibliografía no basta, tenemos que prepararnos para sacar la máxima nota. No puedo bajar mi promedio. —Su rostro se volvió de nuevo a Brandon—. ¿Por favor?

—Yo me largo, con la bibliografía tengo —dijo Janeth tomando el papel y señalando a su amiga con el dedo—. Ya sabes, Eva James, no te me escapas esta noche.

Se echó el bolso al hombro y salió del lugar, sus zapatillas blancas golpeaban el piso mientras atravesaba el corredor.

Brandon observó el intercambio, curioso. Estaba encantado de poder pasar unos minutos a solas con la mujer que lo intrigaba, pero si no quería espantarla, tendría que enmascarar sus sentimientos.

Eva le obsequió una sonrisa algo forzada.

—¿Qué dices? ¿Puedo contar contigo?

Un brillo extraño cubrió la mirada de Brandon.

—Ven mañana a verme y te tendré una respuesta —dijo, mirándole los labios.

—No podré pagarte. No tengo dinero.

Brandon no se esperaba que fuera tan honesta, su mirada se encontró con la de él con una franqueza a la que no estaba acostumbrado.

Otra chica hubiera disimulado lo de la falta de dinero, las apariencias lo eran todo en St John's. La notó un poco vulnerable en contraste con la confianza en sí misma que irradiaba en el salón de clases.

—No te estoy cobrando, ni siquiera he aceptado.

—Solo serán dos semanas.

“Yo creo que serán más, Eva James”, pensó Brandon mientras reprimía una sonrisa.

—Mañana hablaremos.

Él extendió la mano y del rostro de Eva resbaló una expresión de curiosidad y algo de desconfianza. Hizo caso omiso de la sensación en su vientre cuando sus pieles se rozaron.

Eva no podía creer que Janeth la hubiera convencido de aparecer en la fiesta. El par de jóvenes estaban en una esquina observando el alboroto.

—Ya sabes, nada de recibirle licor a ninguna de estas joyas —le advirtió Janeth.

Eva estrechó los ojos. Mientras ella llevaba una botella de agua en la mano, su amiga ya le había recibido un vaso de licor a un inofensivo compañero de clase.

—Ya lo sé y mejor aplica ese concepto a ti. —Tenía que gritar para hacerse oír por encima de la estruendosa música, que gracias al cielo no era reggaetón ni hi-hop.

—Cierto, has venido a socializar y yo a demostrarle a ese cabrón que no me importa.

—Hay un chico a las siete que no ha dejado de mirarte —le dijo Eva mientras tomaba otro sorbo de agua.

Janeth miró hacia el lugar sin disimular en lo más mínimo y luego le dio la espalda.

—Es Justin, no recuerdo el apellido, es uno de los defensas del equipo.

Eva levantó una ceja.

—Pues el chico viene para acá en clara invitación.

Janeth se volteó enseguida y recibió al joven con una sonrisa.

La sala de la residencia estaba a reventar, chicos y chicas de diferentes facultades estaban bailando, riendo, jugando billar o bebiendo como cosacos. El espécimen del equipo de fútbol sacó a bailar a Janeth, que le guiñó un ojo a Eva antes de salir a la improvisada y atestada pista de baile. Ella se atrincheró en su rincón, observando la gente. Varios chicos empezaron a mirarla. Había elegido para esa noche unos *leggings* oscuros, una blusa azul de corte caído que dejaba al descubierto sus hombros, y zapatos de tacón negro. Llevaba el cabello suelto, se había aplicado algo de máscara en las pestañas y pintado los labios de un color oscuro. El conjunto era conservador comparado con lo que llevaban las demás chicas.

A lo lejos vio a Brandon King charlando con un grupo de chicos, vestía un jean oscuro y un suéter de punto vino tinto. Varias mujeres revoloteaban a su

alrededor, pero el hombre no les prestó mayor atención, por suerte no había reparado en su presencia.

Eva se escabulló antes de que dos jóvenes llegasen a ella y merodeó por el lugar en claro intento de buscar la salida y volver a los dormitorios. Estaba cansada y cabreada aún por la nota. Janeth la interceptó.

—Eh, conozco esa cara, vamos a darles una paliza a esos chicos en la mesa de billar.

El joven, que no se había separado de Janeth, la llamaba para invitarla al juego de *pool*.

—No quiero quedarme mucho tiempo, tú te estás divirtiendo, yo puedo irme sola.

Janeth la aferró por los brazos y la llevó a donde estaba la mesa de billar. Un grupo de jóvenes las recibió y en menos de nada estaban jugando dos equipos; ella y Janeth contra el par de chicos, llamados Justin Connor (el de Janeth) y Michael el otro, que la miraba con súbito interés.

La bebida de Brandon quedó a medio camino de la boca en cuanto vio aparecer a Eva. Se dedicó a observar la partida mientras trataba de sacudirse a Sarah. La chica lucía concentrada y bebía de una botella de agua. Estaba hermosísima, el pantalón ceñía sus curvas y llevaba suelto el cabello, que a la luz de la lámpara destilaba tonos diferentes, y esa boca, tenía una fijación por esos condenados labios. Más de un tipo babeaba por su trasero cuando se inclinaba sobre la mesa y tuvo que controlarse para no ponerse en evidencia y golpearlos a todos. Se bebió otra cerveza sin dejar de admirar la destreza con la que el par de chicas batieron a los dos muchachos.

Al final del juego en el que resultaron victoriosas, los aplausos fueron para ellas, y las rechiflas para ellos no se hicieron esperar.

Brandon se le acercó, casual, con una cerveza en la mano. Era un hombre acostumbrado a la atención femenina, su arrogante confianza lo confirmaba.

—Hola, Eva James.

Eva se quedó quieta saboreando el acento ronco en el que pronunció su nombre fue un susurro en sus oídos. Su mirada parecía ir más allá de la superficie, como si adivinara todos sus secretos y deseos. Mentiría si dijera que no había reparado en la forma en que se movía a través de la gente con sus ojos puestos en ella.

—Hola —dijo, mirándolo divertida.

—Veo que te gusta jugar.

—Me gusta el billar —contestó ella con voz entrecortada.

Él le pasó el mismo taco con el que la vio ganar.

—¿Jugamos?

Ella tomó otro sorbo de agua. El tono en el que Brandon pronunciaba algunas palabras la ponía un poco nerviosa, al igual que su mirada, como si hubiera alguna intención subyacente.

—No, gracias, ya tuve suficiente atención por esta noche.

Brandon se echó a reír, un sonido profundo y delicioso que hizo que el corazón de Eva latiera con fuerza mientras se miraban.

—¿Por qué? Serías un estupendo contrincante. Ah, ya, temes perder.

Brandon peleó con su sonrisa en cuanto la vio envararse.

—No es por eso.

—Vamos, Eva James, ¿acaso no disfrutas un desafío? Piensa que si ganas todos me abuchearán. Ese será tu premio.

—No es suficiente. Si yo gano, me darás clases particulares.

“De lo que quieras”, quiso decirle él mientras la miraba escoger un nuevo taco.

—Y si gano yo —dijo, sin dejar de mirarle los labios—, saldrás a cenar conmigo.

Ella se limitó a sonreírle y empezó el juego.

CAPÍTULO 4

Las fluctuaciones de la música se elevaban por encima de las voces y las risas. A lo lejos Eva escuchó lo que parecía el entrecocar de vasos de cristal, cuando Brandon, con una sonrisa divertida, colocó las bolas de billar en el tapete.

—¿Pool?

Ella hizo un gesto afirmativo con la cabeza mientras agarraba una tiza. Frotó la punta del taco y lo sopló. Miró a Brandon con los ojos entrecerrados y él le obsequió una mirada ávida. Eva se dijo que estaba muy atrevida esa noche, como si el chico sacara una parte suya que se negaba a los demás que intentaban flirtear con ella.

—Vamos a conseguir más cerveza —dijo Janeth a su nuevo amigo, al que agarró de la mano y arrastró lejos.

—¿Empiezas? —preguntó Brandon con voz ronca y un ligero carraspeo. Dio la vuelta a la mesa con pasos elásticos y firmes.

Eva se colocó en línea con la bola blanca y, con un toque rápido, impactó en un lado del triángulo con tanta fuerza que una bola coloreada salió rodando y cayó en la tronera del medio. El resto de bolas quedaron desperdigadas en el tapete.

—Escojo las coloreadas.

—Bien.

En el siguiente tiro, Eva consiguió que entrasen dos bolas en sucesión y falló el siguiente.

Un grupo de chicas se aposentaron con la clara intención de ver jugar a Brandon. Eva hizo una mueca al ver lo obvias que eran. Cuando el joven dio la vuelta a la mesa y pasó rozándola, le dijo:

—Tienes a tu grupo de fans babeando.

—Que nada te distraiga —contestó él con indiferencia y al punto cambió a un tono más cálido—. Si quieres saber la verdad, tenía muchas ganas de conocerte.

Eva inclinó la cabeza con expresión curiosa. Él la miró de reojo tratando

de concentrarse en su jugada.

—Creo que has conocido a una buena cantidad de gente.

Él levantó la mirada del juego y caminó de nuevo despacio hasta ella. A lo lejos, Eva se pudo percatar de que eran el tema de conversación de los que los rodeaban. Brandon se acercó tanto que ella podía oler su loción y le susurró al oído:

—No hagas caso a los comentarios.

—Es difícil no hacerlo, y juega de una vez —ordenó con un leve estremecimiento, y se llevó la mano a la nuca para disimular. Solo le faltaba sonrojarse, caviló, molesta.

Brandon le regaló una sonrisa ladeada y metió tres bolas de una sola estocada. En la cuarta falló por un pelo. Sus movimientos eran armónicos y precisos, parecía un hombre cómodo con su físico. Rezumaba confianza y virilidad, algo de lo que carecían los demás chicos que rodeaban a Eva. No quería pensar que se estaba inclinando hacia el macho alfa de la manada; para su orgullo, eso no era satisfactorio de ninguna manera.

—¿Sales con alguien? —preguntó él al acercarse de nuevo.

—No, por el momento no, ¿por qué preguntas? ¿Interesado? —Eva no quiso sonar coqueta, pero así fue de todas formas.

—Por supuesto.

Ella se ruborizó e incapaz de evitar una sonrisa, se concentró de nuevo en el juego. La chispa entre los dos era más que evidente. La gente perdió el interés y poco a poco fue dejándolos solos.

Eva se paseó por la mesa decidiendo cuál iba a ser su próximo movimiento.

—Quiero salir contigo —dijo Brandon.

Ella golpeó una bola roja, que dejó en mejor posición y falló el siguiente tiro. Rio en voz baja.

—No creo.

Brandon sonrió y se pasó una mano por el cabello como si estuviera nervioso.

—Nunca he tenido que trabajar tanto por...

—Una chica —terminó Eva por él, y movió la cabeza en señal de negación —. Eres un arrogante.

Él golpeó la bola listada azul, y la metió en la tronera superior derecha. Apuntó a la roja, inferior izquierda y falló por poco.

—Clases, allá vamos —lo provocó ella.

—Te crees muy inteligente.

—Soy muy inteligente.

—Ahora quién es la arrogante.

—Créeme, tengo razones para serlo.

—No lo dudo —concluyó él por lo bajo, absorto en el juego otra vez.

Eva apuntó a la bola azul y con algo de suerte consiguió meter la última bola naranja. Dio la vuelta a la mesa, escogió la tronera inferior derecha, apuntó a la bola oscura y falló.

Del rostro de Brandon se soltó una sonrisa, como si saboreara la victoria anticipada. Dio la vuelta y fingió meditar su próxima jugada. Le dio un golpe suave y certero a la bola blanca, que se deslizó para chocar con la negra, que rodó enseguida hasta caer en la ventana superior derecha. Se enderezó enseguida con sonrisa victoriosa. Soltó el palo ante la mirada de Eva, que pensó que se comportaba como un animal salvaje dispuesto a darse un festín. Se dijo que tenía que dejar de ver tanto programa de National Geographic.

Se dio la vuelta y apoyó las manos en los laterales de madera de la mesa de billar. Brandon se paró frente a ella y puso sus manos a lado y lado de las de ella. Sus penetrantes ojos grises le sostuvieron la mirada.

—Tengo muchas ganas de besarte ahora mismo.

El calor de su aliento inundó a Eva, el estómago se le encogió y los latidos del corazón hacían piruetas contra sus costillas. Él no dejaba de mirar su rostro, demorándose en su boca.

—No podemos, no te conozco y no acostumbro a besar chicos que no conozco.

—No estoy de acuerdo. Te conozco de hace tiempo, Eva James, llevo semanas observándote.

—Brandon...

Desasosegado, Brandon estudió el rostro de Eva. A pesar de toda su chulería, ella era... dulce, esa fue la palabra que le vino a la mente. Su expresión era abierta, suave, firme, el color de sus ojos le daba una sensación de infinito.

—Creo que debes retirarte —sugirió ella en voz baja.

Él se separó un poco.

—Tenía que aprehenderlo —dijo, como si hubiera despertado de un sueño.

Eva levantó una ceja.

—¿Qué?

—Tu olor —respondió, como si fuera lo más obvio del mundo.

Eva lo miró con la boca abierta, muy consciente de la forma en que sus pezones rozaban la tela del sujetador. Sentía el rostro en llamas y le temblaban las piernas. La mirada del hombre había despertado algo que estaba dormido en su interior. Un sentimiento desconocido, que brotaba y florecía bajo el estímulo de aquellos ojos.

—No voy a besarte.

—Ya lo sé, me vas a hacer trabajar. —Se alejó de ella.

—Valgo el esfuerzo —dijo seria.

—¿Cena mañana?

Eva negó con la cabeza, él frunció el ceño.

—Lo siento, hasta que no recupere cierta materia, no podré salir contigo.

Brandon soltó la carcajada y la miró con un brillo intenso.

—Eres única, Eva James. Te daré las jodidas clases que quieras.

Ella asintió, satisfecha, como si no pudiera ser de otra manera.

—Bien, ¿puedes pasado mañana en la tarde? ¿En la biblioteca?

—Estudemos en un lugar donde podamos concentrarnos. ¿Tu casa o la mía?

Eva se imaginó a Brandon entrando a su dormitorio y no le gustó mucho la idea; ya la gente empezaba a hablar y la incomodaba ser el centro de atención. Además, se negaba a ser una muesca más en el cinturón de él.

—Tu casa.

Intercambiaron números de teléfono. Brandon le envió su dirección y quedaron en contacto. Se ofreció a llevarla, pero ella había ido en el auto de su amiga Janeth y él prefirió no insistir.

Brandon llegó la noche siguiente al hogar de la familia ubicado en Lincoln Park. Las altas rejas se abrieron en cuanto él bajó el vidrio del auto y oprimió un botón en la entrada. El camino estaba rodeado de vegetación pulcramente escogida por un paisajista, en el medio una fuente de agua y al fondo, en una colina, se erigía la mansión, alta, fría e imponente; no pudo evitar compararla con su madre.

Lo recibió el ama de llaves, la señora Bruce, una mujer sin edad que los acompañaba desde que eran unos chicos. Brandon atravesó indiferente la gran puerta de madera, caminó por el piso brillante de fina madera, impasible al olor del limón de la cera que utilizaban para cuidar los muebles; pasó de largo por el amplio vestíbulo, sin mirar las obras de arte y una que otra pintura de algún antepasado en pose despistada. El ama de llaves ni siquiera se

sorprendió cuando se le adelantó y se dirigió a la cocina. Sus pasos hacían eco en el lustrado piso oscuro de madera.

Encontró a la señorita Selma inclinada sobre un fogón, revolviendo unos vegetales en una sartén frente a la estufa. El olor a aceite y a especias se elevaba en el aire, llevando a Brandon por el sendero de las memorias de su infancia. Era una mujer con algo de sobrepeso y cabello gris, tez oscura como el color de sus ojos, manos ásperas y nudosas prestas a la laboriosidad, a la ternura y a uno que otro coscorrón. Vestía el mismo uniforme gris de toda la vida, con un delantal blanco anudado a la cintura. Una joven que batía unas claras a punto de nieve levantó la vista de la labor y se sonrojó al mirar a Brandon. Una risa coqueta vistió su semblante, pero la mirada severa de la mayor la devolvió a su trabajo.

Selma tenía más de sesenta y cinco años y había conquistado los corazones de los hermanos King por el estómago y por brindarles tiempo, cariño y disciplina. Ella fue su hogar durante toda su infancia y ellos le habían pagado con devoción y lealtad absoluta. Era la persona que más influencia tenía en los descendientes King.

—Buenas noches, *mammy* —saludó Brandon, dándole un abrazo que la mujer correspondió.

Ella tomó el rostro del joven en sus manos y lo miró a los ojos. Luego lo soltó.

—Ya era hora de que aparecieras por esta casa. Estás muy delgado, lávate las manos, te daré una sopa de pollo con tomate antes de que te reúnas con la familia.

A Brandon ni se le ocurriría decirle que no, o a lo mejor sabía que la comida que se serviría en el comedor formal no sería tan agradable como la que ella le ofrecía, no por la calidad, sino por la compañía.

—Sí, señora.

—Chica —llamó, dirigiéndose a la jovencita que la ayudaba—, pásame un plato para servir la sopa.

La muchacha se limpió las manos y caminó veloz a cumplir el mandato.

Selma Jackson era una mujer de una estirpe nacida en medio de un entorno adverso. Alegre, espontánea, cariñosa, un poco terca y orgullosa, poseía una suspicacia muy desarrollada, así como un carácter fuerte y temperamental cuando se le enojaba.

Al abrazarla la percibió más delgada y eso lo preocupó. Por primera en la vida se percató de que ella era una simple mortal, además del roble mullido y

oloroso a canela y suavizante de ropa en el que se apoyaban él y sus hermanos. La señorita Selma no había tenido fecha de caducidad para él hasta ese momento.

—Déjame, yo sirvo, siéntate mejor y yo te atiendo —dijo el joven.

La mirada que ella le dirigió dejó a Brandon plantado en el lugar. Se sentó y la dejó hacer. Ella le pasó el plato y el olor de su sopa preferida cuando niño le estrujó el corazón. Le pasó una hogaza de pan, que sabía era amasado por ella misma.

Él y sus hermanos habían aprendido a portarse bien, no con el desfile de niñeras o institutrices que pasaron por la casa esos años y a las que les habían hecho la guerra sin cuartel; no, ellos lo aprendieron en la cocina con la señorita Selma: o se comportaban o corrían el riesgo de conseguir un jalón de orejas.

—Adelante —dijo en voz baja—. No esperes a que se enfríe.

Se dispuso a dar cuenta del alimento, ella lo miraba satisfecha.

—¿No tienen restaurantes en esa universidad cara a la que asistes?

—Sí hay restaurantes, pero nada como lo que tú preparas.

—Te alejas demasiado, no es bueno. Esta es tu casa.

Brandon sabía que ella nunca le pediría que volviera a vivir en la mansión. A diferencia de su madre, que seguro estaría molesta por su tardanza en el área de la servidumbre, Selma lo conocía como nadie. Era diferente a sus hermanos. A Nathan le era indiferente vivir en cualquier lado, mientras tuviera sus mínimas necesidades cubiertas, y Mathew estudiaba en otro estado.

La cocina quedó en silencio mientras él daba buena cuenta del alimento. La señorita Selma frunció el ceño.

—No debiste hacerlo.

—Es un regalo.

—Yo podía pagarlo.

—Lo sé.

—¿Entonces?

Brandon se levantó dispuesto a tomarse otro plato de la famosa sopa de tomate con pollo desmenuzado y queso fresco, pero ella se lo quitó y fue a servirle.

—Es solo un tiquete. Mereces esas vacaciones, ver a tu familia, hace tiempo que no hablas de nada más que de tu sobrina Meghan, la hija de tu hermana menor, es hora de que vayas y los visites. No solo es enviar dinero, la familia debería ser más que eso.

—Gracias por mi tiquete.

—La fecha de regreso es inamovible.

No se imaginaba la casa sin ella, a su familia sin ella, su vida sin ella.

—A lo mejor me quedo en mi tierra.

—Iré a buscarte.

Ella sonrió y le acarició el rostro.

—Eres demasiado guapo, no hagas sufrir a las mujeres.

—No, señora.

Cuando él acabó la sopa, le retiró el plato.

—Y ahora vete de mi cocina y pórtate bien con tu madre.

—Sí, señora.

Cuando el joven Paul King, descendiente de una prominente familia de Chicago, conoció a Anne Butler en su primer año de universidad en Northwestern, ella acababa de llegar a esa ciudad con su apellido, sus costumbres sureñas, la empleada que la había criado y el deseo de brillar, así fuera en una ciudad del norte. A los tres años de enviudar, Anne se había vuelto a casar, tomando el apellido de su nuevo esposo, un importante hombre dedicado al mundo bursátil. El matrimonio no tuvo muchas ventajas económicas, pero el apellido Winthrop había inclinado la balanza de su aristocrática madre, para quien el origen de las personas era de suma importancia.

Caminó por el corredor de pisos lustrosos, atravesó salas de estar repletas de obras de arte, pasó por la biblioteca y la sala de música hasta llegar a un salón donde la familia se reunía cuando estaban todos juntos.

Su hermano Nathan estaba sentado en el sofá revisando mensajes de texto en su móvil; el menor, Mathew, leía el periódico. Se sorprendió al verlo.

—Hola.

Los menores le devolvieron el saludo. Mathew se levantó de la silla y Brandon le dio un fuerte abrazo.

—¿Qué haces aquí? ¿No me digas que te echaron?

Nathan soltó una risotada. Brandon sabía que era poco probable, su hermano menor era uno de los mejores alumnos de la facultad. Un cosquilleo de advertencia lo hizo ponerse en guardia.

—Llegué en la tarde y me voy mañana.

Se acercó a su madre y le dio un suave beso en la mejilla, más por formalidad que por cariño. Ella y su padrastro bebían un coctel mientras cuchicheaban de pie al lado de la chimenea. Anne Winthrop no era hermosa,

pero sabía aprovechar sus principales atributos: cutis blanquísimo, melena negra peinada a lo paje con un flequillo que le llegaba hasta los ojos, mandíbula cuadrada y ojos grises —los mismos que había heredado Brandon—, alta, delgada y en forma, no era una mujer de medias tintas.

Le estrechó la mano a su padrastro.

—La invitación era aquí, no en la cocina —fueron las palabras de su madre.

—Lo siento —contestó, contrito—, tenía que ver a la señorita Selma primero.

Parker Winthrop le ofreció un trago para antes de la cena, que Brandon declinó.

—No le prestes atención —le dijo el esposo en cuanto ella se alejó para ordenar que la cena fuera servida y luego se sentó junto a Nathan y Mathew—. Está molesta porque no fue portada en la revista *Belleza y estilo* de este mes.

—¡Qué tragedia! —exclamó Brandon con sarcasmo.

Parker era un hombre que pronto cumpliría los sesenta años, alto, delgado, de cabello canoso y ojos azules, llevaba casado con su madre más de diez años. Se mantenía en forma jugando al tenis, de hecho, Brandon jugaba con él algunos domingos en el club.

—¿Estuviste en la final del Abierto?

Brandon se refería al Abierto de Tenis de Estados Unidos que se celebraba a finales de agosto y la primera semana de septiembre.

—Sí, ¿viste el partido? —contestó Parker.

Le sonrió a su padrastro mientras más allá su madre reía de algo que comentaba Nathan. La señora Bruce entró al salón para anunciar que la cena estaba servida.

—Venganza pura por lo ocurrido en el Roland Garros, Djokovic no iba a permitir que Nadal se alzara con el triunfo —contestó Brandon mientras caminaban por el pasillo hasta el comedor.

Nathan estudiaba Análisis de Negocios en Northwestern y vivía en la casa —le gustaba demasiado la buena vida para vivir lejos del hogar en ese momento—, era tan alto y acuerpado como Brandon, el cabello castaño como el de su padre, ojos risueños, oscuros y mirada inteligente que escondía bajo una actitud relajada e indiferente. En apariencia no se tomaba el mundo en serio y Brandon no sabía la razón.

Mathew cursaba segundo año en Harvard, desde el verano no lo veía. Era el más parecido a su madre, a excepción de los ojos, el cabello oscuro liso,

alto y mucho más delgado que los mayores. Le extrañó el motivo de la reunión, su madre no era asidua a invitarlos a todos, tendría que ser algo relacionado con la empresa. Parker se alejó para darle el brazo a Anne y Brandon fue con sus hermanos.

—Cuéntame, ¿qué te trajo hasta la cueva? —preguntó Brandon al menor en cuanto se sentaron a la mesa.

El chico levantó la mirada, miró a su hermano con afecto y señaló a su madre.

—Me dijo que me extrañaba.

Ambos soltaron la carcajada. Nathan se acercó.

—Es raro, espeluznante —intervino.

Con Anne nadie era capaz de adivinar qué pasaba por su mente, ni lo que la motivaba en cada acción de su vida. Brandon nunca bajaba la guardia con ella.

—¿Y Ryan? —preguntó Brandon. Apenas toleraba a su hermanastro. Lo consideraba una persona siniestra, circundada por un aura oscura.

—No fue convocado por su majestad —señaló Nathan, burlón. Era muy diferente a su hermano Mathew, siempre serio y circunspecto.

—Qué raro —observó Brandon. Su madre conocía su animadversión hacia él, pero le interesaba muy poco. Si había reunión familiar, Ryan llegaba con su sonrisa de tiburón. Se preocupó un poco más, si no lo había invitado, algo necesitaba de él, o de los tres. Esa reunión no traería nada bueno, años de experiencia en conocer a Anne se lo dijeron—. Siempre está en estas reuniones —dijo más para sí mismo.

Un mantel de lino irlandés cubría la mesa, sobre este se desplegaba el juego de vajilla importada que había estado en la familia por muchos años. Una de las empleadas sirvió la sopa, la conversación giró en torno a los deportes; al momento del plato fuerte hablaron de política, y para los postres el ambiente estaba relajado, menos para Brandon, que esperaba la estocada por algún lado.

Anne, que los miraba con celo de halcón, se notaba satisfecha de tenerlos en la mesa. Luego los invitó a tomar café en el salón. Cuando Nathan declinó la invitación y su madre dijo que tenía que hablar de algo, Brandon supo que no se había equivocado.

Como si los hermanos presintieran algo, se sentaron a lado y lado de Brandon en el sofá: un solo frente, como habían aprendido de niños.

—Quiero comentarles algo sobre la empresa antes de la reunión semestral

con los directivos.

—Te escuchamos, madre —expresó Brandon en tono tenso.

—El mercado de la joyería ha estado a la baja en el último semestre. El aumento de las importaciones se está llevando una gran tajada del mercado...

—Según mis reportes, el sector creció, no tanto como en años anteriores, hay que tener en cuenta la recesión, pero no he visto que esté a la baja, querrás decir que Joyerías Diamond está a la baja —aseveró Brandon.

Anne enrojeció.

—Leemos los reportes —intervino Nathan.

—North Trust sigue a la cabeza del mercado norteamericano —señaló Mathew que apenas había abierto la boca en la cena—, y con muy buenas ganancias.

—¿Y dónde me dejan a Tiffany&Co? —interrumpió Brandon, molesto.

—No estoy hablando de la competencia —apuntó Anne de malhumor—. En cuanto a nosotros, no sabemos si fueron los diseños, pero las ventas no se han recuperado, hay una obligación bancaria que suplir el otro mes y me temo que no se pueda reunir el dinero.

—Se pide un préstamo en otro banco —señaló Nathan como si fuera lo más obvio.

Brandon blanqueó los ojos y le dio una palmada cariñosa en la cabeza. Su hermano era un hombre muy inteligente, no entendía por qué a veces actuaba como un niño.

—¿De qué diablos te sirven las clases de Economía a las que vas? Si mamá está hablando con nosotros, es porque ya esa instancia está agotada. No observé nada raro en el informe del mes pasado, vi las ventas un poco bajas, pero nada alarmante.

—Brandon tiene razón —indicó Mathew.

—¿Y de dónde se va a sacar el dinero? —preguntó Nathan.

Brandon se levantó de la silla y caminó hasta la chimenea.

—¿No es obvio? —contestó el mayor con las manos en los bolsillos y sonrió con frialdad—. Necesita otra tajada de nuestro fideicomiso.

—No necesitas ser tan mordaz —intervino Anne, que le dispensó una mirada cargada de reproches—. Parker y yo solo hemos cuidado de la empresa.

—No lo has hecho muy bien, madre, y tú tampoco, Parker —dijo, señalando a su padrastro—. Me pregunto qué tanto tienes que ver con lo sucedido ¿No se te habrá ocurrido otra de tus flamantes ideas con el capital de

la empresa? ¿Ryan que tiene que ver con esta crisis?

—Mi hijo ha hecho lo que ha podido —adujo Parker, que se removió en la silla visiblemente incómodo—. Y no todas las transacciones en la bolsa son exitosas.

—Pero se supone que tienes la experiencia para evitar el perder dinero, “nuestro dinero” —protestó Nathan con firmeza. Nada quedaba del joven despreocupado de siempre.

—¿Qué obligación financiera es? —interrumpió Brandon a su hermano.

—La del Banco Mercantil —contestó Anne en voz baja.

Brandon miró a Nathan y a Mathew, ellos lo apoyaron con un gesto.

Se sentó de nuevo y cruzó una pierna mirando a la pareja con gesto punzante mientras su mente trabajaba a gran velocidad. Que lo jodieran si los dejaba salirse con la suya, meditó furioso, ya lo había hablado con sus hermanos seis meses atrás, cuando se presentó la misma situación, y ellos lo apoyaban.

—Vamos a hacer lo siguiente, madre —dijo en tono engañosamente suave, ganándose la atención de todos y mirándola con un brillo malicioso—. Si quieres otra parte del dinero que nos dejó papá, habrá que hacer ciertos cambios. Quiero a Ryan fuera de la empresa, yo ocuparé su puesto en enero.

—Pero si ni siquiera has terminado el máster —adujo Anne y juntó las manos como si estuviera rezando, lo que Brandon no se tragó ni por un segundo. Entonces buscó con la mirada el apoyo de sus dos hijos menores, pero los chicos King habían hecho un solo frente para apoyar a su hermano.

—Eso es un tecnicismo, me graduaré en mayo —dijo Brandon en ese tono arrogante que sabía muy bien cuando utilizar—. Ryan no le ha aportado nada nuevo a la empresa.

—Brandon —rogó Parker—, eso que dices es injusto.

—No, no lo es, y me parece bien que lo protejas, es tu hijo, pero ya está grandecito, él era el que debía estar aquí dándonos la cara para pedir el dinero. —contestó Brandon.

—Sabíamos que ibas a reaccionar así —refutó Anne.

—¿Y qué esperabas, madre? Es nuestra empresa, si necesitas ese dinero con urgencia, mis hermanos y yo te lo daremos, pero yo asumo el control de Joyerías Diamond —afirmó sin romper el contacto visual con ella—. Haré cualquier cosa para proteger nuestro legado.

—Insisto en que eres muy joven.

—Tengo tres años menos que Ryan, pero te aseguro que dos dedos más de

frente y mucho más sentido común, así que no te queda otra alternativa. O mis hermanos y yo nos iremos por las vías legales.

Percibió a su madre asombrada y quiso dejar la conversación allí. Les daría tiempo de asimilar la noticia, ya no estaban ante niños impresionables y ávidos de cariño, se enfrentaban a tres hombres hechos y derechos que lucharían por sacar adelante su patrimonio.

Brandon fue el primero en levantarse y lo siguieron sus hermanos, que dieron por concluida la reunión.

—Espero los términos del acuerdo, en mi correo mañana, de ser posible —fue la despedida de Brandon con la mano en el pomo de la puerta.

Anne lo miró furiosa, percatándose por primera vez de que el control de la joyería escaparía de sus manos. Sus hijos no serían nada complacientes.

Brandon se despidió de sus hermanos, no sin antes invitarlos a desayunar en su departamento, para hablar de lo sucedido y de los pasos que seguirían a continuación, y volvió a su departamento cercano a la universidad.

CAPÍTULO 5

Eva hablaba dos veces a la semana con su madre. A ella le hubiera gustado que su hija estudiara en Northwestern y así no habría salido de casa, pero el costo de la universidad estaba fuera de las posibilidades de la familia James. La beca completa la había logrado en St John's, una universidad con las mismas credenciales, y que no quedaba lejos, pero el viaje de ida hasta su casa era por lo menos de hora y media, y con los trabajos y exámenes, hacía dos meses que no visitaba a sus padres.

Llegó la noche siguiente de la fiesta, pensando en la reunión para estudiar con Brandon al otro día, y escuchó el timbre del móvil. Soltó el morral a un lado de la cama, se desabrochó la chaqueta y contestó el aparato.

—Hola, preciosa.

La voz de su madre le llegó como un cálido abrazo y por un momento, Eva quiso transportarse a su hogar. La imaginaba en la cocina o en la salita de estar, bordando concentrada o sembrando rosas en el jardín. Era una vida sencilla y valiosa.

—Hola, mamá. —Se acomodó en la cama en posición fetal.

—¿Cómo te fue en el examen?

—6.5 —dijo, desganada.

—¿Y eso es muy malo?

—Nunca había sacado esa nota, tendré que sacar sobre diez el resto de notas para mantener el promedio.

—Lo siento mucho, cariño, pero verás que lo lograrás, eres mi guerrera favorita.

Eva suspiró y sonrió al teléfono.

—Eso espero, mamá, ¿cómo está papá?

Su padre había sido dado de baja del ejército por una herida en la pierna que estaba en proceso de recuperación, y le costaba seguir los tratamientos médicos.

—Tu padre empezó una nueva terapia, por lo menos ha ido muy aplicado a cada sesión, esperemos que no se aburra. Además, en su tiempo libre está haciendo algunas reformas en la casa con la ayuda de Jack.

Jack era el novio de su hermana mayor, Helen, que trabajaba como auxiliar

de odontología en un consultorio del mismo condado. El joven era contratista de la construcción, su negocio estaba iniciando e iba muy bien.

—¿Cuándo vendrás a vernos?

—Mamá, tengo mucho que estudiar.

—Lo sé, por eso no nos hemos aventurado algún fin de semana, queremos darte tu espacio. Eso sí, no te puedes perder Acción de Gracias. Creo que tu hermana se va a comprometer.

Eva se sentó en la cama. Helen se merecía todo lo bueno que la vida le pusiera por delante.

—Guau, ¿en serio?

—Tu papá algo sabe, pero no he logrado que me diga nada.

—Déjalo tranquilo, a lo mejor Jack le hizo prometer que se lo callaría. Me alegro mucho.

Escuchó la risa limpia de su madre.

—Pero entre esposos no debe haber secretos.

Eva soltó la carcajada.

—Ay, mamá, no sabes cuánto te extraño.

—Yo también te extraño, cariño. Cuéntame, ¿hay algún admirador en el panorama?

Eva observó el techo de la habitación, el rostro de Brandon se materializó ante ella.

—No.

—Vamos, no me lo creo, eres hermosa e inteligente, debe haber por lo menos un chico interesado.

“No tan chico”, caviló Eva.

—Bueno, hay uno.

—¡Lo sabía! Háblame de él.

Eva le habló de Brandon de manera somera. No quería profundizar en el tema porque su madre no la dejaría en paz, y antes de que le sonsacara más cosas, le preguntó por el negocio. Ella le habló varios minutos sobre los últimos chismes de las personas asiduas al local. Le habló de los bordados en los que trabajaba (era experta en punto de cruz), y del concurso que organizaría con las señoras de la parroquia. Eva empezó a bostezar y se despidieron, no sin hacerle prometer que los visitaría un fin de semana antes de Acción de Gracias. A los pocos minutos de haber colgado, llegó Janeth con una sonrisa que hacía meses no le veía y una caja de pizza que enseguida le abrió el apetito.

—¡Me llamó Steve!

Eva se sentó en la cama.

—Ni se te ocurra volver con él, el tipo es maquiavélico.

Ella se acomodó en la cama en posición de loto como si fuera a meditar.

—No, me di el gusto de mandarlo al infierno, no te preocupes. Creo que lo voy superando. Hoy hablé con Amy. —Janeth se refería a su prima que estudiaba tercer año de Derecho y que tenía una agenda más ocupada que la de Eva—. Le recordé la fecha de nuestra salida de cumpleaños.

—Bien. —A Eva le gustaba Amy y aunque no le hacía mucha ilusión la salida, se dijo que una fiesta no le haría ningún daño.

Eva se levantó y se acercó al mueble del DVD.

—No voy a abrir más libros por hoy. ¿*Friends* o *Grey's Anatomy*?

—Definitivamente *Friends*.

Al día siguiente, Eva se presentó en el edificio de departamentos donde vivía Brandon King, una torre de doce pisos a cinco minutos en auto desde la universidad. La recepción era sobria y elegante. El portero la anunció y luego en el ascensor se puso un poco nerviosa, nada quedaba de la chica descarada de la partida de billar. Se había puesto un jean, una blusa azul cielo y mocasines. No puso mucho énfasis en maquillaje o perfumes, no quería dar una imagen equivocada y que él pensara que se había arreglado a propósito.

En cuanto salió del ascensor en el penúltimo piso, vio a Brandon que la esperaba en la puerta del departamento. Llevaba unos *jeans* desteñidos y una camiseta con el logo de la universidad. Su sonrisa descarada le ocasionó un vuelco en el estómago.

—Hola.

—Hola, Eva James, me alegra que hayas venido —dijo en un tono que hizo que Eva quisiera salir corriendo y a la vez devolverse para esmerarse más en su arreglo personal. Su intensa mirada amenazaba con chamuscarla, la conexión era evidente, se obligó a dirigir sus ojos a otra parte para no quedar mirándolo boquiabierto.

Él la invitó a seguir el apartamento.

—Dame la mochila.

—Puedo con ella —contestó, tranquila, y la dejó en una silla.

Recorrió con la vista el lugar, no era muy grande, una sala cómoda y ordenada, un comedor redondo y más allá la cocina. Al fondo vio dos puertas

que dedujo eran el baño y la habitación. Tenía pocos cuadros y adornos, un televisor grande coronaba la pared frente al sofá, sobre un estante de películas.

Brandon abrió una puerta plegable que ella creyó era una pared de madera, y que conducía a un estudio, con escritorio y biblioteca. La invitó a entrar.

—Muy bonito lugar.

—Gracias.

Brandon no podía dejar de mirarla, y tendría que dejar de hacerlo o la chica se asustaría. Estaba preciosa, su mirada celeste era aprensiva, el jean le marcaba las curvas en los sitios adecuados y el cabello lo llevaba suelto, un sutil aroma a champú llegó hasta él cuando pasó por su lado. No llevaba maquillaje y no lo necesitaba.

—¿Deseas tomar algo?

—Una soda estaría bien.

—¿Normal o de dieta? —preguntó camino a la cocina.

Eva blanqueó los ojos.

—Normal.

En cuanto él volvió, ella ya había desplegado un par de libros sobre el escritorio, así como su computador portátil. Fue rápida, pensó él, no quería charla insustancial, pero no perdería la oportunidad de saber de su vida ahora que estaba en su casa.

—Toma —dijo, tendiéndole el refresco en un vaso y acercándose a la biblioteca, de dónde sacó un libro—. Aquí hay muy buenos ejercicios para que le des un enfoque un poco diferente al trabajo y que también te ayudarán en el próximo examen. ¿Preparada?

—Sí.

Pasaron la siguiente hora en medio de ejercicios sobre variables financieras en diferentes empresas. Eva observaba de tanto en tanto el rostro de Brandon, que le explicaba la influencia del entorno macroeconómico de una de las empresas estudiadas, tenía una cicatriz en la parte superior de la ceja, ¿cómo se la habría hecho? Le gustaba la línea que dividía su mentón, ya sombreado a esa hora de la tarde. Él sonrió con picardía, como si hubiera adivinado sus pensamientos, ella se sonrojó y volvió a prestarle atención durante un rato más.

—Tiempo. —Brandon se levantó de la silla—. Tengo hambre. ¿Ordenamos una pizza?

Eva miró el reloj, en dos horas tendría que estar en el Club Madison, un

bar en el que trabajaba de mesera dos veces a la semana.

—No creo que me alcance el tiempo, tengo que estar en dos horas en el trabajo y todavía falta tema.

Brandon frunció el ceño en actitud curiosa.

—¿Trabajo?

—Sí, no todos nacimos en cuna de oro. Tengo que trabajar para ayudar con mis gastos.

Brandon le lanzó una mirada dura.

—¿Siempre has sido tan prejuiciosa?

—No puedo ser tan ingenua, en la universidad tienes tu reputación, he visto cómo eres con las mujeres y antes de que batas palmas porque pienses que sigo tus pasos, déjame decirte que escucho hablar de ti con frecuencia.

—No tengo la culpa de haber nacido en cuna de oro como dices y no sabes si trabajo o no —contestó él, cortante. No iba a justificarse por tener ciertas ventajas—. No deberías creer todo lo que escuchas o malinterpretar todo lo que veas.

Ella le tocó el brazo y una energía subió por su mano. Interrumpió el contacto enseguida.

—¿Tú has trabajado?

—Sí, desde joven he trabajado en el negocio de la familia, este último año no con la frecuencia que debiera por la carga académica, pero a partir de enero estaré a jornada completa.

—Mil disculpas si te hice sentir mal —suavizó el tono—, yo trabajo los martes y los jueves como mesera en el Madison, ¿sabes dónde está?

—Sí, es el lugar favorito de mis compañeros de fraternidad.

El lugar donde los chicos de la universidad iban a ligar, había ido en varias oportunidades y nunca la había visto.

—¿Hace mucho trabajas allí?

—Apenas este semestre, antes trabajaba en la cafetería de Molly.

Brandon sacó el móvil y marcó un número.

—Los mejores panqueques de los alrededores, hace tiempo que no voy. ¡Hola, Tonino! Bien, bien, una pizza, ¿de qué la quieres? —le preguntó—. ¿Vegetariana? ¿Carnes?

—Carnes y reborde de quesos —capituló ella.

Eva volvió al libro y estudiaron otro rato, hasta que media hora después se escuchó el sonido del interfono. Brandon se levantó con paso ágil y habló con el portero para que dejara subir al mensajero. Eva recogió los libros y guardó

el ordenador, dando por concluida la jornada de estudio. En media hora tendría que irse.

Brandon llegó con la caja grande de pizza, platos y servilletas. Le pasó otro vaso con refresco. No se parecía a ningún otro chico que hubiera conocido, tenía modales, era atento, ¿quién diablos servía hoy en día un refresco en vaso de vidrio o no comía directamente la pizza de la caja?

—Háblame de ti —pidió Brandon, sacando una porción de pizza y poniéndola en el plato.

Eva bebió otro sorbo de refresco. El olor a queso, carnes frías y especias saturó el ambiente y le hizo rugir el estómago, recordó que solo había comido un triste sándwich a media mañana, se moría de hambre.

—¿Qué quieres saber?

—Generalidades, para empezar —dijo Brandon con aire indiferente antes de darle un buen mordisco a la pizza—. ¿De dónde eres?

Ella meneó la cabeza.

—Soy de Evanston. Vivía con mis padres, mi padre está retirado del ejército, aunque ahora atraviesa una situación un poco complicada.

—¿Por? —preguntó en un tono suave, íntimo, limpiándose la boca con una servilleta que resultó ser de tela.

Eva soltó el pedazo de pizza en el plato y tomó una servilleta repitiendo el gesto de él.

—Fue herido en una misión en Afganistán y ha sido algo difícil la recuperación.

—Lo siento. Espero que se recupere pronto.

—¿Por qué vives solo si tu familia es de aquí?

El rostro de Brandon se ensombreció. Y se masajeó las piernas con las manos.

—Digamos que en mi casa no es que se respire el calor de hogar. —Pensó en la señorita Selma y se dijo que estaba siendo injusto—. No me siento cómodo, vivo solo desde el último año de escuela.

Eva pudo captar cierta nota de dolor en lo dicho por Brandon.

—Eso es triste.

Se sentía mal por él, aunque no debería, era rico, guapo y por lo que sabía, buen estudiante; sin embargo, algo en su tono de voz y en su mirada la atrapó y se sintió conmovida.

Brandon sacudió la cabeza como si le sorprendiera su simpatía, minutos atrás no le inspiraba mucho respeto a esa mujer y eso lo incomodaba.

—No es grave, Eva James, he tenido otras ventajas, tengo dos hermanos menores a los que estoy muy unido. ¿Tienes hermanos?

—Sí, una hermana mayor, que es auxiliar de odontología.

Mientras le contaba cosas de su familia, él se perdió de nuevo en sus facciones: las cejas eran delgadas y perfectamente delineadas, las pestañas eran largas, la mirada insondable, y esa manía de tocarse el lóbulo de la oreja, ya lo había hecho tres veces. Su aroma lo volvía loco y le inspiraba deseos de enterrar la nariz en su cuello. Le empezaba a molestar un poco la indiferencia con que lo trataba, a esas alturas cualquier otra mujer ya hubiera dejado patentes sus intenciones. Ella, aunque se sonrojaba y lo miraba con fijeza cuando creía que él no se daba cuenta, no parecía querer tener que ver algo con él. Por lo visto, lo dicho durante la partida de billar era cierto, le costaría mucho conquistarla, pero lo haría. “Dios, sus ojos tan azules”, pensó. Y sus labios, esos labios rojos naturales perfectamente pincelados por el creador. Un hombre podría volverse creyente al ver tanta belleza.

—Es la cuarta vez que te tocas el lóbulo de la oreja —le dijo en cuanto volvió a repetir el gesto.

Vaya, vaya, así que había observado su único tic, por lo visto estaba interesado y ella no sabía qué pensar. Le sostuvo la mirada unos instantes, era un hombre demasiado guapo y se sentía atraída, sería de tontos negarlo, desde sus exóticos ojos hasta la hendidura del mentón y el esbelto cuerpo. Era diferente a cualquier otro que hubiera conocido. La obligaba a reparar en cosas que antes no le hubieran preocupado. Y también sería de tontos involucrarse con él, una cosa era el coqueteo que no llevaría a ningún lado, pero lujuria, cruda y visceral, eso era algo mucho más difícil de manejar.

—¿Cuántos años tienes?

Él le regaló otra de sus sugestivas sonrisas.

—Los suficientes, no te meterás en ningún lio —aseveró, conteniendo una carcajada.

Necesitaba dejar de mirarlo, se levantó y observó los títulos de la biblioteca. No era muy grande, había varios libros de economía y finanzas, algunos clásicos y libros de cuentos, todos se notaban gastados por el uso. Le gustó que fuera lector, le parecía sexy.

—Te gusta la lectura.

—Puedo asegurarte que a algunos personajes que nacen en cuna de oro les gusta la lectura.

Ella le sonrió.

—¿Me lo vas a recordar cada tanto?

Él se acercó a ella y le habló al oído, lo que le ocasionó un escalofrío.

—Es tu día de suerte, preciosa. Cena conmigo el sábado y no volveré a tocar ese tema.

El tono de voz la recorrió de manera contundente, de pronto sintió una pesadez en medio de las piernas y soltó una risa nerviosa.

—Eres tan...

—Lo sé, guapo, atractivo, sugestivo...

Era todo eso y más, pero nunca se lo admitiría.

—Eres raro.

Él le sonrió abiertamente y ella tuvo el imperioso deseo de besarlo, ¿qué diablos le pasaba? Un hombre como él haría tiro al blanco a su corazón.

—Ah —la miró de manera astuta—, vamos a dejarlo en un sinónimo de cualquiera de esas palabras: increíble.

—Ya no eres raro, eres egocéntrico.

Él frunció los hombros y le regaló una mirada engreída.

—Dejémoslo en increíble ¿qué dices de la cena?

—Te llamaré.

—Bien.

A pesar de toda su palabrería, Eva se dijo que era todo un caballero, hasta que insistió en acompañarla al aparcamiento y vio el destartado Toyota Camry de por lo menos una década.

—Pensé que a las meseras de Madison les pagaban mejor, este esperpento es un peligro andante.

Ella levantó el dedo y le pidió silencio en un falso gesto de dolor.

—No sabes lo que acabas de hacer, has herido su susceptibilidad, este chico me ha acompañado por tres años a todas partes y no me ha dejado tirada en ninguna, a diferencia de un par de citas que he tenido.

—Has tenido mala suerte, Eva James, si sales conmigo nada de eso ocurrirá.

Ella estaba segura de eso, pero no le haría las cosas tan fáciles. Encendió el auto y con una risa lo enfrentó.

—No voy a cambiar a Robert.

—¿Robert? ¿Quién coño es Robert? —preguntó con el ceño fruncido y las manos en la cintura.

El auto ronroneó.

—Hasta la vista, Brandon King.

Sacó la mano por la ventana del conductor y se despidió con la mano. Por el espejo retrovisor vio que él se metía las manos en los bolsillos y seguía el auto con la mirada.

CAPÍTULO 6

El Madison estaba a reventar esa noche de jueves, había sido día de partido y el equipo de fútbol en pleno estaba acomodado en dos mesas. Habían perdido con una universidad estatal de un condado cercano, algunas de las chicas que rodeaban a los jugadores estaban sentadas en sus piernas, otros clientes estaban de pie. La música retumbaba por el lugar, difícilmente se podía sostener una conversación, los chicos o bebían o manoseaban. El ambiente olía a grasa y a pollo, las alitas *barbecue* que se servían eran famosas en la ciudad.

Eva iba de un lado a otro con una bandeja de bebidas, que descargaba en las mesas cada pocos minutos, con la precisión de una bailarina de ballet. Brandon la observaba desde un extremo de la barra. Ella aún no lo había visto, escudado detrás de una pareja, ante una jarra de cerveza. Frunció el ceño cuando vio a uno de los jugadores tomarla de la mano, la chica se soltó sin ser grosera o brusca, pero dándole a entender al joven que no estaba disponible. Llevaba el mismo jean ajustado de tres noches atrás, le hacía un culo increíble y él estaba seguro de que no era el único que lo había notado. Y la camiseta ajustada, con el logo del lugar en el pecho, se le veía muy sexy.

No lo había llamado, ni siquiera había quedado más para estudiar con él, algo que lo preocupó, en clase le había destinado una leve sonrisa y salido del lugar como alma que lleva el diablo, antes de que él siquiera llegara a la puerta. Así que había decidido coger el toro por los cuernos. Recordó que esa noche tenía turno.

Después de media hora de estar en el lugar, ella notó por fin de su presencia. Su mirada azul, envuelta en esas pestañas oscuras, e indecentes hasta para una chica, pasó de sorprendida a alegre mientras se le acercaba, pero enseguida mudó el gesto a uno serio. A él no le afectó, vio la sonrisa primero y eso fue lo único que le importó. Tuvo el impulso de levantarse de donde estaba y devorarle los labios con un beso.

—¡Vaya sorpresa! —exclamó por encima del murmullo de las voces y la música.

Él se dio la vuelta en la silla y quedó frente a ella, que dejó la bandeja en la barra y entregó varias comandas al tipo que atendía el bar.

—Estoy seguro de que me has extrañado. Así que aquí estoy, cariño.

Ella soltó una risa irónica y enarcó una ceja.

—¿Cariño? No soy tu cariño. En serio —Él desplegó su sonrisa rompecorazones, haciéndola reír—. ¿Eso te funciona?

—Estás sonriendo —refutó él, llevándose la bebida a la boca—, ya lo creo que sí.

Se puso seria de repente y observó cómo su garganta se movía de arriba abajo al pasar el líquido. Ver a Brandon con una camiseta negra que ajustaba su esbelto cuerpo; el cabello como si se hubiera pasado las manos por él miles de veces y le importara muy poco; su mirada gris, sexy y somnolienta; su sonrisa; escuchar su voz ronca y pecaminosa le alegraron la jornada, pero no lo admitiría ni bajo la más cruenta tortura. Aunque parecía que el muy petulante se había percatado. Eva no llevaba una buena noche, el auto se le había averiado en la tarde y no tenía dinero para enviarlo al taller, su padre lo recogería el fin de semana. Además de que apenas había dormido la noche anterior terminando un trabajo de estadística y había tenido clases todo el día.

—Si vienes a charlar, lo siento, mala noche, como ves estoy muy ocupada. —Tomó la bandeja.

Brandon se dijo que a lo mejor estaba siendo muy evidente, quiso decirle que era un sitio público y que la razón de su visita al lugar no tenía que ser ella necesariamente, pero su instinto le señaló que no era buena idea. Sin dejar de sonreír, le dijo:

—Tengo todo el tiempo del mundo. —Era fácil leer en su rostro: cansancio, algo de cabreo, impaciencia, confusión. En el mundo en el que Brandon se desenvolvía las mujeres enmascaraban sus verdaderas emociones, pero ella era como un jodido libro abierto. Carraspeó, incómodo—. Eva James, si te incomoda de alguna forma, solo tienes que decirlo y... este sitio no es que me entusiasme mucho, vine porque, en serio, solo quería verte.

Diablos, eso se había escuchado muy desesperado. Él había querido decir que había ido al lugar para hablar con ella, estar cerca. Pero esas tres palabras eran ciertas. Estaba loco por una oportunidad.

Ella quedó sorprendida por sus palabras y suavizó su expresión.

—No —dijo en tono tan bajo, que él tuvo que acercarse para escucharla por encima del ruido del lugar—, no me incomodas.

Tomó la bandeja llena de bebidas, se alejó de él y revoloteó como mariposa por todo el lugar entregando los pedidos. Él se puso a charlar con un par de chicos que se sentaron a su lado. Una hora después, pasó por su lado.

—¿No tienes unos minutos de descanso? —preguntó Brandon con el ceño fruncido.

—No, como puedes ver, el lugar está a reventar.

—¿A qué horas sales?

—Mi turno termina a las once, pero me iré con mi amiga Janeth que está allí.

Brandon miró su reloj, faltaba media hora para que la chica terminara el turno, observó a la joven que le señaló, la recordaba del día de la fiesta. En ese momento estaba con Justin, uno de los jugadores, que la besaba en un rincón. Se notaba que estaba pasada de tragos.

—Consejo de la noche que no me has pedido —señaló él, mientras daba otro sorbo, esta vez a un refresco. Ella levantó la ceja, sorprendida—. No la dejes ir con ese cabrón.

Eva miró para donde estaba su amiga y vio como Justin, sin ningún respeto, la tocaba, y negó con la cabeza.

—Ni siquiera le gusta, está pasando por un muy mal momento. No la dejaré, no te preocupes.

Se alejó de nuevo, fue a donde su amiga y le pidió que la acompañara al aseo. La chica se levantó, y el jugador de futbol, no muy contento de que le quitaran el caramelo, casi no la deja ir. Ya Brandon iba a levantarse, cuando vio a Eva imponerse ante el chico, aferrar a su amiga por la cintura y sacarla del abarrotado salón.

Diez minutos después, Eva se acercó a la barra y cruzó unas palabras con el administrador, alcanzó a escuchar que le pedía ausentarse desde ese momento. El hombre accedió de no muy buena manera. “Cabrón”, susurró Brandon para sus adentros.

Brandon pagó la cuenta y se levantó al tiempo que Eva volvía al interior del lugar por su amiga.

—Te llevo a casa —le dijo cuando pasó por su lado.

—No te preocupes, pediré un taxi —respondió ella, firme.

—¿Y tu auto?

—Robert está en reparación.

Brandon soltó la risa.

—Así que ese es el famoso Robert, me tuviste en ascuas tres días.

—¡Qué va! Mínimo fueron dos minutos antes de que cayeras en cuenta —dijo, con un gesto de impaciencia que enmascaraba preocupación por Janeth—. Mira, la charla está muy agradable y todo lo que quieras, pero debo ir por

mi amiga, tomaremos un taxi, tú debes tener cosas más interesantes que hacer.

Ella se tocó el lóbulo de la oreja por tercera vez en la noche y él se preguntó cómo se sentiría poder abrazarla, chupar ese lóbulo y decirle que no se preocupara por nada. Tenía la impresión de que era una mujer tenaz e independiente y no vería con buenos ojos cualquier gesto de macho de las cavernas proveniente de él.

—No, Eva, no tengo nada mejor que hacer, sé que eres una mujer capaz de solventar sola esta situación y cualquier otra. —Al ver el gesto enfadado que hizo ella, él levantó ambas manos para calmarla—. Lo admiro y lo respeto como no tienes idea. Estoy segurísimo de que lo haces fenomenal, te has empeñado en ello, pero déjame tener mi acto de caballerosidad de esta noche, no lo hagas por ti o por tu amiga, hazme ese favor.

Eva elevó las comisuras de la boca.

—Eres un jodido manipulador, eso es lo que eres —dijo ella, soltando una risa y dándole un codazo en las costillas.

—¿Necesitas mi ayuda?

—No creo, todavía puede caminar —dijo ella, molesta.

—Ok, vamos a hacer algo, no creo que el neandertal que está en el otro extremo —dijo refiriéndose al rollo de Janeth de esa noche— vea con buenos ojos que saquemos a su chica de aquí. Vamos a ir por la puerta trasera. ¿Te parece?

Ella afirmó con la cabeza y llevó a Brandon por un pasillo hasta una oficina, Janeth estaba acostada en un sofá frente a un escritorio pequeño. Eva se acercó para despertarla y la chica sonrió tan pronto los vio.

—¡Tú! —dijo en cuanto vio a Brandon.

Eva se tensó. Él ayudó a levantar a la chica y la mantuvo sujeta a su cuerpo, mientras la otra tomaba su mochila y apagaba la luz del lugar.

—Abrígate, hace frío —dijo Brandon.

Era la segunda semana de octubre, el otoño ya se aposentaba en las calles. Eva se puso el suéter de sudadera que llevaba. En el trayecto al auto de Brandon, Janeth lo miraba y se reía.

—Te buscamos en Google.

—¡Janeth! —exclamó Eva, sonrojada—. Cierra el pico.

En el rostro de Brandon apareció una sonrisa.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Te llaman el rey de diamantes. Ay, no me pellizques —balbuceó Janeth, mirando a Eva de mala manera—. Dijiste que estaba bueno y follable,

y que sería un buen prospecto para salir este año de la sequía.

“Tierra, trágame y escúpeme en el otro lado del mundo”.

—¡Cállate, Janeth! —exclamó Eva, mortificada como nunca en su vida.

Brandon abrió la puerta de su auto sin dejar aflorar la sonrisa en su rostro. Acomodó la chica en el asiento trasero, mientras Eva por la puerta del otro lado le ajustaba el cinturón de seguridad.

Luego le abrió la puerta del auto a Eva para que se acomodara en la silla del copiloto. Se acercó para ajustarle el cinturón de seguridad.

—Puedo sola —adujo ella de no muy buen modo.

A Brandon nada le agriaría el talante después de escuchar a Janeth, recordó el dicho: “Los niños y los borrachos siempre dicen la verdad”. Puso algo de música y la letra de una canción de Bruce Springsteen llenó el silencio, por el espejo retrovisor observó que Janeth parecía en coma.

—Así que follable —señaló con sorna.

Se rascó la barbilla y negó con la cabeza varias veces. Eva no respondió y fijó sus ojos al frente, su sonrojo era... adorable, la repasó de reojo. A pesar del semblante fatigado y de su ropa poco elegante, era una mujer que marcaba la diferencia, tan distinta a las que frecuentaba. Tuvo ganas de acariciar el mechón de cabello que bailaba en su mejilla, de acercarse, besarla y tocarla. Carraspeó, incómodo, y aferró más las manos al timón.

—No tiene idea de lo que habla, siempre dice barbaridades cuando ingiere licor, no lo tengas en cuenta.

—Al contrario, James: “Los niños y los borrachos siempre dicen la verdad”.

“Voy a matar a Janeth y con mis propias manos”.

Ya el hombre sabía que por lo menos lo encontraba atractivo. No iba a darle el gusto de sentirse mal por eso.

—¿Podemos dejar el tema de lado? —preguntó digna.

“No, no, no, no, no te vas a ir por las ramas, sé que la atracción es mutua y además no te veo como una cobarde”.

—No tiene nada de malo admitir que te gusta alguien.

Brandon pisó el freno al llegar a un semáforo en rojo. Las calles estaban desiertas.

—No tengo por qué admitir nada —dijo ella con los dientes apretados—. No te conozco, nos hemos visto un par de veces, ya déjalo.

—Creía que eras de las valientes.

Eva volteó el rostro, exasperada al escuchar el tono condescendiente, y la

diversión en su voz.

—Soy una mujer valiente y eso no tiene nada que ver con hacer tonterías. Estás muy mal de la cabeza, Brandon King, y si no dejas el tema, serás un gilipollas.

Brandon se quedó mirando a Eva durante unos instantes con un brillo divertido en sus ojos, y luego esbozó esa sonrisa provocadora mientras bajaba la mirada a sus labios.

—Me haces trabajar... —Capturó el labio inferior entre los dientes y de nuevo la miró a los ojos antes de poner, otra vez, el auto en marcha en cuanto la luz cambió a verde. Volteó en la siguiente esquina—. Aunque si lo piensas bien, yo sería un buen candidato para que des fin a tu sequía.

Eva resopló, negando con la cabeza, molesta por las sensaciones que la asaltaron ante el escrutinio de Brandon. Se dijo que tendría la última palabra en ese encuentro o dejaría de llamarse Eva James. Si Janeth no estuviera en la parte trasera del auto, con una borrachera de órdago, se bajaría así fuera con el auto andando.

—Creo que no... ¡Eh, espera! ¿De verdad estamos discutiendo sobre esto? Lo que me faltaba para completar una jornada genial.

—Es demasiado bueno para dejarlo pasar. Lo siento.

Le sonrió. Ella se removió incómoda en su asiento.

A Eva nunca se le había hecho tan larga la distancia del club al dormitorio de estudiantes y eso que el trayecto no duraba más de diez minutos. Pasaron de largo un centro comercial, de esos que hay en cada esquina de cada ciudad del país, con restaurantes, taquerías, lavanderías y salones de belleza.

—No me voy a acostar con nadie en mi último año de universidad —sentenció, categórica.

—No es lo que afirma la chica de atrás que deseas hacer. ¿Qué coño tiene que ver el año?

Janeth soltó un eructo, Eva no podía estar más avergonzada, aunque quisiera.

—Es el año con más carga académica y además tengo que trabajar, por si no te diste cuenta. No tengo tiempo para entablar una relación.

—La carga académica siempre va a estar ahí, luego esa excusa es muy pobre, el chico con el que salgas tiene que entender que tienes una vida y responsabilidades. Además, serías una excepción en St John's.

—Deduzco que en ese campo no has tenido mayores problemas. Me imagino que tú eres ese espécimen perfecto que va embaucando chicas con su

aura de pobre niño rico. ¿Debo sentirme halagada? —Su tono de voz era escéptico, trató de disimular su hostilidad—. Qué afortunada soy —concluyó con sarcasmo.

—Me tengo confianza —la miró, evaluándola, por lo visto con su comentario había herido su susceptibilidad, pero eso no le daba derecho a prejuizarlo.

—¿En serio crees que eres tan irresistible como para que decida darte una oportunidad?

—Sí.

Eva supuso que estaba jugando con ella.

—Guau, no sabes lo halagada que me siento —dijo en tono de voz que evidenciaba lo contrario. Los comentarios de Janeth habían herido su orgullo, estaba furiosa, vulnerable y tomó la vía de los cobardes—. Te voy a ahorrar un montón de tiempo. No estoy interesada en alguien como tú. Así que haznos un favor y encuentra a alguna de esas chicas fan del club King. No creo que tengas mayores problemas.

—¿Crees que sabes algo de mí porque me buscaste en Google? Has decidido que me conoces porque un montón de personas, que no tienen idea de quién soy, hablan de cosas que desconocen totalmente. ¿Quién es la arrogante aquí? Me condenas sin oportunidad de defensa.

—No hablas en serio...

—Reitero, eres prejuiciosa y arrogante.

—Llegamos —anunció Eva, que ya iba a bajarse del auto, pero Brandon le aferró el brazo.

—Me miras, en clase, no dejas de mirarme.

—Sueñas...

—No, a pesar de que desdeñas quién soy, te gusta lo que ves.

—No sé de qué hablas.

Brandon sonrió.

—Mentirosa. Te quedas mirándome y luego cuando te das cuenta de lo que haces, te escondes en tus apuntes, luego empiezas otra vez.

—Estás loco.

La negativa de Eva lo calentaba, era más satisfactoria esa tonta discusión que el sexo con cualquier chica hermosa de la universidad, así su conducta quisiera ofenderlo.

—¿Tú crees? —Su mirada se deslizó a sus labios, se imaginó besándola y pegándola contra él—. No creo, veo a una niña que no tiene las agallas de

enfrentarlo.

Eva se soltó, Brandon era el primer hombre que la intimidaba, ni siquiera Tyron la hizo sentir así, su cálida mano le quemaba el brazo. Su apostura, la comodidad que emanaba, en muchas cosas era igual a Tyron y como él, le rompería el corazón. Se bajó de manera apresurada del auto, y abrió la puerta de Janeth.

—Vamos, chica, despierta —dijo en voz alta

—Dime dónde te quedas y yo la subo.

Quería despacharlo enseguida, pero Janeth era peso muerto.

—En el edificio Boston, el segundo a la izquierda, primer piso.

Brandon alzó a Janeth sin esfuerzo, Eva se adelantó para mostrarle el camino. Sus pasos se estrellaban con las hojas caídas de los árboles ocasionando un susurro suave. En cuanto Eva abrió la puerta de la residencia, Brandon llevó a Janeth hasta el sofá, donde la acomodó con gentileza.

—Dale algo de líquido y dos ibuprofenos o mañana no tendrá cabeza.

Eva lo acompañó a la puerta. Estaba turbada y no quería que él se diera cuenta.

—No, no tendrá cabeza porque se la arrancaré en cuanto te vayas —soltó un largo suspiro y se miró la punta de los zapatos—. Gracias.

—Piensas muy mal de mí...

—Lo que yo piense no tiene por qué afectarte.

—Pero me afecta.

Brandon no dijo nada más y salió de la estancia. Supo, a medida que se alejaba de ella, que Eva no dejaría las cosas así. No se equivocó.

CAPÍTULO 7

—¿Has escuchado algo de lo que acabo de decir?

Janeth negó con la cabeza, estaba pálida, ojerosa y su cabeza palpitaba al ritmo de su corazón.

—Dame un respiro, mi última esperanza es que el café de Molly me devuelva al mundo de los vivos —dramatizó—. Si eso no ocurre, puedes quedarte con mi saco de cachemir rosa.

—Me quedaré con tu saco de cachemir como pago por lo que me hiciste pasar anoche.

—No recuerdo nada de lo que me cuentas —adujo, fingiendo indiferencia.

Era viernes por la mañana, faltaba una hora para clase y entraron a su cafetería favorita. El lugar estaba repleto, el olor a café y a bollos calientes se paseaba por la estancia, haciendo que sus estómagos gruñeran. Eva ignoró el comentario de su amiga y siguió con su diatriba mientras hacían fila para ordenar.

—Solo a ti se te ocurre decirle que yo lo consideraba follable, esa es la máxima traición a una amiga.

Janeth la miró confundida.

—Pensé que una máxima traición sería meterse con el ex de una amiga, eso sí sería grave. Decir la verdad no es traición, es un simple empujón.

Eva blanqueó los ojos. Ella no necesitaba un empujón y menos con él.

—No trates de confundirme. Le dijiste que era el candidato perfecto para terminar mi sequía —farfulló Eva entre los dientes, más furiosa a medida que recordaba lo ocurrido.

—¿Y? Es el candidato perfecto —ratificó—. Perdóname que te lo diga, pero tu dieta de desintoxicación de Tyron Sucker ha durado bastante.

Eva negó con la cabeza.

—Dime algo contra él.

—El tipo es un imbécil. Se hizo publicidad.

Janeth extendió las cejas, una sonrisa estiró sus labios.

—¿Te mostró el paquete?

—No, cómo se te ocurre —contestó espantada mientras llegaba su turno a la caja registradora. Pidió dos cafés y dos bollos de canela.

—Tú pagas —sentenció Eva—, eso, más el suéter, y lo pensaré si te vuelvo a dirigir la palabra en un futuro cercano.

Janeth sacó el dinero, canceló el total de la cuenta y luego esperaron un par de minutos mientras llegó el pedido antes de dirigirse a una de las mesas que una pareja acababa de desocupar.

—No entiendo cuál es el problema —continuó Janeth—, le gustas, te gusta, está buenísimo... ¿Piensas que va a ocurrir lo mismo que sucedió con el cabrón de Tyron? Claro, ya entiendo tu reticencia a involucrarte con él. Temes que te pase lo mismo.

—No es eso, simplemente no tengo tiempo para los de su clase —dijo mientras endulzaba la bebida,

—¿Los de su clase? Suenas como una anciana... ¿Sabes lo que dicen de las dietas de desintoxicación? Pierden efecto si las haces durante mucho tiempo. —dijo Janeth—. Has despertado su interés. Haz que se lo curre. A los tíos les gustan los retos. Date la oportunidad de conocerlo.

Eva resopló.

—No necesito entablar una relación para conocerlo, para eso está Google. Ese hombre es todo un cliché.

Eva revolvió con una pajita el azúcar de la bebida.

—¿Cliché de qué? ¿De blog de farándula? ¿De revista del corazón? ¿De novela romántica? Te atrae y punto, no le des más vueltas. Esa clase de hombres existen por una razón, que son el mínimo porcentaje, ni modo, mira alrededor y dime si hay en este lugar alguno con esa característica, ese factor X que los hace especiales. El tipo se fijó en ti y mírate, eres preciosa y con más de dos dedos de inteligencia, por lo que me cuentas, anoche se portó bien, como un caballero contigo, y conmigo, si debo agradecerle algo.

Eva se había negado a darle detalles de la tonta discusión que habían tenido.

—Es un arrogante, dejémoslo ahí.

Eva estaba bastante mortificada, no volvería a estudiar con Brandon, buscaría algún otro tutor, o tutora, mejor. En cuanto Janeth sorbió el café su rostro cambió de color.

—Creo que moriré —se quejó.

—Consecuencias del tequila —la reprendió Eva.

—Sí, ya lo sé, pero esta noche hay una fiesta...

—Ni lo sueñes, conmigo no cuentas, tomaré hoy otro turno en el Madison.
—Sorbió de la bebida, quemándose la lengua en el proceso—. Por lo demás, lo único que le abono a Brandon de todo lo que me hiciste pasar anoche es ayudarme a librarte de las garras de Justin.

—Gracias, pero a lo mejor no quería librarme —admitió mientras ponía el panecillo de canela en el plato de Eva. Se refregó los ojos y ahogó un bostezo.

—Perfecto, lo tendré en cuenta para la próxima vez que un jugador mala leche y de mala fama te esté manoseando en un rincón a la vista de todo el mundo. Vamos, ni siquiera te gusta, y es muy pronto para involucrarte con alguien. Acabas de dejar a Steve hace tres semanas.

—¿Quién habla de involucrarse? —Janeth le guiñó un ojo a Eva.

—Entonces querías sexo por venganza. El ridículo que hice anoche por lo visto fue por nada.

Janeth se quedó callada unos momentos y sorbió la bebida. Eva miró el reloj, en unos minutos tendría que levantarse para ir a clase.

—Gracias —admitió Janeth.

—De nada, tendrás que hacer la colada de por lo menos dos semanas.

—Eres cruel. Espero que para mi fiesta de cumpleaños se te haya pasado el enfado.

—Veremos. Ya sabes, ahora debo ir a clase.

El fin de semana, Eva estuvo casi todo el tiempo en la biblioteca. Entraba a clases con el grueso de estudiantes y como el salón tenía la distribución de un pequeño estadio, se sentaba en las gradas superiores cercanas a la puerta, evitaba mirarlo, fingía que él no estaba allí y en cuanto sonaba el timbre salía disparada. Aunque tampoco era que él hubiese hecho el intento de contactarla, ni mucho menos. El trabajo de investigación avanzaba y gracias a Dios, con la bibliografía que le había dado, no había tenido mayores tropiezos.

Deseaba olvidarse de la discusión, pero a medida que pasaban los días, más le importaba lo equivocado que él estaba sobre ella, lo que la llevó a cuestionarse si no había sido también muy dura con él. Brandon tenía razón, se dejó llevar por las apariencias y por lo ocurrido con Tyron. Eva no se consideraba una persona prejuiciosa, era precavida. En cuanto le entraban las ganas de buscarlo y explicarse, se reprendía por considerarlo, ella no le debía ningún tipo de explicación de su visión del mundo, y, además, eso no entraría en su dura cabeza sin una abducción, era un ególatra y ridículo.

Pasaron otros días más hasta que se convenció de que el que la estaba evitando era él. Brandon dejó de acompañar al profesor Anderson en las

siguientes tres clases, y no era que las estuviera contando, ni mucho menos. Ni siquiera se lo encontraba en el campus, era como si hubiera desaparecido. Tuvo la retorcida idea de que estaba jugando con ella, cuando escuchaba comentarios aquí y allá, de las fiestas en las que había hecho acto de presencia o de que estaba ejerciendo de tutor para otros estudiantes en las oficinas destinadas para ello. Quería hablarle, recriminarle no sabía qué. Acumulaba una serie de sentires encontrados, ganas de experimentar algo que no sabía qué era, se llenó de suposiciones y aunque odiara admitirlo, el muy hijo de puta la inquietaba y mucho, odiaba sentirse locamente atraída por él, odiaba que la vulnerabilidad hubiera vuelto a ella como una jodida enfermedad. Eva no era una persona que le dedicara mucho tiempo a las inquietudes emocionales. Necesitaba enfrentarlo y lograr la paz que él le había arrebatado.

Atravesó el campus y se dirigió por el pasillo hasta la oficina donde se hallaba el cubículo de Brandon. No sabía si lo encontraría, pero la idea de hacerle frente, ya fuera para reprenderlo o disculparse, la aliviaría enormemente o por lo menos le borraría esa desazón que no la dejaba estudiar en paz. Al llegar al cubículo este estaba vacío. Envalentonada, le dejó una nota:

“Necesito hablar contigo. Eva”.

Esperó verlo aparecer en el Madison el martes siguiente, o a lo mejor ella deseaba que él apareciera. La decepcionaba que se hubiera dado por vencido tan pronto, luego fue toda una sorpresa, el jueves, al finalizar su turno de trabajo, encontrarlo a la salida del club, recostado en el capó de su auto. Habían pasado dos semanas desde de la “noche de la vergüenza”, como la llamaba ella.

—Hola.

Eva soltó una risa nerviosa. “Maldita sea”, caviló al verlo con sus jeans claros y un suéter negro acompañado de una chaqueta de cuero doblada en el brazo, todo en él gritaba buen gusto. “Es sexy”. Su malgenio había menguado y otra sensación le tocó la piel del alma. Farfulló un saludo sintiéndose mal arreglada, estaba segura de que olía a cerveza, ya que uno de los clientes del bar había regado, no supo si accidental o adrede, la bebida en su pecho, pero él había ido a buscarla y el cerco con el que se protegía se tambaleaba ante su semblante atractivo y su sonrisa cálida.

Brandon la observó de reojo, la notaba agotada y se ofreció a llevarle la pesada bolsa.

—Yo puedo sola, gracias.

—Yo lo sé, simplemente noto que el hombro te va a llegar al piso.

Fue un alivio para ella darle la bolsa. Caminaron uno al lado del otro, su largo cabello rubio le caía desordenado en la espalda. Como embrujado, Brandon, observó en ese momento que la brisa lo despeinaba. Parecía que a Eva no le importaba el vaivén de su cabello según la dirección del viento, cuando le cayó sobre los ojos lo retiró con suavidad y se hizo un moño rápido que al final amarró con un caucho que llevaba en su muñeca. Los movimientos llevaban a sus fosas nasales el aroma que lo tenía loco.

—Recibí tu nota y aquí estoy, ¿de qué necesitabas hablar conmigo?

Viéndolo allí frente a ella, seguro y tranquilo, le pareció una estupidez haberle dejado esa nota. Carraspeó y se aclaró la garganta.

—No me he portado bien contigo y siento que te debo una disculpa. Te medí con el mismo rasero del chico con el que salí el año pasado y no fue justo, no te conozco. Pero, aclaro, eso no quiere decir que no te considere altivo.

—¿Quieres comer algo?

El estómago de Eva gruñó ante la propuesta, no había comido nada desde el mediodía en que había merendado en una de las cafeterías del campus.

—El restaurante de Tony está a media cuadra. Hacen las mejores hamburguesas en kilómetros.

Eva se tocó el lóbulo de la oreja. Parecía reacia a aceptar la invitación de Brandon, pero igualmente se resistía a irse. Al final hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

Brandon se quedó callado unos instantes.

—¿Cómo vas con el trabajo? ¿Has adelantado algo? Le podría echar una ojeada antes de la fecha de entrega.

—Eso sería muy amable. Estos han sido días locos, básicamente vivo entre el Madison, el campus o durmiendo y estudiando. ¿Estoy disculpada?

—El último año es así. La buena noticia es que el tiempo pasa, no tan rápido como quisieras, pero pasa. Al final de la cena te diré si estás disculpada.

Entraron al restaurante. Debido a la hora el lugar no estaba tan lleno y cerraba tarde, luego tendrían tiempo para ponerse al día sin afanes. Ordenaron dos hamburguesas grandes con doble ración de papas y soda. Siguieron hablando de estudio un rato.

—Debes tratar de divertirte, no todo tiene que ser trabajo.

—Estoy bien con el trabajo. —Eva se encogió de hombros con la actitud

de la persona que hace lo que tiene que hacer, sin excusas o lamentos, y eso le gustó a Brandon—. Mi cuota de locuras está copada.

—¿Cuántos años tienes? —Se rascó la barbilla.

—Veintidós.

—¿No eres muy joven para pensar así?

—No.

—¿Cuál es la mayor locura que has cometido en tu vida?

Ella sonrió, su primera sonrisa de la noche, y a Brandon algo le caldeó su pecho, quiso ver ese gesto en su rostro más a menudo.

—Reserva del sumario.

—Aunque la verdad, no te veo haciendo locuras.

Ella sonrió con picardía.

—Hay muchas cosas que no sabes sobre mí.

Eva se sorprendió, estaba flirteando con él.

—Supongo que tienes razón —admitió él, sus ojos parpadearon alegremente—. Quizá deberíamos cambiar eso.

La mesera llegó con los platos de hamburguesas. El olor a carne y papas fritas saturó el pequeño espacio. Eva agregó salsa de tomate y mostaza a la hamburguesa. Brandon, salsa barbecue. Se dedicaron a comer en relativo silencio sin sentirse incómodos el uno con el otro.

—Así que quieres conocerme más —aventuró Eva.

“De manera literal y figurada”, caviló Brandon. Todo lo relacionado con Eva le inspiraba una viva curiosidad ¿Por qué no hablaba sin ton ni son? ¿Por qué no coqueteaba con él como cualquier otra mujer que conocía? Por primera vez en su vida, quería de esta mujer lo que obtenía fácilmente de cualquiera, pero a la vez, el no obtenerlo era lo que la hacía atractiva e intrigante a sus ojos, y eso era una jodida paradoja. Le gustaba su manera de retarlo y su humildad al pedirle disculpas. No había sentido el deseo de conocer a una mujer como deseaba hacerlo con ella. Se fue por un tema fácil.

—¿Por qué Finanzas?

Eva se encogió de hombros y le dio un sorbo largo a su bebida.

—Me apasionan los números desde pequeña. Nos referimos a ellos como simples signos gráficos que nos manejan la vida, pero si te das cuenta, la gente se divide en su manera de relacionarse con los números. Es una relación emotiva, los amas o los odias, pero no puedes pasar de ellos.

—De niño los odiaba, se me dificultaban mucho —manifestó él—. Me enamoré de ellos en la preparatoria, algo hizo clic y de pronto entendí todo.

—Dicen que, si de niño se te dificulta, tiene que ver con conflictos con la madre.

Eva le dio otro mordisco a la hamburguesa. “No te equivocas”, quiso decirle, pero ni de coña iba a confiarle algo tan íntimo. Dio un mordisco a su hamburguesa y luego sorbió la soda.

—El 1 y el 2, el señor y la señora de la casa.

Eva blanqueó los ojos y se limpió los labios con una servilleta. Brandon se quedó mirándolos por espacio de unos segundos y luego levantó la vista de nuevo a sus ojos. Dios, no sabía que disfrutaba más.

—Lo dice la historia, que conste —objetó él.

—Sí, la conozco, el 1 es masculino y el 2 femenino.

—El 1, pene y el 2, pechos.

Eva sonrió y jugueteó con el servilletero y se llevó la mano al lóbulo de la oreja por tercera vez en la noche.

—Hombres.

—¿Qué? La resistencia a ser divididos nos hace invencibles, en cambio ustedes, se parten con facilidad. Los impares dominan a los pares como el hombre a la mujer.

Eva arqueó las cejas en su dirección y dejó la hamburguesa en el plato.

—Es lo más sexista que he oído nunca.

—No lo digo yo, lo dijo Pitágoras, él es el cabrón. Si le sumas un número impar a uno par el resultado siempre será impar. ¿Viste? Invencibles.

Ella le sonrió.

—Eso no lo determina la suma, ¿qué me dices de la multiplicación? Ahí se les acaba la fiesta. Cuando multiplicas un par y un impar, el resultado es par, Pitágoras era un machista manipulador. Acomodaba los números a su conveniencia.

Brandon le devolvió la sonrisa.

—Eso no quita que los números impares sean los favoritos en todas las culturas.

Ella lo miró con un brillo inquietante en los ojos y ella tuvo la última palabra.

—En la China el favorito es el ocho.

La atracción por Eva James crecía a pasos agigantados a cada minuto pasado a su lado.

—Tienes razón, James, es el par de la fortuna —concluyó echándose a reír por lo bajo.

A Eva le gustaba la manera en que pronunciaba “James”, con un deje ronco y espaciado, como si su lengua saboreara su apellido tal como deseaba saborearla a ella. Lo notaba por la mirada constante a sus labios.

—¿Cuál es tu palabra favorita? —preguntó ella de golpe, dejando la servilleta encima del plato vacío.

—Buena pregunta, pero creo que te quedarás sin la respuesta —respondió rápidamente con una irónica sonrisa en sus labios.

Agotado el tema de banalidades, decidió ir con algo más personal.

—Leí en Internet lo ocurrido a tu padre, lo siento, debió ser difícil crecer sin él.

Le había impresionado mucho la historia y las fotografías, que mostraban una mujer alta y elegante con tres niños de edades parecidas parada frente a un ataúd, le recordó la foto de Jackie Kennedy, pero con los niños más grandes.

Sus ojos la estudiaron, puso ambas manos sobre la mesa.

—Fue hace mucho tiempo —contestó Brandon en un tono que indicaba que no quería seguir hablando del tema—. Es algo que hemos superado.

—¿Tus hermanos estudian en St John’s?

—¿Siempre eres tan curiosa?

—No es que seas un libro abierto. Además, sabes más cosas de mí que yo de ti. Busco un empate.

Se rio entre dientes, no es que le apeteciera hacerle alguna confidencia y después de un corto suspiro, contestó.

—Mi hermano del medio, Nathan, estudia en Northwestern, Análisis de negocios, y Mathew, el menor, estudia Geología en Harvard.

—Debió ser difícil para tu madre...

—Y sigues... Pasemos a otra cosa, no me malinterpretes, amo a mis hermanos, esos jodidos cabrones y la señorita Selma son las personas más importantes en mi vida, pero hay mucha mierda en mi familia y no me gusta hablar de ella.

—Lo siento mucho. ¿Señorita Selma? —Hizo una pausa, la curiosidad pintada en el rostro—. ¿Así se llama tu madre?

—Mi madre se llama Anne. La señorita Selma es nuestra nana, la mujer que nos crio a mis hermanos y a mí. Era la encargada de la cocina en mi casa, pero con nosotros hizo el papel de madre mucho mejor que la verdadera, y estoy muy agradecido de tenerla en mi vida.

—Eso es bueno.

Una leve sonrisa asomó a sus labios. La miró con un brillo extraño. Las

emociones de Brandon respecto a Eva iban al compás de un carrusel, algunas de ellas estaban ligadas a una profunda atracción sexual, y había algo más, algo que tiraba de sus entrañas, no podía definir con exactitud lo que era, pero la conexión estaba allí y era algo diferente para él. Había luchado contra la imperiosa necesidad de ir tras ella, pero estaba claudicando sin pena. Los papeles se habían revertido y ahí estaba él en plan cazador. La energía que irradiaba su piel y su mirada lo hacían gravitar como si ella lo mantuviera envuelto en un campo magnético. Era una mujer segura de sí misma, sin temor de estar sola, no estaba buscando atraerlo y eso lo confundía.

Charlaron de trivialidades un rato más, y cuando salieron del restaurante eran más de la una de la mañana. Quedaron de volver a reunirse para ultimar los detalles del trabajo. Brandon, por lo escuchado cuando hablaron del tema, se percató de que no lo necesitaba, pero de todas formas se ofreció a hacerle una última revisión. La acompañó hasta el auto que su padre le había devuelto reparado el día anterior.

—Sigues con Robert.

Ella acarició el capó.

—Amor es no dejar a tu alma gemela cuando las cosas se pongan difíciles o cuando todo se estropee o cuelgue.

Brandon reprimió una risa y dijo con intención:

—Dejarás a Robert en cuanto tengas la oportunidad.

—No, puede que lo envíe a un justo retiro, pero no lo dejaré en manos de nadie más.

Él retuvo la puerta del conductor en cuanto ella se sentó en el auto, como reacia a dejarla ir.

—Gracias por la cena.

Eva puso en marcha el motor.

—De nada, ten cuidado.

Brandon se alejó hacia su propio auto, con las manos en los bolsillos y la cabeza agachada, meditando que, a pesar de las charlas y el tiempo compartido, estaban igual de distantes que el día de la partida de billar.

CAPÍTULO 8

Brandon no se sentía derrotado por la lentitud con que evolucionaban las cosas con Eva. Le daría su espacio. En su fuero interior sabía que su derrota al respecto era momentánea. Ella le había entregado el trabajo, que él leyó esa misma noche y le devolvió al día siguiente antes de clase, con un número respetable de comentarios, y encerrados en círculos de rotulador verde los párrafos en los que debía trabajar.

Eva, perfeccionista como era, solo esperaba que él le dijera: “Buen trabajo”. Apenas había dormido las noches anteriores, descuidando las otras materias, y se sentía orgullosa cuando lo imprimió y se lo entregó al salir de clase. No esperaba que fuera tan exigente.

—Te olvidaste de las fuentes, espero que haya sido un error de impresión.
“Maldita sea, las fuentes”.

—Eh, sí, deben estar en mi otro maletín.

Brandon, que la había detallado de pies a cabeza, sabía que no usaba otro maletín.

—Lee las sugerencias que te hice y por favor, corrige los errores ortográficos, Anderson es un jodido psicópata cuando se trata de errores.

—¿Errores? —preguntó furiosa.

—Sí, señorita, errores. En cuanto lo tengas solucionado, me lo pasas para darle otra leída.

“Ni en sueños”, caviló. ¿Se estaría desquitando por su dilación en salir con él?

—No, Eva, no tiene nada que ver...

—¿Cómo lo sabes...?

—Se te nota lo que estás pensando, solo me interesa que subas el promedio, no me gusta mezclar las cosas. Mira, Eva, sé que hay algo en el aire respecto a nosotros y no entiendo tu reticencia a conocerme, a conocernos, me gustas, pero el siguiente paso deberás darlo tú.

A lo mejor, pensó, él había perdido el interés. No supo por qué un atisbo de incomodidad, o más bien de decepción, la invadió, pues Brandon no había vuelto a invitarla a salir, la trataba como cualquier tutor trata a un estudiante.

Si ella hubiera tenido un atisbo de los pensamientos del joven, se hubiera quedado tranquila.

El viernes, día de la entrega del trabajo, era el mismo día de la salida de chicas con motivo del cumpleaños de Janeth. Fue toda una sorpresa entrar al salón y enterarse de que era Brandon el que iba a dar la clase, ya que el señor Anderson había presentado una excusa médica.

—Bien, hoy podríamos dedicarnos a hablar de los principales indicadores de gestión financiera en diferentes empresas —se rascó la barbilla mientras observaba a los presentes—, pero estoy seguro de que Anderson machacará ese tema en las próximas semanas.

—¿Entonces, guapo? Habla de lo que quieras con tal de que dejes tu número de teléfono escrito en el tablero al finalizar la clase —dijo Sarah Keats y se escucharon varias risas en el salón.

Brandon ignoró su comentario y prosiguió.

—Quiero hablarles sobre esas características o competencias que el financista o administrador de empresa debe tener para sobresalir en su profesión. Se preguntarán por qué deseo tocar ese tema o a lo mejor no, pero pienso que más que almacenar datos que no recordaremos más adelante, lo que habla sobre el éxito o fracaso del desempeño empresarial es la manera en que se actúa frente a una crisis.

Eva observaba a Brandon dar la clase como si llevara años haciéndolo, podía observarlo sin problemas, ya que era él el que estaba impartiendo conocimiento, y se dijo que sería de mala educación clavar la cabeza en el cuaderno, ya que el joven parecía dominar el tema y tenía la cualidad de cautivar al público.

—El conocimiento personal es importante, saber cuáles son sus fortalezas y debilidades hará que puedan visualizar más fácilmente las de los compañeros de trabajo, jefes y oponentes, y créanme, eso les dará una enorme ventaja. —Brandon se paseó por el aula, se movía con la elasticidad de un gato, sus jeans se ajustaban a sus caderas y sus muslos, llevaba un suéter de color azul oscuro y tenis también oscuros—. Debemos tener la capacidad de leer el entorno, de identificar y resolver problemas. ¿Quiénes han trabajado?

Más de la mitad del curso levantó la mano.

—Bien. ¿Qué tipo de problemas han enfrentado en sus trabajos?

Cruzó los brazos sobre el pecho y dio un repaso por toda la estancia. Una chica de las gradas superiores habló.

—Trabajo en un supermercado. El administrador no es una persona que

maneje bien la comunicación; es más, no creo que sepa el significado de la palabra. Sus órdenes son confusas y se enfurece cuando no hacemos lo que nos ordena, pero es que no es claro, lo cual redundaba en pérdida de tiempo y maniobras ineficaces que afectan el resultado final.

Brandon asintió.

—En este caso, estamos ante un jefe que no maneja una estrategia clara para que su colaborador lo comprenda. La falta de conexión entre el colaborador y la organización incide en alta rotación, ausencias y bajo rendimiento. Es el típico caso en el que no hay una inversión educativa del personal...

Eva tenía que admitir que Brandon sabía de lo que hablaba, se notaba que estaba preparándose para dirigir una gran empresa. Sonaba serio y profesional. Se veía tan distinto a los demás chicos, más agresivo, más masculino. A lo mejor eso era lo que la atraía tanto y a la vez le daba deseos de echar a correr. El sonido de su voz la afectaba como si los decibeles roncós y autoritarios tocaran una fibra sensible en su pecho. Le gustaba la naturalidad de sus gestos, estudió su perfil y el gesto de sus manos, que había detallado en encuentros anteriores, grandes, bien cuidadas, de dedos largos. Viéndolo hablar con soltura ya no se cuestionó si le daría o no una oportunidad. El problema era que no sabía cómo abordarlo, ya que él le había dejado claro que el balón estaba en su lado. Su alma estaba plagada de emociones perdidas y encontradas, algunas nuevas y ambiguas, y otras tiernas y pasionales.

—No nos digamos mentiras, nuestros padres o el sistema de becas no nos tendrían aquí si no supieran que en algún momento de la vida vamos a desempeñar algún cargo gerencial. Hay que gerenciar con el ejemplo. Como gerente o dueño de una empresa, los colaboradores serán más eficaces y eficientes si se sienten comprometidos con la organización. El líder debe comportarse como quiere que se comporten sus colaboradores. Además, hacerles saber detalladamente cómo la labor de cada uno de ellos impacta en el éxito de la empresa.

“Este tío es muy sexy”, escuchó Eva en un murmullo. “Así sí no me pierdo una sola clase”. “Ojalá Anderson no volviera”. “Menudos jeans se gasta”. “¡Qué se quite el suéter!”. Eva quiso voltearse y cantarle sus cuatro frescas al trío de desvergonzadas. Dos sensaciones muy diferentes colisionaban en su pecho, la que la repelía insistía en que no era su asunto, que dejara que esas zorras siguieran babeando por él, y la que la atraía quería encararlas y

decirles: “¡Manos y pensamientos quietos, ese hombre es mío!”.

Brandon siguió exponiendo más consejos, habló de conflictos laborales frecuentes y un chico se aventuró a preguntarle por su experiencia en la empresa de su familia. Él habló de los dobles roles, familia y empresa, y de la separación que debía haber entre esas dos áreas. Habló de la emotividad al trabajar con familiares, que puede añadir un componente extra emocional en cualquier interacción.

Eva le miraba la boca, se preguntó que sentiría besándolo. Brandon, como si hubiera escuchado sus pensamientos, la miró francamente con un gesto de diversión.

—¿Algún otro problema que deseen compartir? —preguntó.

Un joven de la última fila habló.

—Levantarme de la cama fue un problema.

—¿Y por qué fue un problema para ti levantarte de la cama esta mañana?

—Mi novia no estaba satisfecha. —Se escucharon risas de toda la clase.

Brandon dudaba mucho que el joven soltara ese tipo de comentario con Anderson al frente dando la clase.

Levantó una ceja, sonrió y miró a Eva de reojo.

—Eso sí que es un problema, tío.

—Después de cuatro orgasmos, todavía pedía más.

—Vaya, sí que eres eficiente, por lo visto lo solucionaste porque aquí estás —carraspeó y volvió su atención a toda la clase—. Hermann Hesse dijo, refiriéndose a nuestro tema anterior, no al comentario de la capacidad viril de nuestro compañero: “La familia es un defecto del que no nos reponemos fácilmente”, y se vuelve un incordio si debes trabajar con ella, esto último, es acotación mía. Pueden dejar sus trabajos en la mesa antes de salir y espero verlos el próximo día. Si tienen alguna retroalimentación negativa respecto a la clase, guárdensela para ustedes. Gracias.

Se oyeron más risas. Todos se levantaron para salir y Eva se acercó al escritorio. Brandon la recorrió con una mirada tan intensa que el rostro le ardió como si él hubiera pasado los dedos por su piel. Cuando llegó a los ojos, sonrió y seguidamente le tendió la mano, ella le dio el trabajo y salió a paso acelerado del salón.

Esa noche se puso una falda negra de pitillo que no se había estrenado — la había encontrado una tarde en que acompañó a Janeth de compras—, con una blusa roja sin mangas y zapatos negros de tacón. El cabello se lo había

peinado liso y el único cosmético era el labial rojo que contrastaba con el tono de su piel. Janeth iba vestida de negro. Se dieron un último vistazo en el espejo, Eva se puso un abrigo negro, tomó la cartera de mano y salieron a disfrutar la noche. La reunión sería en el club Underground de la Avenida Broadway. Iba a divertirse con sus amigas y a pasar tiempo con ellas sin pensar en libros.

Se encontraron con Amy tan pronto se bajaron del taxi, la chica de ojos cafés y cabello oscuro llevaba un vestido negro de lentejuelas doradas, después de los saludos, hicieron la fila para entrar al club, una vez en el interior se abrieron camino a través del grupo de gente hasta llegar a la barra por la primera bebida.

La música vibraba y tronaba en las paredes. Un DJ tocaba algo de electro en una especie de tarima en un extremo del lugar. La parte oscura contrastaba con las luces de neón en las mesas y en la barra. La pista de baile estaba repleta. Los haces de láser recorrían la pista y alumbraban todos los cuerpos que se movían y bailaban sin parar.

—¡Por el mejor cumpleaños de mi jodida vida! —exclamó Janeth. Pidieron al barista tres *shots* de tequila—. Buena música, baile, bebidas, y, si Dios quiere, algún chico caerá.

—Me anoto —expresó Amy.

—Yo también —contestó Eva.

Hicieron un brindis con los vasos y comenzaron a beber. Después de dos tragos más salieron a la pista a bailar con la intención de soltarse y divertirse durante la noche, algo que Eva se había negado durante mucho tiempo; ya estaba harta de ser la buena y mojigata, merecía toda la diversión que pudiera lograr. Se mezclaron con la multitud, el compás delirante de la música las invadió y poco después las tres chicas se habían adueñado de una pequeña parte de la pista de baile junto a la barra. Tres chicos se acercaron a ellas, pero contrario a lo que manifestaron mientras brindaban, estaban cómodas solas. Pasaron el rato yendo de la barra a la pista de baile, Eva moderó el consumo, aunque tenía buena tolerancia al alcohol, Janeth no. Amy se quedó con un chico que parecía no querer desprenderse de ella. Janeth y Eva siguieron bailando solas en la pista.

Alrededor de la media noche, el acompañante de Amy se esfumó. Cuando Eva le preguntó qué había ocurrido, la chica frunció los hombros.

—Me invitó a irme con él, no me interesa ligar.

Observaba a Amy deslizar su dedo por la pantalla de su móvil contestando

mensajes.

—Chicas —levantó la cara—, hay una fiesta de un chico de Northwestern, celebra su cumpleaños en el departamento de su hermano. Es muy amigo del tío que me gusta.

Eva estaba a gusto en el lugar, nada que ver con universitarios borrachos queriendo meterle mano.

—¿No sería mejor quedarnos? Estamos muy elegantes para una fiesta de universidad —señaló Eva.

—No conoces las fiestas de Northwestern, todo vale.

—Eso es lo que me preocupa, Janeth ya está bastante pasada de tragos.

La aludida dio la vuelta y las enfrentó.

—Estoy muy bien, solo feliz, no todos los días se cumplen veintiún jodidos años —abrazó a Eva—, no seas aguafiestas. Vamos.

Ambas le lanzaron una mirada, esperando su beneplácito y ella no quiso ser la aburrída. Se encogió de hombros.

—Está bien, vamos.

Al salir de la discoteca pararon un taxi y cuando Amy le dio la dirección, Eva cayó en cuenta de que la fiesta era en el mismo condominio donde vivía Brandon. Luego recordó que él tenía un hermano en Northwestern, ya iban dos coincidencias. Eva le pagó al conductor el trayecto y salieron del taxi, cada una un poco tambaleante por los tequilas ingeridos. Al llegar a recepción, el botones cotejó el nombre de Amy en una lista y les dio paso hasta el ascensor. Al llegar al piso, Eva no tuvo dudas de que la fiesta era en el departamento de Brandon. ¿Estaría acompañado? Desde el pasillo, la música hacía vibrar el suelo debajo de las chicas. Eva se sentía valiente y audaz, se estremeció de anticipación, ya que tenía el presentimiento de que vería a Brandon esa noche. Se abrieron camino por entre un grupo de jóvenes hasta que entraron al salón, su mirada recorrió el lugar buscando a Brandon entre la marea de jóvenes que bailaban y bebían. Un joven muy parecido a Brandon les salió al paso.

—¡Nathan! —gritó Amy y corrió a abrazarlo. Las presentó por sobre el ruido de la música.

—Bienvenidas a mi fiesta, bellezas.

Les sonrió y las abrazó como si las conociera de siempre. Lo felicitaron por su cumpleaños y cuando supo que Janeth cumplía también, Nathan se acercó y le dio un beso en la boca que la dejó más atontada de lo que estaba. La atención de Nathan volvió a las tres chicas.

—El alcohol está en la cocina —explicó—, los chicos por todas partes, el

baño por el pasillo del fondo y si quieren llegar a primera o segunda base, hay un estudio por ese lado, la habitación del cabrón de mi hermano está vetada.

El chico era guapo como su hermano, alto y delgado, el color de ojos era oscuro y tenía una chulería de la que carecía Brandon, ella estaba segura de que para Nathan la vida era una fiesta interminable repleta de licor, mujeres y otras cosas.

—Necesito un trago —dijo Amy y tomó a ambas mujeres del brazo—. Gracias, Nathan.

El chico les hizo una reverencia y se perdió entre la multitud. Llegaron a la cocina, donde las botellas de toda clase de licor tapizaban uno de los mesones. Después de dos shots de tequila, Amy encontró al chico por el que habían ido a la fiesta, cuando se alejaban, se volvió hacia Janeth, dándole un pulgar arriba. Un joven rubio y delgado se acercó a Janeth, ella le sonrió.

—¿Y tú quién eres? —preguntó Janeth.

—Soy Daniel, amigo de Nathan y tú eres...

—Janeth. —Lo tomó de la mano y lo condujo al salón—. Daniel amigo de Nathan, llévame a bailar.

—Será un placer. —Desaparecieron entre el gentío, Eva podía escuchar sus carcajadas sobre la música.

Caminó por el gentío, no vio a Brandon por ningún lado. Envalentonada por culpa del licor y la música empezó a bailar sola al ritmo de una canción. Cerró los ojos y se dejó llevar, moviendo las caderas de un lado a otro, suavemente al ritmo de la música. Sintió a alguien acercarse por su espalda y una mano se apoyó en su abdomen, lanzándola hacia atrás, hasta chocar contra un cuerpo duro.

—Hola, James.

CAPÍTULO 9

Era un jodido sueño ver a Eva balancearse al ritmo de una sexy canción. Los demás hombres la miraban dispuestos a acercarse, que se jodieran, Eva era suya. No se cuestionó qué hacía en esa fiesta, había venido a él y no dejaría pasar la oportunidad de compartir tiempo con ella. En cuanto vio a uno de los mocosos amigos de su hermano tratar de acercarse, enfiló en su dirección y lo frenó con un simple gesto. El chico se dio la vuelta enseguida.

—Hola, James —susurró en su oído al tiempo que le deslizaba las manos por la cintura. Hasta su nariz llegó el olor a champú de su cabello y quiso retirarlo a un lado, para despejar y besarle la nuca y el cuello, tuvo el impulso de dejarle un chupetón y que todos lo vieran, era de locos.

Ella se volteó con los ojos brillantes y una sonrisa, llevó las manos a su pecho y luego ascendieron hasta envolver su cuello.

—¿Por qué tardaste tanto?

Él sonrió, pegándola a él y empezó a bailar con ella, disfrutando de su piel brillante por culpa del sudor. Eva iba a quemarlo con su fuego. Bienvenido el calor.

—¿Me esperabas? —preguntó sorprendido a centímetros de su rostro, con el corazón tronándole en el pecho cuando con sus labios rozó el lóbulo de su oreja.

—Sí. —Ella se mordió el labio inferior con los dientes mientras sus ojos viajaban por su rostro—. Quería ver al chico más sexy de todos, al profesor más sexy.

Estaba pasada de tragos, de otra manera no habría soltado aquello. Quería besarla, saboreó la anticipación de probar sus labios, pero no lo haría en esa sala ruidosa y llena de gente, le dio la vuelta de nuevo y colocó las manos por entre la cinturilla de la falda, se sintió perdido cuando un golpe de energía parecido a un corrientazo lo invadió al deslizar los dedos por su piel húmeda y erizada. Se pegó más a ella al escuchar un gemido cuando frotaba sus caderas contra él. Al término de la música, ella, sin decirle nada, lo tomó de la mano y lo llevó al balcón que colindaba con el comedor. Un par de parejas se besaban en un rincón. Eva soltó una risa nerviosa.

—¿Me quieres meter mano, Eva? —preguntó Brandon risueño. Esperaba que no fuera el alcohol lo que la hiciera portarse así con él. No podía dejar de

mirarla.

Eva se paró frente a él, estaba tan cerca que podía percibir su respiración.

—Dijiste que yo debía dar el próximo paso y es lo que estoy haciendo.

—Me gustan las chicas valientes que van por lo que quieren. —Quiso decirle “sobrias”, pero no quería tentar su suerte.

Ella le regaló una mirada lasciva, su aliento a alcohol le acariciaba el rostro. Se acercó más aún.

Brandon esperó, mientras observaba sus ojos, su boca. El licor la desinhibía y se sintió un poquito cabrón, solo un poquito, por no interrumpir sus avances, estando ella en esas condiciones.

—Esas imbéciles en clase —expresó ella con el ceño fruncido, mientras rastrillaba su barbilla con sus manos—, no hacían sino hablar de ti, zorras, quería decirles que eras mío, pero no te he reclamado, ¿verdad?

Tan pronto escuchó sus propias palabras y a pesar de su envalentonamiento, quiso salir corriendo, llevó una mano a la boca, avergonzada, soltó una risa estrangulada.

—No acabo de decir eso, ¿verdad?

Él asintió con la cabeza mientras sonreía, incrédulo. Se moría por probarla, por tenerla, pero no quería llevar las cosas demasiado lejos y que a la luz del día ella viera lo ocurrido esa noche desde una óptica diferente y ahí, sí, perder toda oportunidad. Sus divagaciones iban y venían entre el deseo y el deber, mientras que Eva, con el corazón revoloteando a niveles estratosféricos, se empapaba de su esencia, de su calor.

—Eva...

Sus respiraciones agitadas se mezclaron, tibias, tanto, que la energía, que había estado construyéndose todo ese tiempo parecía crepitar. Eva se puso en cuclillas y su boca chocó contra la de él. Sintió que caía en nubes, calientes y algodonosas, mientras Brandon, ya su autocontrol desatado, la aferraba por la cintura y profundizaba el beso. Saboreó la dulzura y tersura de su piel, su lengua intrusa barrió su boca, un gemido de parte de ella retumbó en medio de la caricia. Sus dedos tocaron su cabello, la sensación fue deliciosa, como sabía que sería. En dos pasos la arrinconó contra la pared lateral sin importarle nada más, ni las otras parejas besándose, ni las risas que llegaban a ellos, ni la música que vibraba por todas partes, todo desapareció, fue como entrar en una habitación oscura y silenciosa, y que Eva fuera la única llama de luz. La besó como si estuviera muerto de sed y ella fuera el manantial que lo saciara. La besó como supo que lo haría desde la primera vez que puso sus

ojos en ella.

—Sabía que sería así —susurró sobre sus labios mientras sus manos acariciaban el contorno de su cintura. Ella se presionó contra él pidiendo más—. Eres tan jodidamente hermosa.

Sus sentidos se empaparon de él, al notar de nuevo cómo sus labios la besaban con rigor. Eva sentía que se disolvería allí mismo, un gemido de Brandon desató una ola de calor que viajó por sus venas, incendiando todo su cuerpo.

—Te deseo —jadeó ella—, no sabes cuánto te deseo.

Brandon la soltó, la tomó de la mano y atravesó el salón, a lo lejos vio a Janeth charlando con alguien. Sin soltar la mano de Eva, la llevó por un pasillo, abriéndose paso entre una docena de personas, mientras cavilaba que el imbécil de su hermano lo iba a escuchar al día siguiente. Su casa estaba hecha un desastre, no debió dejarse convencer de prestar su hogar para hacer la fiesta, aunque si entre las consecuencias estaba el poner a Eva James frente a él, estaba dispuesto a dejarlo pasar, eso sí, la factura del servicio de limpieza correría por cuenta de Nathan. Al llegar a la última puerta, que abrió con celeridad con una llave, jaló a Eva hasta su habitación y encendió la luz. Los sonidos de la música y la fiesta se desvanecieron.

—Huele a ti —manifestó Eva sin dejar de mirarlo.

Brandon sonrió de nuevo e inclinó la cabeza.

—Parece que ya encontré mi propia versión del suero de la verdad. —Leía en su rostro como en un libro, pero quería escucharla. La atrapó con su cuerpo contra la puerta, le acarició la mandíbula con el pulgar—. Dime qué quieres, James... —Las palabras estallaron en el silencio mientras se aferraba a la curva de sus caderas y le besaba el cuello y la mandíbula.

Ella lo ancló con sus brazos, con su mirada, con su cuerpo, con la respiración entrecortada. Concentrada en su toque, apenas podía modular.

—No pares, por favor, no pares. No tienes idea de todo lo que te sueño.

Él reclamó otra vez su boca, impidiéndole respirar. Enterró una mano en su mata de cabello, inmovilizándole la cabeza para acceder mejor a ella. No quería soltarla, con sigilo y rigor empezaba a adueñarse de su cuerpo y de su corazón. Ella sacó su camisa sobre su cabeza y él soltó un gemido en cuanto le acarició el pecho y el abdomen. Eva sintió que se ruborizaba ante el fuerte anhelo de besar su torso, su abdomen, de saborear su piel.

Dios, él nunca había experimentado nada parecido, el deseo abrumador de tenerla cerca todo el jodido tiempo, y no estaba seguro de que realmente

disfrutara la sensación. Los dedos de Brandon desabrocharon con algo de torpeza la blusa, que arrojó al suelo, seguida del sujetador. Apenas podía respirar, Eva tenía los pechos más bellos que había visto en su vida. Se sentía inquieto e inseguro de sí mismo, algo que no solía ocurrirle con frecuencia. La forma en que lo miraba era para morirse, sí, señor, podría morir en los brazos de esa mujer y se iría feliz al cielo o al infierno.

La besó de nuevo, fueron poco conscientes de que tropezaron con la cama y cayeron en ella, inmersos en el deseo y la necesidad. Sus manos codiciosas la recorrieron, le levantó la falda, apreciando la tersura de la piel estremecida de sus muslos, la respuesta a sus caricias lo encendió más, estaba ebrio de Eva sin haberla probado siquiera. En medio de un beso delirante la despojó de la ropa interior y ella gimió cuando él la tocó en medio de los pliegues húmedos, y se arqueó en consonancia a las sensaciones. Nunca dejó de mirarla, de acusar cada uno de sus gestos. Se perdió en su mirada cuando ella alcanzó la liberación y un poco de cordura llegó hasta él.

Se moría por tenerla, por hacerla suya, pero la quería en sus cinco sentidos, no que recordara ese episodio como un interludio en medio de una noche de borrachera. Necesitaba tener la seguridad de que no era el alcohol el que hablaba por ella. Recurrió a un doloroso y feroz autocontrol, y retiró la mano de su sexo, se sentó a su lado y pasó la mano por su cabello varias veces hasta normalizar la respiración. De repente su expresión era seria.

—¿Qué sucede? —preguntó ella con la respiración agitada.

—Escúchame. Sé que has bebido mucho, por lo que debo ser un caballero y darte la oportunidad de dejar las cosas aquí. Te puedo llevar a tu casa y lo retomamos en cuanto estés sobria, ¿te parece?

—Pensé que tú querías.

“Dios mío, Eva, vas a matarme”.

—Quiero —dijo feroz—, te deseo más que respirar, quiero desnudarte y estar dentro de ti, pero no será esta noche, James.

Ella sonrió, le acarició el rostro y él le devoró la boca de nuevo, cuando se separó, las respiraciones agitadas de los dos casi lo hacen claudicar.

—Eres mi caballero.

Él sonrió.

—Yo no estaría tan seguro, mis pensamientos en este momento no son los de un caballero, créeme.

Ella soltó una carcajada y se percató de que Brandon tenía razón, estaba más que achispada y la cabeza le daba vueltas. Cerró los ojos, aspirando de

manera profunda y silenciosa, no quería que él la escuchara. Cuando abrió los ojos, él la miraba con talante risueño.

—¿Estás bien?

Ella afirmó con la cabeza y lo miró de nuevo con un ansia loca de fundirse a él.

Él soltó un sonido estrangulado parecido a un jadeo.

—No me mires así, me está costando horrores tener los pantalones en mi puesto, pero te quiero sobria cuando entre en ti. —Se levantó de la cama y se acercó al *vestier*, de donde volvió a la cama con una camiseta.

—Póntela —susurró suave, ella abrió los ojos y le hizo caso, se quitó la falda y Brandon inspiró de manera ruidosa por la cantidad de piel expuesta a centímetros del toque de sus manos.

Ella sonrió, consciente del efecto que tenía sobre él, se colocó de lado y él la siguió y la abrazó, hundió la nariz en su cabello como un jodido enfermo. Le parecía increíble tenerla por fin junto a él. Acariciaba su piel satinada y sudada, atontado por las sensaciones que lo embargaban.

—Guau, no me lo haces fácil, tampoco —suspiró ella, cerrando los ojos.

Se quedaron en silencio y a los pocos minutos, Brandon sintió el cambio en la respiración que le dijo que ya estaba dormida. Se levantó de la cama, se puso la camiseta y salió a buscar a Nathan, al que encontró en un rincón hablando con una chica, lo separó de ella y lo llevó a la cocina.

—¿Qué pasó con esa pieza de primera con la que atravesaste la sala como si tuvieras fuego en el trasero? —Fue lo primero que preguntó su díscolo hermano, al ver solo a Brandon.

Brandon no iba a contestarle a su hermano debido a dos cosas: primero, estaba borracho, y segundo, Eva no era de su incumbencia.

—Necesito que des fin a la fiesta y que mañana a primera hora vengan a arreglar este estropicio.

—Pero, hermano, si apenas estamos calentando.

Brandon miraba por encima de la gente localizando a Janeth, la amiga de Eva.

—No me importa, sigue la fiesta donde Daniel, sabes que él no tiene problema con eso.

—¿En serio, Brandon? Apenas son las dos de la mañana.

—Sigue la fiesta donde Daniel, aquí ya se acabó la diversión. Además, me dijiste que no eran más de una veintena y hay por lo menos sesenta personas regadas por todo el lugar.

—Culpa a los mensajes de texto y agradéceme. —Tomó un sorbo de licor directo de una botella que llevaba en la mano—. Tu amiguita no hubiera venido sino hubiera sido por uno de esos toques. ¿Quieres la fiesta para ti solo? —insistió Nathan, limpiándose la boca con el dorso de la mano, gesto que hubiera puesto los pelos de punta a la señorita Selma y dejó la botella encima del mesón—. Solo dímelo y desocupo este salón enseguida.

Brandon blanqueó los ojos.

—Ya, Nathan, haz lo que te digo.

—Pareces un jodido viejo, dentro de poco vas a necesitar Viagra y bastón. Tienes que divertirte.

—No lo creo. Alguien tiene que crecer y no te veo por la labor —lo recriminó, impaciente—. ¿Qué quieres, Nathan?

—Quiero unas bolas del tamaño de la luna y un coño dulce y apretado donde meterlas.

Brandon sonrió a su pesar, si Eva no hubiera venido a la fiesta, no estaría sacando a los amigos de su hermano de la casa y estaría disfrutando de su compañía.

Necesitaba distracción, su hermano tenía razón. Estaba estresado por la reunión que tendría lugar en Joyerías Diamond el lunes siguiente, ansioso por saber qué obstáculos pondrían su madre y su padrastro a que se hiciera con el mando de la empresa. Había tenido reuniones las dos semanas anteriores con los abogados de la firma que manejaba el fideicomiso, para retirar el dinero que la empresa necesitaba. Ellos no estaban de acuerdo con lo que Brandon iba a hacer, pero no les quedaba más remedio que soltar el dinero que, por ley y herencia, les pertenecía a él y a sus hermanos. Y sí, también estaba excitado como nunca y no quería a nadie en casa cuando por fin pudiera dar rienda suelta a su deseo por Eva.

Brandon sonrió a su pesar.

—Vete de aquí, hermano.

—Yo sé lo que deseas hacer —lo interrumpió—, quieres bautizar todo el departamento con ese lindo culo, eso es.

Brandon sonrió y bajó la cabeza.

—Lo haré en cuanto el equipo de limpieza que vas a enviar a primera hora deje todo impecable.

—No seré yo quien te lo impida, pienso que mereces mucha más diversión. —Le dio un golpe con el puño en el brazo con una sonrisa ladeada. Le agarró el rostro con las manos y lo acercó a él como si fuera a darle un

beso en la mejilla.

—Eres un cabrón, pero te quiero.

—Yo también te quiero y feliz cumpleaños.

Lo dejó y antes de dirigirse a donde estaba el equipo de música para interrumpirla, soltó:

—Recibí la provisión de ropa interior y calcetines anual de la señorita Selma.

Brandon se echó a reír.

—Para ella nunca tendremos suficiente ropa interior en nuestro armario.

¿Y mamá?

—Me invitó a almorzar la próxima semana. Hoy estaba ocupada con algo.

Brandon le palmeó el hombro.

—Ya es algo.

Nathan bajó el volumen de la música y batió palmas, en menos de diez minutos ya se habían ido todos. Brandon le dijo a Janeth que Eva se quedaría con él. La chica se opuso a pesar de estar muy pasada de tragos, estaba dispuesta a llevarse a su amiga, pero Brandon, con su sonrisa de chico bueno y su labia la convenció, pidió un transporte y la envió a su casa con Amy. Sacó a los últimos rezagados, revisó que no hubiera gente, ni drogas, ni agujas en los baños, y volvió a la habitación.

Se quitó la camiseta y se acomodó al lado de Eva, que estaba sumida en un profundo sueño. No creía poder conciliar el sueño, el arco de la boca de Eva, enrojecido e hinchado por los besos compartidos, no lo dejaba cerrar los ojos, amén de todo lo demás. Se juró que al día siguiente la besaría hasta asfixiarse y no dejaría de hacerlo hasta estar dentro de ella.

CAPÍTULO 10

Eva se sentía envuelta en una manta pesada y caliente cuando abrió los ojos. La boca de Brandon le rozaba el cuello. La cabeza le martillaba, percibía un sabor amargo en la boca y tenía urgencia por levantarse e ir al baño, pero no quería desprenderse de la sensación de calidez que la circundaba.

Se tomó unos segundos para recordar lo ocurrido la noche anterior, a su mente venían chispazos de su llegada a la fiesta, que resultó ser en el departamento de Brandon, había sido una de esas coincidencias extrañas, recordó el baile y cómo lo arrinconó para besarlo. A la luz del día y ya sin la nube del tequila circundándola, no se arrepentía de sus avances. Brandon también la deseaba y no iba a pelear más con la profunda atracción que los unía.

Se dio la vuelta con cuidado de no despertarlo. Observó su rostro, quiso delinearle la barbilla, tocar la boca gruesa y alisar el ceño fruncido aun en el sueño, pero no se atrevió. Sonrió al reparar en sus largas pestañas, la envidia de cualquier mujer. ¿Por qué los hombres tendrían pestañas más largas que las mujeres? Sentía el nudo del deseo insatisfecho en el estómago y en la pesadez que experimentaba en medio de las piernas. Se levantó con sumo cuidado y caminó hasta alcanzar la privacidad del baño. Se miró en el espejo, su aspecto era terrible, la pestañina estaba corrida, el cabello hecho nudos era un desastre.

Después de hacer sus necesidades se quedó sentada largo rato en el retrete, sin tener ni la más remota idea de cómo abordarlo a la luz del día. Se sentía incómoda, quería ducharse, olía a licor, pero le avergonzaba tomarse libertades en una casa que no era suya. Se quedó mirando el decorado de la pared del frente mientras meditaba, pero la ducha la llamaba. Se levantó y se duchó en minutos, solo para quitarse el olor a licor de la noche anterior, se peinó el cabello con uno de los cepillos que estaban encima del mesón, con el cuidado de no dejar cabellos fuera de su sitio, y se lavó la boca con un enjuague bucal.

Se miró de nuevo al espejo con profunda concentración, deseaba a Brandon y lo tendría, antes de que alguna circunstancia cambiara las cosas. Con la tenacidad en la mirada, se dejó la toalla enrollada al cuerpo y con paso firme salió a enfrentarlo. Levantó el cubrecama que lo cubría. “Es un hombre hermoso”, caviló mirando su pecho musculado y en forma, su vientre liso y la línea de vello que se perdía en la cintura del jean.

—Es un muy buen despertar —dijo con tono de voz ronco y se desperezó, tratando de controlarse para no saltar sobre ella.

Dejó de respirar en cuanto Eva, sin dejar de mirarlo, tiró la toalla al piso y quedó desnuda ante él. Su mirada brilló con un gesto de posesión y el cuerpo se le endureció enseguida de necesidad. Se deleitó en la piel y las curvas de la mujer más bella que había visto en su vida.

—Jesús, María y José.

Ella sonrió, acercándose a la cama.

—¿Eres un buen chico católico?

—No. Anglicano, pero podría convertirme, pues eres como un milagro.

Tomó una de sus manos y la jaló hasta la cama. Era increíble verla desnuda en medio de su habitación, entre sus cosas. Estaba hechizado y atrapado.

—Ya no estoy ebria.

—Lo sé —dijo en tono de voz entrecortado y ronco.

Se sintió mareado al tocar el cuerpo de Eva, en cuanto la recostó a su lado, un instinto de propiedad lo inundó al percibir el aroma de su marca de jabón en su piel, la besó con voracidad, con una necesidad aplastante de fundirse en su cuerpo, con las piernas le abrió las rodillas. Lo excitó que se mostrara ansiosa, que lo tocara y respondiera con su mismo ímpetu a su ardor. Le chupó los pezones en medio de gruñidos y en un reguero de besos y caricias descendió por su vientre hasta probar su sexo, dulce y picante, su aroma lo enardeció, la saboreó, lamiendo y gruñendo, apropiándose de su cuerpo. Luego sus dedos reemplazaron la lengua haciendo suyo su sexo. En cuanto tuvo su humedad, sus temblores y su orgasmo, se levantó y se quitó el jean con el que había dormido y se bajó el calzoncillo sin dejar de mirarla.

—Eres muy hermosa, tienes el cuerpo de mis fantasías —señaló con voz enronquecida por el deseo.

Ella le respondió con una sonrisa invitadora, abriendo más sus piernas. Su mirada excitada lo seguía. “Es perfecto”, caviló Eva, mirándolo de arriba abajo, se notaba el ejercicio, en cada musculo definido, desde las pantorrillas

pasando por las nalgas hasta su abdomen *six-packs* y su miembro muy bien dotado.

—James, tu mirada me va a matar —dijo mientras se colocaba en tiempo récord un condón y se tumbaba sobre ella. Era mejor que en sus fantasías: piel sedosa, mirada excitada, sexo húmedo por la excitación, qué bienvenida estaba teniendo.

La inmovilizó y le devoró de nuevo la boca al tiempo que entraba en su interior con algo de torpeza. Necesitaba dominarse, hizo una pausa durante unos segundos, antes de iniciar un movimiento sin contenciones.

—Dios, eres... deliciosa —clamó con voz oscura y áspera, separándose apenas unos milímetros de su boca. No reconocía la sensación de estar tan necesitado y tan desesperado porque la mujer que aprisionaba sintiera lo mismo que él. Tuvo que controlar el impulso de llegar al orgasmo con tan poca estimulación, como si fuera un adolescente.

Eva supo que era un encuentro diferente a lo que había vivido hasta entonces, no había percibido la pasión de esa manera, la conexión, la feroz necesidad que despertaba en él y que percibía también en ella. Se perdieron en un beso arrollador queriendo fusionarse en uno solo, estaba extasiada, su pasado se disolvía como arena al viento ante el inefable placer que experimentaba.

Se concentró en el movimiento de Brandon, en la manera en que su sexo resbaloso y húmedo lo recibía, en las sensaciones que se habían ido acumulando y que estallaron dentro de ella, sin aviso. El orgasmo más satisfactorio de su corta vida la tomó por sorpresa, estaba segura de que gritaba y de que había blanqueado la mirada. Le clavó las uñas en la espalda y él le respondió penetrándola más fuerte, mordiéndole el hombro, mientras lo escuchaba gemir al tiempo que vaciaba en ella el deseo construido desde que la había visto por primera vez. Fundidos en el cuerpo del otro, ambos sintiendo cada milímetro de piel, fue como si se reconocieran y hubieran vuelto a casa. Brandon la buscó con la mirada y se sintió pleno al verla sonrojada, la mirada brillante y la boca, se declaraba adicto a esa boca, hinchada por sus besos.

Él cayó desmadejado sobre el cuerpo de ella y con la respiración agitada, le habló al oído.

—¿Estás bien? —preguntó con el pecho agitado.

Eva no podía modular, asintió con la cabeza y lo abrazó cuando Brandon hizo el amague de retirarse.

—No, aún no. —Brandon se inclinó y le mordisqueó el cuello, a lo mejor con la intención de dejar una marca, la parte feminista de Eva gruñía enojada, pero cuando se sintió de nuevo excitada, lo olvidó.

—Lo sabía, sabía que sería especial.

El lunes temprano, Brandon se dirigió a las oficinas de Joyerías Diamond. En el recorrido recordaba el fin de semana, tuvieron sexo durante dos días, montones de sexo, en todas las superficies de su departamento. Reprodujo en su mente todas las posiciones, los movimientos, pero sobre todo las sensaciones y las largas conversaciones. Fue algo intenso y exquisito, se moría por repetir, y así se lo había manifestado, no quiso sonar tan desesperado cuando le preguntó cuándo volverían a verse, ya la extrañaba y no hacía tres horas que se habían separado, pues Eva tenía una clase a primera hora de la mañana.

Él le había llevado el desayuno a la cama, ella le regaló la sonrisa más hermosa y agradecida que le había conocido, como si nunca nadie tuviera ese tipo de gestos con ella, a lo mejor su noviecito anterior era un cabrón egoísta. Arrugó el ceño ante el pensamiento, no quería ponerse posesivo, prácticamente empezaban a salir, estaba seguro de que Eva no querría un psicópata controlador, no lo había sido en el pasado y no iba a empezar ahora.

Aparcó en los subterráneos de la empresa y se bajó del auto.

La recepcionista lo saludó con una amplia sonrisa que él correspondió con un gesto serio y siguió derecho a la sala de juntas donde había pedido reunirse con su madre, Parker y Ryan Winthrop, el cabrón de su hermanastro.

—Buenos días.

Saludó con un beso en la mejilla a su madre y un apretón de manos a Parker, y a Ryan, que lo miraba con hostilidad encubierta. No le importó, estaba acostumbrado.

Ryan Winthrop era un matón sigiloso, tres años mayor que Brandon, de apariencia externa un tanto académica, delgado y de facciones aristocráticas, tras las que trataba de esconder el sesgo depredador de su personalidad. Cuando una mujer o algún objeto llamaban poderosamente su atención, no reparaba en obstáculos con tal de poseerlos. Entonces daba el salto y se apoderaba de lo que quería en su totalidad. El concepto de compartir era desconocido para él, y le resultaba muy desagradable hacerlo, los problemas con los chicos King debido a su forma de ser no se hicieron esperar en cuanto fue a vivir con ellos a la mansión de Lincoln Park.

Brandon sabía que la reunión no se desarrollaría en buenos términos, pues Ryan no soltaría su posición en la joyería de buena gana, confiaba en que estuvieran desesperados por el dinero para poder actuar. Expuso sus condiciones y sus planes para la joyería ante la expresión incómoda de Anne, el evidente malestar de Parker y el gesto inmutable de Ryan.

—¿Algún problema? —preguntó Brandon con impaciencia ante el silencio de los oponentes.

Ryan se ajustó los lentes.

—Eres temerario, llevarás Joyerías Diamond a la mierda. Lo que pretendes es loco, osado, y, por lo visto, no has estudiado las malditas tendencias.

—¡Ya basta, Ryan! —exclamó Parker.

—Lamento aguarles la fiesta, pero esas son las condiciones que ponemos mis hermanos y yo si quieren apropiarse del tren del dinero —intervino Brandon con gesto indolente.

Aceptarían, la situación económica de la empresa era delicada y los bancos no apostarían más por ellos hasta no cumplir las obligaciones e inyectar algo de capital.

“¡Qué pretencioso y audaz es este hijo de puta!”, pensó Ryan, con aire de desprecio. Anne y Parker se habían empeñado en sacrificarlo a él y no le importaría si fuera otra persona la que se encargara de su gestión, pero era Brandon King, al que detestaba desde que lo había conocido, por su actitud sobrada, su falta de admiración por el poder y su inmerecida autoconfianza basada solamente en su desvergonzada juventud.

—Me pregunto por qué no viniste antes al rescate. —Anne y Parker se paralizaron al oír el tono descarado y agresivo de Ryan.

—No tengo que darte ningún tipo de razón ya que tú sabes muy bien que nos escondieron la verdadera situación de la empresa. Estoy seguro de que, de haberme enterado a tiempo, no habría dejado que la crisis llegara a tanto. Si tienes algún problema al respecto —manifestó Brandon a los tres, pero su mirada centrada en Ryan—, trata tú con los bancos o mejor aún, pon el jodido dinero y yo devolveré nuestra herencia a donde pertenece. Deberías tener una mejor actitud, ya que estamos dejándote salir de este embrollo por la puerta grande, no me hagas cambiar las cosas y sacarte por la puerta de atrás como lo mereces.

—Algún día me las pagarás.

—Chicos... —intentó interceder Parker como cuando eran unos

adolescentes revoltosos.

—Con Anne llegamos a un acuerdo, tendrás que aguantarme un tiempo más, “hermanito”.

—¿Por qué no puedes irte ahora? —se enojó Brandon, y lo miró con aire belicoso.

—Porque tengo un plan de contingencia que ayudará a que la crisis no sea visible en el sector, tu madre lo apoya, mi padre también y ya me tomé la licencia de hablarlo con los jefes de departamento, y si tienes algún problema al respecto, me importa una mierda.

—Qué emprendedor de tu parte. ¿De dónde sacaste ese plan de contingencia? ¿De algún becario de segundo año? ¿No será algo que acabas de inventar? —inquirió Brandon mirándolo burlón.

—Lo que importa son los resultados, hasta que no estés al frente no tengo porque darte más explicaciones.

—Al contrario, sostengo las cuerdas de la bolsa del dinero, no lo olvides.

—Estás equivocado, Brandon —articuló Anne con cuidado—. Te estás dejando llevar por tus emociones.

—Déjalo, tía Anne, no te preocupes —dijo Ryan, despectivo—. Quiero ver a donde llevarás la empresa el próximo año.

—A un mejor lugar del que está ahora, tenlo por seguro —se apresuró a aclarar con determinación Brandon.

—Tía Anne, se lo dices tú o se lo digo yo.

Ryan lo miró y sonrió burlón, e hizo una inflexión, había cierto acento de amenaza en su voz que alertó a Brandon.

La intención de llevar la reunión en buenos términos se había desvanecido en el aire hacía rato, pero Anne esperaba que Ryan se guardara ese trozo de información un tiempo más. Miró de nuevo a su ingobernable hijo mayor, el más parecido a su padre. La haría a un lado, estaba segura, y le costaba horrores cederle el poder, aunque algo de alivio la invadía al verlo luchando por la empresa, a diferencia de Ryan, que era un chacal y por él desarmaría la compañía y la vendería a pedazos. Algo impensable, ya que Joyerías Diamond era su legado y el de sus hijos, era el nombre por el que reconocían a la chica sureña que había llegado a Chicago veintiséis años atrás. Fue una mala estrategia recurrir a su ayuda cuando lo necesitó, pero el orgullo y el poco respeto que le tenían sus hijos le había impedido actuar de otra manera. Además, independientemente de lo que Ryan había hecho, era familia, era el hijo de su segundo esposo y los trapos sucios debían lavarse en casa. A estas

alturas de nada valían las lamentaciones y tenía que enfrentar sus errores.

—¿Qué pasa?

—Ryan ha invertido mucho dinero en la empresa —dijo en Anne con aparente tono calmo.

—¿¡Qué!?

La indignación de Brandon la hizo parpadear, avergonzada.

—Lo que oyes —confirmó Ryan.

Parker ni siquiera lo miraba a los ojos. ¡Malditos! No le extrañaba, Anne los había traicionado innumerables veces, desde que eran unos niños. Una traición más no debería dolerle, tendría que estar curtido en ese tema, pero el caso era que no lo estaba, le dolía como siempre. Aceptar que Ryan invirtiera era como darle entrada a un advenedizo al negocio que perteneció solo a la familia por décadas. Brandon era consciente de que en algún momento entre sus planes estaba el abrir su empresa a inversionistas, pero no aún y menos con esa serpiente en el puesto que por sangre le correspondía.

—Lo tenías muy callado. No vi tu nombre en ninguno de los papeles —afirmó, implacable—. Madre, debiste habernos consultado.

—No hubieran estado de acuerdo y el caso era crítico —refutó Anne.

—Entonces esos balances son mierda.

Todos se quedaron en silencio.

—Me imagino que creaste una fiducia, así mis hermanos y yo no nos enteraríamos de que eras el bastardo moviendo los hilos en la sombra. Típico de ti y muy inteligente. —Guardó la compostura, cuando lo único que quería hacer era romperle la cara y sacarlos a todos de allí por ineptos. Pero había que guardar las formas, recordó la charla a los alumnos y soltó una risa irónica.

—La fiducia creada por mí hace dos años —aseveró Ryan mientras se enderezaba la corbata. Brandon quiso ahorcarlo con ella.

—Ese dinero nos salvó el semestre pasado, Brandon, a pesar de que piensas lo peor de Ryan, lanzó un salvavidas a la empresa cuando más lo necesitábamos. —señaló Parker.

—No esperes que te dé las gracias —respondió Brandon encogiéndose de hombros, al tiempo que se calmaba. Había que saber retirarse a tiempo, y escoger sus batallas, aunque no veía con buenos ojos el préstamo de la fiducia y sería el primer dinero que devolvería en cuanto asumiera el cargo, le tenía una gran desconfianza a Ryan, y si su madre y su padrastro lo dejaban, se apoderaría de Joyerías Diamond sin contemplaciones de ningún tipo. Era buen

estratega el maldito, pero él era aún mejor—. Bien, veo que no puedo hacer gran cosa, pero espero que todo cambie cuando asuma mi posición en la empresa, yo de ti, no calentaría el asiento de tu oficina, de una o de otra manera te vas a largar de Joyerías Diamond.

Se levantó y se abotonó la chaqueta.

—Creí que ibas a almorzar con nosotros.

—Madre, ¿en qué mundo vives? Después enterarme de esto, ¿crees que tengo genio para sentarme con ustedes a la mesa? Yo no tentaría su suerte, podrían Ryan o Parker terminar con el tenedor de la ensalada en la yugular.

—¡Brandon! Respeta a tu madre —exigió Parker.

—No te crie para que actúes de esa forma.

Brandon sintió el coraje usurpar la tensión. Se pasó la lengua por los labios y emitió un chasquido.

—No, madre, no nos criaste, esa labor la hizo muy bien la señorita Selma.

—Y con un gesto de cabeza acompañado de un: “Buenas tardes, que terminen teniendo un buen día”, salió de la oficina.

CAPÍTULO 11

Los días siguientes, Brandon y Eva los vivieron envueltos en la burbuja del enamoramiento, se dedicaron a conocerse y a compartir. En la universidad apenas se separaban, las chicas del aula no estuvieron nada contentas cuando se enteraron del romance, y aunque Eva no era del tipo celoso, se sorprendía al experimentar rabia cuando coqueteaban con él en su presencia.

Se encontraban a almorzar en el campus y la recogía después de terminar su turno los días que laboraba como mesera en el bar. Algunas noches comían juntos, preparaban la cena entre ambos y veían alguna serie televisiva de la colección que tenía Brandon en casa. Hablaban de todo, lo que le permitía conocer cosas de él que ni siquiera hubiera sospechado. Brandon le contó algunas de las peores discusiones con su madre y Eva se percató de que la mayoría de las peleas discurrían en relación con el negocio, y también cuando él exigía una participación más activa, por parte de ella, en la vida de sus hermanos. Se consideraba más fuerte emocionalmente que Nathan y Mathew, se había echado la responsabilidad de su bienestar en los hombros y eso hablaba de su valía. Vivía al pendiente de sus necesidades, ella lo escuchaba hablar con ellos, aconsejándolos o regañándolos.

—Eres la primera persona, después de la señorita Selma, a la que le puedo contar mis cosas. Me gusta la sensación, me brindas tranquilidad —le había dicho en una de esas ocasiones.

Eva recordó una de sus charlas en la que le contaba de sus anhelos y sueños para cuando se graduara.

—Quiero ser una mujer poderosa —dijo ella un día mientras estaban en la cama después de uno de sus encuentros.

—Ya lo eres —adujo Brandon acariciándole un pecho.

Ella le dio una palmada.

—Es en serio, quiero hacer la diferencia y no me importa cuán duro tenga que trabajar.

Brandon le llevó la mano a su miembro y empezó a masajearlo.

—Aquí tienes trabajo para rato, cariño.

Ella le sonrió.

—Soy consciente que para escalar tendré que ensuciarme las manos.

—Ensúciatelas todo lo que quieras —dijo Brandon con un gruñido.

De pronto lo miró seria y concluyó:

—Aunque estemos jugando ahora, es lo que pienso, de verdad.

Él le mordisqueó los labios.

—No le temo a una mujer ambiciosa.

—Me alegra saberlo.

El sexo, Dios, se estremecía recordando cada interludio, merecía un capítulo aparte, era de otro mundo. Brandon era un hombre demandante y a la vez generoso, había despertado en ella una necesidad que nunca había experimentado con nadie. En medio de una charla con él se distraía observando sus manos y recordando todo lo que le brindaban, o a veces miraba su boca, su rostro apuesto de ceño fruncido, y recordaba cómo le había besado los pechos la noche anterior o cómo ella le había brindado placer y hecho gemir y gruñir. Se sonrojaba, porque le parecía que él le adivinaba el pensamiento y se ponía seria, y entonces él soltaba la carcajada y la besaba, tenía una predilección por sus labios y ella estaba encantada.

Un jueves él fue a buscarla al Madison, el lugar estaba a reventar. Brandon se sentó con una botella de refresco a la barra sin dejar de observarla y de vez en cuando daba vistazos al televisor frente a él. Un par de mujeres algo pasadas de tragos lo invitaron, por intermedio de Eva, a una copa. Cuando ella se acercó con un vaso de licor en una bandeja, él la miró, extrañado.

—Voy a manejar, sabes que no bebo entre semana.

—Tus admiradoras de la mesa cinco te envían la bebida. —Señaló con la cabeza hacia una mesa y dejó el vaso de forma un poco brusca en la barra.

Brandon frunció el ceño, miró a la bebida y luego la miró ella.

—¿Me estás jodiendo? —preguntó.

—Sí, es mi intención hacerlo antes de que me lleves a mi casa.

La observó mirar a las mujeres y soltar un suspiro. Brandon ni siquiera se volteó a mirarlas y con semblante serio le contestó:

—Diles que no me interesa, por favor.

Eva devolvió el trago y se acercó a dar la razón de Brandon a las mujeres, quería sacarlas a empujones del bar, pero a pesar de que llevaba casi un mes acostándose con Brandon, no sabía para dónde iban y su mente analítica y organizada necesitaba saberlo. No le había hablado de exclusividad, aunque ella creía que eso estaba implícito. Aunque en la cama fueran iguales, ellos

pertenecían a mundos distintos; odiaba el cliché de niña de clase media enamorada del chico millonario, eso estaba bien para las novelas que leía su madre de vez en cuando, pero no para la vida real. En el fondo, ella sabía que aquello no podía durar, los separaban demasiadas cosas, demasiado dinero y familia. Se había entregado a él de manera libre, sin esperar nada, porque lo deseaba y se empezaba a dar cuenta de que tal vez también lo amaba. Imponía su independencia y muchas veces se hacía con la cuenta de la cafetería y la pagaba, por más que Brandon le insistiera en que no era necesario, hasta que él se dio cuenta de que para ella era importante tener esos gestos y la dejó tranquila.

Salieron del Madison casi a media noche después de abrigarse, pues era la primera semana de noviembre y la temperatura empezaba a descender. Brandon tomó su maletín, le puso el brazo en el hombro y caminaron hasta el auto.

—¿Qué fue eso de adentro? —preguntó, todavía curioso.

—Nada especial, cumplía con mi trabajo —contestó Eva mirando al frente, mientras se subía la capucha de la chaqueta y la ajustaba al óvalo de su cara, ya que tenía frío.

—¿Por qué presiento que era una especie de jodida prueba y todavía no logro entenderla?

“Chico inteligente”, caviló Eva.

—No sabía si las habías visto, si alguna te interesaba.

Brandon rio por lo bajo como quien encuentra absurda esa declaración.

—¿Qué te pasa? Estoy contigo, solo contigo.

—¿En serio?

Brandon frenó en seco y se paró frente a ella con talante ofendido. Ya estaban a dos pasos del auto, Eva se recostó contra la puerta del conductor.

—¡Somos exclusivos! Y espero que sea recíproco y que no estés saliendo con nadie más. —Le rodeó el cuello con una mano, la miró con un ardor que nunca le había visto y pegó su frente a la de ella—. No te voy a compartir con nadie más. —Se quedó callado unos segundos, mirando fijamente su boca y acariciándola con el pulgar—. Estamos construyendo algo, me gusta la forma en que me miras, a la expectativa del toque de mis labios, eso me enloquece.

Eva respiró fuerte contra la piel de su rostro, Brandon dejó caer la cabeza y envolvió los brazos alrededor de ella para pegarla a su cuerpo y con el ansia de siempre, que ya ni se cuestionaba, le atrapó los labios con los dientes y se los mordisqueó con delicadeza. Eva sintió escalofríos de placer, él intensificó

el gesto, sus lenguas se enredaron y ella perdió su capacidad de pensar. Le acarició el cabello, enterró los dedos en su pelo, las mariposas en su vientre no le daban tregua y pensó que su corazón iba a estallar. Asustada como nunca en su vida, supo que se estaba enamorando.

La respiración de Brandon le golpeó en la cara cuando este rompió el contacto con sus labios y ambos jadearon en busca de aire.

—Solos tú y yo —señaló él fijando su mirada.

—Solos tú y yo —demandó Eva abrazándolo.

Brandon se perdió en la profundidad de sus ojos que se oscurecían en los instantes previos a la pasión, tomando el color de las amatistas. La sed por ella lo quemaba, tragó el nudo en su garganta y su mirada se vistió de necesidad.

—Vamos a mi casa —dijo con voz oscurecida por el deseo.

Ella dormía recostada en su pecho, después de un encuentro mucho mejor que el anterior. Lo embargó una sensación de plenitud al darse cuenta de que había logrado algo que un mes atrás le parecía poco probable, que ella lo mirara como si fuera un Dios. Eva era la primera mujer que lo hacía sentir poderoso; ni su apellido, ni su herencia, ni la empresa lo habían hecho sentir así. La mirada de ella lo impulsaba a combatir contra molinos de viento, despertaba un mundo de emociones desconocidas para él. Se excitaba pensando en ella, le ocurría en los momentos más inoportunos, pero también era algo del corazón, admiraba su entereza, su inteligencia, su ambición y supo que sería una mujer que llegaría lejos en lo que se propusiera.

—Eres una zorra egoísta —aseguró Janeth mientras agarraba un puñado de palomitas de maíz y se lo llevaba a la boca. Estaban acostadas en la cama de Eva mientras veían una serie de televisión.

Le tiró una palomita que dio de lleno en su cabello.

—Si negarme a darte detalles del miembro de Brandon me hace una zorra egoísta, lo acepto.

—Se supone que las mejores amigas se cuentan todo, te conté de Steve y también de los demás.

—Nunca te he preguntado por tu vida sexual —interrumpió Eva—, tú solita sueltas la lengua tan pronto atraviesas la puerta. Esa información es algo irrelevante para mí. Créeme, puedo vivir mi día a día sin saber la dimensión del miembro de tu última cita. —Eva miró el reloj—. ¿Qué diablos haces aquí

todavía? ¿No tienes clase de Ética a las seis?

Janeth se levantó de la cama y se afianzó el cabello con una goma de color fucsia, agarró su morral y se peinó las cejas frente al espejo.

—Eres una aguafiestas, pero no te preocupes, algún día me lo contarás. Soy buena interrogadora.

Eva aprovechó para sentarse y abrir el ordenador portátil que yacía encima de la cama en medio de ellas.

—La gente está hablando de ustedes.

—¿Qué tienen que decir? —preguntó ella, concentrada en su bandeja de mail.

—Hay apuestas de cuánto durará lo tuyo con Brandon, los más optimistas dicen que durará hasta Navidad.

—No puedo creer que la gente pierda el tiempo en ese tipo de cosas. —Soltó una risa burlona—. ¿En serio no tienen nada mejor que hacer?

—Ustedes son material de cotilleo.

—No me interesa, que piensen lo que quieran —dijo, intentando cambiar de tema, le traían sin cuidado las apuestas o lo que la gente que no los conocía tuviera que decir—. En fin, la nota que sacamos en el trabajo que le presentamos a Anderson no va a estirar hasta el final del semestre y necesito estar tranquila respecto a esa materia.

—Tienes un buen promedio, deja ya de sufrir, sé que no quieres que nada se interponga en tu pasantía del próximo semestre. ¿Ya te respondieron?

—Aún no. ¿Y a ti?

—Tampoco. Me imagino que la próxima semana lo sabremos. —Janeth miró de nuevo el reloj—. ¡Me revienta ir a clase a esta hora!

—Hay cosas mucho peores, chica.

Eva había enviado solicitud para realizar la práctica universitaria correspondiente al siguiente semestre a tres empresas del sector. Una con sede en Chicago, una de Atlanta y otra de Nueva York. La práctica duraría seis meses y era un requisito necesario para poderse graduar. Ya había terminado las materias magistrales y en ese momento tenía pendiente su pasantía y luego la presentación de la tesis.

—¿Te vas a ver con Brandon hoy?

—No, tengo que estudiar, él quería llevarme a una fiesta en su fraternidad, pero esto es más importante.

Janeth levantó ambas manos.

—Mejor me voy antes de que lo tuyo sea contagioso —sentenció.

—Sí, sí, vete, vete, ya llorarás sobre mi hombro cuando empieces a recibir tus opciones laborales.

—Eres un pájaro de mal agüero. Adiós.

Brandon quería que Eva conociera a sus hermanos, aprovechando que Mathew llegaría de Boston para pasar Acción de Gracias en la mansión. Le sugirió a ella una cena en un restaurante y habían quedado en encontrarse a las siete en el departamento para salir a algún lugar. Eva tuvo la idea de preparar una comida para ellos, una pequeña celebración personal antes de la fecha, ya que se iría al día siguiente a Evanston para celebrar la fiesta con sus padres y su hermana.

Brandon le había dado las llaves del departamento el día anterior por si él demoraba, y ella llegó al atardecer con una bolsa de suministros, dispuesta a cocinar. Preparó una lasaña de carne y ensalada de vegetales. Cuando Brandon abrió la puerta, dos horas más tarde, con sus hermanos a la saga, un aroma delicioso a carne, ajo, especias y pan caliente se paseaba por todo el lugar.

—Guau —exclamó Nathan apareciendo en la cocina detrás de Brandon.

Eva les sonrió.

—Justo a tiempo. Pensé que preferirían algo de comida casera.

—¡Hiciste la cena! —Brandon se acercó sorprendido y ella lo recibió con un beso, luego saludó a Nathan. Lo recordaba del día de la fiesta.

—Hola, preciosa —la saludó este con un beso en la mejilla. Se acercó a la nevera y sacó dos botellas de cerveza— ¿También cocina? —preguntó a Brandon.

—Sí, lo hace muy bien —confirmó Brandon dándole un beso más profundo que el anterior—. Huele delicioso, cariño. Se nota que has trabajado —confirmó, al ver la refractaria que ella en ese momento sacaba del horno.

Eva llevaba un delantal minúsculo y guantes térmicos, dejó la refractaria en el mesón junto a lo demás. Vestía unos leggins oscuros, botas a la rodilla y un suéter de lana delgado. El cabello recogido en una coleta baja con un flequillo a un lado.

—¡Mathew! —gritó Nathan—. Ven aquí, papá y mamá están en la cocina.

El menor de los hermanos King se unió a ellos y saludó a Eva con un brillo de diversión en los ojos.

Eva, sin dejar de reír, se quitó los guantes y el delantal. Mathew la saludó con un breve abrazo. Observó a los tres hermanos de refilón, Janeth estaría salivando de haber estado allí con ella. Los tres chicos eran muy guapos, altos,

en forma y educados.

El menor de los hermanos tendría la misma edad de ella. De cabello castaño, ojos oscuros, alto y delgado, a Eva le pareció el más tímido de los tres. Ella recordó que estudiaba Geología en Harvard, Brandon le había comentado que deseaba dedicarse a la Gemología.

Brandon pasó la refractaria a la mesa que ya estaba arreglada, con un mantel de lino de colores oscuros e individuales a juego. Nathan fue al equipo de música y los acordes de un tema de Maroon Five se deslizaron por el lugar.

—Preciosa, esto huele muy bien —soltó Nathan.

—Gracias. Lleva esta bandeja, por favor —le pidió Eva, dándole el recipiente de la ensalada.

—Sí, señora.

Mathew se sentó de último después de que ella tomara asiento. Con respecto a los modales, los hermanos King parecían moldes sureños cortados por el mismo patrón. “Sí señora”, “No señora”, “Es un placer”. Rodeada de esos tres guapos especímenes, pensó que no era difícil imaginarlos yendo a la Guerra de Secesión, jugando sus fortunas a los naipes, batiéndose a duelo o escapando de algún marido furioso. Sospechaba que su educación era más producto de la influencia de la señorita Selma, de la que tanto le hablaba Brandon, que de Anne, la madre, y creció su curiosidad por conocer a la mujer.

Eva sirvió en los diferentes platos que Brandon le iba pasando mientras Nathan rellenaba las copas de vino.

—Esto está delicioso —dijo Mathew, que se había apresurado a probar la comida.

—Espera el postre y verás —señaló Brandon—. Mi novia hace el mejor *cheesecake* de fresa que hayas podido probar.

“Novia”. Un calorcillo inundó a Eva ante el tono de voz utilizado por Brandon.

Él estaba conmovido. A excepción de la señorita Selma, que se desvivía por atenderlo cuando iba a la mansión, nadie había hecho nunca la cena para él. Estaba seguro de que Anne no tenía idea de cuál era el camino a la cocina en su propia casa y las mujeres que habían compartido su vida por espacios cortos no estaban interesadas en labores culinarias.

Se escuchó un gemido de Nathan al llevarse el primer bocado a la boca.

—Te acabas de convertir en la mujer de mi vida, preciosa —bromeó, después de limpiarse la boca con una servilleta—. Deja a este cabrón.

Brandon resopló y Nathan se echó otro bocado a la boca. Eva sonrió, satisfecha de verlos comer con apetito.

Los chicos intercalaron preguntas sobre su lugar de origen, su familia, sus gustos musicales.

—¿En qué año estás? —preguntó Mathew a Eva.

—En último año —contestó ella.

—¿Vas a hacer pasantía el próximo semestre? —intervino Nathan.

Eva dejó el tenedor en el plato y sorbió de su copa de vino.

—Estoy esperando respuesta de tres compañías.

—¿Aquí en Chicago? —insistió el menor de los tres.

Eva carraspeó.

—Me postulé para Financiera Parsons, aquí en Chicago; Inversora Hutchinson, en Atlanta, y D&M, en Nueva York.

Brandon dejó de escuchar la conversación. Las pasantías de Parsons ya habían sido adjudicadas, se había enterado por una charla casual con el profesor Anderson. Si Eva no tenía noticias a estas alturas, entonces no la habían llamado, y le parecía muy extraño, ya que sus credenciales eran las mejores. Le quedaban dos opciones, Atlanta o Nueva York. ¡Mierda! Apenas estaban empezando, no quería separarse de ella. Un nudo de incomodidad se asentó en su estómago. No se cuestionaba las ansias adolescentes por sus besos y caricias, ni las ganas de verla a cada momento, ni cómo un recuerdo de sus ratos compartidos lo asaltaba en algún momento inoportuno. No. Se cuestionaba si debía dejarla entrar, si debía bajar sus defensas y claudicar ante los locos sentimientos que lo invadían y que no había experimentado por nadie más. Eva había sido una sorpresa en su vida. Se preguntaba cómo había hecho para vivir sin ella, sin su risa, sin sus charlas, sin sus ojos. Cómo había respirado cada día de su vida sin tener presente a Eva.

Si se iba para Atlanta o Nueva York, estaba seguro de que la conexión se rompería, ellos se perderían entre la madeja de obligaciones. Debía idear algo, no quería verla uno que otro fin de semana. Era consciente de que el próximo año iba a ser un año de mierda y la necesitaba allí, en su casa, en su cama.

—¿Prefieres una vida llena de sexo, pero comiendo fatal, o una vida sin sexo llena de ricos manjares? —escuchó Brandon que Nathan le preguntaba a Eva.

—¡Nathan! —exclamó—. ¿Qué diablos te pasa?

Mathew soltó una carcajada que ahogó en la servilleta de lino.

Eva miró a Brandon con una sonrisa en los labios y le acarició el brazo.

—¡No tienes que contestar! —adujo Brandon.

—Ambos son enormes placeres —interrumpió la aludida sin dejar de mirar a Brandon con una chispa en sus ojos—. Pero en este momento podría hacer dieta sin problema.

Nathan y Mathew chiflaron y aplaudieron. Brandon le dio una palmada a cada uno en la cabeza.

—¡Oye! —exclamó Nathan, que además se ganó un jalón de orejas.

—Alguien tiene que guardar la cordura y mantener sus culos a raya.

En cuanto Eva hizo ademán de levantarse a recoger los platos, los tres chicos se lo impidieron.

—Tú cocinaste, nosotros limpiamos. Quédate sentada.

Nathan levantó los platos y Mathew le sirvió otra copa de vino.

—Los educaron muy bien —señaló Eva.

—Estaríamos en serios problemas con la señorita Selma donde te dejáramos entrar en la cocina —añadió Mathew.

—Tomemos café en la sala. —Brandon la jaló para que se levantara. La besó con ganas, dejándose llevar por su sabor y su calor—. Gracias por la cena, estaba deliciosa, no me lo esperaba.

—Pensé que lo disfrutarías más que salir a algún lado.

—Eres muy hogareña, podría acostumbrarme. —Le acarició el contorno de la cintura.

—Yo no me haría muchas ilusiones.

Se sentaron en el sofá de la sala mientras los hermanos terminaban con el lavado de los platos.

—¿Qué? —soltó Mathew entrando a la sala y señalando la consola de videos. Los tres eran aficionados a Call of Duty y organizaban verdaderas batallas campales con días de duración, cada uno tenía asignado un personaje de la saga—. ¿Jugamos?

Brandon blanqueó los ojos.

—No creo que Eva quiera vernos mutar en soldados sedientos de sangre.

La aludida frunció los hombros.

—No me importaría mirar.

En cuanto Nathan entró en la sala decidieron jugar una partida. A los pocos minutos, estaban inmersos en el juego.

—Toma esa —exclamó Brandon, cuando evadió una granada. Él encarnaba a Alex Mason.

Nathan soltó una palabrota al ver que su personaje casi muere en una explosión. Mathew, sigiloso, aventajaba a sus dos hermanos. Eva miraba la pantalla concentrada, Brandon iba a la saga. Se veía que no estaba poniéndole alma al juego. Mathew ganó el primer juego y Brandon el segundo. Se reían de Nathan, que permanecía con el ceño fruncido. Eva caviló que el juego era como una competición de a ver quién la tenía más larga. Era el momento de bajarles los humos a los hermanos King.

—¿Me prestas el control? —dijo con voz suave.

Brandon pestañeó y la miró antes de fijar la mirada de nuevo en el juego.

—¿Estás segura? Este par son unos tramposos y te sacarán del juego en un abrir y cerrar de ojos. —Se rio y le lanzó una mirada de cuestionamiento.

Ella le dirigió una sonrisa por su cuenta.

—Creo que podré apañármelas sin mayor problema.

Él la miró con una ceja arqueada y una curva irónica en sus labios.

—Está bien.

Sonriendo, Eva se echó hacia atrás en el sillón, con los ojos fijos en la pantalla.

“Vamos a ver, señores King, quien gana la guerra”.

Lo que Brandon no sabía era que ese videojuego era el favorito de Eva y su padre, gran aficionado a las consolas. Ella era una excelente jugadora. Sacó a Nathan del juego en poco tiempo.

—Eres una embaucadora, James. —Brandon negó con la cabeza varias veces.

—No, no lo soy —sonreía—. Distes por sentado que no sabía jugar.

—¡Eres una asesina despiadada! —sentenció Nathan al ver que iba pareja con Mathew.

Brandon estaba de su lado. Nathan tomó partido por Mathew. El par de hermanos hicieron apuestas.

—¡Mathew! El honor de los King está en tus jodidas manos —exclamó Nathan con voz de tenor.

Brandon sonreía, debió saberlo en cuanto se sentó a su lado en esa pose formal. Debió saber que era una mercenaria. Le ganó a un sorprendido Mathew que no supo de dónde había venido el golpe. La observaba reír con sus hermanos, tan espontánea, tan natural, y cantar hurras por la victoria. Un nudo le calentó entonces el pecho y supo que estaba enamorado de ella.

CAPÍTULO 12

Eva condujo hasta su casa al día siguiente de la cena en casa de Brandon. Una hora después llegó a Evanston, al local de sus padres ubicado en la vía principal del condado. Pastelería Mili era un negocio mediano, situado en una esquina, con varias mesas en la terraza y media docena más en el interior. A Eva le gustaba el olor a café, vainilla y canela que se desprendía de las paredes del lugar y que siempre relacionaba con la cocina de su madre. Millicent, una mujer de estatura mediana y acuerpada, con el cabello claro, agarrado en una cola de caballo, soltó las pinzas con que organizaba las magdalenas, que eran famosas entre los vecinos y los estudiantes universitarios del sector.

—¡Eva! —salió de la vitrina y la abrazó. Vestía jeans, tenis y una camiseta con el logo del negocio que era la silueta de un *cupcake* de color chocolate y verde menta—. Llegas temprano.

—Preferí salir antes de que el tráfico se pusiera imposible. También quería ayudar.

Su madre volvió detrás de la vitrina. Había un par de comensales degustando capuchinos acompañados de *croissants*. Una mesera jovencita atendía la mesa del fondo.

—Toda ayuda es bienvenida, sabes que hoy tendremos mucho movimiento.

Las vitrinas ya estaban pertrechadas con toda clase de postres y tortas que su madre y una pareja de chinos confeccionaban en la cocina interior del local.

—Tu papá está en la oficina, instalaron el nuevo software que nos recomendaste, no le ha ido muy bien.

Eva tenía muchas ideas para modernizar el negocio familiar. Le costó un poco de trabajo que su padre, que era el que manejaba el área financiera, automatizara muchos procesos de la parte contable, aunque al final terminaba dándole la razón. Pensaba que si ellos supieran el potencial que tenían entre manos, hubieran invertido mucho más, pues el lugar estaba ubicado en una esquina estratégica y, además su madre se había ganado a pulso el buen nombre. Ella soñaba con llevar Pastelería Mili a otro nivel, pero Ian y Millicent eran muy prudentes cuando de finanzas y sueños se trataba, no habían tenido unos años fáciles y apenas empezaban a salir del agua.

Eva encontró a su padre sentado frente al computador.

—Hola, papá.

Ian la miró por sobre las gafas, le abrió los brazos y le sonrió.

—Hola, princesa.

Se acercó y lo abrazó.

—Me alegra que ya estés aquí. —Señaló enseguida el computador—. Este programa me está dejando calvo.

Era un hombre alto y delgado, con el cabello y los ojos del mismo color que Eva. Llevaba el corte militar y la mandíbula despejada. Vestía igual que su esposa. En la pared se apoyaba un bastón, que debía usar debido a la lesión sufrida en su pierna. No había sido fácil la convivencia para el matrimonio James desde el accidente. La baja y la lesión de Ian habían sido un duro golpe para la familia.

Eva le explicó a su padre de manera sencilla y eficaz todos los pasos a seguir y él anotó en un cuaderno cada explicación de su hija.

—En cuanto lo mecánicas te darás cuenta de las ventajas y te vas a preguntar cómo viviste sin ese programa.

Ian soltó una sonrisa irónica.

—A veces no sé si nos estamos condenando al dejar todo en manos de estas malditas máquinas. ¿Qué fue de los libros de contabilidad, los recibos escritos a mano y las calculadoras de escritorio? —La miró de nuevo.

Eva frunció los hombros y le sonrió burlona.

—No sé de qué me hablas.

—¿Qué tal se portó el auto?

—Bien.

—Quisiera que miráramos uno nuevo. Esa bolsa de chatarra ya cumplió su ciclo.

—Robert está muy bien.

—No, no está bien que mi brillante hija esté expuesta a un peligro si está en mis manos evitarlo. Mañana trabajaré en él un rato —dijo con aire apagado volviendo al computador.

—Gracias, papi. ¿Qué pasa? ¿Cómo va el trámite del préstamo bancario?

—El banco nos negó de nuevo el préstamo, si no conseguimos esos treinta mil dólares, nos veremos en dificultades.

—Lo solucionaremos de alguna forma —lo tranquilizó Eva.

Sus padres habían tenido una fuerte crisis económica en cuanto Ian se licenció del ejército, las facturas médicas y una recesión en la zona, al llegar

algunas grandes cadenas de pastelerías al sector, habían mermado los ingresos y las deudas no disminuían. Ella estaba deseosa de graduarse y ayudar a pagar algunas de ellas.

El resto del día Eva laboró junto a su madre en la pastelería, recibía mensajes de WhatsApp de Brandon cada tanto. Su hermana Helen pasaría la noche en casa de su novio, por lo que la vería al día siguiente.

—¡Hola, familia! —saludó Helen desde la puerta.

—Estamos en la cocina.

—Mi lugar favorito de la casa en Acción de Gracias —dijo con talante sarcástico en cuanto se materializó en el lugar. Era muy parecida a los dos padres, el cabello de la madre, los ojos y la contextura del padre. Higienista dental en un consultorio del condado, vivía en el mismo vecindario.

Eva y Millicent ya tenían el mesón de la cocina tapizado de ingredientes para la cena. El ambiente estaba impregnado a diversas especias. Los muebles de madera de más de una década tenían historia. En el alfeizar de la ventana había macetas pequeñas con hierbas.

—No te salvas querida —contestó su madre.

Helen abrazó a Eva, que pelaba patatas. Ya el pavo estaba en el horno y Millicent mezclaba los ingredientes de una de las guarniciones. La joven se puso en la mitad de la estancia y extendió la mano, emocionada.

—¡No! —exclamó Millicent con la mano en el corazón.

—Oh, mi Dios, es hermoso —dijo Eva en cuanto se acercó a evaluar el anillo de compromiso de su hermana.

—¿Fue anoche? —preguntó la madre.

Helen hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Estoy segura de que tu padre lo sabía. Estuvo nervioso hasta tarde.

—Yo creo que sí —confirmó Helen—. Se cuentan todo.

—¿Cómo fue? No, espera —dijo Millicent acercándose a la nevera—. Esto merece un brindis. ¡Ian!

—Papá salía al almacén de repuestos de Tom cuando yo estaba estacionando —indicó Helen mientras sacaba las copas de cristal de un mueble alto—. Brindaremos nosotras.

Se sentaron ante el mesón con las copas de champaña. Después del brindis, Helen empezó el relato.

—Me invitó a cenar a Davi's.

—Eso ya debió haberte dado una pista —dijo su madre.

—¡Qué va! —manifestó ella sin dejar de mirar el anillo—. Me dijo que había ganado un contrato con el ayuntamiento y que deseaba celebrar. Aunque tenía la esperanza de que se propusiera. Mis expectativas aumentaron cuando nos llevaron a una de las mesas del fondo, ya sabes, las que dan al jardín, las más románticas. Ordenamos unas entradas, brindamos y yo esperaba, pero él charlaba como si nada. Cuando vino el primer plato tapado, se me aceleró el corazón, y cuando el mesero lo destapó, les juro que esperaba encontrar la caja, pero no, eran las jodidas setas al ajillo. Luego, en medio de la cena, se acercó un violinista y pensé, esta es. El violinista tocó para *Para Elisa*, sabes que es de mis favoritas, pero el músico se fue, y nada sucedió. Tampoco con el postre, así que me dije que esa noche no sería la propuesta. Salimos del restaurante y me invitó a dar una vuelta por la plaza, no tenía muchas ganas, la verdad, estaba haciendo un frío de los cojones, pero algo en sus ojos renovó mis esperanzas de nuevo. Y al llegar al atrio que hay en la plaza, se encendieron cientos de luces y escuché nuestra canción, entonces lo veo con la rodilla en el suelo y la caja del anillo en la mano. Me solté a llorar como una tonta y le dije que sí antes de que abriera la boca.

—¡Es lo más romántico que he escuchado! —exclamó Millicent con lágrimas en los ojos.

—¡Nos casaremos en primavera!

—¡Felicitaciones! —lanzó Eva abrazando a su hermana.

La tarde transcurrió con las mujeres tomando champaña, celebrando y haciendo planes, revisaron el pavo y Millicent fue a poner la mesa mientras las chicas preparaban la ensalada.

—¿Estás saliendo con alguien?

Eva, algo achispada por el par de copas de champaña, sonrió.

—Sí.

—Gracias, Dios, por fin olvidaste al cabrón de Tyler.

Eva sacó su móvil del bolsillo y buscó una fotografía de Brandon que le había tomado un día en clase, le extendió el artilugio a su hermana.

—¿Quién es? —preguntó Helen.

—El chico con el que estoy saliendo.

Helen abrió los ojos y la miró sorprendida.

—¡Joder! ¿Es en serio? Está buenísimo, se me hace conocido. ¿Quién es? ¿No es un poco mayor que tú?

—Apenas tres años, su nombre es Brandon King.

—King, King... —repitió Helen y abrió los ojos—. No será...

—Sí.

—Eva, ese chico es parte de la realeza de Chicago.

—No me digas que es como el jodido príncipe William, porque te ahorco con el limpión.

—No es como el príncipe William, es más guapo y caliente que el jodido príncipe William. No sabía que estudiaba en esa universidad —dijo con el ceño fruncido.

—¿Qué? —inquirió Eva mientras machacaba unas lechugas.

—¿Va en serio?

—No lo sé aún —contestó cauta.

—No quiero que pases por lo mismo que pasaste con Tyron.

Eva interrumpió su labor.

—¿Te has puesto a pensar que a lo mejor la que no quiere nada serio soy yo?

Helen la miró sorprendida.

—¿De verdad? —Sonrió— ¿Entonces vas a utilizar ese fabuloso cuerpo que tiene?

Eva se sintió mal mintiéndole a su hermana, confiaba en ella, pero no estaba aún preparada para hablar de los sentimientos que le inspiraba Brandon, prefirió dejarlo en un plano superficial. Sonrió sin querer, si él la escuchara no estaría muy contento con su admisión ante Helen. Brandon era intenso y muy serio. No había dejado de pensar en él, quiso cerrar los ojos y abstraerse en el recuerdo de la última noche juntos. Si fuera sincera con Helen le diría que lo sentido por Tyler era una pálida emoción comparada con lo que Brandon le inspiraba, pero tenía temor de bajar sus defensas construidas con tanto celo.

—Sí, ¿por qué no puede ser una prerrogativa para mí?

—Desde que no te enamores no le veo el problema y desde que los dos lo tengan claro, tampoco le veo el problema.

—Bien.

Más tarde llegó el prometido de Helen en compañía de sus padres y durante la oración de gracias en el momento de la comida, Eva pidió con fervor que Brandon no le rompiera el corazón.

Brandon pasaba canales en la televisión de la sala de estar aledaña a la cocina de la mansión, se escuchaban ruidos de ollas y la voz de la señorita Selma tronando como sargento que da órdenes a un batallón. Las fotografías de

los tres hermanos en diferentes edades tapizaban muebles y superficies. El ambiente olía a pollo frito y pan de maíz. Se escuchó el batir de una puerta y luego los pasos pesados que Brandon conocía más que los suyos. La mujer se paró frente a él con una bandeja de comida en las manos.

—Me hubieras llamado y te habría ayudado —dijo el joven enderezándose en el acto.

—Todavía sirvo para algo, ¿te vas a cambiar? Lucille cepilló uno de los trajes que aún están en tu habitación.

—Me cambiaré en un rato.

Brandon desplegó una servilleta de tela y se dispuso a comer.

—Deberías sentarte con nosotros a la mesa, junto a los invitados de mamá. La señorita Selma soltó una carcajada.

—Ay, jovencito, este país se puede jactar de libertad y toda esa cháchara de que somos iguales, pero todos sabemos que las jerarquías existen y existirán por siempre. Mantente en la cresta de la ola, hijo, es la única manera en la que podrás gozar de algo de libertad, y tan pronto asumas tu puesto en la empresa, dale una patada en el trasero a Ryan, se la merece.

—Sí, señora.

Se quedaron unos minutos en silencio mientras Brandon degustaba el pollo y el pan de maíz.

—¿Me vas a contar o vas a dejar que muera de curiosidad?

—¿Qué quieres saber? —Brandon sabía que se refería a Eva, se imaginaba que sus hermanos no habían podido tener la boca cerrada.

—Tus hermanos no han hecho sino hablar de una dulce chica rubia que les dio de comer.

Brandon sonrió.

—*Mammy*, hablas como si mis hermanos y yo pasáramos hambre.

Ella ignoró el comentario.

—Debe ser una chica diferente a las que normalmente frecuentan esta casa y se escabullen por el área de la piscina en sus tacos altos y vestidos de fiesta. Ninguna de esas chicas sería capaz de hacer un sándwich, aunque la vida les fuera en ello y tuvieran los ingredientes frente a sus narices operadas.

—¿Nathan trae muchas chicas?

—Cada fin de semana, no se pueden dejar sueltos los perros y la puerta de salida a la piscina toca dejarla fuera del circuito de las alarmas, pero no me cambies el tema. Estábamos hablando de ti.

Brandon puso la bandeja en la mesa.

—Se llama Eva James, es estudiante de último año, es buena, inteligente y hermosa.

—Y sabe cocinar por lo que escuché, pero eso no importa mucho, lo importante es que sea una persona buena y con los pies en la tierra.

—Sí, *mammy*, es una mujer con los pies bien puestos sobre la tierra.

—¿Estás enamorado?

Brandon se quedó mirando una fotografía que reposaba en una repisa frente a él: sus padres posando en vestido de fiesta. Se veían felices.

—No lo sé, *mammy*. —Miró a la mujer, la tomó de la mano y le acarició el dorso, de piel gruesa y reseca—. Voy a traerla para que la conozcas, o mejor aún, podemos ir a almorzar a ese restaurante que te gustó tanto en el muelle de la Armada.

—Puede ser.

La anciana se levantó de la silla. Brandon también se levantó, tomó la bandeja y la llevó a la cocina, donde dos jóvenes empleadas estaban picando ingredientes. Brandon limpió el plato en la caneca de basura y llevó la losa al lavaplatos, la fregó, la enjuagó y la dejó en un escurridor.

—Cassandra Elliot volvió de Italia, vendrán esta noche.

Brandon la miró sorprendido.

—¿Voló hasta acá para celebrar Acción de Gracias?

—Creo que viene a quedarse, pero ya sabes, a lo mejor son solo chismes.

Cassandra Elliot había estado enamorada de Brandon desde que lo vio por primera vez en una fiesta de aniversario de sus padres a la que Anne lo había llevado casi de la oreja. Los Elliot, reyes de la banca en la ciudad, eran muy amigos de los King. En cuanto los presentaron, Brandon se inclinó y tomó los dedos nerviosos y temblorosos de la joven en sus grandes y cálidas manos. Los sostuvo con fuerza, fijando su amable mirada en los sorprendidos ojos de Cassandra, levantó una ceja con aprecio, sonrió y le hizo un pequeño guiño. Ella se enamoró perdidamente de él.

Durante la adolescencia, se dedicó a conocerlo sin que él se percatara, nunca dio muestras de sus sentimientos. Era una mujer orgullosa, pero perseverante; el objetivo de su vida era ser la esposa de Brandon King y había ideado un plan para lograrlo.

—Hola, Brandon —saludó esa tarde cuando él bajó al salón a reunirse con los invitados de la familia.

Aparte de los Elliot, estaban la hermana de Parker con su esposo, un

médico cardiólogo, y sus dos hijos, unos adolescentes concentrados en algún juego en los móviles.

—Cassandra, me alegra verte —saludó Brandon con calidez y notó el sonrojo de la chica. Era una mujer bella, con clase, con una chispa en sus ojos verdes que le confería un aire inteligente—. ¿Cómo es que no estás aquí con un guapo chico italiano? Me imagino que los volviste locos.

—Cassandra está interesada en el producto nacional —intervino Nathan con tono burlón.

La chica ignoró el comentario.

—Los italianos son demasiado intensos y gritones para mi gusto. Les recuerdo que fui a estudiar, no tenía mucho tiempo para divertirme.

—Eso en Italia es pecado —insistió Nathan—. Junto a los franceses, son los maestros de la buena vida.

Anne se percató de que, con mucha maestría, Cassandra involucró a todo el mundo en la charla y todos dieron su punto de vista. Estaba encantada con la joven, un par de años atrás, antes de su viaje a Italia, le parecía simple y opacada, pero esa noche la vio con nuevos ojos: era elegante, discreta, y tenía un cutis perfecto. Luego miró a los padres. Cassandra era hija única, heredera de todo un imperio económico, sería la pareja perfecta para Brandon, lástima que la chica no se hubiera dedicado a las finanzas, caviló, en cambio, había estudiado diseño de joyas. Un momento...

Una empleada los invitó a pasar al comedor. Anne tomó del brazo a Cassandra.

—Querida, muero por ver tus diseños, Corinna está muy orgullosa de ti. Me imagino que contemplarás la idea de trabajar para nosotros, ¿o vas a abrir tu propio negocio?

Cassandra miró a Brandon, que sonreía distraído a la pantalla del móvil.

—Estoy abierta a diferentes opciones, tía Anne —respondió, sonriendo satisfecha, pero en su interior batía palmas, pues ya era noticia que Brandon tomaría el mando de Joyerías Diamond el siguiente año, qué oportunidad de oro sería esa de trabajar codo a codo con él.

—Espero que nos tengas en cuenta.

“No te quepa duda”.

CAPÍTULO 13

La semana siguiente, Eva tenía en su bandeja de correos la confirmación para empezar su práctica la tercera semana de enero en la empresa D&M de Nueva York. Al tiempo, recibió una propuesta de Joyerías Diamond para realizar su pasantía universitaria en el área financiera de la empresa.

—Espero que no me hayas ofrecido la práctica porque soy tu novia —le dijo a Brandon en cuanto soltó su maletín esa noche en su casa.

Él sazónaba un par filetes de carne. Se veía tan sexy en la cocina, con sus jeans desteñidos de cadera baja y una camiseta gris de un grupo musical de metálica que había conocido mejores tiempos; llevaba el cabello húmedo por la ducha que seguro había tomado más temprano. La miró con un brillo en los ojos y algo parecido a la ternura.

—Novia. —Sonrió de medio lado y le guiñó el ojo—. Primera vez que dices la palabra y no te atragantas. Claro que lo hice por eso. —Lo vio levantar las manos, en un intento de calmar la andanada que sabía que seguiría al ceño fruncido de ella, debido a su interferencia—. James —continuó, serio—, necesito que bajas las armas cuando hables conmigo, tú y yo estamos del mismo lado. Aparte de ser “mi novia”, eres una de las estudiantes más brillantes de ese jodido curso. ¿Qué tiene de malo querer reclutarte en mis filas?

Lo vio poner la carne en la sartén y luego revisar el horno, del que salió un aroma a mantequilla. Estaba preparando su comida preferida: patatas en salsa blanca con mantequilla, carne a la plancha y vegetales salteados.

—Que en tu empresa se darán cuenta en poco tiempo de que me diste el trabajo por el vínculo que compartimos.

—No me puede importar menos lo que piensen los demás, soy el jodido dueño, al que no le guste, que se vaya.

—Nepotismo en su máxima expresión. —Brandon se rio entre dientes—. No sé, para ti es muy fácil decirlo, pero seré yo la que tenga que trabajar el doble para demostrar mi valía.

—Trabajarás el doble, de eso no te quepa duda, soy muy exigente y no vas a tener ventajas, señorita James.

—Brandon, no quisiera...

—Cariño —interrumpió él—, voy a necesitar muchísima ayuda y quiero aprovecharme de tu talento. Necesito rodearme de gente en la que pueda confiar.

—Si lo pones de esa manera. —Suspiró Eva, apaciguada, cada vez le era más difícil sustraerse al embrujo que Brandon ejercía en ella—. Pero necesito que me digas la verdad, independientemente de que trabaje contigo o no, ¿por qué no quieres que vaya a Nueva York?

Brandon se lavó las manos con gesto serio, concentrado. Lo invadió la angustiante necesidad de tocar esa piel tersa, besar el sedoso pelo rubio.

—No quiero perderte, la distancia hace estragos en las relaciones y no deseo estar separado de ti. —Los brazos masculinos la rodearon. “Aparte de que no querré saber que habrá algún tipo rondándote, y por el pequeño detalle de que cada día que pasa te necesito más, tanto como al aire, pero si te lo digo, saldrás corriendo por la intensidad de mis sentimientos y no te culparía”.

Estaba sorprendido por todo lo que Eva le inspiraba, el hambre de ella era una necesidad que se había instalado en su cuerpo sin visos de ser saciada. Todas eran emociones tan primitivas y profundas, que le parecía imposible estar experimentando algo así.

—Puedes aprovecharte de mi cuerpo también —dijo ella, dándole besos en la mandíbula y en el cuello.

—Es lo que planeo hacer en este momento, señorita James.

La Navidad llegó como todos los años, con la nieve, las luces, los árboles decorados y las tazas de chocolate caliente con malvaviscos de colores nadando en su superficie. Eva disfrutaba de esa fiesta, de las aglomeraciones, el frío, la comida. A veces cenaban en algún restaurante cercano al departamento, asistieron a un concierto de villancicos en el Pabellón Pritzker en Millenium Park y una noche se aventuraron a disfrutar de una función del *Fantasma de la Ópera*.

La primera semana de enero, unos días antes de iniciar la práctica universitaria, Eva recibió la invitación de Brandon a acompañarlo a la fiesta de cumpleaños de su madre, que se celebraba en la mansión a finales de la segunda semana de enero.

—No tienes nada de qué preocuparte, aquí está la mujer maravilla al rescate, no perteneceré a la realeza apolillada de esta maldita ciudad, pero algo recuerdo de ese mundo —sentenció Janeth en cuanto Eva le dio la noticia.

Sus padres se habían divorciado cinco años atrás y el padre, que era dueño de una compañía inmobiliaria, se había vuelto a casar. No había sido muy generoso en la repartición de bienes, por lo que Janeth ya no podía disfrutar del mismo nivel de vida con el que había crecido.

—Me tranquiliza saberlo —señaló Eva con algo de sarcasmo, mientras ojeaba un libro con apariencia distraída.

—¿Cumpleaños de la suegra? Vaya con el chico King, quiere darte en grande la bienvenida a la familia. Ese evento siempre es comentado en blogs y páginas de farándula, es de etiqueta.

—Sí, así es. Brandon me dijo que su madre está preparando una fiesta con no sé cuántos invitados.

—¡Debes verte fabulosa esa noche! Lástima que no llevamos la misma talla de sostén, porque tengo un vestido color esmeralda de mis últimas compras en París, antes de caer en desgracia. Recuerdo que lo encontré en una percha de saldos de Chloé. —Janeth observó de nuevo los pechos de Eva y negó con un gesto—. Se saldrían al momento.

—No quiero causar una impresión errónea ni verme tampoco como una mujer trofeo, además, aunque quisiera, no tengo el dinero, ni de lejos, para comprar algo costoso. Brandon insistió en comprarme un vestido. Está tan mortificado porque no acepté, que pienso que se arrepiente de haberme invitado —dijo preocupada.

—Deberías aceptarlo, para él no es gran cosa y solo viéndote como los demás te sentirás cómoda. Levántate.

—No puedo aceptarlo, si no puedo ir por mis propios medios, prefiero desistir y conocerlos en otra ocasión. Le dije a Brandon que ni se le ocurriera darme la sorpresa de ninguna forma.

Eva se puso de pie en medio de la habitación mientras Janeth revoloteaba a su alrededor con expresión levemente divertida y porte altivo y distante.

—Si se me apareciera un hombre en plan *Mujer bonita* ofreciéndome vestidos y joyas, no diría que no, aunque esa soy yo, que soy una desvergonzada. Pero tú alégrate, estamos en el país de las oportunidades, donde millones de cenicientas encuentran su príncipe.

—No estoy buscando un jodido príncipe, prefiero ser de esos millones de chicas que estudian, sacan un título adelante y se hacen cargo de su vida, y que, si se enamoran, escogen un compañero de vida, no alguien que se la solucione.

Janeth desestimó su comentario con un gesto de la mano.

—Iremos a una *vintage shop*, pero no las que visita todo el mundo, iremos a una joya en el casco histórico.

La tienda estaba en una casa y ocupaba los dos pisos, una mujer que conocía a Janeth la saludó de forma efusiva. Los vestidos de fiesta estaban en una habitación especial junto a los vestidores. Eva se dejó seducir por diversos modelos y luego de varias pruebas, empezó a divertirse. Desfiló con un Givenchy, un modelo de Carolina Herrera y también un Dior, pero el vestido que le quitó la respiración fue un Balenciaga de color ciruela, que era una declaración sofisticada con pliegues suaves que terminaba con un escote *halter* clásico y sexy. El tono de la tela realzaba el color de su piel. Era una prenda sin edad ni temporada, de esos vestidos clásicos que estarían a la moda toda la vida.

—Cabello suelto en ondas, labial rojo y aretes de brillantes, mis Jimmy Choo te servirán. Oh, Dios, ¡vas a matarlo! —sentenció Janeth—. El chico no se dará cuenta de por dónde vino el golpe.

La mujer que salió a la salita de la vivienda de Eva en cuanto Brandon tocó la puerta no era la misma chica que veía en el día a día en la universidad, ni la que trabajaba en un bar para sostenerse, ni la joven fresca y desmelenada a la que le llevaba el desayuno a la cama, sino la criatura más bella que había visto en su vida. La miraba literalmente con la boca abierta, el cabello en ondas, como el de esas actrices de los años cincuenta, el brillo del delicado tono de su piel, la boca de labios gruesos bien delineados.

—Soy un bastardo con suerte —exclamó con asombro—. ¡Estás bellísima!

—Gracias, tú también estás muy guapo —dijo Eva con una sonrisa de bienvenida de la que procuró borrar todo asomo de satisfacción. Había logrado el efecto deseado.

—¿Nos vamos? —preguntó él, mirándola todavía con asombro. La ayudó a ponerse un abrigo negro de fina factura que Janeth había pedido prestado a su madre.

El nudo en el estómago de Eva se apretaba más y más a medida que se acercaban a la mansión de la familia King. Se escuchaba una canción de Lady Gaga en el equipo de música del auto. Brandon le echó un vistazo, ella miraba por la ventana, con la espalda recta y las manos en el regazo, comenzó a mover una de ellas de arriba abajo y con la otra se tocó el lóbulo de la oreja. Notó la profundidad de su respiración cuando la casa iluminada se materializó ante ellos.

Sus fosas nasales se dilataron tratando de absorber los matices de su

aroma a limpio, a jazmín, a algo dulce que era inherente a ella y que saturaba el espacio del auto.

—¿Estás bien? —Le tomó la mano helada y besó el dorso.

Ella inspiró fuerte, al observar la gruesa puerta de hierro abrirse ante ellos, el amplio jardín iluminado y los autos de alta gama aparcados a lado y lado de la vía. Había varias personas entrando por la puerta principal.

—Sí, estoy bien. Nunca me dijiste que vivías en un palacio.

—Esto no es un palacio, es solo una mansión —respondió ante su mirada aprensiva.

Necesitaba distraerla, a lo mejor era demasiado pronto, debió escoger un evento más íntimo para presentarla, pero la fiesta de cumpleaños de su madre le pareció una buena oportunidad.

—Estás tan hermosa —dijo en un susurro apasionado—. Estaré ansioso por volver a casa y quitarte ese vestido. Te devoraría la boca si me dejaras, no me importaría que se te corriera el labial, pero a ti sí que te importaría.

—No me importaría que se corriera.

Frenó el auto y acercó su rostro al de ella, sin atreverse a besarla, le miraba la boca y luego ascendía a los ojos y luego todo volvía a empezar en un duelo de miradas que producía chispas en el pequeño espacio del auto.

—No me tientes.

Brandon volvió a conducir unos metros más allá de la mansión, aparcó frente a una casa pequeña, bajó del auto y le dio las llaves a un botones antes de dar 3.+

la vuelta y abrir la puerta del lado de Eva. La señorita Selma nunca participaba de las fiestas, ya que Anne prefería contratar una empresa de catering de renombre que se encargara de todo, entonces la mujer se quedaba en su casa descansando.

—Te llevaré a conocer a la señorita Selma antes de entrar a la fiesta.

El piso estaba resbaloso, una delgada capa de hielo lo cubría. Había nevado ese día, lo que le daba al paisaje la apariencia de una gran escultura de hielo. La puerta de la casita se abrió antes de que Brandon tocara.

—Pasen, pasen, van a coger una pulmonía —dijo una mujer de cabello gris y mirada inquisitiva que observó a Eva a los ojos—. Por fin se dignó a traerte este bribón.

Entraron a la sala pequeña y decorada con muebles y cojines de flores de colores. Había libros y revistas encima de las mesas y una televisión encendida en un programa de concursos. La mujer, que vestía un pantalón de

algodón y un suéter grueso de color púrpura, apagó el aparato con un control y los invitó a tomar asiento. Había fotografías regadas por todas partes y en todo tipo de marcos, y en medio de hermosos rostros oscuros, también había algunos pálidos: él en su graduación del jardín, su hermano Nathan llegando a la meta de alguna carrera; su hermano Mathew de traje y corbata para su foto de último año en preparatoria.

—Es un placer conocerla al fin —saludó Eva, mirando con cariño a la mujer que significaba tanto para su novio—. Brandon me ha hablado mucho de usted.

La mujer asintió.

—Bueno, mi muchacho tiene buen gusto. ¿De dónde eres?

—Soy de Evanston, crecí allí, mis padres tienen una pastelería.

Eva miró por encima del mueble una fotografía de Brandon de pequeño en uniforme de tenis con semblante serio. Se levantó de la silla y se acercó.

—Te ves precioso en uniforme, ¿juegas tenis desde pequeño?

—Brandon juega desde los cinco años —dijo, orgullosa, la señorita Selma—. Si hubiera querido podría ser como esos tenistas profesionales.

—Exageras, mammy.

La mujer observaba a la pareja, la chica no lo tendría fácil con Anne, eso era seguro y más después de ver la devoción con que el mayor de los King seguía cada uno de sus movimientos. Era algo más que una aventura, se percató la mujer, debido al deseo de Brandon de exponerla al escrutinio de su gente. Le había conocido cantidad de chicas, pero nunca había llegado acompañado de una mujer a la fiesta de cumpleaños de Anne en la mansión. La chica era preciosa, carente de artificios, parecía una buena persona, aunque no podía asegurarlo de un solo vistazo, pero estaba seguro de que Brandon no se equivocaría en algo que por lo visto para él era importante.

—Estoy segura de que no exagera —asintió Eva.

Charlaron de diversos temas, la mujer se mostró interesada en conocer detalles de la vida de Eva, después siguió contando anécdotas de los menores King.

Alguien llamó a Brandon al móvil y este se alejó a contestar. La mujer la miró fijamente.

—Mi chico lo tendrá muy difícil este año, será la prueba de fuego, necesita a una mujer fuerte y leal, si eres tú, lo apoyarás, y si tienes alguna duda, mejor sal corriendo. Los King tienen historia y no toda es agradable.

—Brandon es muy importante para mí —aseveró Eva—, a pesar del poco

tiempo que llevamos juntos he podido darme cuenta del gran hombre que es. —Le tomó la mano. La quiso enseguida por ser el soporte de Brandon en la infancia, porque gracias a ella y sus enseñanzas, había ayudado a formar un hombre maravilloso—. Lo acompañaré en lo que me permita, pero tengo el presentimiento de que es un hombre capaz de solucionar los desafíos que se le presenten, sé más o menos cual es la situación de las joyerías y tiene mucho trabajo por delante, será un placer acompañarlo. Esté tranquila.

—Yo no tengo dudas de las capacidades de mi muchacho, pero no puedo dejar de preocuparme por él.

La chica no tenía idea del nido de víboras que rodeaba a la empresa y la señorita Selma elevó una plegaria al cielo porque aquellos dos talentosos jóvenes lograran salir indemnes del desafío que iniciarían en pocos días.

—No es que no me agrade la visita, pero ustedes dos no se pusieron tan elegantes para venir a verme a mí, váyanse ya para el baile.

Brandon le dio un beso en la mejilla, Eva se sintió más enamorada al ver sus gestos de cariño al despedirse, la mujer los invitó a que la visitaran de nuevo una tarde de algún fin de semana.

CAPÍTULO 14

Eva dejó el abrigo en manos de un joven que los recibió en la puerta, no conseguía apartar la mirada de la decoración del lugar y de la imponente que destilaba. Atravesaron el vestíbulo y llegaron a una entrada en forma de arco, que daba de lleno al salón de baile; la gente reía y bebía, una pequeña orquesta ubicada al fondo amenizaba el ambiente, los meseros iban y venían con bandejas de champaña y canapés.

Reconoció a Anne King por las fotos de las revistas, la mujer se movía entre los invitados con el donaire de una reina regalando favores a sus súbditos. Eva la encontró hermosa y elegante, con su corte Bob, su vestido entallado azul oscuro y unas joyas que ella no había visto en su vida, la mujer era el epítome del glamour que Janeth tanto leía en las revistas y blogs del *jet-set*.

Eva la vio aproximarse y se puso nerviosa. La visita a la señorita Selma y ahora el inminente encuentro con la madre de Brandon le despertaron un sinfín de preguntas: ¿qué se le había perdido en esa casa? ¿Qué tan serias eran las cosas con Brandon? ¿Lo amaba? ¿Él la amaba a ella? Impostó una sonrisa en cuanto la mujer llegó hasta ellos.

—Brandon, viniste acompañado —adujo la mujer, mirando a Eva de arriba abajo.

—Buenas noches, madre —saludó Brandon con talante serio, dándole un beso en la mejilla—. Feliz cumpleaños.

—Gracias, hijo, y también por el hermoso broche, tu buen gusto es inigualable.

—Madre, quiero presentarte a mi novia, Eva James.

Anne levantó las cejas, asombrada.

—Vaya, pero qué sorpresas me depara la noche, yo que te quería sorprender y la sorprendida fui yo. Es un placer, querida, bienvenida a mi casa.

—El placer es mío, le deseo un feliz cumpleaños —contestó ella con tono de voz bajo.

Así como la conmovió el cariño tan patente entre Brandon y la señorita Selma, atestiguó la frialdad en el trato que Brandon le daba a su madre y viceversa. En el breve intercambio no vio afecto entre madre e hijo. Un

hombre maduro y elegante se acercó a ellos.

—Brandon, muchacho, que alegría verte.

—Hola, Parker —contestó el aludido.

Brandon hizo las presentaciones, el hombre se mostró formal, la miró de manera apreciativa.

—Que buen gusto, muchacho. —Luego se dirigió a su esposa—. Querida, acaban de llegar los Elliot.

—Oh, Brandon, mira que hermosa está Cassandra. Esperaba con mucha ilusión verte esta noche. —La mujer se dirigió a Eva—. Brandon y Cassandra se conocen desde jovencitos, los Elliot son amigos de la familia de toda la vida y dueños de uno de los bancos más importantes de Chicago.

—Madre, ve a recibir a tus otros invitados —interrumpió Brandon, llevando la mano a la parte baja de la espalda de Eva—. Amor, vamos a bailar. Con permiso.

La llevó a una improvisada pista de baile, al lado de la orquesta, donde ya había varias parejas moviéndose al ritmo de la música.

—¡Vaya! —exclamó Eva —Eso fue...

—Petulante, no hay otra palabra.

—Lo dejaría en raro.

—Cariño, eres benevolente —aseguró él—. Hueles increíble, quería decírtelo hace rato.

—Gracias, es Omnia Crystalline, de Bulgari. Fue un regalo de mi novio —dijo guiñándole un ojo.

—Es sofisticado y muy sensual.

—¿Quién es Cassandra?

—Una amiga de la familia.

—¿Y por qué le hacía ilusión verte esta noche? No a Nathan o a Mathew, a ti.

Brandon encogió los hombros, aferró a Eva y empezó a bailar una balada lenta.

—Solo tengo ojos para ti, eres lo más hermoso que hay en mi vida.

—Pues déjeme decirle que yo vine con el hombre más guapo de la fiesta —contestó ella, negándose a dejarse llevar por sensaciones dispares, ya bastantes cuestionamientos tenía para añadir los celos a la maraña.

—Parece que es un cabrón con suerte.

—Eso parece.

Brandon levantó una ceja y curvó sus labios. Eva quiso besarlo y

refregarle el rostro en la barbilla. El tiró de su cuerpo para bailar de una manera más ajustada a como lo habían estado haciendo segundos atrás.

—¿No le molesta que estés bailando conmigo?

—No lo he visto celoso nunca, es un hombre tranquilo.

Brandon rio entre dientes y la miró con un brillo peculiar en sus ojos.

—Muchos hombres no son celosos en apariencia —le dio la vuelta, se movían por la pista con soltura—, pero a lo mejor este hombre sí se pondrá celoso esta noche, ya que hay unos cuantos tipos babeando por su novia.

—Pienso que ese hombre es un poco exagerado, hay mujeres más bellas aquí esta noche.

—No creo, y en eso estoy de acuerdo con ese cabrón. Le tengo envidia.

—¿Por?

—Lo que le espera esta noche, a lo mejor no halla la hora de que estén solos y pueda ver esa deslumbrante piel...

—¿Puedo? —interrumpió Nathan. Eva lo recibió con un afectuoso saludo —. No solo tú tienes la prerrogativa de bailar con la chica más linda.

Brandon le dio la vuelta, alejándose.

—Ve a buscar compañía en otra parte.

Nathan se alejó después de soltar una carcajada.

—¡Oye! —Eva le dio una palmada en el hombro—. Eso fue grosero.

—Lo hizo por molestarme.

Cuando terminaron de bailar, bebieron champaña, deambularon por el lugar, la presentaba a los que saludaban, hablaron con Mathew un rato y luego su madre se acercó de nuevo con una hermosa joven a la saga.

—Brandon, mira quién quiere saludarte.

La joven era hermosa y con clase, esa clase que dan el dinero y la educación en internados de categoría. Llevaba el cabello oscuro recogido en un peinado bajo, el vestido color blanco le resaltaba los ojos y la piel. Se acercó solícita y le dio un beso a Brandon en la mejilla.

—Cassandra tiene maravillosas noticias.

—Yo le puedo dar las nuevas —aseguró la chica mirando a Eva de arriba abajo—. Voy a trabajar en Joyerías Diamond en el departamento de diseño.

Brandon le destinó una mirada especulativa a su madre y luego le sonrió a Cassandra.

—¡Felicitaciones! Será una buena escuela para ti que estás empezando. — La mirada de Cassandra iba a la mano de Brandon que descansaba en el hombro de Eva en un gesto claramente protector—. Mi novia, Eva, empezará

las pasantías en el departamento financiero la próxima semana también.

La sonrisa de la chica quedó congelada en su rostro y Eva se percató de que estaba enamorada de Brandon. Anne mudó el gesto en un momento y la miró con viva curiosidad.

—Brandon, quiero presentarte a alguien. —La mujer se dio a vuelta y le hizo una seña a Nathan—. Hijo, acompaña a Eva a la mesa de pasabocas. Brandon te alcanzará en un momento.

El tono utilizado por su madre no daba lugar a la réplica. Brandon se movió a disgusto. Anne tomó del brazo a Cassandra.

—Eso fue grosero, madre —susurró furioso, para que Cassandra no escuchara.

—Me has sorprendido, primera vez que traes una chica a un evento familiar. No sé quién es ella, ¿de dónde viene su familia?

—No los conoces.

—Sonríe, por favor. Vas a conocer, gracias a los Elliot, a los mayores accionistas de Hailing Trading Co. Ltda, el consorcio de piedras preciosas.

—Sé quiénes son, madre.

Nathan dejó sola a Eva en la mesa de canapés en cuanto una atractiva pelirroja se acercó a invitarlo a bailar.

—¿Qué es esto? —preguntó en voz alta.

—Bombones de salmón ahumado rellenos de crema agria y trufas, pero te recomiendo los volovanes en miniatura rellenos de *foie-gras* —señaló una voz a su espalda. Eva miró a su alrededor y vio a un apuesto hombre, vestido de manera elegante como todos, pero con aspecto de catedrático joven—. No nos han presentado, soy Ryan Winthrop, el hermanastro malvado.

Eva le regaló una deslumbrante sonrisa. Brandon le había hablado poco del hombre, pero por algunos de sus comentarios dedujo que no se profesaban especial cariño. Una ola de celos la inundó al ver a Brandon sonriéndole a Cassandra y frunció el ceño al ver cómo ponía la mano en la espalda de la chica y se acercaba a escucharla. Ryan siguió su mirada y un gesto burlón apareció en su semblante.

—Mucho gusto, soy Eva James.

—Me gusta el nombre, espero que no seas descendiente de Jesse James.

Eva se sirvió dos canapés más, tomó un delicado tenedor y lo puso encima del plato.

—Creo que era primo segundo de mi tatarabuelo —contestó con talante bromista.

—¿Deberemos cuidarnos de ti, señorita Eva James? —preguntó el hombre mirándola a los ojos.

A Eva le gustó que no la miró con condescendencia, ni de arriba abajo, como las demás personas que Brandon le había presentado.

—Le di la noche libre a la banda. Creo que las billeteras y las joyas de los invitados estarán seguras por hoy.

Ryan soltó la carcajada ante el ingenio de la joven.

—Ven, te llevaré a sentarte, la terraza es cubierta y está climatizada, sígueme.

El hombre tomó dos copas de champaña de una bandeja y salieron a la terraza donde se sentaron.

En el lugar había más de una docena de personas, las risas se mezclaban con el entrecocar de las copas de licor y la música suave que se paseaba por todo el lugar.

—¿A qué te dedicas, señorita James? —preguntó con acento pomposo.

—Cuando no estoy detrás del tren del dinero, estudio en St John's Finanzas y Marketing, estoy en último año.

—El temible último año.

—La carga académica fue pesada este semestre debido a que empiezo mi pasantía la otra semana.

—De todas formas, suena más divertido que resolver mi último problema —Ryan la estudió con la mirada. Lo había hecho desde que entró con Brandon al salón. Se consideraba experto en mujeres, y había convivido con algunas muy hermosas; a Eva, no obstante, no lograba encajarla en ninguna de las categorías que conocía. Todas las mujeres, en su opinión, jugaban algún jueguito, pero Eva aún no había revelado el suyo. Era cuestión de tiempo el que lo hiciera. Ver la mirada de adoración del bastardo de Brandon azuzó su índole depredadora—. ¿Dónde vas a hacer tu pasantía? No me digas que en esos holdings financieros grises y aburridos, te perderás entre cientos de empleados.

—En Joyerías Diamond.

La miró con renovado respeto, por lo visto la chica se estaba aprovechando de su encanto e inteligencia. Vaya, vaya, qué guardado se lo tenía Brandon, la pelea de gatas sería para alquilar balcón, caviló Ryan, ya que Cassandra también estaría en la empresa y hasta un tonto veía que estaba enamorada del mayor de los King. Sonrió para sus adentros, se avecinaban tiempos interesantes, y se felicitó por que tuvieran que tolerarlo en las oficinas

un par de meses más.

—Es una excelente escuela y no lo digo porque sea el negocio de la familia. —aseveró él.

A Eva le molestó ver a Brandon bailando con Cassandra, no se consideraba una mujer celosa, pero algo en los gestos de la chica y la manera en que lo miraba le había disparado las alarmas. Tuvo el fuerte impulso de acercarse y separarlos. Brandon miraba para todos lados, seguro buscándola.

—¿Bailamos?

—Claro. —Ella se levantó enseguida dejando el plato y la copa de champaña en una mesa esquinera.

La orquesta tocaba una melodía suave de los ochenta.

—Y cuéntame, señorita Eva James, ¿qué hacen tus padres? Finanzas, metales, publicidad, seguros.

—Temo decepcionarte, pero no pertenezco a esa rama de los James.

Giraron por la pista y quedaron a pocas parejas de Brandon y Cassandra.

—Mil disculpas por ser tan entrometido, pero estoy seguro de que todos aquí se están haciendo las mismas preguntas. Me alegra saber que una chica plebeya se llevará la corona. A esta familia le hace falta renovarse.

—Creo que vas muy acelerado, Brandon y yo apenas estamos empezando a salir.

—Te guste o no, para esta gente estás siendo objeto de interés, ya sabes, por eso de no tener nada mejor que hacer. —Eva lo miró un poco inquieta—. Brandon King es la joya de la corona.

—Me molesta esa manera de querer hacer ver a Brandon como alguien inalcanzable, esto es Estados Unidos, por Dios. Hay un lema de libertad para todos e igualdad de oportunidades en algún lado.

Ryan soltó una carcajada.

—Es una manera de hablar, estoy seguro de que me sigues. El chico es un excelente partido, se hará cargo de la empresa, demostrará su valía y la mitad de esta gente querrá hacer alianzas con la familia y en eso me temo que volvemos a la Edad Media, las mejores alianzas se hacen por matrimonio, así que, si no eres heredera, no pasarás la criba, por más hermosa e inteligente que seas.

—¿Qué pasa con el amor? —De pronto no le parecía buena idea estar hablando con este hombre, algo en su mirada de jugador de póker la llevaba a desconfiar.

—No puedes ser tan ingenua, el dinero es lo más importante para esta

gente.

Ver a Eva en brazos de Ryan sumió a Brandon en un precipicio de pensamientos oscuros. Se disculpó enseguida con su acompañante, a la que había invitado a bailar a instancias de su madre. No debió haberlo hecho, lo supo al ver la mirada punzante que le dirigió Eva. El hijo de puta de Ryan la miraba como el maldito chacal que era, caviló furioso mientras cruzaba el espacio que los separaba como una flecha.

—¡Aquí estás! —Interrumpiendo el baile de la pareja y sin mirar a Ryan, tomó a Eva de la mano.

—Eh. —Ryan lo tomó del brazo. Brandon se soltó de manera brusca.

—No vuelvas a acercarte a mi mujer —señaló con los dientes apretados y alejándose para evitar hacer una escena.

Dio media vuelta y llevó a Eva hasta la puerta del salón a paso rápido. Ella lo dejó hacer para no provocar un escándalo e impostó una sonrisa para disimular con las personas con las que se encontraban, pero percibía la rabia que lo dominaba. Brandon la llevó al segundo piso por una escalera de caracol, luego por un pasillo llegó hasta una puerta que abrió de un tirón y encendió una luz. No repararon en la habitación en la que estaban, ni en la cama doble en el centro de la alcoba de caoba oscura con nocheros y lámparas a juego, ni en el edredón de arabescos ni en las pinturas al óleo que colgaban de las paredes ni las cortinas oscuras hasta el piso, solo se observaban como contendientes y allí estalló la pelea.

—¿Por qué estabas bailando con ese hijo de puta? —bramó.

—¡No le vi nada de malo! —contestó beligerante—. Tú estabas muy acaramelado con tu amiga, no tienes derecho a reclamarme nada.

Se miraron fijamente, él agitado y furioso, ella confusa y dolida.

—No quiero volverte a ver con él, aléjate de ese tipo. —Caminó por la habitación pasándose las manos por el cabello.

—¿Qué diablos te pasa? Estaba bailando con la única persona amable en esa maldita fiesta, ya que mi *novio* tenía mejores cosas que hacer. —Lo miraba echando chispas por los ojos, furiosa porque no quería que sus palabras sonaran a reclamo, no quería que supiera que estaba celosa e insegura.

Brandon soltó un resoplido.

—Ella no es nadie. —El tono de voz era tranquilo, pero con un substrato tenso.

El turno de soltar un resoplido fue de Eva.

—¿Así es como va a ser?

—No te entiendo.

—No pertenezco a este lugar, a esta gente.

—¿Qué mierdas te dijo el cabrón?

—Eso no importa, Brandon, creo que mejor lo dejamos aquí.

Brandon la miró como si se hubiera vuelto loca, con semblante furioso se acercó a ella.

—¿Vas a terminar conmigo porque bailé con otra mujer? Lo siento, yo no quería, pero mi madre...

Ella negó con la cabeza antes de contestar.

—No es solo eso.

—Ilumíname —reclamó, alejándose de nuevo unos cuantos pasos.

—No es porque me sienta menos que esa gente, me niego siquiera a considerarlo. —Levantó el mentón, altiva y con mirada desafiante—. Tu familia espera mucho de ti, tienes demasiado en qué pensar ahora que vas a hacerte cargo de la empresa, tendrás que hacer contactos y complacer a chicas como Cassandra, porque sus padres tienen las cuerdas de la bolsa del dinero. No soy tonta. No soy la compañía más conveniente para ti en este momento.

—Eso es mierda.

—No, sabes que llevo la razón.

—¿Tanto desconfías de mis capacidades que crees que tengo que esconderme detrás de las faldas de una mujer con dinero para poder sacar mi empresa del hueco en el que tu compañero de baile la hundió?

Eva parpadeó y lo miró confundida.

—¡No quise decir eso!

—Fue como se escuchó. —Su voz se escuchaba serena, pero sus ojos hablaban de tormentas furiosas y pasionales.

—Tampoco es que me hayas preparado mucho para lo que iba a encontrar aquí esta noche. No me habías contado de Ryan y tampoco me has hablado de esa chica que se nota está enamorada de ti.

—¿Muy enamorada? —Se acercó de nuevo y pegó su rostro al de ella, feliz de verla celosa, angustiada porque no quería perderla después de todo el trabajo que le había costado que lo aceptara—. La única mujer que quiero enamorada de mí hasta los huesos eres ¡tú!

La atrajo hasta su pecho y deslizó su cuerpo contra el de ella y cuando la tuvo donde quería, quieta y expectante, la besó y le penetró la boca con la

lengua. Soltó un gemido en cuanto ella llevó las manos hacia su nuca y sus dedos le acariciaron el cabello. Después de su arrebató suavizó su toque y llevó los labios a su oído.

—Estoy tan enamorado de ti, no tienes idea —musitó, vulnerable—. Apuesto por ti, maldita sea, por ti. Solo quiero estar contigo, hablar contigo, follar solo contigo.

Ella lo miró con un brillo especial y tomó su boca con ímpetu.

—Te necesito —dijo ella sobre sus labios, cada nervio debajo de su piel estremecido. Los suyos presionaron con fuerza, sus dientes mordisqueaban y se apropiaban de cada espacio, respiró con fuerza entre un beso y otro, saboreando la sensación de sus lenguas entrelazadas, acariciándose entre sí.

Brandon la aferró del cabello echándola hacia atrás mientras tapizaba su garganta con un sendero de besos. La llevó hasta la cama, el deseo entorpeció sus manos y le costó bajar el cierre. Ella aceleró el gesto y el vestido estuvo a sus pies en un santiamén. Eva le quitó la chaqueta, le aflojó el corbatín del smoking con afán, a Brandon le gustaba que tomara la iniciativa y que a veces llevara las riendas, le gustaba mucho. Le daba la seguridad de que estaba ahí con él compartiendo esa abrumadora obsesión. Que no estaba solo. La desnudó y la acarició ansioso por perderse en su cuerpo, llevó la mano a su sexo, ella ya estaba preparada para recibirlo. La penetró con una necesidad visceral, desesperada y exigente. Retándola, desafiándola con sus empujes, ella le respondía con igual pasión. Jamás había conocido una mujer que comprendiera sus deseos sin necesidad de palabras; nadie se le había entregado así; nunca había deseado fundirse en un éxtasis carnal de posesión total. Necesitaba que lo comprendiera. “No-pue-des-de-jar-me. E-res-mí-a”, le repetía como si estuviera orando. Sabía que la presionaba, necesitaba que ella lo amara de la manera demencial en que él lo hacía, las dudas y los celos, ausentes en sus anteriores relaciones, ahora eran parte de su vida. La fricción lo estaba matando. Soltó una palabrota, y en medio de la nebulosa de deseo, cayó en cuenta de que era la primera vez que tenían sexo sin protección. Las sensaciones que experimentaba eran más vivas, como si una corriente de electricidad le barrierá todo el cuerpo. Volvió a besarla, ella estaba a punto, podía presentirlo.

Eva estaba tan excitada como él. Una necesidad apremiante, además de la avidez y la experticia de Brandon, la tenían a punto de desfallecer. Sentía que algo dentro de ella iba a explotar, no sabía si su corazón, su cerebro o su sexo, pero estaba segura de que no saldría igual de ese encuentro. Era como si

Brandon, su Brandon, que también la reclamaba como suya, acariciara una parte de su ser que no le había tocado nadie más.

—Oh, sí, aquí la teoría de los números entra en vigor y qué vigor —jadeó Brandon—, el uno atraviesa al dos y lo divide.

Eva soltó la risa en medio de las sensaciones que la tenían al borde de la combustión.

—Tendrás que hacerlo mejor, no lo divide, así lo atravesase, sigue siendo dos.

—Te amo —dijo Brandon—, no tienes ni idea de cuánto.

Eva sintió cómo un chispazo la barría desde el cuello hasta la punta de los pies, prendiendo un fuego que le cortó la respiración, y que la hizo gritar y gemir en pleno abandono, hasta que sus llamas la abandonaron. Escuchó a Brandon gemir, llenándola y arrasando con todo a su paso. ¿Qué había sido eso?, se preguntó en cuanto pudo normalizar su respiración. Brandon, con la cara enterrada en su cuello, trataba de respirar. Ella le tomó del cabello e hizo que sus ojos la miraran.

—Yo también estoy muy enamorada de ti.

Brandon la besó con reverencia, un beso tan sentido que deseaba atravesar todas sus defensas. Quería todo con esa mujer. Quería mimarla y darle todos los caprichos que quisiera. Quería ser solo él quien pusiera un brillo satisfecho en sus ojos, y si eso lo hacía un machista cavernario, podría vivir con ello sin problema. Había sido difícil conquistarla, ahora deseaba que lo amara. Por ello Eva era su gema más preciada, porque había sido difícil llegar a ella.

—Vamos a mi casa, James —dijo en cuanto pudo modular.

La noche para ellos apenas empezaba.

CAPÍTULO 15

—Estás muy guapo, veo que hiciste muy bien ofreciéndome esa pasantía —dijo Eva, mientras iban en el auto, rumbo a las oficinas de la empresa—. Tendré que ahuyentar a todas las mujeres que irán detrás del gerente y CEO de Joyerías Diamond.

Había transcurrido una semana desde el baile. El día anterior lo habían pasado juntos haciendo compras, él le regaló un maletín de piel de una marca escandalosamente cara, Eva al ver a lo que se iba a enfrentar en los próximos días y de lo que tuvo un atisbo el día del baile, aceptó sin chistar todos los regalos que su novio quiso hacerle. Cobraban importancia las palabras dichas por Janeth: “Si deseas sentirte cómoda en tu piel, debes verte como los demás”, y ella tendría mucho trabajo que hacer y en qué pensar, quería aportar algo de valor a la empresa, para andar pensando si estaba o no convenientemente vestida.

—Ah, ¿sí? Te estás volviendo toda una descarada.

—Culpa suya, señor King.

Habían recorrido la tienda Saks, donde habían comprado una serie de conjuntos de dos piezas, dos vestidos tales, un par de abrigos, zapatos y hasta lencería.

—Piensa en el bien del negocio —había dicho él mientras tocaba la textura de un juego de panti y sujetador de encaje color rojo—, el saber que debajo de estos vestidos serios y conservadores que usarás, va una ropa de este tono, será suficiente para mejorar mi día, James, créeme.

Brandon volvió a su presente mientras meditaba sobre la serie de reuniones que tendría en horas de la mañana.

La relación había dado un giro después del baile, no podían vivir el uno sin el otro, y el deseo irrefrenable que sentían crecía con cada encuentro, se encontraban todas las noches, lo más temprano posible, en el apartamento de Brandon. Estaban eufóricos, deslumbrados por lo que descubrían el uno del otro.

—Todo saldrá bien —señaló Eva mientras le tomaba la mano.

—Lo sé.

El auto se abrió paso entre el congestionado tráfico del centro de Chicago, al llegar al edificio, sorteó la rampa y entró al aparcamiento.

—Hemos llegado —dijo Brandon en cuanto aparcaron en la zona designada, cerca de los ascensores.

Se bajó del auto, dio la vuelta en el mismo momento en el que Eva abría la puerta. Brandon admiró las torneadas piernas de la chica.

—Gracias —dijo ella, se enderezó la falda que le llegaba a la rodilla y se alisó la chaqueta azul oscura, puso la correa de la cartera al hombro y tomó el maletín en la otra mano.

En cuanto llegaron al ascensor, ya Brandon iba pensando en introducir cambios menores, necesitaba adaptar las operaciones de la empresa desterrando los procedimientos y métodos que hubiera implementado Ryan, necesitaba probarse y probarles que podía hacerlo. Se fijó un plazo de cinco años para sacar la empresa del lugar en el que estaba.

—Rita Goldman, de Recursos Humanos, te está esperando —le dijo Brandon antes de que la puerta de su piso se abriera. Le acarició el rostro y le dio un beso en la mejilla—. Ella tiene el papeleo listo, cariño, espero que tu experiencia aquí en Joyerías Diamond sea inolvidable, cualquier cosa que necesites me escribes o me llamas.

—No te preocupes por mí, estaré bien. Ve a patear traseros.

—Esa es mi chica.

Eva llegó a un área de recepción decorada en colores neutros y con afiches enmarcados de algunas joyas y piedras preciosas. Al minuto la hicieron pasar a la oficina de la directora de Recursos Humanos.

Una mujer madura, delgada y pequeña, con el rostro escondido en unas enormes gafas, le dio la bienvenida.

—He leído tu currículum universitario y has hecho muchas cosas, sin duda Joyerías Diamond será una gran escuela para ti. El señor King desea que ocupes una de las oficinas del departamento financiero y que seas la mano derecha del señor Short, su director ejecutivo. Pero la señora Anne King, nuestra presidenta, tiene otras ideas, por lo menos para las primeras semanas.

Eva disimuló como pudo el desasosiego que las palabras de la mujer le causaron, pero reaccionó enseguida.

—No deseo ninguna deferencia debido a mi relación con el señor King, quiero estar donde ustedes consideren que necesiten de mí.

La mujer la observó con una expresión impenetrable.

—Me alegra ver que estamos en la misma onda, la asistente personal de la

señora King tiene una baja por enfermedad unos cuantos días, necesitamos que la suplas.

—Perfecto.

La mujer le dio algunas indicaciones, pasó a otra oficina donde firmó una serie de papeles y después de una hora, Eva salió de la oficina de la mujer, desconcertada y nerviosa, rumbo a presidencia donde se pondría a las órdenes de la madre de Brandon.

Anne King estaba sentada detrás de su escritorio, como reina reposada en el trono, cuando Ryan entró sin anunciarse.

—Tu hijo ya está subiendo a su oficina, viene con *su novia*. —El tono en el que pronunció la palabra hizo que Anne levantara una ceja.

—Si no necesitara tu ayuda en esto, no te dirigiría la palabra nunca más.

—Oh, vamos, no puedes estar mucho tiempo molesta conmigo, para bien o para mal, soy como un hijo para ti.

Ryan se acomodó en una silla frente al escritorio,

—Mis hijos no me dan los dolores de cabeza que me has dado tú.

—Fuiste tú quien me mandó llamar —dijo de pronto Ryan y aburrido de la charla, se puso a examinar sus uñas perfectamente arregladas.

—Tengo planes para cada uno de los chicos —explicó la mujer, levantando la mirada de unos papeles y bajando sus gafas Cartier de edición limitada—, y entre ellos no está el emparentar con la hija de un par de pasteleros de pueblo.

—Podría ser peor —señaló Ryan en tono burlón.

—Necesito que esta chica esté unos días bajo mi tutela, si es lo suficientemente inteligente, no le dirá nada a Brandon o a lo mejor sí. Brandon estará tan ocupado empapándose de todo, que lo más seguro es que se fastidiará con las quejas de la joven, cualquiera de las dos opciones me sirve, ahí necesito que seas tú el que la rescates, que te ganes su confianza. Aparecerá la primera brecha en el romance en pocos días, los dejaremos tranquilos y luego haremos lo que tengamos que hacer para que a mi hijo no le queden ganas de volver a enamorarse de esa clase de chicas.

—Tienen su encanto, sus genes refrescarían la siguiente generación.

—No hables bobadas. Dale a Paul Meyer un dossier con información de la chica, es el único en el área de seguridad en quien confío, quiero que averigüe cosas de la familia, aspectos que la hagan vulnerable. Esqueletos en el armario, tú y él son muy buenos en eso.

En cuanto Eva llegó a la oficina de Presidencia, una secretaria le dio una tableta con una lista de labores, ya que Anne estaba en una serie de reuniones y se desocuparía alrededor de las tres de la tarde. Leyó la pantalla y su primer loco impulso fue irrumpir en la oficina de Brandon y comentarle la situación. Logró contenerse cuando presintió que su suegra la estaba poniendo a prueba: no molestaría a Brandon con algo tan tonto como que a Anne se le hubiera ocurrido enviarla a Elizabeth Arden por la última crema facial que saldría al mercado en un mes y de la que le habían regalado una muestra, y a una peletería a recoger un abrigo de piel que había estado en proceso de limpieza. Eva era consciente de que no iba a ocupar un cargo de importancia, era su primera experiencia laboral y deseaba sobresalir, si tenía que subir un escalón a la vez, lo haría. Aunque en su fuero interior se dijo que en ninguna de las otras empresas la hubieran utilizado de recadera, estaba segura. Otro de los ítems de la lista era recoger el almuerzo en uno de los restaurantes vegetarianos más exclusivos del sector. En cuanto llegó con los pedidos, la secretaria le informó que Anne ya estaba en la oficina. Eva entró con el almuerzo en una bandeja. La mujer estaba sentada a su escritorio, tan elegante y cálida como una estatua de mármol.

—Emma, qué placer el que vayas a compartir tu tiempo conmigo.

—Mi nombre es Eva y el placer es mío, señora King.

—Deja esa bandeja en la mesa de allá. —Señaló una mesa de centro.

Eva cumplió el pedido y se acercó de nuevo a ella esperando que la invitara a sentarse.

—Mil gracias por colaborarme, serán pocos días, querida, no quise molestar a Recursos Humanos con un reemplazo para Linda, teniendo gente tan bien dispuesta como tú para suplirla sin problema.

La mujer la miró de arriba abajo. Por lo visto Brandon la había provisionado bien, se dijo, mirando el conjunto que la joven llevaba. Ella tenía esa clase de estilo que menos le gustaba a Anne y que más atraía a los hombres, a los que consideraba unos seres predecibles.

—Estoy a sus órdenes, señora King.

—Gracias, querida. —Se levantó de la silla y se sentó frente a la bandeja, desplegó una servilleta sobre las piernas y se dispuso a probar los alimentos —. El chef Sebastián hace las mejores verduras salteadas de la ciudad, tiene un ingrediente que no he podido saber qué es.

A Eva le gruñó el estómago, eran las tres de la tarde y no había comido

nada desde el desayuno. Seguía de pie.

—Pásame un vaso de agua, ¿eres tan amable? De esa jarra no. El hielo se ha derretido y ya no está tan fresca, en la cocina del piso encontrarás hielo y la marca de agua es Evian.

Eva quiso decirle que se sirviera el agua ella sola o mejor aún, se imaginó echándole el líquido en su perfecto peinado.

—Con gusto.

En cuanto salió, caminó por el pasillo hasta la cocina donde encontró a Ryan Winthrop tomando un café de pie al lado de la cafetera.

—Eva, qué grato placer.

Brandon le había relatado algunas de las jugadas que el hombre le había hecho durante la adolescencia y también lo ocurrido con la empresa, y decidió darle un trato frío.

—Oh, oh, por lo visto ya soy para ti el hermanastro malvado.

—No tiene importancia lo que yo piense, Ryan.

Sacó el agua de la nevera. Cambió la jarra por otra igual y se dispuso a sacar el hielo de la nevera.

—¿Qué haces?

—¿No lo ves? Llevo una jarra de agua para la señora King.

Ryan frunció el ceño.

—Sé perfectamente qué estás haciendo. —Dejó la taza de café sobre la mesa—. Lo que quiero saber es qué carajos haces llevando agua a Anne, ella tiene empleados para eso. ¡Esto es indignante!

—No necesitas hacerte el simpático —dijo Eva, mientras tomaba la bandeja en sus manos.

Ryan le quitó el artilugio y lo puso encima de la mesa.

—Oye, sé que tengo mi reputación, y en casos como mi complicada relación con Brandon, quisiera que algún día escucharas la otra parte. Respecto a Anne, si deseas te saco de este piso enseguida.

—¿Harías eso por mí? —preguntó Eva esperanzada. Con tal de no recurrir a Brandon, podría escuchar a Ryan, pero ella tenía que hacerse cargo de sus propias batallas, qué clase de profesional sería si claudicara en las primeras seis horas de trabajo, todo porque no fue capaz de seguir órdenes, las que fueran.

—Claro que sí. —Le pidió que lo siguiera, pero Eva se quedó en su puesto, él la miró pensativo—. Aunque en realidad me pregunto si esa es la mejor idea. Escúchame un momento, ¿vas a enfrentar a Anne King y hacer una

escena? Solo te está probando, estoy seguro de que está en su oficina esperando a que te niegues a hacer el trabajo.

Eva consideró las palabras de Ryan.

—Tienes razón, acabo de pensar en lo mismo.

—A veces el no hacer nada es la forma más efectiva de reacción. Estarás enviándole un mensaje, que eres más fuerte de lo que ella cree, además de más joven y hermosa.

Eva sonrió a su pesar. Reflexionó durante unos segundos y se dijo que Ryan tenía la razón.

—Gracias —le dijo antes de salir de la cocina.

Esto iba a ser más fácil de lo previsto, se dijo Ryan, volviendo a su taza de café. No quiso tentar su suerte diciéndole que no le contara a Brandon, pero tenía el presentimiento de que Eva era orgullosa y no le diría nada.

El mayor de los King estuvo en su oficina gran parte del día, visitó el taller de joyería después del almuerzo y observó con detenimiento la colección de joyas que se exhibiría en la semana de la moda en Nueva York. Conoció a Elizabeth Castillo, una entusiasta diseñadora colombiana, adquisición de la empresa el año anterior. Estuvo en una serie de reuniones junto a Anne, poniéndose al día con los directores de cada departamento, y cada vez que iba a preguntar por Eva al señor Short, el director financiero, Anne lo acaparaba en la conversación o acaparaba al hombre.

Tendría que viajar al día siguiente a Nueva York, para pactar con uno de los principales bancos del país una prórroga en el vencimiento de un nuevo crédito. Al volver trabajaría en la idea que tenía en la cabeza desde meses atrás: necesitaba crear una marca, que el logo de Joyerías Diamond fuera reconocido en cualquier lugar del mundo, así como lo era el oso de Tous, o el logo de Bulgari, y, por qué no, con los años comercializar el uso de artículos de fina factura como gafas, relojes y demás. Su madre, que siempre se negó a ello, batallaría esa decisión —Brandon esperaba que la mujer para ese momento estuviera en uso de buen retiro—, pero él lo haría o dejaría de llamarse Brandon King. Afortunadamente, no le había visto la cara a Ryan Winthrop, y eso hacía su primer día como CEO satisfactorio. No quería dejar a Eva sola esos días, pero se vería muy mal que le pidiera que lo acompañase, además, estaba seguro de que ella se negaría.

De: Brandon King

Para: Eva James.

Asunto: Bienvenida personal.

Querida señorita Eva James:

Es un enorme placer darle la bienvenida a Joyerías Diamond y espero que haya tenido un primer día muy especial, sepa que estuve pensando en usted toda la jornada. Sobre todo, en lo que hay debajo de esa ropa conservadora que lleva hoy. Me he distraído en ello en medio de una disertación del equipo de marketing, apiádese de mí, quiero verla. Tan pronto den las cinco, la espero en mi oficina.

Suyo,

Brandon King

CEO Joyerías Diamond

De: Eva James.

Para: Brandon King.

Asunto: Bienvenida personal.

Querido señor Brandon King:

Es muy tierno de su parte el que piense en mí todo el día y el sentimiento es mutuo, tuve un día... interesante, pero no sé qué tan conveniente sea el confraternizar con el jefe en horario laboral. Estaré allí a las cinco.

Suya,

Eva James

Pasante universitaria cachonda por su jefe

De: Brandon King

Para: Eva James.

Asunto: Bienvenida personal.

De tierno no tengo nada, prefiero otros apelativos, sexy, salvaje en la cama, dios del sexo y el placer, semental.

Mueve el culo aquí ahora, James.

Tuyo,

Brandon King

Dios del sexo y el placer

Eva organizó la agenda de Anne para el día siguiente y se despidió de la recepcionista del piso con un escueto “feliz noche”. Era tarde, observó su

reloj, ya iban a ser las siete y estaba agotada por la tensión nerviosa. Decidió que no le diría nada a Brandon, estaba impaciente por que le contara como había sido su día. Tan pronto entró en su oficina lo encontró en mangas de camisa, se había aflojado la corbata, observó el mentón oscurecido, escribía algo en el teclado del ordenador. Era uno de los hombres más guapos que conocía y su corazón le golpeó contra el pecho.

Él levantó el rostro, la miró y se le alumbró el gesto. Abrió los brazos a ella.

—Dios, James, eres lo mejor de mi día, ven acá, pasante universitaria cachonda por su jefe.

Eva corrió a sus brazos, se sentó en sus piernas y le dio un largo beso.

—Te extrañé —dijo ella sobre su pecho.

—Dios del sexo y el placer —la miró a los ojos—. Yo también. Deberías reconsiderar el trabajar directamente para mí.

—Te prometo que lo pensaré.

—Vamos a casa.

—Lo que usted ordene, dios del sexo y el placer.

CAPÍTULO 16

Eva, vestida con una de las camisas de Brandon y sentada encima de la cama con las piernas recogidas, lo observaba hacer la maleta. Todo empezaba a tener algo de sentido. Brandon tenía una cualidad que lo diferenciaba de cualquiera que hubiera conocido, aparte de su aspecto y su arrolladora inteligencia y de la labor titánica que se había echado sobre sus hombros, era un hombre seguro de sí mismo, con la capacidad de armonizar en cualquier ambiente. Quería conocer más cosas de él, quería escucharlo hablar de su infancia, cómo fue crecer en esa enorme mansión y rodeado del cariño de la señorita Selma y de sus hermanos, y al lado de una mujer tan fría como Anne King. Aunque solo por el hecho de haberlo traído al mundo, ella tenía su más sincero agradecimiento.

—Quiero que te quedes aquí. Vivamos juntos, tengo suficiente espacio en este departamento para los dos. Estarás más cómoda que en la vivienda de la universidad.

Brandon echó un maletín de cuero con sus útiles personales y cerró la maleta que dejó a un lado de la cama, saldría para el aeropuerto antes de las seis de la mañana. Se acercó a ella, que lo miró pasmada por su propuesta, y la tomó de las manos. Habían hecho el amor tan pronto habían cruzado la puerta del departamento. La necesidad que los devoraba no les daba tregua.

—¿No es muy pronto?

Brandon blanqueó los ojos.

—¿Me amas?

Ella se levantó y se apoyó en las rodillas.

—Claro que te amo, el vivir juntos no tiene que ver con eso.

Brandon la abrazó y la sentó en su regazo.

— Todo tiene que ver con eso. Me importa mucho.

Eva se quedó en silencio unos segundos, mirándolo a los ojos, unos ojos cálidos, brillantes y, sí, enamorados.

—Brandon, ¿estás seguro? Llevamos menos de tres meses juntos.

—¿Y qué? Eso no hace que te ame menos.

—Eres un manipulador. ¿Cuál sería mi aporte? Los gastos de este lugar deben ser muy altos.

Brandon blanqueó los ojos.

—Puedes pagar la colada o la televisión por cable, escoge lo que quieras, a mí me harás feliz. —Al ver su ceño fruncido, insistió—. Cariño, me esperan meses jodidamente difíciles, hazme las cosas un poco más fáciles. Te amo y quiero despertar a tu lado todas las mañanas, eso hará mis días mucho mejores, te lo aseguro.

Eva elevó la comisura de los labios.

—Está bien, dios del sexo y el placer, me convenciste.

La tiró en la cama y comenzó a hacerle cosquillas. Eva se alejaba, pero Brandon la tenía cercada.

—No puedes resistirte a mí.

—¡Déjame! No lo hagas. —Se reía demasiado para detenerlo—. ¡Basta! Soy tu compañera de departamento.

—¿Y eso que tiene que ver? —Los dos reían sin poder contenerse y Brandon la sujetaba entre sus brazos.

—Me debes respeto.

—Claro que te respeto. —Se detuvo un momento y la miró, era tan bella y tan mujer, y tuvo el impulso de aferrarla a él para siempre—. Te respeto tanto que esta noche te volveré loca a punta de orgasmos y mañana apenas podrás caminar.

Ella acercó su cuerpo al suyo y le sonrió mientras él comenzaba a acariciarla y a besarla.

Eva observaba la lista de cosas que hacer para Anne King y no sabía si reír o llorar. Jugo Détox de Green and Coffe, el nuevo perfume de Bulgari y por fin algo remotamente relacionado con su pasantía: informe de los ingresos de las joyerías de Chicago y Nueva York, aunque fuera solo imprimirlos, ya era algo. Confirmaciones de tiquetes y hotel para ella y la señorita Cassandra Elliot para la semana de la moda en Nueva York. Itinerario del viaje. Meditó, recordando por qué estaba en ese lugar. Ella podría con eso y más, era una carrera de resistencia a ver quién se cansaba primero, cavilaba, mientras cumplía con su trabajo.

Al llegar a la cafetería del piso, se encontró de nuevo con Ryan. Brandon le había dicho que no confiara en él, pero era tan amable con ella y vivía tan pendiente de que almorzara o de que se tomara unos minutos de descanso, que hubiera sido abiertamente grosera al ignorarlo.

—¿Cómo vamos? —preguntó, preparándole el café

como a ella le gustaba.

—Muy bien, hoy vislumbré algo de mi carrera.

Ryan levantó una ceja y se sentó frente a ella. Era un hombre atractivo y siempre vestía de manera elegante, pero su mirada era impenetrable, lo que hacía difícil confiar en él; aparte de que Brandon, de saberlo, tendría un arranque de mal genio. Sin embargo, en cuanto volviera del viaje hablaría con él sobre Ryan, no quería ocultarle cosas.

—Ya es algo, ya sabes, cuando quieras cambiar las cosas, no tienes sino que decírmelo, no me gusta cómo te trata Anne.

—Serán pocos días, o eso me dijo ella, estaré bien y mejor voy con el agua “fresca”.

—Deberías salir a almorzar conmigo uno de estos días.

—No creo que a Brandon le guste.

—No tiene por qué gustarle o saberlo, es solo un almuerzo, como amigos, necesitas oxigenarte un poco. Piénsalo.

—Gracias.

Al mediodía, con media hora para ella, salió a comer algo. Un viento frío la recibió en cuanto atravesó la puerta, se arrebujó su abrigo y caminó a paso rápido hasta una cafetería a media cuadra de la empresa, donde vendían sándwiches y diferentes clases de ensaladas. En la fila para pagar se encontró con una chica que había visto en días pasados en su piso. Pagó su pedido y se sentó en una mesa mientras esperaba a que la llamaran. La chica se acercó.

—¿Puedo? —Eva asintió. Era de ascendencia latina, de cabello oscuro, largo y ondulado, ojos cafés y piel trigueña. Alta y de curvas pronunciadas—. Eres la nueva asistente de la señora King.

Eva asintió.

—Hola, soy Eva James.

—Soy Elizabeth Castillo, una de las diseñadoras.

Las llamaron para recoger el pedido y luego tomaron de nuevo asiento.

—¿Cuánto llevas diseñando joyas?

—Llevo un año trabajando con los King.

—Eres muy joven —observó Eva antes de darle un mordisco a su sándwich. La comida no era gran cosa, pero le supo a gloria después de la mañana de mierda que había tenido.

—Tengo veintitrés años. Estudié diseño en Colombia y luego completé mis estudios en la escuela de arte de aquí de Chicago. La señora King estuvo en una exposición en la que exhibí una serie de diseños y desde entonces estoy con ellos.

—Brandon me mostró los diseños que presentaran en la semana de la moda y son preciosos, modernos, muy lineales.

Elizabeth no se mostró sorprendida por la confianza que Eva mostró al referirse a Brandon, se dijo que a lo mejor ya más de uno conocía el lazo que los unía. Al fin y al cabo, llegaron juntos el primer día de trabajo.

—Sí, quisimos darle un enfoque diferente con miras a los cambios que haremos en los próximos meses, estoy trabajando en un nuevo logo, la verdad, el nombre no da para hacer algo diferente, pero hay que imprimirle un aire moderno al logo que ya existe.

—Te entiendo.

Eva quiso preguntarle por Cassandra. No tuvo necesidad de hacerlo.

—Alguien de mi departamento ha estado haciendo averiguaciones sobre ti.

—Déjame adivinar. —Se limpió la boca con una servilleta—. Cassandra Elliot.

—¡Sí! Lo sabes.

—Difícil no saberlo, la conocí en la fiesta de cumpleaños de la señora King.

—Eva... —Se recostó contra la silla y suspiró—. Sé que no te conozco de nada, pero... ¿puedo darte un consejo? Un consejo que nadie me ha pedido, ya lo sé.

—Claro. Dime.

—Con Anne... cuidado.

—¿Por qué? ¿Has escuchado algo?

—Juega sucio, aquí hay un poco de gente que tiene la máscara bien puesta. Ten cuidado. Te lo digo porque me pareces buena chica. Es un consejo y Cassandra —soltó un suspiro—, no podría asegurarlo por el poco tiempo que lleva aquí, pero creo que es de su misma índole.

Eva le agradeció y cambió el tema. Después de diez minutos de charla frívola sobre vestidos, zapatos y música, caminaron hasta la oficina, se despidieron junto al ascensor y Eva volvió a su trabajo.

Hablaba con Brandon varias veces durante toda la jornada y en las noches hasta altas horas. Él la empezó a notar algo apagada en sus conversaciones, pero ella le insistía en que no le ocurría nada, que solo lo extrañaba. Cuando visitó la sucursal de la joyería de la Quinta Avenida, quedó prendado de un

diamante cuyo color era exacto al tono de los ojos de Eva. Lo mandó a engastar en forma de colgante solitario que se desprendía de una cadena de platino de un tejido sencillo y elegante, ya sabía que con Eva menos era más. Luego se percató de que un colgante como ese necesitaba, de manera obligatoria, unos pendientes a juego y mandó a elaborar los aretes, se los enviarían a Chicago la próxima semana. La imaginó caminando hasta él, desnuda, con solo la joya puesta. Estaba tan enamorado, abismado por lo que experimentaba en esos momentos, por la avalancha de sensaciones que a veces lo aterraban o contra las que quería rebelarse. Ese nuevo sentimiento diluía sus relaciones anteriores a cenizas, era como si estuviera estrenando el corazón, que cambiaba de revoluciones solo con escuchar su tono de voz al otro lado del teléfono. En cuanto al trabajo, fue todo un mérito lograr un aplazamiento del próximo pago de la obligación financiera con el banco, parecía que su nombramiento como CEO había sido beneficioso para el buen nombre de la empresa y los bancos, que sabían que los descendientes eran dueños de una fortuna, veían con tranquilidad los nuevos cambios.

Esa noche, ella había puesto el móvil de manera que él pudiera verla deambular por la habitación acomodando sus cosas. Llevaba unas bragas de color negro y una camiseta de tiras que apenas llegaba a su ombligo. Brandon quiso tener el poder de materializarse en esa habitación y que las piernas de Eva le rodearan la cintura, perderse en su cuerpo, sus gemidos y su piel. Le había enviado el día anterior unas cuantas fotos sexys de ella en la tina, que lo tuvieron empalmado gran parte de la jornada. Se sentía como adolescente, en ese momento quería que ella se desnudara. Sus ojos subieron por su cuerpo y su mirada se fue oscureciendo poco a poco. Eva se dio cuenta enseguida.

—Y ahora un regalo para mi chico guapo que ha tenido una paciencia enorme viéndome usurpar gran parte de su closet.

Brandon sonrió con algo de descaro y se acomodó en la cama con las manos detrás de la cabeza.

—He disfrutado, créeme, sobre todo cuando te das la vuelta y ese apetecible trasero se menea como si me estuvieras provocando.

—Es que te estoy provocando —aseveró ella. De repente todo era demasiado intenso. Su pecho subía y bajaba y sin dejar de mirarlo, se quitó la camiseta.

Brandon quedó sentado de golpe.

—¡Dios! —habló con tono de voz ronco sin dejar de mirar los pezones que Eva en ese momento tomó en sus manos.

—Quisiera que estuvieras aquí y que fueran tus manos las que tocaran a esta pasante cachonda que está loca por ti.

—James... Demuéstrame cuán caliente estás por mí.

Ella acercó su boca a la pantalla y le envió un beso. Se acomodó en la cama y tomó el móvil. Brandon sabía por qué los gestos de su boca provocaban en él una respuesta inmediata. La relacionaba con su sexo, húmedo, rojo, succulento, la primera vez que lo recibió en su boca, lo enloqueció el vaivén, la ola que lo encerraba devorando su pene, la sangre le rugía y supo que nunca tendría suficiente de ella.

—No quiero estar sola en esto.

Brandon se desnudó veloz y se acostó en la cama. Escuchó el suspiro de Eva.

—Eres tan guapo, no necesitas hacer un gran esfuerzo para humedecer mis bragas. Lo sabes, ¿verdad?

Brandon sonrió encantado.

—Lo sé.

Disfrutaba mucho de su intimidad con ella, era una persona desinhibida y apasionada. Lo complacía como ninguna. Su erotismo salía a la superficie haciendo que la mente de Brandon se llenara de pensamientos lascivos en los momentos más inoportunos, recordaba su piel suave y cómo se incendiaba con sus caricias. La expresión arrebatada de sus ojos en los momentos previos al orgasmo tenía el poder de aniquilarlo.

—Me tienes loco, James, no tienes idea de cuánto. Quítate las bragas.

Ella acomodó de nuevo la pantalla del móvil para que él pudiera verla toda. Se quitó las bragas despacio en movimientos ondulantes, sin dejar de mirarlo.

Lo necesitaba todo de ella.

—¿Te gusta? —preguntó Eva.

—Dios, sí.

Brandon acomodó su móvil, para que viera que él también se estaba tocando. Ella le sonrió y él le devolvió el gesto, Eva se cubrió un pecho con una mano mientras con la otra pasaba los dedos por su sexo húmedo. El movimiento de su mano se hizo más rápido y echó la cabeza hacia atrás mientras los gemidos sin control escapaban de su boca, al tiempo que le hablaba de todo lo que le gustaba de él y de la manera en que la hacía sentir.

Brandon gemía también mientras se acariciaba sin pausa, hasta que ambos llegaron al orgasmo.

Él se levantó para higienizarse y ella se lavó las manos, ya con el pijama puesto siguieron hablando un rato más.

—Te necesito a mi lado todo el jodido tiempo, James, ¿será nepotismo puro nombrarte mi asistente personal?

Eva soltó la carcajada.

—Solo si me garantizaras que me nombras solo por mis capacidades profesionales podría pensarlo.

—Te lo aseguro.

—No te creo.

—¿Qué pasa, amor? A veces cuando hablamos te noto apagada.

—No me viste apagada hace un rato —contestó ella sin el más mínimo deseo de que profundizar en el tema—. No me pasa nada, un poco de resfriado, quizás.

—Está bien, te dejo descansar, James.

—Descansa tú también, te amo.

—Y yo a ti.

Anne sabía que el tiempo de Eva como su asistente se agotaba, sabía que tendría problemas cuando Brandon se enterara de la jugarreta. No tenía nada que reprocharle a la joven sobre su trabajo, pero en su tesón al no amilanarse ante sus ridículos pedidos, veía a una igual, y otra cosa que también la sorprendía: la chica no le temía y eso sí la preocupaba. Siempre supo que sus hijos al llegar a la adultez serían el blanco de las chicas casaderas. Anne nunca le había prestado importancia al hecho, hasta Eva. Ella no creía en toda la cháchara del amor romántico y las almas gemelas, era más bien de un pensamiento práctico, el hombre se casaba cuando necesitaba hacerlo, la mujer que se cruzara en el camino sería la indicada y Eva había tenido la suerte de cruzarse en un momento de la vida de su hijo en el que deseaba algo de estabilidad emocional.

Consideraba a Brandon muy joven para el matrimonio, tenía apenas veinticinco años, pero prefería mil veces verlo casado con Cassandra Elliot, de la que conocía todo su entramado social y familiar, a que Eva James se llevara el premio gordo. Lo más probable era que la chica fuera una cazafortunas y que debajo de su apariencia inteligente, comedida y profesional se escondiera una mujer interesada. Anne no quería advenedizas en su entorno,

no había trabajado años en su imagen social para que una trepadora le viniera a dañar el cuadro. Era imperativo empezar a actuar antes de que Brandon se siguiera encaprichando.

Se percató, por la investigación hecha, de que los padres de Eva tenían una deuda de casi treinta mil dólares y ningún banco les avalaba el préstamo, y recurrió a Ryan, que por medio de una fiducia conocida y de confianza les ofrecería el dinero con intereses bajos, para empezar a pagar la deuda durante el mes de junio, fecha en que ella aspiraba a que los jóvenes ya no estuvieran juntos. Brandon no se enteraría de nada y les daría tiempo a ellos de seguir con sus planes.

Ryan hizo una llamada a Jason Phillips, gerente de Fiduciarias North Trust, que le debía un par de favores.

—Jason, ¿cómo vamos con esa inversión de la que te hablé hace tres meses? ¿Ha dado buenos dividendos?

—Sí, las acciones no dejan de subir, ha sido algo bueno.

—Bien, bien, ahora quiero que me hagas un favor especial, quiero que examines la carta crediticia de Pastelerías Milly, es un pequeño negocio en Evanston.

Ryan escuchó al hombre teclear el nombre en una computadora.

—¿Qué? ¿Ahora vamos por los negocios pequeños de comida?

—Algo así.

—Hay una obligación financiera que llevan tres meses sin cumplir. Tienen una solicitud de préstamo por treinta mil dólares, pero ninguna entidad financiera ha querido avalar el préstamo, falta de garantías.

—Quiero que les prestes los treinta mil dólares.

Se escuchó solo el ruido de la respiración al otro lado de la línea.

—¿Estás hablando en serio? —preguntó el hombre con tono preocupado después de unos segundos.

—Sí, esto es muy serio —lo cortó Ryan—. Quiero que te acerques a ellos y les digas que aparecieron en tu base de datos como candidatos a un préstamo en algún tipo de programa de ayuda a medianos negocios emergentes.

—Pero...

Ryan lo interrumpió de mala manera.

—Escúchame atentamente, esa deuda estará avalada por mí, no te preocupes, pero nadie debe saberlo, nunca. Yo pagaré las primeras tres cuotas, será una especie de regalo para ellos.

—Me abisma tu buen corazón —señaló el hombre con voz sarcástica.

—No tienes ni idea.

Eva llevaba cuatro días trabajando como asistente. Era mediodía cuando Anne le escribió un mensaje donde le pedía que recogiera el almuerzo en Points. Eva sabía que era el mejor restaurante de la ciudad y le pidió también que tuviera los platos listos para dos personas en su oficina a la una. Eva se llevó una sorpresa al ver a Cassandra y a Anne sentadas charlando como dos buenas amigas.

—Emma, que sorpresa, no había tenido oportunidad de saludarte —dijo Cassandra mientras se ponía la servilleta en las piernas.

Eva, cuya paciencia se estaba colmando, le refutó con dientes apretados.

—Soy Eva.

—Muy bonito tu vestido —señaló Cassandra. Eva vestía un traje talego color verde esmeralda y zapatos de tacón negro—. ¿Qué diseñador vistes?

—La verdad, no lo sé, lo encontré en una percha en Saks.

—Ah —dijo la mujer despectiva—. Es un sin nombre.

—¿Perdón? —preguntó Eva mirando la vestimenta y el maquillaje de la chica. La verdad no veía gran diferencia entre un vestido y otro. A Brandon le había costado sus buenos dólares.

—Un diseñador sin nombre.

Eva no entendía aún el juego de Cassandra.

—Cassandra solo usa ropa de diseñador —intervino Anne.

—Dior, Chanel, Balenciaga y, a veces, Carolina Herrera.

A Eva eso no podía importarle menos, pero el tono desdeñoso utilizado por Cassandra para criticar su apariencia le causó una gran molestia.

—Sírvenos agua, querida, si eres tan amable —pidió Anne, sin mirarla—. Como te decía, tus padres serán bienvenidos, Brandon también asistirá, por supuesto.

—Desde ya, espero que me reserves un asiento junto a él —manifestó Cassandra, sin importarle la presencia de Eva.

Ella dejó de escucharlas, se sentía descorazonada. Observó a Cassandra de refilón, la chica era lo que ella nunca sería, elegante, con clase, de familia adinerada. Era mucho mejor pareja para Brandon y se sintió ridícula al ver en lo que se había convertido su vida por amor a un hombre, algo que se juró no hacer jamás.

—Por supuesto, querida.

Sin importar lo que el par de mujeres dijeran, Eva salió de la oficina sin

apenas despedirse. No lo toleraba más, hablaría con Brandon, hasta caviló en pedirle a Ryan que intercediera por ella. Iba rumbo a la oficina de Recursos Humanos cuando justo chocó de frente con él.

—Hola —saludó el hombre, jovial. Caminaba con ambas manos en los bolsillos.

—No es buen momento, Ryan.

—Tranquila, los amigos estamos también para los momentos malos. Vamos, te invito a almorzar —dijo señalando la puerta del ascensor.

Lo pensó unos segundos, recordó las recomendaciones de Brandon, pero él no estaba allí en esos momentos y necesitaba hablar con alguien. Además, *su novio* tendría un compromiso familiar el fin de semana del que ella no haría parte. Necesitaba dejar de estar bajo el ala de Anne, era tóxico para ella como profesional, como mujer y para su relación con el hombre del que estaba enamorada. No quería que las inseguridades empezaran a azotarla. Ella era una mujer segura y con una sana autoestima, estaba en ese lugar porque había sido su decisión, tomada con cabeza fría, para vivir una buena experiencia laboral de la que se enriquecería, aunque lo más importante de todo era acompañar al hombre que amaba en ese trecho tan difícil de su vida. Pero las cosas no estaban saliendo bien y el miedo a haberse equivocado empezaba a cercarla.

—Vamos —dijo.

CAPÍTULO 17

Ryan la llevó a Boka, un elegante restaurante de comida estadounidense situado en la avenida North Halstead. Los ubicaron en una mesa al fondo del salón, frente a un muro verde cubierto de plantas de diversas especies, mesas de madera oscura y sillas tapizadas en cuero del mismo tono del muro. Los meseros iban y venían con bandejas de licores y viandas, atendiendo las diversas mesas. A esa hora almorzaban los ejecutivos y empresarios de algunas compañías ubicadas en el sector.

—Aquí preparan el mejor *steak* pimienta de la ciudad. Te lo recomiendo.

En cuanto Ryan pidió una botella de vino tinto, Eva declinó con un gesto.

—Estoy trabajando, no creo que sea buena idea —adujo ella.

—Un par de copas no son nada, lo disfrutarás —insistió Ryan.

Charlaron de trivialidades mientras un mesero decantaba las dos copas de vino.

—Siento que le caí mal a Anne desde el primer momento —dijo Eva mirando al frente.

—No lo tomes como algo personal, todo es sobre el jodido dinero.

—Que no tengo. —Eva sonrió con tristeza.

—Eres una mujer muy talentosa —quiso aferrarle la mano, pero no quería que ella pensara que tenía algún interés aparte de una incipiente amistad—, además de hermosa.

—Eso no parece ser suficiente en el mundo de los King.

—Estamos en pleno siglo veintiuno, esas son bobadas que solo están en la mente de personas como Anne, ella viene de una ilustre familia del sur venida a menos, yo creo que piensa que nació en la época equivocada, la vislumbro como esas caprichosas damas sureñas dueñas de plantaciones y esclavos. Imagínatela como Scarlet O'Hara: "A Dios pongo por testigo que no me dejaré vencer y que nunca más volveré a pasar hambre. Ni yo ni ninguno de los míos". —Ryan levantó el brazo al tiempo que recitaba el juramento y Eva soltó la carcajada—. Y la pobre señorita Selma, detrás de ella, alisándole las crinolinas.

Ryan se calló de repente, observó la risa de Eva, que embelleció más sus facciones y escuchó el tono de sus carcajadas, y no se le hizo difícil darse cuenta de por qué Brandon estaba tan enamorado de esa mujer.

—Me alegra haber puesto ese gesto en tu expresión.

Eva se puso seria de repente.

—Es gracioso.

—Como te decía... —continuó él, pero el mesero los interrumpió con la llegada de los platos. Eva, ya relajada por la charla y la copa de vino, se dispuso a disfrutar del delicioso plato—, no debió ser fácil para Anne mezclarse con la gente del norte, a pesar de que Paul King era de los mejores partidos de la época, por su dinero, pienso que a ella el peso de los apellidos le importa mucho y eso es una condenación. Además, todas las chicas casaderas de nuestro círculo, que hoy en día hay menos que antes, gracias a Dios, adoran a los King, esos chicos tan bien educados las traían locas y de pronto se aparece contigo en el evento más importante de la familia. Les birlaste en las narices una pieza de las mejores, por lógica te van odiar.

—Hablas como si esto fuera una partida de caza.

—Es que lo es, me apena abrirte los ojos de esta manera. —Ryan interrumpió la comida y bebió de su copa, luego se limpió con una servilleta—. Pero en cuanto empieces a trabajar te darás cuenta de que todos nos volvemos cazadores. Si no, pregúntale al genio de tu novio —concluyó con expresión irónica.

Eva tuvo que reconocer que así Ryan no fuera santo de la devoción de Brandon por algunas de sus reprobables acciones —en las que deseaba profundizar, pero no se atrevía—, por lo menos había sido honesto con ella. Terminaron de almorzar y luego un hombre joven se acercó a ellos.

—Maurice —saludó Ryan—, viejo amigo, ¿cómo estás?

—Muy bien, viejo, tú como siempre muy bien acompañado.

—Déjame presentarte de Eva James, es una inteligente chica, pasante de St John's y novia de Brandon King.

Él hombre los miró sorprendido.

—Deben estar mucho mejor las cosas dentro de la familia, si Brandon te deja acercarte a su novia. Un placer conocerte, Eva.

—El placer es mío.

Maurice Weisz, un atractivo hombre, alto, rubio, de no más de veintiocho años, era el dueño de Joyas Weisz, principal competencia de Joyerías Diamond.

—Maurice, por favor, acompaña a Eva mientras atiende una llamada urgente.

—Claro que sí —adujo el hombre, apresurándose a sentarse con ella mientras Ryan se alejaba, e hizo señas al mesero, que enseguida le sirvió una copa de vino—. Qué manera tan elegante de decir que quiere ir al baño.

Eva soltó la risa y empezaron a charlar.

Ryan se felicitó por su buena fortuna. Las cosas no podían estar saliendo mejor. Se alejó hasta el pasillo y con su móvil tomó una serie de fotos de la pareja que charlaba y una en especial donde Eva sonreía, seguro ante algún tonto chiste de Weisz. Hubiera querido una foto de él con ella, pero no podía tentar la suerte, percibía que a pesar de que Brandon tratara de indisponerlo en su contra, la chica poco a poco bajaba sus defensas. Eva lo había conmovido, pero Ryan estaba convencido de que la complejidad de las personas radicaba en la lucha de contrarios en un mismo ser. Creía que en cada ser humano hay un lado oscuro, algo que todos en algún momento de la vida han querido ser, pero la mayoría son tan cobardes que no se atreven a dar el salto a las sombras. Consideraba que una vida no era bien vivida si no se enfrentaba esa oscuridad cara a cara; por eso, porque él sí había abrazado su oscuridad, no le duró mucho el sentimiento benevolente hacia Eva. La chica en definitiva no importaba, era solo un medio para un fin.

En cuanto volvió a la mesa, pidió la cuenta.

—Me gustaría quedarme a compartir más contigo, Weisz, pero me temo que Eva tiene trabajo que hacer y yo también.

—Claro, claro, fue un placer conocerte, Eva, el cabrón de Brandon tiene mucha suerte.

—Gracias.

Al volver a la oficina, Ryan se despidió de ella.

—Ya sabes, cuando quieras dejar de trabajar para Scarlett, no tienes sino que decírmelo.

—Gracias, Ryan, por todo.

—De nada, para eso están los amigos.

El hombre se despidió de ella y se marchó silbando una tonada por el pasillo.

Al volver a la oficina de Anne, golpeó la puerta con los nudillos. En cuanto escuchó la voz de la mujer, entró y la encontró concentrada leyendo unos documentos, alguien ya había recogido los utensilios del almuerzo. Anne no le comentó nada de su intempestiva salida, se limitó a darle unas cuantas

órdenes que cumplió a lo largo la tarde y luego se fue para su casa.

El viernes se levantó más temprano de lo normal y se esmeró mucho en su arreglo personal, duró casi una hora alisándose el cabello y se puso uno de los trajes que no se había estrenado: un vestido de una sola pieza de color azul vibrante en tono oscuro y unos zapatos de tacón puntilla de color negro que hacían ver sus piernas esbeltas y elegantes. Se colocó unas gotas de su perfume favorito y se maquilló de forma suave. Brandon le dijo que estaría en su oficina alrededor de las cuatro de la tarde. Anne la miró de arriba abajo tan pronto ella entró en la oficina. La retuvo a su lado toda la jornada. A las cuatro, recibió un mail.

De: Brandon King

Para: Eva James.

Asunto: Regreso.

¿Qué haces que no has puesto tu lindo culo aquí en mi oficina? Espero que sigas estando cachonda por tu jefe. Cariño, quiero hacerte muchas cosas.

Tuyo,

Brandon.

De: Eva James.

Para: Brandon King.

Asunto: Regreso.

¿Qué cosas?

Besos,

Eva

Pasante impaciente por demostrar que aún sigue muy cachonda por su jefe

De: Brandon King

Para: Eva James.

Asunto: Regreso.

Saborearte y tocarte por todas partes, enterrar mi boca entre tus piernas y chuparte hasta quedar sin respiración. Quiero estar encima de ti, debajo, de lado, te quiero a cuatro patas, ¿quieres algo más específico?

Tuyo,

Brandon

Jefe cachondo que irá por su pasante y se la echará al hombro sin

importar lo que hablen los demás

De: Eva James.

Para: Brandon King.

Asunto: Regreso.

Voy enseguida.

Besos,

Eva

Pasante, muy, pero muy impaciente por demostrar que aún sigue muy cachonda por su jefe

Al tiempo que Eva escribía, Anne hacía lo mismo con Cassandra: “Ve a la oficina de Brandon con cualquier pretexto, sin preguntas, ahora”. La recepcionista le había informado que Brandon había llegado al edificio cinco minutos atrás. La mujer entretuvo a Eva unos minutos más preguntándole por la confirmación de unos datos sobre el itinerario de la semana de la moda en Nueva York.

Cuando por fin pudo salir de la oficina, se puso labial en el baño. A Brandon le encantaba el labial rojo que ella usaba en contadas ocasiones, evitaba usarlo en la oficina porque era muy llamativo, pero esa tarde quería verse bella para él. Tomó enseguida su bolso y el abrigo, por la ventana vio que ya había oscurecido, el invierno era inclemente con la ciudad en esa época del año.

Brandon apenas le prestaba atención a lo que hablaba Cassandra. Miró la hora. Las cuatro y treinta. ¿Qué la demoraba tanto? Llevaba casi media hora esperándola. ¿Acaso no tenía la misma necesidad que él por verse de nuevo? Tan pronto se abrió la puerta, volvió la cabeza, se empapó de su presencia y se dio cuenta de que su mundo volvía a estar bien, solo porque observaba los ojos luminosos de su Eva. “El color es idéntico al del pendiente y los aretes”, caviló. Reconoció el vestido como uno de los que le había comprado ese domingo que ahora se le antojaba lejano. Los labios, apenas podía quitar la mirada de sus labios de fuego. Se contemplaron en silencio, la sonrisa de Eva se trocó a un gesto inquieto al vislumbrar a Cassandra en una esquina de la oficina.

—Perdón, no creí que estuvieras ocupado —expresó ella mirando a uno y a otro.

Brandon negó con la cabeza. Emergió de su silla como si de un resorte se tratara y salió a su encuentro.

—Cassandra ya se iba —dijo sin mirar a la mujer que los observaba inescrutable.

Eva dejó el abrigo y el bolso en una silla, y Brandon la abrazó y la besó sin importarle la presencia de la otra mujer.

—Claro —dijo ella, yendo hacia la puerta—. Que descansen.

—Cierra con seguro, por favor —señaló Brandon, separando su boca de la de Eva con mirada brillante.

Ellos apenas hicieron caso del portazo.

—¿Por qué demoraste tanto? Consultaba el reloj cada tanto —susurró él antes de prenderse a sus labios de nuevo.

Ella le pasó la nariz por el cuello, su olor a loción le invadió las fosas nasales, el susurro de su voz contra la piel de su rostro le causó estremecimientos y un impulso posesivo la llevó a querer apoderarse del alma del hombre del que estaba tan enamorada.

—Debía entregar un informe —dijo en cuanto se separó de él para tomar aire.

Cómo lo había extrañado. Le aferró las solapas de la chaqueta, no se había puesto corbata. Necesitaba tocarlo, le desabrochó un par de botones de la camisa, lo tocó y lo olfateó con deseo. Él, percibiendo su ardor en armonía con el suyo, la arrinconó contra la primera pared que encontró en tanto sus bocas se fundían de nuevo.

—Como te extrañé —dijo devorándole el cuello.

—No más que yo.

—Te necesito. Ahora.

Ella lo aferró algo fuerte por el cabello, y lo miró a los ojos.

—¿Eres mío?

Brandon no supo interpretar el deje de vulnerabilidad en el tono de voz con que hizo la pregunta y lo achacó a otra cosa.

A Eva le había molestado encontrar a Cassandra en la oficina. Con Tyron nunca experimentó los celos que ahora la abrazaban, el temor de perder lo encontrado con Brandon se sublevaba en medio de la maraña de sentimientos que la subyugaban, pero eso no iba a impedir experimentar el gozo y el placer de verlo de nuevo.

—Siempre, maldita sea, no hacía sino pensar en ti, fantaseé contigo cada jodida noche. Me masturbé por ti más veces de las que recuerdo y más

después de esa jodida video llamada, notas la evidencia de mi deseo. —Se refregó contra ella y manifestó con un deje de reproche—. No deberías siquiera preguntarlo.

—Sí tú supieras lo ansiosa que estuve todo el día.

Brandon le subió la falda del vestido, mostrando el interior de uno de los juegos de lencería que él le había comprado, el ligero de encaje lo había comprado ella el día anterior y las medias de seda a medio muslo también.

—Me vas a matar —exclamó, extasiado por lo que veía, le acarició el contorno de los muslos y el espacio de piel suave y satinada, entre las medias y el interior. Eva enroscó las piernas a su cintura—. ¿Qué pasó con la política de no confraternización en la empresa?

—No quiero esperar —dijo ella contundente—. He dormido todas las noches con la camiseta con la que dormiste el día antes del viaje.

Brandon soltó una risotada y la miró conmovido antes de besarla de nuevo. Él le mordisqueó el labio inferior, la saboreó y volvió a hundir su lengua en su boca. Ella respondió con un mordisco. Él le susurraba palabras subidas de tono mientras la agarraba con más fuerza, provocando un hormigueo que descendía por su vientre hasta posarse en medio de sus piernas. Ella se arqueaba contra su cuerpo, respondiendo a su excitación con la misma fuerza de su deseo.

Brandon anduvo con ella calzada a su torso, barrió la superficie del escritorio de un manotazo y la depositó allí. Eva se bajó la cremallera del vestido y se deshizo de él en segundos. Él le quitó el sujetador y acarició sus pezones antes de llevarlos a la boca.

—Sigue, sigue así —exclamó ella.

Insaciable y encendido, le dio lo que ella pedía, saboreaba un pezón, luego el otro, excitándola sobremanera con el placer inclemente de su lengua, devorándola con la boca abierta, mordiéndola con ganas. Le retiró los interiores y su sexo, liso y excitado, hizo su aparición. Brandon no dejaba de mirarlo. Tuvo la premura por repasarla toda, con manos y boca, hasta apoderarse de cada rincón y cada espacio de su alma. Brindarle miles de pequeñas muertes hasta fundirse en uno solo. La excitación lo cercaba y eso que ni siquiera había entrado en ella.

—Esto es mejor que mis jodidas fantasías. Tendré que filmarte o grabarte, cualquiera de esas mierdas, algo tuyo que pueda ver cada vez que quiera.

Su boca, ávida y ansiosa, resbaló por su abdomen hasta llegar a su sexo, que besó, lamió y devoró con más ganas que a su boca. Su cuerpo tembló y un

devastador orgasmo atravesó sus defensas, tatuando en su piel al hombre que la devoraba.

Brandon se abrió la camisa, se bajó la cremallera del pantalón, liberando su miembro. Sin más preliminares se precipitó dentro de ella de una sola estocada hasta quedar aprisionado en su interior. Lo mejor del sexo con Eva era que ya no usaban protección. Eva seguía el método anticonceptivo con pastillas y después de unos exámenes se liberaron del uso de preservativos. Era mejor, más caliente, más intenso, nunca lo había hecho sin condón, hasta ella. La sensación no se comparaba. Ambos se acoplaron en un ritmo repleto de emociones que expresaba el profundo amor que los consumía.

—Creo que el corazón me va a estallar —manifestó Eva, cediendo a las sensaciones que le imponía Brandon con su ritmo.

—Te siento tanto, ojalá sientas lo mismo.

—Ya lo creo que sí... —Brandon besó su cuello mientras la escuchaba gemir, estremecida entre sus brazos.

Sus respiraciones agitadas se mezclaban con gemidos y balanceos, mientras la ola de placer los remontaba en la playa dejándolos desmadejados.

—Abre los ojos, cariño, esta es mi parte favorita, verte cuando llegas al orgasmo.

Eva abrió los ojos y le obsequió gemidos que eran como estocadas a su corazón. Ella era su diamante de valor incalculable, que vulnerable y entregada, le regalaba, con su pasión, su cuerpo y su alma, mil letanías de amor.

CAPÍTULO 18

Compartieron todo el fin de semana, hicieron compras en el supermercado, cocinaron juntos, vieron películas y asaron malvaviscos en la chimenea. Cada vez que Brandon le preguntaba por su desempeño en el departamento financiero, ella lo distraía de innumerables maneras que lo hacían olvidarse hasta de su nombre. No se separaron un momento. Nathan compartió con ellos una velada el sábado en la noche. Eva pudo vislumbrar algo más de la forma de ser de Brandon, por la conversación que sostuvo el par de hermanos mientras ella preparaba la cena.

—Rafe me llamó tan pronto lo hiciste —dijo Nathan.

Se refería a Rafe Parsons, uno de los contables de la empresa y amigo de la familia de muchos años, que era como un tío para ellos. Nathan lo adoraba.

—No doy segundas oportunidades, ya deberías saberlo —señaló Brandon.

—Pienso que exageraste.

Eva, en apariencia concentrada en cortar los ingredientes para una ensalada, no se perdía un ápice de la conversación, que le había despertado su curiosidad. Vio de refilón la sonrisa irónica de Brandon.

—No lo creo, hermano. —Brandon fue a un gabinete y sacó tres copas de vino mientras Nathan abría una botella—. Necesito saber en quién puedo confiar.

—Él solo cumplía órdenes.

—Para engañarnos, para mantener maquilladas las finanzas y una persona así no puede trabajar conmigo. Él debió decírmelo tan pronto vio una irregularidad, pero se quedó callado, con lo que se hizo cómplice de las actuaciones de mi madre y del cabrón de Ryan.

—Entiendo tu punto de vista, pero Rafe es nuestro amigo, es como de la familia y tú no alejas a la familia.

—Debió poner su afecto por nosotros por encima de los intereses de ellos dos.

—Tú no sabes las circunstancias que lo obligaron a ello. A veces la vida nos presenta situaciones en las que debemos aprender a ser flexibles, hermano

—insistió Nathan.

—No. Te lo repito, no doy segundas oportunidades y en esto debes apoyarme, ¿bien?

Lo miró con semblante serio y dio por concluida la conversación. Nathan asintió, no muy convencido.

Después de la cena los tres disfrutaron de un verdadero duelo de videojuegos hasta la madrugada.

Eva evitó preguntarle a Brandon sobre la invitación de Anne a pasar tiempo en compañía de Cassandra. Habló con su madre el domingo en la mañana, Millicent le dio la buena nueva de que una fiducia les haría el préstamo que necesitaban, eso fue un alivio para ella, que se prometió investigar más sobre el tema la siguiente semana, ya que no quería que algún usurero inescrupuloso se aprovechara de sus padres.

Salieron el domingo en la tarde a comer con la señorita Selma y la llevaron a una función de teatro, Eva se sentía cada vez más unida a la anciana empleada.

El lunes siguiente, Anne estuvo más imposible con ella que de costumbre, pidiéndole que realizara una cantidad de encargos absurdos. Eva había pasado un fin de semana tan perfecto, que se negaba a dejarse influenciar de la energía tormentosa de la mujer. A las once de la mañana, recibió un mensaje de Brandon.

De: Brandon King

Para: Eva James.

Asunto: Sin asunto.

Ven aquí. AHORA.

La joven dejó lo que estaba haciendo, organizar por colores el contenido de las carpetas para una reunión que tenía Anne con los ejecutivos del departamento de publicidad en horas de la tarde.

Llegó a la oficina de Brandon al minuto. Golpeó antes de entrar y en cuanto escuchó su voz invitándola a entrar, una sonrisa afloró a sus labios. Ingresó al lugar sin poder evitar recordar lo ocurrido el viernes anterior. Brandon la acribilló con la mirada y la invitó a tomar asiento frente a él. Ella le sonreía imaginando algún tipo de juego.

—¿Cuándo pensabas decírmelo?

Ella lo miró sorprendida, el hombre estaba furioso. En ese momento no era su novio, era un CEO muy disgustado. La burbuja de felicidad de Eva se desintegró como por ensalmo, la sonrisa desapareció de su rostro.

—¿Qué deseas saber?

—¿Por qué no estaba enterado de qué has sido la recadera de mi madre durante una jodida semana? He quedado como un imbécil ante Tom. Cuando le pregunté esta mañana por tu desempeño en el área financiera, el hombre no tenía idea de lo que le hablaba.

Eva se envaró y llevó su mano al lóbulo de la oreja. Carraspeó antes de contestar.

—Quería solucionarlo por mí misma. ¿Qué clase de profesional sería si hubiera recurrido lloriqueando ante ti ante la primera dificultad?

Brandon negó con la cabeza.

—Una profesional inteligente.

Eva entrecerró los ojos.

—No me ofendas y no necesito tu condescendencia. Puedo solucionarlo.

Brandon levantó una ceja.

—¿Ah sí? ¿Cómo? Si se puede saber —preguntó con aparente calma.

—Iba a hablar con tu madre ahora en la mañana, pero ha estado ocupada de reunión en reunión. Además, su asistente se reincorporará en un par de días, no le di mucha importancia.

—A mí sí que me importa. No te ofrecí la pasantía para que ocurriera esto —elevó el tono de voz.

—Te lo repito, puedo solucionarlo, ¿está bien?

Brandon soltó una risa carente de humor mientras golpeaba un lapicero contra la superficie del escritorio, gesto al que recurría cuando algo lo perturbaba y que Eva había aprendido a reconocer.

—No, no está bien. Esto no tiene nada que ver con tu jodido orgullo y el “yo, Eva James, puedo sola contra el mundo”. ¿Tú crees que no sé que si dejo a mi madre actuar como quiere, puede hacer de tu vida un infierno? La conozco, sé de lo que es capaz y debiste recurrir a mí tan pronto hizo su jugada.

Brandon se levantó de la silla y dio la vuelta, se recostó en el filo del escritorio y cruzó los brazos con el ceño aún fruncido. Eva negó con la cabeza y una sombra de tristeza nubló su mirada.

—Tú no tienes ni idea de con lo que he tenido que lidiar. ¿Si sabías esto, por qué me trajiste? ¿Por qué no me preparaste para ello?

Un amago de culpa surcó las facciones de Brandon. “Porque no quiero vivir sin ti, porque soy un egoísta cabrón y porque pensé que podría controlarlo”.

—Pensé que ante cualquier problema recurrirías a mí y también pensé que se respetarían y cumplirían mis órdenes.

—Si me conoces en algo, deberías saber que no lo haría.

—Ya veo.

La observó en silencio.

—No lo hice porque me agrada ocultarte las cosas, tienes muchos problemas como para cargar con una inexperta universitaria.

—Tú no eres una simple universitaria. ¡Eres mi mujer! Y mereces ser tratada como tal.

Brandon caminó hasta la ventana tratando de calmarse. Eva no tenía experiencia, debería entenderla, pero le molestaba sobremanera que lo hubiera dejado fuera, que tuviera la capacidad de ocultarle cosas, no le gustó ni un poco la sensación. Ella se levantó, furiosa.

—¡No! —Subió el tono de voz—. No vine aquí para esto y prefiero renunciar y reubicarme en otro lugar.

Brandon se dio la vuelta y la miró con gesto duro.

—Ah, ¿sí? ¿Otro lugar? ¿En serio? ¡No puedes! Perderías tiempo, también peligraría tu promedio y tu beca, ¿puedes darte ese lujo? Todas las pasantías de la ciudad están ocupadas.

—¡Puedo irme para Atlanta! —Se arrepintió enseguida de sus palabras. Se sentó de nuevo en la orilla de la silla, tensa como la cuerda de un violín.

Brandon la miró como si se hubiera vuelto loca y caminó hasta quedar frente a ella.

—¡Ni lo sueñes! ¡Tu lugar es a mi lado!

Se acercó a ella y puso ambas manos en el respaldo de la silla donde estaba sentada. Eva miró el brillo metálico de sus ojos, que se había oscurecido de repente. Desvió la mirada y se quedó callada unos segundos.

—Háblame, maldita sea. Si no lo haces me das a entender que no confías en mí. Y me será difícil confiar en ti si me ocultas cosas. Eva, no me puedo dar ese lujo en este momento. Necesito que lo entiendas.

Ella lo miró con evidente frustración.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Que tu madre me detesta? ¿Que no tolera el que estés enamorado de mí? O quieres que te cuente que tu admiradora, Cassandra Elliot, tiene la desfachatez de decirme que uso ropa de diseñador

sin nombre, como si eso tuviera alguna importancia para mí. No me interesa ni siquiera un poco —se le aguaron los ojos—, pero la manera en que lo dijo fue humillante. Nunca nadie me había humillado de la manera en que lo han hecho ellas dos.

Se puso furiosa al sentir las lágrimas rodando por sus mejillas. A Brandon una mano le estrujó el corazón.

—Cassandra es una imbécil —aseveró, sintiéndose mal a medida que escuchaba el calvario de Eva. Él la había puesto en esa situación vulnerable. Quiso darse cabezazos contra la pared.

Ella negó con la cabeza y bajó la mirada.

—No, te aseguro que no lo es, está enamorada de ti y me ve como una maldita cucaracha que se atravesó en su camino. Me niego a ser el balón de fútbol en el partido entre tus admiradoras, porque estoy segura de que aparecerán más.

La miró, desesperado y le tomó la quijada entre los dedos. Ella se rehusó a mirarlo, pero él la obligó.

—Mírame, Eva —recalcó—, mírame. Tú eres la mujer de la que estoy enamorado y mi madre me va a escuchar. Si me hubieras comentado esto antes, hubiera podido protegerte. No tenía idea de los alcances de ninguna de las dos. —Se levantó de golpe y caminó por la oficina como fiera enjaulada—. No volverás a ese piso, no volverás a hacer un jodido trabajo de mensajera, eres demasiado brillante para ello, hoy te irás a casa, van a volar algunos culos esta mañana, nadie se mete con mi chica.

—Por eso no quería decirte nada, no quiero que por mi culpa alguien se quede sin trabajo.

—La jefa de Recursos Humanos ha actuado de manera poco profesional ante una orden mía. Debí consultarme enseguida cuando mi madre hizo el cambio. Eso no se va a quedar así.

—Brandon, por favor, tu madre es intimidante, imagina a qué amenazas habrá sometido a esa mujer, no agrandes más las cosas.

—Tengo que pararle los pies enseguida. Vete a casa, por favor.

Brandon caminó hasta el ventanal, sentía que había decepcionado a Eva y luego un sentimiento extraño lo asaltó...

—¿Has hablado con Ryan?

La mirada de Brandon era de granito. Ella recordó la conversación del par de hermanos el fin de semana anterior. Abrió los ojos, el corazón le latió más fuerte.

—No, no he hablado con él —dijo disimulando el temor que la atacó, no quiso ocasionar más problemas.

—¿Ha intentado acercarse a ti de alguna forma? —insistió sin dejar de mirarla con rictus serio.

Eva recordó sus palabras: “No doy segundas oportunidades”.

—No. —Pasó saliva. “Dile la verdad”, susurró su conciencia, pero el miedo la atenazó—. No lo ha hecho.

—Bien.

Eva guardó silencio, no era mediodía y se sentía agotada, subió por sus cosas y se fue casa.

Anne estaba reunida con un par de profesionales de marketing, cuando Brandon irrumpió en su oficina sin anunciarse. Dejó la puerta abierta e invitó a los jóvenes a abandonar la oficina. La mujer se bajó las gafas hasta el puente de la nariz. Esperaba con ansias la confrontación.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué le faltaste el respeto a Eva de esa forma?

—Todos los pasantes tienen su bautizo de fuego en esta empresa.

—¡Eso es mierda!

—¡Cuida tu lenguaje! —exclamó subiendo el tono de voz.

La mujer se recostó en la silla y observó a su hijo que la miraba furioso, ni siquiera había tomado asiento.

—La amo y me importa poco tu opinión.

Anne dejó lo que estaba haciendo y le dirigió una mirada de consternación no disimulada.

—¡No puedes estar hablando en serio!

Brandon palmeó la superficie del escritorio.

—¡Estoy siendo muy serio en esto, madre! No tenías derecho a actuar de la manera en que lo hiciste.

—¿Te fue ella con el chisme? Si lo hizo es una blandengue, entonces solo está contigo por tu dinero y lo que le puedas brindar.

Brandon hizo un gesto de negación, se pasó las manos por el cabello y tomó asiento.

—No tienes ni idea de lo que hablas. Eva es una persona buena, generosa e inteligente.

Anne estaba hirviendo por dentro, pero adoptó una pose relajada, desestimó las palabras de su hijo con un movimiento de la mano.

—Es rubia y tiene buenas tetas, siempre han sido tu perdición.

—Estás equivocada —dijo en tono frío.

—Ella es una chica agradable, pero no es la adecuada para ti.

Brandon soltó una risa burlona.

—Nadie será adecuado para mí según tus cánones sociales.

—¿En serio estás enamorado de la hija de unos pasteleros de pueblo?

—¡Basta! —Palmeó de nuevo la mesa—. Ese esnobismo tuyo raya con la ridiculez. Estamos en pleno siglo XXI, en el primer país progresista de esta tierra, no me vengas con tus ideas arcaicas.

—Te aconsejo que termines esa relación, hijo, antes de que las cosas vayan más lejos.

—No me voy a deshacer de Eva solo porque tú así lo quieres, estás loca —dijo con fuerza. Se levantó de la silla.

—Mis sacrificios han valido de poco —dijo Anne nerviosa.

—Tú no tienes ni idea de lo que es sacrificio, no me hagas reír, madre. Eres la mujer más egoísta que conozco.

—Aún soy la presidenta de esta empresa. Puedo hacerte las cosas difíciles si se me da la gana.

Brandon no se amilanó.

—Hazlo, al fin y al cabo, te quedan dos años en este puesto y te juro que después de ese tiempo no volverás a poner un pie en este lugar.

—Eres tan injusto. —Anne sabía cuándo debía que retirarse.

—No quiero que vuelvas a meterte con Eva, no quiero que la mires, le hables o te acerques a ella de ninguna forma. Eva queda bajo mi responsabilidad.

—Qué conveniente. —Soltó una risa sarcástica—. Para ella, claro.

Brandon llegó hasta puerta y aferró la cerradura.

—Me imagino que te contó que Ryan es su nuevo mejor amigo...

—Eso es mentira —rebató Brandon enseguida, negándose a ponerse celoso. Eva no le mentiría en eso y no iba a darle alas a la mala intención de su madre.

—Claro, por qué creer a la mujer más egoísta que has conocido, cuando tienes a ese bombón para alegrarte la vida. Sigue engañado, hijo.

Anne se ajustó los lentes y volvió a su ordenador.

—Estás enferma del alma, ojalá algún día puedas cambiar.

—Ojalá que cuando abras los ojos no sea demasiado tarde.

Anne quedó inmóvil mirando la pintura abstracta de la pared del frente, testigo mudo del intercambio que había tenido lugar. Llevada aún por la rabia

del encuentro, levantó el teléfono.

—Ven enseguida, debemos empezar a actuar.

—Voy —contestó una sonriente voz.

Al día siguiente, Eva empezó su práctica en el departamento financiero bajo las órdenes directas del señor Tom Short. Este le dio la tarea de organizar unos informes sobre el presupuesto de la siguiente colección de joyas que él debería presentar en una reunión con presidencia y gerencia financiera a finales de la semana. Eva, ya en su elemento, olvidó a los pocos días la mala experiencia de la primera semana en Joyerías Diamond. Cuando no almorzaba con Brandon en la oficina o en algún restaurante cercano, salía con Elizabeth y comían en la cafetería cercana. En uno de esos almuerzos, después de comer, la joven sacó una libreta de apuntes con los diseños de algunas de las joyas para la próxima colección. Eva observaba los esbozos y eran fantásticos, encarnaban a la perfección el carácter vanguardista que Brandon quería imprimirle a la empresa.

—Ojalá mis diseños gusten a Anne y a Brandon. No he visto el trabajo de Cassandra aún. Por su forma de ser, presiento que tenemos diferentes estilos que podrían beneficiar el muestrario de las joyerías, llegar a más público, pero ella no es una mujer de trato fácil y he preferido mantenerme alejada.

—Es lo mejor —señaló Eva.

La chica sacó otra libreta.

—He estado trabajando en estos diseños, pienso que el logo de la corona de diamantes está muy pasado de moda. Ahora que está Brandon a la cabeza, tengo la esperanza de que quiera darle un nuevo aire a todo, y empezar por el logo es una buena idea.

Eva observó los diferentes diseños, eran tres variaciones del logo original: el nombre de la empresa en letras doradas, con un diamante sustituyendo la i de Diamond. Las letras del logo original estaban pasadas de moda, luego ella creía que los diseños de Elizabeth serían bienvenidos.

—Lo que he intentado es modernizar el logo que ya existe. Tampoco se trata de empezar de cero, creo que con darle un nuevo aire será suficiente.

—Es una maravillosa idea, sé de muy buena fuente...

—Muy confiable, me imagino... —interrumpió Elizabeth y soltó la carcajada. Eva la siguió.

—Brandon quiere abarcar otros segmentos de la población. No será ahora, pero son los planes que tiene a largo plazo, pienso que un cambio será

bienvenido por él.

—Tenemos confianza de que llevará las cosas a muy buen puerto.

A medida que pasaban los días, Eva observaba las políticas que Brandon deseaba instaurar en la empresa. Antes de hacer cualquier cambio, compartía unos días con el departamento en cuestión, estudiando todos los empleos y los procesos. Nunca sería un jefe de pedestal, se notaba que le gustaba conocer el trabajo de todos sus empleados, desde el más humilde hasta los puestos directivos, y Eva no podía estar más orgullosa de él.

Ryan pasaba a saludarla a veces a su oficina, eran charlas de no más de cinco minutos.

—¿Por qué te tomas tantas molestias por mí? ¿Por qué eres tan simpático?
—preguntó, curiosa.

—Porque quiero, porque me divierte, porque necesitas de un amigo y yo también.

Eva le sonrió.

—Razones aceptadas. ¿Conoces a alguien de Fiduciarias North Trust?

Ryan se hizo el sorprendido.

—No creo, ¿necesitas dinero?

Eva sonrió.

—No, es que me causa curiosidad, se acercaron con una solución de préstamo para mis padres, lo que me sorprende es que les han negado por dos años créditos en todas las entidades bancarias. Es raro.

—Recuerda que a veces, a través de ciertos programas sociales, esas grandes empresas prestan dinero a comerciantes emprendedores, no lo hacen por altruismo, lo hacen para rebajar impuestos, debes saberlo.

—Lo sé, me parece algo así como un golpe de suerte.

—Consúltalo con Brandon.

—Ya veremos.

A Eva le incomodaba cargar a Brandon con los problemas financieros de su familia. No quería sentirse en desventaja y no debería ser así, Brandon era su pareja y aquí estaba contándole algo familiar a un hombre en el que no debería confiar.

A ella le daba temor que Brandon se enterara de la amistad que los unía. No tenía queja de él, era respetuoso y atento, le enviaba su café favorito todas las mañanas, pero a pesar de esos detalles, no había vislumbrado gran cosa de

su personalidad y eso hacía que aún viviera prevenida. A veces quería pedirle que no la visitara más, pero era imposible hacerlo sin herir su sensibilidad.

Respiró un poco más tranquila cuando Brandon no quiso acompañar a su madre a la Semana de la Moda en Nueva York. En cuanto Anne y Cassandra volvieran se celebraría la reunión para pactar los nuevos diseños de la siguiente colección.

CAPÍTULO 19

Eva abrió los ojos y observó el perfil de Brandon, que en ese momento revisaba su teléfono móvil. Él era su refugio, su paz, su locura y su intensidad. El amor y la pasión habitaban su corazón y su piel, adueñándose de todos sus tiempos. Era su rey absoluto, soberano de su alma.

Corría la primera semana de marzo, aún las temperaturas eran bajas, aunque el cielo lucía más despejado. Emitió un bostezo, se sentía cansada y con sueño desde hacía un par de semanas, cuando un fuerte resfriado la había obligado a tomar antibióticos.

—Eres tan... —dijo, rompiendo el silencio, con el corazón acelerado. Él levantó la mirada enseguida.

—Sí, lo sé: guapo, buen amante, dios del sexo y el placer.

Eva soltó la carcajada. Flotaban por la vida envueltos en una nube de admiración.

—Iba a decir que eres tan responsable... Trabajando tan temprano.

Brandon sonrió y soltó el móvil sobre una mesa.

—Sí, me gusta madrugar, tengo un trabajo que hacer todas las mañanas. — Se acercó a ella con mirada ardiente y se tendió a su lado, la envolvió con sus brazos, pegando su cuerpo al suyo, mientras besaba su nuca repetidas veces. Adoraba la forma en que Eva se veía tan pronto se levantaba, con su cabello largo desperdigado sobre su almohada, despeinado y seductor, su gesto somnoliento y dichoso, la boca hinchada por sus besos. Le acarició con reverencia el contorno del cuerpo—. Soy el responsable de tu placer y el amo absoluto de estas preciosas curvas —llevó la mano a su sexo—, de tu humedad, de tus suspiros, adoro cuando te vuelves loca por mis caricias. —La miró fijamente sin dejar de tocarla, Eva respiraba de manera entrecortada—. Tu desnudez lleva mi nombre.

—¿No es eso un poco troglodita? —preguntó ella acariciándolo a su vez.

—No pienses que son palabras de hombre machista. No, venero lo que somos, tus deseos y tus ganas son míos y los respeto como no tienes idea. Tú eres la dueña de esta terrible pasión, de estas ganas por ti que me acompañan

siempre y que nunca antes había experimentado, una parte de mí está y estará siempre contigo. Nos pertenecemos, Eva. Tú eres mía y yo soy tuyo, el resto me tiene sin cuidado.

Abrió el cajón de la mesa de noche y sacó los pendientes a juego con la gargantilla que le había mandado a hacer en su viaje a Nueva York.

—¡Oh, Brandon! Son hermosos, pero no tienes que molestarte, no necesito joyas costosas.

—Para mi chica, lo mejor. ¿Sientes mi deseo en tu piel, así no estemos juntos? —preguntó con mirada posesiva, con la ansiedad del hombre muy enamorado. Le angustiaba perderla, que su índole posesiva y celosa la incomodara de alguna forma y lo mandara a freír espárragos. Quería cubrirla de lujos y de joyas de la cabeza a los pies. Darle todos los gustos, brindarle el mundo.

—Siempre, siempre —contestó ella estirando los brazos y dejándose amar una vez más.

Cassandra Elliot llevaba semanas con una sola idea en la cabeza: dar de baja en el corazón de Brandon a Eva James. ¿Cómo lo conseguiría? Afortunadamente, no estaba sola en la labor, por lo visto Anne y Ryan deseaban tanto como ella que la nueva relación de Brandon no progresara.

Llevaba años observándolo, viéndolo departir con toda clase de mujeres que babeaban por los tres hermanos como si no hubiera otros hombres en el panorama. Con la paciencia de un jugador de ajedrez, había planeado la estrategia de cada jugada, mientras se repetía como mantra que Roma no se había hecho en un día. Se hizo un espacio en el círculo cercano a la familia y vigiló cómo llegaba a su vida una mujer tras otra. Ni siquiera experimentó el mordisco de los celos por sus múltiples conquistas, porque ninguna de ellas había tocado su corazón; se fijó en cómo las dejaba, nunca de mala manera, porque hasta en eso había sido educado como un caballero. Sus aventuras nunca le preocuparon, estaba convencida de que, entre más se divirtiera un hombre en su juventud, mejor esposo sería, y Brandon King sería su esposo. Tenía esa seguridad hasta que apareció Eva James. No se sorprendió al verlo acompañado en la fiesta de cumpleaños de Anne. Lo nuevo para ella fueron la mirada de enamorado que vestían sus ojos y el talante protector de sus gestos. Esas expresiones de afecto encendieron sus alarmas y más al ver lo aprensivo que estuvo la madre de Brandon con la chica.

El entrar a trabajar en el departamento de diseño fue un buen movimiento y

un golpe de suerte también, ella había pensado que tendría que irse otro semestre para Italia antes de poder hacer la pasantía en la empresa. Sus suposiciones respecto a la relación se confirmaron al tener una charla con Anne durante un almuerzo en Glenmoor, un renombrado club de la ciudad. Era mejor tener a la mayor de los King de amiga, porque de enemiga la mujer era tenebrosa, y ella con tal de lograr su objetivo estaba dispuesta a aliarse con el mismo diablo.

Observó los diseños de líneas elegantes que presentaría en la reunión con los directivos de la empresa. Caminó hasta la mesa de trabajo de Elizabeth; el lugar donde guardaba sus diseños estaba bajo llave. La chica era misteriosa cuando de su trabajo se trataba, desconfiaba de la gente y con razón.

Observó alrededor. La mesa de trabajo no era demasiado grande, con una lámpara especial de dibujo y una silla alta, su espacio era ecléctico y alegre. Muy diferente a su propio estilo, más minimalista, depurado y elegante. La puerta estaba entornada y Cassandra se atrevió a husmear en busca de la llave, mirando de reojo la puerta. Revolvió con cuidado entre sus cosas, pero nada. Se acercó a un estante ubicado en una pared frontal, donde había diversos materiales, lápices de todos los colores, marcadores y hasta algunas acuarelas, pinceles y vinilos. En un tarro, con una colección de monedas, había tres llaveros. Con angustia, porque pronto terminaría la hora del almuerzo, probó las diversas llaves, hasta que por fin una hizo clic.

Tomó la carpeta dorada que contenía los diseños y tuvo que reconocer que eran preciosos; Elizabeth tenía talento, la envidia invadió sus sentires y quiso apropiarse de su trabajo, pero no sería lo más inteligente. Ya tenían un plan trazado y debían ceñirse a él, esos diseños sacarían a Joyerías Diamond del bache en el que estaba, y también debía pensar en su futuro y en el futuro de la familia, que se dijera que era altruista y desinteresada.

Sonrió y dejó la carpeta dorada en su puesto. Abrió otra de color azul, observó los dibujos: eran tres diseños de un nuevo logo para la joyería, no tenía idea de que se estuviera trabajando en ello, pero también era poco el tiempo que llevaba en la empresa. Una idea cruzó por su mente, ya sabía lo que tenía que hacer y ella quedaría como una princesa.

Aferró el móvil y tomó varias fotografías de los diferentes logos. Dejó todo como estaba y salió del lugar rumbo a la oficina de Anne.

—Vamos, no te estoy invitando a almorzar, sé que el ogro me pondría los ojos morados y tampoco quiero que tengas problemas por mi culpa —dijo

Ryan sentándose frente al escritorio donde Eva lucía concentrada. Se sentía molesto ante su negativa a ir a Miché, un restaurante nuevo y exclusivo de la ciudad.

—Estás exagerando —adujo Eva mientras completaba un informe en el computador sin apenas mirarlo, meditando que ese día cumplía siete meses de relación con Brandon.

—Simplemente tengo una reserva en el lugar, algo difícil de conseguir en estos días y se perderá, ya que tengo un compromiso ineludible. Dicen que será el mejor restaurante de la ciudad.

—Regálasela a alguien más, ¿no tienes una novia o amiga que pueda beneficiarse? —preguntó mirándolo de refilón.

Si Brandon no detestara a Ryan, podría llevarlo a almorzar a ese lugar para celebrar, pero era inquisitivo y se preguntaría cómo había logrado una mesa allí y a ella se le haría difícil mentirle. A medida que pasaban los días se le dificultaba más contarle a Brandon de su incipiente amistad con su hermanastro, y confesarle que le gustaría ayudar a arreglar lo que sea que hubiera ocurrido entre los dos.

Ryan negó con la cabeza.

—Mis citas no son de las que disfrutarían una buena comida. No sé cómo esas chicas pueden caminar a punta de ensalada sin aderezo. Lleva a tu amiga diseñadora, pagaré la cuenta.

—No sé, Ryan. No deseo problemas con Brandon.

Ryan hervía por dentro, a medida que pasaban los días, más difícil se le hacía que la chica confiara en él. Cualquier otra mujer ya estaría comiendo de su mano.

—Vamos, no me digas que eres la clase de chica que hace todo lo que su hombre quiere.

Eva negó con la cabeza.

—No me manipules.

Sus palabras escocieron, ya que se preguntaba por esos días si era verdad que estaba haciendo demasiadas concesiones a su relación. Amaba a Brandon, pero a veces sentía que perdía su esencia y necesitaba de pequeños brotes de rebeldía para sentirse ella misma de nuevo.

—Está bien, pero mi amiga y yo pagaremos la cuenta.

Ryan levantó una de sus cejas. El hombre era guapo en su estilo, caviló Eva, sabía por chismes de pasillo que se relacionaba con modelos de alta costura, y que esas relaciones duraban muy poco. Lo que Eva no sabía era que

tomaba a las mujeres con un entusiasmo físico tan intenso, que las consumía hasta dejarlas hechas cenizas.

—Perfecto, el movimiento feminista nos ahorra mucho dinero a los hombres.

—Yo no estaría tan segura.

—Hazme un favor.

—Dime —contestó Eva sin dejar de trabajar. Ryan se levantó de la silla con un sobre de manila de color rojo que Eva no había notado que llevara en la mano.

—Entrégale este sobre de manila al *maître*, se llama John Rivers, es una proyección financiera para una fiducia que quiere abrir para la educación universitaria de su hijo. El viejo Rivers es un conocido de la familia.

Eva, concentrada en su informe, apenas prestó atención, y accedió sin hacer mayores preguntas.

—¡Oh, mi Dios! —exclamó Elizabeth—. Debiste aceptar que tu amigo pagara la cuenta, por lo visto yo solo tomaré un vaso de agua y comeré el pedazo de lechuga más caro de la historia.

Eva no le había dicho que era Ryan el que la había invitado. Elizabeth era de la misma línea de Brandon, no confiaba en él.

Eva sonrió mientras caminaban entre mesas cubiertas con mantelería de lujo. El lugar estaba lleno de personas a las que se les notaba el dinero y la clase social.

—No seas exagerada, el sitio es lujoso, pero no creo que sea para tanto.

Elizabeth miraba a lado y lado sin importar lo que dijeran los demás. Eva, más mesurada, caminó hasta la mesa a donde las guio el *maître* y antes de olvidarlo, sacó el sobre de manila que dejó encima de la mesa.

—¿Es usted John Rivers?

—No, señora, no conozco a ningún señor Rivers —afirmó el hombre mientras les entregaba el par de cartas encuadernadas en cuero de color oscuro.

Antes de que Eva guardara el sobre en el bolso, una voz la distrajo del hecho de que Ryan por algún motivo le había mentado.

—¡Eva! —saludó el hombre que le había presentado Ryan en su almuerzo en Boka—. Es un placer volver a verte.

Eva, que no recordaba su nombre, le sonrió con gentileza.

—El placer es mío —contestó, mientras Elizabeth miraba angustiada el

menú. Aunque su salario era bueno, no estaba dispuesta a gastar el sueldo de una quincena en una cuenta de restaurante.

—Permítanme invitarlas al almuerzo —dijo el hombre, adivinando la desazón de Elizabeth.

—No se preocupe... —respondió Eva, aún sin recordar su nombre.

—Maurice —manifestó en tono suave y con un brillo peculiar en los ojos —, acabas de romper mi corazón.

—Mil disculpas, soy pésima reteniendo nombres. Déjeme presentarle a mi amiga Elizabeth Castillo, es la diseñadora estrella de la firma.

—Sería el hombre más afortunado del lugar si me permiten compartir con ustedes un rato.

—Claro, siéntese.

El hombre, acostumbrado a tomar la iniciativa, se hizo cargo del almuerzo, ordenó una botella de vino y unas entradas de langosta. Las distrajo hablando sobre un viaje que había hecho a Colombia un par de años atrás. Hicieron un brindis cuando escanciaron el vino y luego se levantó de la mesa. Tomó el sobre de manila.

—Ese sobre no es suyo —saltó Eva enseguida.

Maurice no le hizo caso y aferró la carpeta que luego le dio a un hombre que pasó por su lado y soltó una sonrisa de tiburón. Ryan Winthrop era un condenado hijo de puta, podía enviarle el maldito sobre de diversas formas, pero escogía siempre las más retorcidas. Lo imaginaba como esos espías de la KGB en la época de la guerra fría, hubiera sido el paraíso para el cabrón. Pero... y si la chica hubiera guardado el sobre en su bolso, ¿qué hubiera hecho, sacarlo de mala manera? Ryan era un jugador y arriesgado, además.

—Ya lo creo que sí, querida Eva, pagué mucho dinero por esto. Que sigan disfrutando su almuerzo.

Eva se levantó como un resorte en cuanto Maurice se dio la vuelta y caminó detrás de él. Cuando llegaron a la salida del lugar, preguntó exaltada.

—¿Qué fue eso? ¿Cómo es eso de que ese sobre es suyo? ¿Qué contiene?

El hombre bajó la cabeza y negó varias veces con la cabeza.

—Querida, nunca confíes en alguien que te mienta y nunca mientas a alguien que confía en ti. Fue un placer conocerte.

El hombre salió del lugar como una exhalación. Eva volvió angustiada a la mesa.

—Vamos —dijo a Elizabeth, que degustaba un succulento plato de mariscos, sin prestar mayor atención a lo ocurrido.

—Lo que sea que te preocupe, déjalo estar, es pecado no degustar estas delicias —respondió la diseñadora, ajena al estado de ánimo de Eva.

—Se me quitó el apetito, siento que Ryan jugó conmigo y necesito averiguar el porqué.

—¿Ryan? —Elizabeth soltó el tenedor de manera algo brusca.

—Necesitaba que entregara un sobre a alguien, me mintió, tengo que hablar con Brandon —repitió, angustiada, mientras pedía la cuenta.

—Es buena idea, Ryan no es de fiar.

—Debo enfrentarlo y contarle.

—Sabía que de esto tan bueno no dan tanto —manifestó Elizabeth, preocupada, en un dicho muy colombiano y retiró el plato con celeridad—. Todo lo que venga de esa víbora está envenenado.

—No imaginé que...

—Ay, Eva, debiste contármelo. Ryan es maquiavélico.

El mesero se acercó para decirles que la cuenta ya estaba pagada.

Brandon la mataría, caviló Eva, estaba segura o, en el mejor de los casos, la abandonaría por mentirosa, era un hombre que valoraba la lealtad por encima de otros valores, una traición rompería en pedazos lo que habían construido. Que fuera lo que Dios quisiera, le contaría lo ocurrido. Con el pecho amarrado en un nudo de temor volvió a la empresa y se presentó en la oficina del CEO, pero Brandon había salido a una exhibición de piedras preciosas y volvería en la tarde.

Furiosa, buscó a Ryan, pero el hombre no estaba tampoco en la oficina. Volvió a su trabajo con una profunda angustia, trató de concentrarse, pero fue en vano, las manillas del reloj hicieron más lentos sus pasos, se sentía culpable y no sabía de qué, como si de un momento a otro fuera a caer sobre ella una larga condena. La sensación no la abandonó durante el resto de la jornada.

El salón del Waldorf Astoria bullía de actividad, el sonido de las voces en diferentes idiomas se mezclaba con una ligera música ambiental. Las principales empresas chinas, europeas y sudafricanas en el ámbito de la gemología se habían dado cita en esa jornada. Brandon habló con varios distribuidores. Los CEO de las joyerías más renombradas del sector se acercaron a felicitarlo por su nuevo cargo. En ese momento hablaba con una simpática mujer oriental sobre la calidad de unas amatistas en exhibición. El color azul de un grupo de piedras lo llevó a recordar el diamante azul que

había buscado para crear en los talleres de la empresa un anillo de compromiso. No le importaba que apenas hubieran transcurrido siete meses desde que se habían enamorado, en la intensidad de su amor el tiempo transcurrido lo tenía sin cuidado. Esa noche la llevaría a cenar y le propondría matrimonio.

Recordó las reuniones que todavía faltaban para poder llegar a casa, una palabra que ahora tenía otro significado. Dedujo que, con el tiempo, Mathew sería el encargado de esa área determinada, por el momento le tocaba asesorarse con el gemólogo de la firma, un astuto judío que había estado en el negocio desde la época en que su padre lo dirigía. Ese día al hombre, que ya estaba a punto de jubilarse, le fue imposible acompañarlo, pero había delegado la responsabilidad en su asistente, una talentosa joven de origen chino, que se entendía en mandarín con la representante de la firma que les ofrecía amatistas a muy buen precio.

—Eh, pero si es Brandon King, el nuevo CEO de Joyerías Diamond. Felicitaciones y no solo por tu nombramiento.

Brandon se dio la vuelta para encontrarse con la figura de su mayor competidor. Le dio la mano a Maurice con algo de aprensión, el hombre era muy amigo de Ryan y siempre había desconfiado de esa amistad. A ambos los rodeaba una cortina de niebla que los hacía impenetrables.

—Gracias —contestó el aludido con talante frío, negándose a preguntar por el significado de sus palabras.

—Me alegra ver que las cosas con Ryan han mejorado bastante.

Brandon, con un sentimiento incómodo, y ya sin poderse aguantar, no pudo evitar preguntar.

—¿Por qué lo dices?

—Tu chica, Eva James. Es preciosa.

El gesto de Brandon quedó congelado. Tuvo que hacer acopio de un autocontrol muy grande para no saltar sobre el hombre ante la mención del nombre de Eva.

—No entiendo. —Brandon, dominando su apremio por saber, no lograba conjeturar que tenía que ver Ryan con Eva.

—Ryan me la presentó en un almuerzo en Boka.

—¿A Eva? —preguntó, descompuesto.

—Sí, por lo visto ellos son muy amigos.

Una nube oscura nubló los pensamientos de Brandon.

—¡Estás equivocado!

—No, no lo estoy, chica rubia, ojos azules, hermosa. Me la presentó como tu novia. —Sonrió ladino—. Espero que tengas cuidado, a veces la fruta prohibida del paraíso se nos presenta en forma de chica rubia con curvas de infarto.

Brandon era consciente de que no podía dar un espectáculo ante sus pares, el deseo de desencajarle la mandíbula a Maurice fue muy fuerte, pero esa actuación no sería la mejor carta de presentación para todo lo que deseaba construir. Con los dientes y los puños apretados, se dio la vuelta y salió del salón murmurando unas palabras a la asistente con la que había ido a la exhibición. No se despidió de nadie.

Un aturdimiento profundo se apoderó de él. Eva le había mentido en cada ocasión que le había preguntado por Ryan. ¿Por qué? No lo entendía y se negaba a pensar mal de ella. Angustiado, caminó sin rumbo fijo, volvió en sí cuando un auto frenó en seco y escuchó la bocina y al conductor reclamándole su imprudencia, había atravesado la calle sin darse cuenta de que la luz del semáforo aún estaba en verde y por primera vez en mucho tiempo no supo qué hacer.

CAPÍTULO 20

De: Brandon King

Para: Eva James.

Asunto: Cita.

Hoy, cinco de la tarde, hotel Langham, suite presidencial, sigue todas las instrucciones.

Tuyo,

Brandon.

Eva deseaba tanto hablar con él, que pasó por alto el tono seco y escueto en que estaba escrito el correo que le había enviado Brandon.

De: Eva James.

Para: Brandon King.

Asunto: Cita.

Tengo que hablar contigo de algo importante, ¿puedo ir a tu oficina ahora?

Tuya,

Eva.

De: Brandon King

Para: Eva James.

Asunto: Cita.

Lo que sea puede esperar, no estoy en la oficina ahora, recuerda, cinco de la tarde. Estoy impaciente por jugar.

Tuyo,

Brandon.

Eva se dijo que de pronto no sería tan malo decirle a Brandon toda la verdad. Miró la hora en su reloj, eran las tres y cuarenta y cinco, decidió irse enseguida para llegar al hotel con tiempo suficiente para darse una ducha. Iría

caminando, el lugar quedaba a pocas cuerdas, así calmaría la angustia que apenas la dejaba respirar. Su Brandon entendería y la perdonaría, estaba segura de ello, su amor era mucho más grande que un malentendido sin importancia. Decidió ponerse a tono con el talante de su novio y antes de atravesar la puerta, le escribió.

De: Eva James.
Para: Brandon King.
Asunto: Cita.
¿Así que quieres jugar?

Enseguida llegó la respuesta.

De: Brandon King
Para: Eva James.
Asunto: Cita.
Siempre.

En cuanto Brandon llegó a la empresa hizo llamar a Eva, pero le dijeron que había acabado de salir. Con el ánimo descompuesto, quiso aplazar la reunión con Anne y las diseñadoras e irse directamente a confrontarla, pero sería poco profesional con la empresa, no podía aplazar más los tiempos, necesitaban ceñirse a las fechas estipuladas. Además, eso le permitiría calmarse un poco antes de enfrentarla. La llamó en dos oportunidades y el teléfono lo envió a buzón. Con un nudo en el pecho, se presentó en la sala de juntas, donde Anne, Cassandra y Elizabeth ya estaban esperándolo.

—Buenas tardes —saludó a las tres mujeres y se sentó al lado derecho de su madre, que le lanzó una mirada triunfal y quedó frente a Cassandra, quien le destinaba risas nerviosas. Desvió la mirada fastidiado, estaba a punto de decir que dieran inicio a la reunión cuando su madre anunció, expectante.

—Brandon, a Cassandra se le han ocurrido dos maravillosas ideas para cambiar el logo de la empresa, sabes que me he opuesto por principio, pero contigo al mando creo que es momento de hacer varios cambios.

Elizabeth miró a la diseñadora sorprendida.

—Precisamente le había pedido a Elizabeth que preparara un nuevo diseño del logo para mostrarlo hoy —señaló el hombre—. Me parece bien que Cassandra haya tenido también la iniciativa de hacerlo.

La mujer sonrió como gato ante platón de leche. Anne habló de otras cosas y los sombríos pensamientos de Brandon se llenaron de las frases proferidas por Maurice. A cada minuto que pasaba, la grieta de los celos y la desconfianza hacía estragos en su corazón. “Tu chica, Eva James. Es preciosa”. Quiso soltar un taco, pero se contuvo a tiempo. “Me la presentó como tu novia. Espero que tengas cuidado, a veces la fruta prohibida del paraíso se nos presenta en forma de chica rubia con curvas de infarto”.

—¿Te pasa algo, Brandon? —preguntó Anne ante el gesto furibundo del hombre.

—Nada —contestó brusco—, continuemos.

—Cassandra, muéstranos tus diseños, por favor —exigió Anne acomodándose los lentes.

La chica repartió una carpeta a cada uno de los asistentes.

La diseñadora colombiana se puso pálida a medida que observaba los diseños. Se levantó de manera brusca, la silla chocó contra una pared, con lo que se ganó la atención de los presentes.

—No sé cómo lo hiciste, pero copiaste mis diseños —acusó a Cassandra.

La aludida se veía genuinamente preocupada.

—¿De qué estás hablando? Déjame ver tu trabajo.

Brandon observaba a una y a otra esperando una explicación. Elizabeth abrió la carpeta en una de las figuras.

—Mira —señaló exaltada Elizabeth—, copiaste la idea original, lo único diferente es que variaste las aristas del diamante, hasta la maldita letra es igual.

—¿Alguien me puede explicar qué diablos ocurre? —preguntó Brandon ante los dos diseños—. Cassandra, ¿tienes algo que decir?

Lo que le faltaba para completar un día de mierda, caviló comparando los dos trabajos, Elizabeth tenía razón, las diferencias eran mínimas.

—Cassandra, Elizabeth, por favor déjenos solos unos minutos, tengo que hablar con Brandon —ordenó Anne.

—¡Eres una tramposa! —aseveró Elizabeth señalando a Cassandra con el dedo.

La chica la miraba con fingido estupor.

—No tengo idea de lo que estás hablando, los King me conocen muy bien. Saben que soy incapaz de hacer algo así.

Brandon no metería las manos en el fuego por ella, pero ante un gesto de su madre, supo enseguida que Anne se pondría de su lado.

—Llegaremos al fondo del asunto —dijo Brandon a los presentes—. Desde este momento quedan confiscados sus ordenadores, las fechas de creación de los archivos deben estar en las carpetas de cada uno. Eso nos dará una pista de quién dice la verdad.

Brandon llamó enseguida al departamento de sistemas, cuando las mujeres volvieran a la oficina, ya los ordenadores estarían retenidos.

En cuanto se quedaron solos, Brandon se llevó los pulgares a los ojos.

—¡Qué día de mierda!

—Cuida tu vocabulario, jovencito.

—Sí, señora —afirmó con dientes apretados.

—¿No creerás que Cassandra tenga los alcances para haber copiado un simple logotipo? ¡Por Dios! Si estudió en una de las mejores escuelas de Italia. Es una joven muy talentosa.

—Elizabeth también lo es. No voy a emitir ningún juicio hasta tener la certeza de quién lo hizo y deberías pensar igual, madre.

Brandon agitó su lapicero contra la mesa, en su gesto de siempre.

—Tengo absoluta confianza en Cassandra.

—Y yo en Elizabeth.

—Hijo, ten cuidado en dónde pones tu confianza.

Anne le pasó una tableta a Brandon.

—¿Qué es esto? —preguntó resoplando, al tiempo que pasaba una serie de fotografías que a medida que las observaba le rompían el corazón. El rostro se le puso caliente de la impresión. La boca se le secó y los latidos del corazón los sintió en las sienes.

—Lo siento, hijo, es hora de que sepas quién es en realidad esa mujer con la que te enredaste.

—No puedo creer que me estés diciendo esto, esa mujer no puede ser ella —adujo en tono ronco y tembloroso soltando el dispositivo de manera brusca encima de la mesa, no supo cómo no se rompió.

Se levantó de la mesa y se alejó unos pasos. Anne se acercó a él sin atreverse a tocarlo.

—Es ella, esto apenas es la punta del iceberg, no sé qué tipo de relación tiene con Ryan, almuerzan juntos, a lo mejor es una mujer calculadora, ambiciosa que quiere escalar posiciones sin importar a quién se lleva por delante.

—Me imagino que lo dices por experiencia personal.

La mujer se envaró.

—¡Soy tu madre y merezco respeto!

—¡Actuando como lo haces no te has ganado mi respeto ni el de mis hermanos! —Bajó el tono de voz—. La mujer de la que hablas no es la Eva que conozco.

Anne tomó la tableta en sus manos y observaba una a una cada fotografía. Le acercaba el aparato a Brandon.

—¡Unas estúpidas fotografías no me van a hacer variar de opinión!

Sentía que se ahogaba, se aflojó el nudo de la corbata.

—Lo sé. ¿La has conocido verdaderamente? Muchas personas se acercan a nosotros con intenciones escondidas, son lobos disfrazados de ovejas, ya deberías saberlo.

Brandon ya no escuchaba a su madre. En su mente resonaba la voz de Eva. “Quiero ser una mujer poderosa”. “Quiero hacer la diferencia y no me importa lo duro que tenga que trabajar”. “Soy consciente de que para escalar tendré que ensuciarme las manos”. Esas palabras dichas en medio del entusiasmo, ahora, en este contexto, adquirirían otros visos.

—Ha estado fingiendo todo el tiempo —continuaba Anne—, a lo mejor lo hizo desde que estaban en la universidad, y créeme, cuando una mujer se pone un objetivo, no hay talanquera que no se salte para lograr llegar a él.

—¡Cállate! Esas fotografías no me dicen nada.

Brandon le arrancó el dispositivo de las manos, lo partió en dos y lo estrelló contra una pared cercana. Eso pareció calmarlo. La mujer ni se inmutó.

—Almuerza con Maurice, es peligrosa para la empresa.

Él soltó una risa carente de humor.

—Oh, sí, claro que sí, pero se te olvida incluir a Ryan, que estoy seguro es la serpiente en todo este asunto. No entiendo cómo has tolerado a ese tipo. No me cabe en la cabeza.

—Ryan dejará la empresa. Si no fuera por el dinero que nos suministró ya estaría lejos de aquí. Ya ves, a veces puede ser útil.

—Eres muy cínica, madre. ¿Hace cuánto la estás vigilando?

—Alguien tenía que hacerlo. La he hecho seguir desde la primera semana.

—¿Por qué te tomaste tantas molestias? ¿Por qué con ella? —Seguía sin entender esa animadversión de su madre hacia Eva, aunque las malditas fotografías le dieran la razón.

—Lo presentí. No me he equivocado y a riesgo de que rompas también mi móvil, mira esta fotografía, tomada hoy. ¿No te parece raro que Eva y

Elizabeth estén almorzando en un lugar que apenas pueden pagar y con el mayor competidor que tiene esta empresa?

—¿Quién la está siguiendo?

—Paul Meyer.

Brandon soltó otra risa estrangulada, mezclada con una tremenda angustia.

—¿Qué conveniente! Otro de tus esbirros, que juraría por ti en vano.

Anne tomó el móvil a Brandon con la fotografía de Elizabeth y Eva sentadas brindando con Maurice.

—¿Me vas a decir que no es ella?

La miró con un gran resentimiento.

—¡Vete al diablo!

Salió del lugar tirando la puerta. Llegó como una fiera a la oficina, abrió el mueble-bar y se sirvió un whisky en un vaso que tomó de un solo trago. El licor quemó su garganta y bajó como fuego hasta su estómago; dejó el vaso en la mesa y bebió de nuevo directo de la botella. No entendía lo ocurrido, su cabeza y su corazón se habían dissociado, su entendimiento trataba de ver la mano de Ryan y de su madre en el asunto, pero las fotos eran evidentes. No sabía qué se traía Eva entre manos. Él la creyó enamorada, íntegra, por encima de las manipulaciones y ambiciones de los demás, pero por lo visto, había estado equivocado. Su corazón necesitaba confrontarla. Necesitaba saber. ¿Qué diablos le había faltado? ¿Una promesa matrimonial? La hubiera tenido. ¿Un puesto de envergadura en la empresa? Con el tiempo y sus capacidades lo habría logrado. ¿Entonces?

Se le hacía difícil conciliar esa imagen de Eva al lado de sus mayores enemigos con la de la mujer a la que había amado esa misma mañana. Tomó el móvil y marcó a seguridad.

—¿Ya llegó al departamento? —preguntó a Paul, obviando el nombre, estaba seguro de que sabía de quién le hablaba—. ¿¡Cómo!?

Ni siquiera tuvo que anotar los datos del lugar en donde que estaba Eva en ese momento; salió como alma que lleva el diablo.

Eva llegó a la recepción del hotel, donde al dar su nombre, una amable mujer le dio la tarjeta electrónica de una de las suites. Al entrar al lugar, toda su angustia por lo ocurrido se evaporó de inmediato. Había una canasta de flores y chocolates en una mesa de la sala de la suite; abrió una puerta doble y entró a una habitación romántica, con una amplia cama con doseles, encima de la cual había un negligé transparente de color negro, que nunca hubiera creído que fuera del gusto de Brandon, al que le gustaba la lencería sugerente y

elegante. Miró los presentes con algo de aprensión. Un corsé negro y dorado, un tanga con una abertura, medias negras y liguero. Un labial rojo pasión de Chanel y un nuevo perfume Seven Veils, de Byredo, que al olerlo desprendió en el aire un aroma a especias, vainilla y sándalo. Algo confusa por esa elección de ropa y aroma, se desnudó en la habitación y entró al baño. Se dio una larga ducha con un fino jabón, perfumado con la misma esencia del perfume, que la ayudó a relajar los músculos de la espalda que sentía agarrotados. Al salir de la ducha se secó el cabello y lo dejó suelto, luego salió del baño envuelta en una bata que se quitó para ponerse las prendas de ropa. Se miró al espejo para pintarse la boca con el labial, que resultó de un tono rojo encendido que nunca antes había usado. Se alejó para observar el efecto, parecía una puta elegante y de pronto ya no le pareció buena idea, quiso cambiarse; luego se reprendió por tonta y se imaginó todo el placer que le prodigaría a Brandon; al fin y al cabo, él había escogido el lugar y el atuendo. A lo mejor todo eso la ayudaba a aminorar el efecto de la confesión que le haría en cuanto llegara. Se acomodó en la cama a esperar.

En otra habitación, Ryan observaba a través de un ordenador todos los movimientos de Eva. Había sido buena idea poner esa cámara en una esquina de la pared frontal: la mujer era hermosa, de cuerpo perfecto y elástico, no pudo evitar excitarse al observar su sexo liso y depilado, sus pechos firmes y abundantes, el lunar en la parte interior del muslo y que fue evidente cuando se agachó a ponerse una de las medias de seda. Supo que tendría fantasías sexuales con ella durante mucho tiempo al verla rociarse su perfume favorito, el que usaba con todas las mujeres con las que se acostaba. Ese era un detalle que Brandon conocía por el tiempo que había vivido con ellos, ya que él siempre tenía un frasco en su habitación, en el mismo lugar de los condones.

En cuanto ella empezó a vestirse, tampoco pudo evitar darse alivio mientras imaginaba que entraba al cuarto, la esposaba a la cama y la embestía con violencia hasta devorarla y dejarla en los huesos. Tuvo un orgasmo explosivo al imaginar eso y a Brandon mirándolo con estupor desde la puerta. Sería el culmen de su fantasía perfecta. Aun excitado, se levantó, era el momento de empezar la faena; la adrenalina zumbó por su cuerpo, estaba preparado.

CAPÍTULO 21

Eva se levantó de la cama y puso algo de música en el reproductor: los acordes de *Turning Page*, de *Sleeping at Last*, se deslizaron por la habitación. Se sirvió una copa de champaña y bebió unos cuantos tragos, se acercó a la ventana algo preocupada, y pensó que el licor la ayudaría a controlar el temor a lo que pudiera ocurrir con Brandon. En el momento en que dejaba la copa en la mesa, escuchó la puerta abrirse y pensó en darse la vuelta, pero sabiendo que a Brandon le encantaría la vista, se quedó de espaldas.

—Hola, dios del sexo y el placer, te estaba esperando —dijo, nerviosa.

De pronto se sintió ridícula, ella debería estar esperándolo vestida y sentada en la silla, la charla que iba a mantener con él no era una que pudiera tenerse vestida de esa manera.

—Me han llamado muchas cosas, pero dios del sexo...

Eva se volteó asustada y vio a Ryan recostado en una jamba a la entrada de la habitación, con una mirada lasciva que no le conocía. No tenía corbata y la chaqueta la llevaba al hombro. Eva llegó hasta la silla y agarró la bata con la que había salido del baño, que se puso de manera rápida, se amarró el cinturón y lo enfrentó.

—¿Qué haces aquí? —preguntó asustada—. ¿Le pasó algo a Brandon?

Ryan chasqueó los dientes y negó con la cabeza mientras se acercaba a ella.

—No, hasta el momento no le ha pasado nada, creo.

Eva dio dos pasos atrás y cayó sentada en la cama, se levantó como un resorte.

—Vete, Brandon puede llegar en cualquier momento.

—Eso es lo que espero, querida.

—¡No entiendo! ¡Yo me largo de aquí!

Eva caminó hasta donde estaba su ropa, pero Ryan la tomó del brazo y la tiró en la cama. Eva se asustó más, poco quedaba del hombre comedido y civilizado que había compartido con ella en semanas anteriores.

—Estoy seguro de que tu brillante cabeza ya empezó a hacer clic respecto

a lo que ocurre. No es nada personal. Como te dije una vez, todo es por el jodido dinero y el poder que conlleva. No debiste meterte con Brandon King. Hubieras seguido tu patética vida sin cruzarte en su camino y no me vería obligado a hacer esto.

Eva le destinó una mirada de hielo, estaba asustada, pero antes muerta que manifestarlo.

—Brandon te va a matar.

Él sonrió burlón.

—¡Oh, sí! Correrá sangre, pero que me mate, no lo creo, así seamos enemigos, hay un código de honor en no dejar que una vida acabe por culpa de una puta.

Sintió el cuerpo pesado, de pronto se le dificultó ponerse de pie.

—¡No soy ninguna puta! Brandon se dará cuenta de que esto es una trampa.

—No creo, esto apenas es una pequeña parte de todo lo que hemos preparado, pero Brandon es tan posesivo y celoso contigo, que no necesitaremos mucho más.

Eva trató de incorporarse, pero las piernas se negaron a obedecerla.

—¡Eres un maldito hijo de puta! ¡Me drogaste!

—Tienes razón, pero no te preocupes, es un calmante suave, no queremos arruinar el efecto.

Eva, asustada por el intercambio y la manera en que el hombre la jaló del cinturón de la bata, que aflojó de mala manera, trató de incorporarse sin lograrlo. Sus sentidos estaban atentos, pero la droga utilizada por Ryan le impedía moverse libremente, sentía el cuerpo pesado como si una losa de cemento invisible la aprisionara. Se le aguaron los ojos.

—¡Por favor! Déjame ir.

—No puedo, preciosa, pero te prometo que en unos minutos habrá acabado todo. —Ryan la miró con un atisbo de lástima—. En serio. Eres una mujer muy hermosa y en otras circunstancias me divertiría contigo hasta el final, pero me gustan bien dispuestas. Además, me caes bien.

Brandon llegaría en cualquier momento y ella se moriría. Él no le creería nada de lo que tuviera que decirle, el ambiente sórdido de la habitación hablaba por sí solo. Poco a poco su corazón se fragmentaba en pedazos. Ryan estaba nervioso, no se atrevía a tocarla.

—Lo siento. De veras.

—Si lo sientes, no lo hagas, por favor.

El móvil de Ryan vibró en su bolsillo, leyó el mensaje con una sonrisa de

satisfacción. Se soltó los botones de la camisa, se acomodó a su lado y le acarició el contorno del cuerpo. Eva quiso morir en ese mismo instante.

—No es personal, querida. En menos de cinco minutos sentirás de nuevo las extremidades.

Un estruendo se escuchó en la puerta de entrada y Eva vio cómo Brandon entraba a la habitación y miraba con gesto incrédulo el modo en que Ryan la tocaba.

—¡Eva! —gritó en un tono de voz tan desgarrado que ella ni siquiera fue capaz de emitir un sonido—. ¿Qué coños pasa? —Se acercó y separó a Ryan de mala manera—. ¡Maldito hijo de puta!

Le dio un puñetazo en pleno rostro y se acercó a la cama. Levantó a Eva por los hombros y la zarandó.

—¡Yo confiaba en ti, maldita sea, confiaba en ti!

Ryan se acercó por detrás y lo separó. Se enzarzaron los dos en una pelea donde los puñetazos iban y venían, tumbaron mesas y lámparas, mientras Eva gritaba y lloraba. Al minuto sintió que podía mover las piernas, se levantó de la cama y un fuerte mareo la alcanzó, se puso la bata con movimientos pesados y se acercó al par de hombres.

—Brandon, por favor, escúchame, esto fue una trampa.

—¡No me toques, zorra! —gritó Brandon desencajado y con el labio inferior reventado por culpa de un puñetazo que recibió de Ryan.

Ryan la empujó con el brazo y siguió enzarzado en la pelea con Brandon.

—¡Eres una maldita rata y voy a matarte! —bramó Brandon y una tanda de golpes envió a Ryan al suelo.

Ryan se levantó con talante furioso y se golpeó el pecho.

—¡Adelante! A ver si tienes las agallas, si eres lo suficientemente hombre para hacerlo, porque con el coño de Eva no pudiste hacer mucho, ¿o no, cariño? Vamos, cuéntale cómo nos hemos divertido.

—¡Es mentira! —gritó Eva—. Tienes que creerme —rogó detrás de él. La situación adquiría visos de pesadilla de terror.

Brandon la empujó encima de la cama. Ella se incorporó de nuevo y trató de acercarse, pero él iba sobre Ryan otra vez, con una mirada que desmentía lo dicho por él de que no sería capaz de matarlo.

—¡Brandon! Por favor, mírame ¡No tengo nada que ver con esto! —insistió ella.

Brandon se dio la vuelta de manera brusca. Eva no lo conocía así de enfurecido y le tuvo miedo al ver cómo sus ojos la miraban con la dureza de

un metal, cómo su pecho subía y bajaba expeliendo el aire por sus fosas nasales. Observó cómo se contuvo de darle a ella el mismo tratamiento que en ese momento le daba a Ryan. Le aferró los brazos con rudeza y la zarandó.

—¿Qué haces vestida como una puta en una habitación de hotel y con mi hermanastro manoseándote?! Tendrás que inventar una buena historia para que te crea.

—¡No es lo que piensas!

Brandon soltó un resoplido.

—Eso dicen todos. Eres una maldita zorra sin corazón.

La soltó y se dio la vuelta, en ese corto lapso de tiempo, Ryan había salido con el rostro golpeado dejándolos solos. Brandon se llevó las manos atrás de la cabeza y cerró los ojos, lo que más deseaba era que la maldita imagen grabada a fuego en sus retinas desapareciera.

—Brandon, mírame, por favor. —Eva lloraba inconsolable, no se atrevía a tocarlo.

Él negó con la cabeza.

—Es muy difícil para mí ver tu rostro en este momento. No quiero volver a verte en lo que me resta de vida. Mantente de alejada de mi casa, de mi empresa y de mi vida, y agradece que desfogue mi ira con ese maldito hijo de puta. —Se quedó callado unos segundos, observando el estropicio y le habló en tono desgarrado—. Por primera vez en años confié en alguien. Me enamoré por primera vez en mi vida y te creí diferente a todo lo que me había rodeado hasta ahora. ¡Qué equivocado estuve!

Eva negó con la cabeza y se acercó a él con las manos en un ruego.

—¡No digas eso! Soy la misma de siempre, todo esto fue orquestado por Ryan y tu madre.

La miró con desesperación enfermiza.

—Ah, ¿entonces tú no salías con Ryan? ¿No tuviste nada que ver con Maurice? — La ira se catapultó sobre el dolor, amparándolo de su miseria. Se acercó de nuevo a ella y la zarandó—. ¿No estuviste reunida hoy con ese maldito? —Eva se quedó muda, la vio palidecer de manera drástica y eso para él fue una admisión de culpa, solo sus hipidos y llanto se escuchaban por la habitación—. ¡Contesta, maldita sea!

—¡No creí que estuviera haciendo algo malo!

—¡Ya lo creo que sí, porque me lo ocultaste todo este tiempo! ¡Lo sabías!

Brandon volvió a soltarla de manera brusca y caminó hasta la puerta.

—¿Cuándo te lo iba a decir? Si siempre actuabas como un energúmeno.

—Esa es una disculpa patética.

—¡No es ninguna disculpa! Soy inocente en todo esto, créeme, entre los dos podremos aclarar lo que en realidad...

Brandon negó con la cabeza.

—Te hubiera dado lo que hubieras querido.

Salió del lugar y de la vida de Eva sin pronunciar una palabra más.

Brandon salió como un loco del hotel y caminó de nuevo hasta la oficina, cruzó calles y sorteó autos sin importar el estupor de la gente al verle el rostro golpeado, los labios partidos y la mirada de demente que asustaba a los transeúntes. Con la respiración agitada, como si fuera a sufrir un ataque de asma, y el alma en carne viva, como si alguien hubiera estrujado su corazón causándole un ahogo terrible, llegó a la empresa y subió en el ascensor hasta la oficina de su madre. Aún incrédulo por todo lo ocurrido, se dijo que a lo mejor estaba en medio de una maldita pesadilla de la que se despertaría para encontrar a Eva acurrucada a su lado. No, la vida no era tan generosa con él. ¿Así de ciego había estado? Eva era la primera mujer que le había visto la cara de estúpido. Nada lo había sorprendido tanto como lo visto esa tarde en la habitación de ese hotel. No se reconocía en esa bestia furiosa que sin contemplaciones pudo haber matado a alguno de esos dos. No valía la pena ensuciarse las manos por culpa de ella, pero en ese momento sentía que se le acababa la vida, que se le congelaba la razón, se sentía caer en un abismo profundo y oscuro con astillas que lo desgarraban a su paso.

Entró a la oficina de su madre, que se levantó de la silla con talante sorprendido y preocupado.

—¿Brandon? ¿Qué te pasó?...

Él la apaciguó con un gesto de ambas manos.

—No te molestes, no te levantes.

Se acercó al escritorio y puso ambas manos en la superficie de la mesa.

—Necesitas que alguien vea esas heridas, por Dios, Brandon, dime qué pasó.

—Tengo el presentimiento de que sabes de dónde vengo —señaló con tono de voz estrangulado. Una ligera sombra de culpa pasó por la expresión de Anne, pero se volatilizó en un santiamén—. No quiero volver a ver a Ryan Winthrop, ni en esta empresa, ni alrededor de mis hermanos y de mí por lo que me resta de vida.

—¿Qué pasó?

Brandon chasqueó los dientes y dio un puñetazo sobre el escritorio.

—Es eso o nos pierdes enseguida y mando todo al infierno. Venderemos todo y Joyerías Diamond desaparecerá del panorama en un momento, no dudes de que mis hermanos me seguirán a donde vaya y harán lo que yo les diga — afirmó enfurecido. Sentía que el cuerpo como una gelatina, las piernas le temblaban.

—No entiendo nada, Brandon, hijo, cálmate, por favor y cuéntame qué sucedió.

—No te voy a dar los sórdidos detalles. Te vas a ir de la presidencia en seis meses, luego harás con tu vida lo que se te antoje, pero yo tomo el control de las joyerías en ese plazo.

Él no iba a ser el único perdedor de esa jornada. ¡Qué se jodieran! Él había perdido a Eva, Anne y Ryan perderían mucho más.

—Hijo, te falta experiencia. Ocuparás la presidencia, pero a su debido tiempo, aún eres muy joven.

Brandon la miró implacable.

—¿Lo tomas o lo dejas?

La mujer se quedó en silencio unos segundos, sabía que ese día había llevado a Brandon al límite y no podía darse el lujo de estirar la cuerda un poco más. No se arriesgaría. Asintió en silencio. Brandon no dijo más, cuando puso la mano en el pomo de la puerta para salir de la estancia, la mujer dijo en tono de voz bajo:

—Lo siento, mucho.

Brandon se quedó quieto, mientras pensaba en cómo diablos haría para tapar las grietas de ese amor tan profundo, si ya en sus huesos empezaba a calar el hielo de su ausencia.

—Yo despediré a Elizabeth, no podría confiar en ella después de verla reunida con Maurice. No quiero que nadie sepa lo ocurrido con Eva hoy, ni mis hermanos, ni Parker. Si escucho el más mínimo comentario de que Ryan o tú abrieron la boca, y créeme, me enteraré, ya sabes lo que ocurrirá, soy un hombre de palabra. El nombre de Eva James desaparecerá como si nunca la hubiéramos conocido. ¿Está claro?

—Se hará como digas.

En la noche, salió rumbo a la mansión King, pero no estacionó frente a la gran casa, sino en la casita aledaña. La puerta se abrió antes de que él tocara el timbre. La señorita Selma observó con estupor el rostro golpeado de

Brandon. Sin decirle una sola palabra, lo llevó hasta la pequeña cocina, llenó un recipiente con agua y hielo y le hizo hundir el rostro en el agua, le hizo repetir la labor por varios minutos, hasta que Brandon sintió la cara entumecida. Ojalá, pensó, hubiera podido entumecer también el dolor en el alma.

La mujer le pasó una toalla y Brandon se secó el rostro, ella le arrebató la prenda y le secó la cara con suavidad. Le limpió las heridas y le echó un ungüento. La señorita Selma tarareaba una canción mientras lo curaba y a Brandon se le aguaron los ojos. Ella y sus hermanos eran lo único seguro que tenía en la vida. Le tomó la palma de la mano, se la besó y luego se desató en un amargo llanto.

Impotente, Eva observó a Brandon salir de su vida y con él llevarse un pedazo de su alma. No le importó lo afectado del pensamiento, las penas de amor eran así, cursis y vergonzosas. Soltó un lamento profundo y lloró desconsolada durante un buen rato. Espero impotente durante media hora, deseando, suplicando que Brandon regresara y la escuchara, la tomara en sus brazos y le dijera que todo había sido un mal sueño. No supo cómo logró cambiarse y salir de la habitación, desorientada y confusa, trató de calmarse hasta salir del hotel. Al llegar a la calle pensó que se desmoronaría, una brisa helada caló sus huesos, ¿dónde estaba la primavera ese año?

Un botones, al verla en ese estado, le preguntó si se encontraba bien y Eva le susurró que la ayudara a parar un taxi. Ya dentro del vehículo, su primer impulso fue el de dar la dirección del piso de Brandon. Soltó un sollozo fuerte, ya no volvería a ese lugar que había considerado su casa nunca más. Por lo poco que conocía a Brandon, sabía que era implacable; todo había terminado y ahí estaba ella pasando el trago amargo de ser la culpable sin serlo. Le dio la dirección del dormitorio de la universidad a un perplejo chofer que le pasó una caja de pañuelos desechables. Sentía como si alguien hubiera rastrillado el músculo de su corazón, podría jurar que su alma estaba partida en pedazos y que el hombre que había salido de su vida se había llevado una gran parte con él. A Eva le dolió su frialdad, esa que había vislumbrado en contadas ocasiones y de la que nunca pensó ser depositaria. Le parecía increíble que Brandon ni siquiera la hubiera escuchado. También estaba furiosa consigo misma por no haber visto más allá de lo que mostraban los hechos ocurridos. Ella, que se consideraba medianamente inteligente, había actuado como una completa tonta, obnubilada por el entorno, no había

visto las señales de que la estaban llevando directo a una trampa.

En cuanto entró en la habitación, Janeth alzó la mirada del computador.

—¿Qué diablos?... —Se levantó de la cama al ver que Eva se quedaba al lado de la puerta que acababa de cerrar, dejaba el bolso tirado en el suelo y rompía a llorar con un desconsuelo que le puso a la chica la piel de gallina.

No le habló por largos minutos, Janeth se limitó a llevarla hasta la cama, donde se sentaron y Eva se abrazó a ella como si su amiga fuera el salvavidas que necesitaba para no ahogarse entre tanta pena, injusticia y dolor.

—Me estás asustando.

Eva levantó la mirada de ojos hinchados y le dijo:

—Te vas a asustar más cuando te lo cuente.

—Shh, deja, deja —la consoló Janeth acariciándole la cabeza mientras escuchaba que el llanto de Eva arreciaba—. Cálmate primero, ya habrá tiempo de hablar.

A los pocos minutos, la dejó en la cama y fue hasta la pequeña nevera que tenían en la salita y sacó un botellín de agua que destapó y la obligó a tragar unos sorbos. Eva se sintió mareada y no alcanzó a llegar hasta la puerta del baño, cuando una fuerte arcada hizo su aparición.

—¿Estás...?

CAPÍTULO 22

Para Eva fue difícil contarle a Dominic lo ocurrido con Brandon cinco años atrás. No le dijo todo, se guardó los detalles sórdidos y lo más importante, pero sabía que su compañero se merecía una explicación después de la reunión de hacía unas horas en Joyerías Diamond. Más que molesto, lo notaba decepcionado. Balanceaba el vaso de licor de una mano a otra.

—No debiste aceptar esta comisión, claramente hay un conflicto de intereses —adujo el hombre, sentado en la salita de la suite del hotel donde se hospedaba Eva.

Ella se había cambiado a un chándal y una camiseta, y con las piernas recogidas sobre la silla enfrentaba la diatriba de su amigo.

—Lo sé y tienes razón en recriminarme. No debí dejar que un asunto tan personal interfiriera en la negociación, pero la verdad, no creí que a Brandon le importara —dijo ella con vehemencia—. Además, recuerda la presión que ejercieron en Nueva York para hacerme trabajar en este proyecto.

—Lo sé y por eso no puedo estar muy furioso. Si ocurrió todo cómo me lo contaste, eres una ingenua, un hombre no olvida esa afrenta.

—¿Vas a hablar con Presidencia?

Él soltó una sonrisa triste, dejó de mirarla y su rostro era impassible, pero la desaprobación era tan obvia como el olor de su colonia flotando en el aire.

—No estamos en la escuela, Eva. ¿De qué me serviría hacerlo? Si hubieras sido franca con nuestro jefe, no estarías aquí, estoy seguro, lo que me hace preguntarme si no deseabas tú también esta confrontación, pero no te voy a juzgar, eso quedará entre tu conciencia y tú. Además, no soy tan cabrón como King. —Soltó un largo suspiro y tomó un largo trago—. Él sí te va a hacer la vida imposible después de todo lo que me has contado, tendrás que darle lo que pide si queremos salvar el contrato. Ese hijo de puta te buscará las cosquillas y te volverá loca antes de terminar la jodida semana y ni siquiera eso nos garantizará que acepte trabajar con nosotros. Conozco a los de su tipo.

—No conoces a Brandon King.

—¿Y tú sí? Conociste al joven universitario, ese hombre que nos enfrentó

hoy, estoy seguro de que no tiene ya mucho que ver con el que tú conociste. Es un hombre muy cabreado.

—Ha cambiado, eso te lo concedo, pero tenemos un buen trato, es un hombre listo y su empresa nos necesita.

—Y también es un hueso duro de pelar, que no se te olvide —agregó Dominic y dejó el vaso en la mesa, pensando en el nuevo rumbo que tomaban los acontecimientos—. En fin, hay algo que no me cala y es lo que más me preocupa, ¿por qué te quiere a su lado esa semana? Los dueños de las empresas saben muy bien cuál es su lugar. Es raro que deseen descender del Olimpo para trabajar con simples mortales y simplemente toman la decisión de decir sí o no a las diferentes propuestas que les presentan sus gerentes de departamento o su equipo de trabajo.

—Brandon sacó a flote Joyerías Diamond de una situación muy delicada, me imagino que no querrá ningún hilo suelto con miras a la expansión.

Por lo que Eva había investigado, Brandon manejaba su empresa como un capitán que se paseaba por la cubierta de un barco dispuesto a zarpar. Hasta que no tuviera la oportunidad de ondear la bandera con la calavera y las tibias, no saldría a la palestra su verdadera naturaleza. Era un hombre que iba tras lo que quería con decisión y astucia.

—Lo defiendes, ¿aún sientes algo por él?

—¡No lo estoy defendiendo! —enfaticó rápidamente—. Ni más faltaba, simplemente doy por hecho lo que se sabe de él.

—Si tú lo dices. —Dominic se levantó de la silla poco convencido y con semblante preocupado—. Tienes que poner los intereses de la empresa en primer lugar y tendrás una semana para hacerlo, pero también quiero que tengas cuidado.

Eva estaba segura de que podría mantener la máscara en su rostro sin problema. Brandon nunca podría enterarse de lo sucedido después de que terminaran, el miedo, la desolación, la desesperanza. No, ella era una mujer orgullosa. Y así en el fondo lo único que quisiera fuera lastimarlo, al menos para su orgullo había sido satisfactorio constatar su resentimiento, porque eso quería decir que no la había olvidado; así estuviera comprometido con la pécora de Cassandra, ella había ocupado un lugar importante en su corazón y en su vida, su comportamiento lo evidenciaba.

—Lo tendré, me siento responsable de lo ocurrido y en mi mano está el solucionarlo.

—Eso esperamos, yo me encargaré de John y de Kim.

—Está bien.

Eva se quedó con la vista fija al frente. Después de años de alardear ante ella misma asegurándose que todo estaba superado y olvidado, la vida la devolvía a su lugar. Durante toda la charla con Dominic no había podido quitarse a Brandon de la cabeza. Pero no lo ocurrido en su oficina, no, Por su mente había pasado, como en una jodida película, su historia anterior a los problemas, la de antes de que el demonio, el destino o quién diablos fuera viniera a joderles la vida. La ruptura fue horrible, porque ninguno de los dos la vio venir. Ocurrió cuando bailaban en la cima de la felicidad, y algo así estropeaba el camino de la vida. Eva se imaginó que era como cuando ocurría una tragedia, un terremoto, un huracán o Dios sabe qué tipo de desdicha, y todo lo que se conoce y de lo que se tiene certeza desaparece de golpe. Así les ocurrió a ellos.

No tenía miedo de enfrentarlo esa semana, temía a sus sentimientos, a la cercanía y al profundo resentimiento que a ella también la habitaba. Un par de años de terapia fueron necesarios para volver a ver el mundo con un prisma de colores. Los hombres que compartieron su vida esos años le recriminaban el que ella anduviera por la existencia como en una burbuja, y así se sentía, vivía en una esfera tangible para protegerse de alguna acometida. Pero ese día al enfrentarlo sintió esa burbuja desvanecerse y no le gustó la sensación, porque no se podía permitir ser vulnerable de nuevo. Sabía lo que ocurría cuando eso pasaba. Años de dolor aún hervían en su pecho.

—Jódete, Brandon King.

Brandon, sentado a su escritorio, en mangas de camisa y con las piernas subidas en la superficie del mueble, saboreaba un whisky mientras miraba a lo lejos, por los ventanales, las luces de la ciudad.

—¿Por qué mierda estás a oscuras? —Nathan entró y encendió una de las lámparas cercanas al escritorio. Brandon lo miró sin decirle una sola palabra y bebió el contenido del vaso de golpe—. Gracias, eres muy amable, yo también necesito uno de estos —dijo sin más ante el mutismo de su hermano.

Se dirigió al mueble y se sirvió una bebida de lo mismo que suponía tomaba Brandon, sacó la botella, le sirvió a él otro trago y dejó el licor en la superficie del escritorio.

Brandon volvió a aferrar el vaso y lo escrutó con el ceño fruncido. Había pedido a su secretaria que nadie lo molestara.

—¿Qué diablos haces aquí?

Nathan se encogió de hombros, se acomodó en una de las sillas frente al escritorio de su hermano y, al igual que este, montó los pies sobre la superficie abarrotada de papeles.

—Trabajo aquí, según recuerdo. —Observó a Brandon tomar otro sorbo de licor y seguir mirando el panorama de edificios iluminados—. Tengo el informe que el par de becarios de Northwestern hicieron durante dos semanas. Pobres diablos, puedo jurar que no durmieron, pero me gustaron algunas de las conclusiones.

—Ilumíname —dijo Brandon con voz apagada.

—El oro sigue reinando. El sesenta y cinco por ciento de las compras corresponde a artículos de joyería de oro, el veinticinco por ciento corresponde a joyas en plata y un diez por ciento está referido a manufactura de piedras preciosas o semipreciosas.

—Ese diez por ciento es sobre el que hay que trabajar y más con la apertura del taller de tasaje y talla de diamantes —manifestó Brandon.

Siguieron hablando de mercadeo y finanzas, confiaba en que Nathan captara su estado de ánimo y no le hiciera preguntas personales que no deseaba responder.

—¿Estás bien?

No iba a tener tanta suerte, se dijo Brandon, rodando los ojos.

—Perfectamente.

—No parece estarlo —observó Nathan, con evidente curiosidad por conocer el resultado de la reunión con Eva que, por lo visto, lo había alterado.

—Estoy bien —Levantó el vaso en un brindis imaginario y se lo bebió de golpe—. Es raro que no tengas algo más importante que hacer que preocuparte por mi bienestar —señaló con algo de sarcasmo—. Siempre estás en algún compromiso, nunca te pillo a esta hora.

En el tono de Brandon no había reproche. Nathan era uno de los hombres más inteligentes que conocía, dueño de un carisma inigualable, manejaba las relaciones públicas, la publicidad y el marketing de las joyerías. Cualquiera persona que no conociera esa parte del negocio podría tomar a Nathan por alguien amante de la buena vida y superficial, pero detrás de su encanto y su despreocupación, se escondía un gran talento y eso su hermano mayor lo sabía.

Nathan sonrió sin ningún tipo de pudor o vergüenza y decidió meter el dedo en la llaga.

—¿Tiene algo que ver Eva James con que estés aquí encerrado en la

oscuridad como vampiro mirando lejos y pensando en su próxima víctima?

Pregunta equivocada. Sobre todo, después de la reunión de hacía unas horas, pero sabía que Nathan no lo dejaría en paz, su naturaleza se lo impediría.

—¡No! —reaccionó exaltado—. Eva James no tiene ningún poder sobre mí.

Nathan levantó una ceja y le obsequió una mirada perspicaz.

—Está bien. Tampoco es para que te exaltes.

—No estoy exaltado.

—¿Sabe Cassandra de esta visita?

—No lo hemos hablado —aseveró en tono de voz bajo y molesto.

—Es una mujer preciosa y segura de sí misma, no creo que...

—¡Es una pécora! —rugió Brandon.

—Estoy hablando de Cassandra —se burló Nathan antes de darle otro sorbo a la bebida.

Brandon dio la vuelta, sus pies cayeron al suelo ocasionando un sonido sordo.

—¡No estoy para bromas! —exclamó furioso.

Se levantó de manera brusca, se desanudó la corbata y caminó hasta la ventana.

—Ya veo.

—Creo que acabo de cometer una estupidez. Le pedí a Eva que trabajara conmigo durante una semana.

Nathan frunció el ceño.

—¿Por qué hiciste eso?

Brandon se masajeó el cabello con brusquedad y soltó una carcajada carente de humor.

—No tengo ni puta idea de por qué lo hice.

Brandon huía de los rollos sentimentales por naturaleza, por lo que no entendía aún su reacción. Se consideraba un hombre razonable, habían pasado cinco años. ¿Quién coño no supera a una mujer en cinco jodidos años?

Nathan se levantó de la silla y se puso a su lado. A lo lejos se observaban las luces de los autos rumbo a su destino.

—Ten cuidado, Brandon, demoraste mucho tiempo en superarlo o por lo menos lo aparentaste, pero nunca volviste a ser el mismo. Si estás buscando algún tipo de revancha, no es el momento.

Nathan se veía mortalmente serio, aunque le hacía algo de gracia su

hermano. Brandon era muy protector con Mathew y con él, siempre al pendiente de sus cosas, de charlar, de compartir juegos y salidas; a pesar de su semblante serio, si tenía que ponerse al nivel de bromas de sus hermanos, lo hacía. Una vez con un par de tragos encima les había manifestado —solo esa vez y nunca volvió a repetirlo—, que no quería en ellos, las personas que más amaba en el mundo, esa sensación de desolación y abandono que lo rodeaba desde su niñez. Nathan cada tanto bromeaba al respecto.

Brandon observó a su hermano de reajo y se preocupó, muy mal debía estarlo viendo Nathan si le está hablando como él les hablaría a ellos en circunstancias parecidas.

—Lo sé.

Cinco años repitiéndose que la había olvidado y funcionó, tenía una vida, tenía una novia; pero cuando Eva James estuvo frente a él, fue como si el jodido tiempo no hubiera pasado y recordó todo lo que había perdido. Eva James era una maldita pesadilla —caviló Brandon, olvidando la presencia de su hermano a su lado—, era su sueño y su oscura fantasía. Su manera de hablar, de moverse, de enfrentarlo, Dios mío, lo había envuelto como telaraña, no debía olvidar que era peligrosa, ponzoñosa. Algo golpeó su pecho en cuanto volvió a ver el color de sus ojos, pero al escucharla, sus palabras se mezclaban con el recuerdo de sus jadeos y sus susurros al oído, que llegó a necesitar como un jodido adicto. Precisaba olvidar el día de mierda que había tenido, olvidarla a ella y la tamaña estupidez que acababa de cometer, necesitaba perderse en el dulce cuerpo de Cassandra.

—Entonces deshaz el arreglo, no necesitas a Eva James dando vueltas a tu alrededor, tienes una buena vida, una novia hermosa, no lo jodas por andar pensando con la polla. Estoy seguro de que habrá otras empresas en el sector con idénticas credenciales.

—Necesito saber si es confiable.

Y también verla humillada, de rodillas, sus estilizadas piernas alrededor de sus caderas... Se separó de la ventana, ¿qué estupidez estaba pensando? El encuentro lo había agitado todo. El saber que ella aún lo afectaba de alguna manera lo enfureció.

—Por otro lado, es bueno que explores lo que sucede ahí y ya sabes, que lo superes. En plan buen rollo... En otras circunstancias, ni se me pasaría por la cabeza hablar de estas mierdas, pero eres mi hermano y hay mucho en juego.

Brandon lo miró confuso.

—¿Qué mierdas te pasa? ¡Cualquiera que nos oiga pensará que somos un par de maricones!

—O que deberías conectar con tu parte femenina.

—Femenina un cuerno. —Caminó hacia el escritorio, abrió un cajón y sacó un estuche de color azul oscuro—. La única parte femenina con la que quiero conectar, me está esperando en su casa.

—¿Estás seguro de que es el momento? —preguntó Nathan al ver la caja.

—Lleva su tiempo ahí guardado, ya es hora.

Nathan frunció el ceño.

—¿No te has preguntado por qué has demorado tanto en dar el paso?

—No, no lo he hecho.

—Ojalá Eva no tenga que ver con esta decisión.

Brandon tomó la chaqueta del vestido que estaba en el espaldar de la silla y soltó una maldición mientras se la acomodaba. Le hizo un gesto a su hermano con el dedo medio.

Salió sin despedirse.

CAPÍTULO 23

Brandon llegó esa noche al departamento de Cassandra con la urgencia de prometerle amor eterno, de que ella lo cobijara en su pecho y nunca lo dejara salir de su cama, de perderse entre sus brazos y que con su cuerpo y caricias le hiciera olvidar la difícil jornada que había tenido y a quién había enfrentado. No sabía cómo iba a reaccionar su novia cuando supiera que Eva estaría con él esa semana, pero entonces recordó que Cassandra volaría al día siguiente a una feria de joyas en Hong-Kong y su conciencia le preguntó al oído si no habría hecho adrede el trato con Eva sabiendo que su novia no estaría en el panorama esos días. No le gustó su propia respuesta.

—Amor —le indicó Cassandra desde la habitación—, abre la botella de vino que está sobre el mesón, ya pedí sushi.

Brandon no tenía ganas de sushi, ni de vino, ni de charla. Se recostó en la jamba de la puerta de entrada y se quedó observando a la chica que iba de un lado a otro con toda clase de prendas. Llevaba un pantalón corto y una camiseta sin mangas, el cabello recogido en una cola de caballo. Se veía placida y elegante. Su corazón no se desbocó al verla, ni pensamientos lujuriosos lo asaltaron en cuanto vio sus esbeltas piernas desnudas, había leído en alguna parte que ciertas culturas tenían la premisa de que, si se sentía lo que él sintió ese día al ver a Eva, había que salir corriendo escaldado, porque una atracción así solo traería problemas y no era el inicio de algo duradero. Lo mejor era entrar en una relación sin expectativas ni esperanzas. Los dos años que llevaban como pareja los habían vivido de manera cómoda y previsible y, por ende, ajena a las sorpresas y los altibajos, podía confiar en que nada lo sorprendería, en que llevaría una vida tranquila. Tocó el estuche donde reposaba el anillo de compromiso.

—Cásate conmigo —soltó de pronto, sacando el estuche de su bolsillo.

Cassandra volteó la cabeza con celeridad y la prenda que llevaba en las manos rodó hacia el suelo. Lo miró confusa por unos instantes, pero luego una sonrisa descolló en su semblante al ver la caja con el anillo que Brandon le ofrecía. No importaba que la pedida de mano no fuera como lo había soñado

durante tantos años: en un lujoso restaurante, con los padres de ambos y ella vestida de manera formal. Se negó a sentirse desencantada, ese anillo era el culmen de años de espera, años de sueños, de planes, pero también de juegos sucios y mentiras. No había sido fácil sostener la fachada de amiga sincera y desinteresada mientras Brandon digería la traición de Eva, no había sido fácil verlo pasar de una mujer a otra para sepultar una pena de la que se sabía en parte responsable. Pero, ahora, el diamante que brillaba en esa caja y que iba con el hombre que se lo brindaba era su premio y nada más le importó.

Se acercó a él y lo abrazó, mientras su mente trabajaba a toda velocidad. Hablaría con Gina Davis, la periodista de Sociedad del *Chicago Sun Times*, y le daría la noticia, la quería en los medios en menos de dos semanas. En cuanto volviera del viaje pagaría por un reportaje mucho más amplio, con fotos de ellos dos a toda página en el departamento de Brandon; pero mientras tanto se conformaría con una sencilla nota que debería salir en la semana de su vuelta al país.

Extendió la mano y miró de nuevo el anillo.

—Sí, sí —dijo en su pecho.

Brandon le puso el anillo y le dio un largo beso que se desbocó en segundos. Terminaron en la cama, los gemidos se extendieron por todo el cuarto. Brandon llegó a una liberación explosiva, pensando en la boca de Eva, en el contorno de su cuerpo, en el brillo insondable de sus ojos y se sintió más miserable que nunca.

Al día siguiente, Eva se presentó en la oficina de Brandon a primera hora de la mañana. Para esa jornada había escogido un vestido sastre azul petróleo, blusa blanca de seda y zapatos de tacón de color negro. Llevaba el cabello en un sencillo recogido a la nuca, se había maquillado de forma discreta y el aroma de su perfume de siempre revoloteaba alrededor. Estaba muy nerviosa, pero lo disimularía, no podía mostrarse vulnerable delante de nadie y mucho menos del mayor de los King, o él saltaría a su yugular enseguida.

Se presentó con la secretaria de Presidencia, una amable y elegante mujer que rondaba los cuarenta años, y que la invitó a tomar asiento y le ofreció algo de beber, que ella declinó. Lo primero que le pediría a Brandon para poder trabajar junto a él era que le aclarase esas acusaciones indirectas que le había soltado sobre algo que ella supuestamente hizo años atrás y que, estaba segura, tenía relación con lo ocurrido en aquella maldita habitación de hotel. Sin aclararlo, no podría aportar algo de valor a la empresa, porque era consciente

de que, de existir alguna sombra de duda sobre su integridad y ética laboral, estaría perdiendo el tiempo; entonces Brandon no se beneficiaría de sus conocimientos y la empresa de consultoría se vería en serias dificultades. Era imperativo lograr el contrato con Joyerías Diamond.

Observó el cielo azul a través de la ventana y volvió a sus caóticos pensamientos: no tenía idea de cómo la recibiría Brandon esa mañana, a lo mejor la sensatez lo haría tratarla como la profesional que era. Ella apenas había podido dormir la noche anterior, el encuentro la había puesto sobre la cuerda floja y tenía miedo de caerse, porque estaba segura de que no habría una malla de contención que la protegiera de un fuerte golpe.

Llevaba mucho tiempo trabajando en el perdón. Al año y medio de ocurrido todo, se dijo que si no lo soltaba, no podría avanzar en la vida. No había sido fácil, pero lo había intentado, no por ellos, sino por ella misma. Sin embargo, el día anterior, al volver a ver a Brandon y estar en el mismo entorno que le había hecho tanto daño, el rencor y el resentimiento se hicieron patentes, se sintió estafada, percibió que había perdido el tiempo en terapias, talleres de perdón y reconciliación: seguía estando enojada, años de dolor bullían en su pecho, años de soledad, de abandono. Brandon la había traicionado al no querer escucharla, al no creer en ella, y eso fue algo que a duras penas pudo soportar. Se había hecho el propósito de mirar lo ocurrido desde una óptica objetiva, al fin y al cabo, había una parte de la historia de la que Brandon no tenía idea y ella no podía culparlo por eso. Ellos pertenecían a mundos distintos sin nada en común, tarde o temprano el romance hubiera fracasado.

Esa mañana se había levantado temprano a meditar. Trataba de encontrar su punto de equilibrio, era una actividad que había aprendido durante un duro bache depresivo un par de años atrás. No quería que nada la perturbara durante la jornada. Lograr la consultoría era lo más importante, debía recordar que no solo luchaba por ella. Observó su reloj. Los minutos transcurrían sin que Brandon la hiciera pasar a la oficina, conjeturó que estaría en alguna reunión temprana. Le parecía raro que Cassandra no hubiera hecho notar su presencia, y más sabiendo que ella iba a trabajar a su lado durante una semana.

Brandon miraba el reloj de su escritorio, regalo de Cassandra, como si el transcurrir del tiempo lo preparara para el dictamen de una condena. Llevaba veinte minutos sin hacer nada más, su mirada iba del reloj a la pintura abstracta de la pared frente a él. Estaba furioso, se estaba escondiendo como

un jodido cobarde y tenía mucho trabajo que hacer. Estaba arrepentido de las dos decisiones cruciales que en medio de sentimientos encontrados había tomado el día anterior. Nunca en su vida profesional, y muy pocas veces en la personal, se dejaba llevar por impulsos emocionales, le gustaba decidir con cabeza fría, siempre, sopesando los pros y los contras, era algo que se había arraigado en él después de hacerse cargo de la empresa. En ese momento se cuestionaba para qué necesitaba a Eva una semana. ¿Para qué? Y luego estaba la propuesta a Cassandra, él quería comprometerse, pero siempre trataba de buscar el momento perfecto que nunca había llegado, esquivaba cada indirecta alusiva al compromiso de su novia y de su madre. No fue sino que Eva, con sus ojos como abismos sin final y sus endiablados labios, apareciera en el panorama, para que él empezara a hacer estupideces. Necesitaba buscar un pretexto para deshacerse de ella. Ya más tranquilo, tomó el intercomunicador.

—Nancy, dile a la señorita James que puede seguir. Tráeme los documentos del departamento jurídico que George envió a primera hora. Gracias.

Brandon sintió un peso en el pecho, como si alguien hubiera estrujado su corazón, cuando Eva caminó hasta él con paso firme y mirada inescrutable. No podía dejar de observar sus piernas, ese bello hueco asentado en la fosa yugular al comienzo del cuello, que era del tamaño de un pulgar, y que él había besado hasta la saciedad. “No la mires más”, rogó para sí, desesperado. Hasta él llegó una bocanada de su maldito perfume, ese mismo aroma que lo ponía a mil cuando estaban juntos y él tenía la potestad de acercarse y olfatear su cuello. Su perfume, que tiempo atrás él había considerado tan suyo como a la propia Eva.

—Buenos días —saludó ella, profesional y distante, en cuanto llegó hasta él.

Brandon se obligó a levantarse de la silla y con un breve saludo y apretón de manos, la invitó a tomar asiento y le pasó una carpeta con una serie de documentos.

—Necesito que leas detenidamente estos documentos y los firmes.

Eva lo miró sorprendida y se dispuso a leer la documentación. Una mujer entró con una bandeja y un par de cafés que dejó en la mesa. Brandon se levantó con su taza en la mano y caminó hasta la ventana. Eva lo miró de reojo. Vestía un traje oscuro de diseñador con una camisa clara, no tenía corbata ese día. El cabello lo llevaba como si se hubiera pasado varias veces las manos sobre él. Observó su perfil mientras sorbía la bebida, su quijada

sombreada, su nariz recta; aun a esa distancia podía ver que estaba en tensión, como esperando algo, lo que hizo que ella se concentrara de nuevo en la lectura del texto. Era una especie de contrato de confidencialidad, los primeros párrafos no tenían nada de especial que ella no hubiera firmado antes, pero al llegar a la segunda hoja las cosas cambiaron de manera drástica. Se sintió ofendida.

—Esta cláusula es excesiva. No es de mi interés que tus diseños acaben en la competencia. Te aclaro que me quedaría sin trabajo.

Brandon se dio la vuelta y le devolvió una sonrisa sarcástica.

—Hace cinco años no te importó.

Eva respiró profundo. Dejó el documento encima del escritorio.

—Señor King.

Brandon dejó la taza en el escritorio y se apoyó en una de sus esquinas, igual que lo hacía en el pasado. La mente de Eva voló al recuerdo de las cosas que habían vivido en esa oficina. Las discusiones, las charlas, el sexo. La decoración había cambiado, pero la mesa seguía siendo la misma. Se ruborizó sin querer.

—Brandon —acentuó él—. Compartimos muchas cosas para que me vengas con tantas formalidades —dijo con intención, como si adivinara lo que le pasaba por su mente.

—Prefiero guardar las distancias —insistió ella, llevándose una mano al lóbulo de la oreja.

Él soltó una risa burlona. Era su pose cuando estaba nerviosa, pocas cosas cambiaban. ¿En qué otra cosa no había cambiado?

—También me llamabas señor King, amén de otras cosas, en nuestros momentos más... acalorados.

Eva cerró los ojos, rogando por un poco de paciencia. Quería abofetearlo hasta hacerlo reaccionar, darle un empujón y devorarle la boca, todo en una misma acción. Se iba a volver loca, no había la más mínima posibilidad de salir indemne de una semana bajo el influjo King. Su rato de meditación no había servido de mucho.

—¡No estoy aquí para esto! —se envaró enseguida—. Tengo derecho a saber por qué me acusas de algo que yo ignoro. No podremos confiar el uno en el otro si no ponemos las cartas sobre la mesa.

—Firma esos papeles. —Brandon señaló la carpeta—. Te aconsejo que esta vez hagas las cosas bien, no toleraré artimañas y traiciones, si atentas contra mi empresa te verás en un lío fenomenal y esta vez no cuentas con

cómplices en este lugar.

Eva sintió como si hubiera recibido una bofetada. Las cosas eran más graves de lo que pensaba. ¿Cómo había sido tan estúpida en esa etapa de su vida?

—¿De qué diablos estás hablando? —preguntó exaltada.

Brandon curvó la boca en una cínica sonrisa y la recorrió con la mirada.

—No te hagas la tonta. Sustrajiste algo mío y con ello atentaste contra la solvencia de la empresa.

Eva se quedó pegada al asiento, mirándolo con incredulidad, con los ojos muy abiertos.

—¡Eso es mentira! —se defendió furiosa—. ¡No puedo creer que me acuses de algo así! ¡Yo no he robado nada en mi vida!

—No lo niegues —insistió Brandon—. Tengo pruebas. Espero que hayas cambiado y que ahora no hagas esas cosas.

Eva nunca había estado tan enfadada en su vida. Temblaba de la rabia. Se levantó de la silla y se plantó frente a él.

Brandon se fijó en su enfado y se dijo que era normal, que la había pillado y que no quería que su actual jefe se enterara.

—¡Vamos a dejar esto en claro inmediatamente! —gritó—. ¿Qué se supone que te robé?

“¡La vida, el alma, tu presencia, nuestras noches, me robaste el corazón y tu amor! ¡Eran míos!”. Quiso gritarle eso y más. “Me sentí morir con tu ausencia, me quemaste por dentro condenándome a una eterna sed que llevo bajo la piel, me desangraste los sentimientos, me jodiste la existencia y tienes que pagarlo de alguna forma”.

En cambio, su voz salió calmada cuando le dijo:

—Robaste los diseños de la colección de joyas que Cassandra iba a presentar en la reunión y los vendiste por treinta mil dólares a Maurice Weisz. Me imagino que en complicidad con Elizabeth, que a su vez le robó a Cassandra el diseño del nuevo logo de las joyerías.

—¡Eso es mentira! ¿Te volviste loco? Si estás buscando algún tipo de revancha por lo que crees que viste, estás...

—¡Sé que fuiste tú! ¿Recuerdas el maldito almuerzo junto a Elizabeth, el día que se destapó todo? —Brandon negó con la cabeza varias veces y siseó furioso—. Confiaba en ti.

—¡No soy ninguna ladrona! Si estás tan convencido, no entiendo qué hago aquí.

—Yo tampoco lo entiendo, la verdad —replicó con mirada brillante.

—¿Por qué me estás aceptando en tu empresa? ¿Por qué no me denunciaste enseguida? Estoy segura de que nunca tuviste la certeza. Tuve un juicio sin oportunidad de defensa —dijo con amargura—. Ya lo demás no te importó. Ustedes los hombres son tan básicos, si me hubieras escuchado al menos, hubiéramos investigado cada hecho, me habrías absuelto de todo, pero eso no estaba en tu naturaleza. Bien, Brandon, creo que merezco defenderme, porque ni tú ni yo sabemos lo que en realidad ocurrió y ambos tenemos la obligación de saberlo. Ya no soy la jovencita que va a evadirlo todo como si nada hubiera ocurrido, tú no tienes idea ni de la mitad. Mi existencia nunca volvió a ser la misma.

—¡Claro! La vida se encarga de pasarnos factura.

—No me refiero a eso, pero no voy a seguir en este tonto debate, necesito saber qué ocurrió.

—¡No me interesa! Como ya te lo dije una vez, el pasado dejémoslo estar. Simplemente te hago una advertencia. ¡Firma!

—Lo siento, no puedo. —Tomó su bolso—. Si no llegamos al fondo de lo ocurrido, no vale la pena el que esté frente a ti un segundo más. Pero te advierto, voy a descubrir lo que pasó con tu ayuda o sin ella.

—Te deseo suerte.

—¡Vete al diablo!

Eva salió de la oficina sin despedirse.

—¡Maldita sea! —bramó Brandon dando un fuerte golpe al escritorio.

Llamó por el intercomunicador a recepción.

CAPÍTULO 24

—Lo siento, señorita James —dijo una joven, preocupada ante el gesto furioso de Eva—. El señor King dijo que olvidó algo en su oficina y que debe volver.

Eva se acercó a la mujer y le dijo en tono bajo, para que nadie más escuchara.

—Dígale a su jefe que puede meterse su encargo por donde mejor le quepa.

“¡Al carajo con todo!”, caviló aún furiosa. Recuperó su carnet de identidad ante la estupefacta empleada y salió del edificio sin saber qué hacer. Caminó por la acera sin ver la gente que iba y venía a un ritmo acelerado, sin escuchar el ruido de los autos y sin un rumbo definido. Debió imaginarlo, debió saber que las cosas no quedarían simplemente en lo que quedaron. Anne King, Ryan Winthrop y Cassandra Elliot habían hecho completa la labor y le habían jodido la vida, no fue suficiente la humillación vivida, tuvieron que enterrarla a los ojos de Brandon, atentando no solo contra su corazón, sino con su ética de trabajo y su dignidad. Y Brandon había caído redondo, tuvo que ser algo hilado de manera muy fina para que se lo hubiera tragado, a lo mejor cuando llegó al hotel, ya las dudas estaban sembradas, y ella ni siquiera había podido volver a hablar con él. Destaparía todo o se dejaría de llamar Eva James, necesitaba una verdadera restitución y reparación, y eso solo podría ocurrir cuando se supiera toda la verdad.

Llegó hasta un parque en medio del distrito financiero, donde varios ejecutivos jóvenes trabajaban al aire libre en sus ordenadores. Era un día primaveral, la vegetación, colorida como arcoíris, impregnaba de belleza el ambiente. Se sentó en una de las sillas que pululaban alrededor, su mente volvió a las palabras de Brandon: treinta mil dólares. ¿Dónde estaba ese dinero? El debió tener una constancia de que ella había recibido esa cantidad. Se quedó unos segundos pensando, necesitaba saber qué más había. Debía haber algún empleado enterado de todo, para crear una telaraña tan tupida no se imaginaba a esos tres trabajando solos, en esos casos siempre había alguien

que se encargaba del trabajo sucio.

Nunca volvió a ver a Elizabeth, a lo mejor había vuelto a Colombia. La contactaría por alguna red social Necesitaba con urgencia las pruebas que tenía Brandon para empezar a esclarecer todo. Se dirigió al hotel, en el camino llamó a Janeth para comentarle que necesitaba aplazar el alquiler del departamento, si el contrato con las joyerías no se daba, que era lo más probable, ella presentaría su renuncia y asumiría la responsabilidad del fracaso, no permitiría que sus colegas se quedaran sin empleo. Un poco más tranquila y con un sendero a seguir, así fuera con pasos de ciego, atravesó las puertas giratorias del hotel para encontrarse cara a cara con Brandon, que la esperaba de pie recostado en una columna, mientras revisaba el móvil.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella de mala manera ignorando el nudo en su estómago y el vuelco en los latidos del corazón.

—Necesitamos hablar —dijo él con semblante serio.

—Si vas a seguir esgrimiendo acusaciones a diestra y siniestra de lo que crees que le hice a tu empresa sin darme la oportunidad de defenderme, no eres bienvenido.

Eva pasó de largo directo a los ascensores. Brandon la tomó del brazo, ella quiso ignorar el calor que el causó ese simple contacto. Se soltó enseguida.

—Vamos —dijo él en tono suave—, te invito a un café.

Eva accedió al ver su talante más calmado. Caminaron en silencio hasta una de las cafeterías del hotel. Al llegar a la mesa, Brandon le abrió la silla, un detalle tan caballeroso que le recordó a la señorita Selma, y quiso preguntarle por ella, pero se contuvo. El mesero se acercó, Eva pidió un té, Brandon un café.

—Me prometí que no sacaría el tema del robo, por lo menos este primer día.

Eva volvió a indignarse.

—No sé cómo tienes el coraje de decírmelo, algo muy difícil de creer al ver los papeles que querías que firmara.

—Aún quiero que los firmes, la semana de trabajo sigue en pie. Si deseas salvar este negocio.

Eva sonrió sarcástica.

—No serías tan tonto de darnos ese contrato si tienes un concepto tan bajo de mí.

Él se quedó en silencio unos segundos.

—Créeme, hay hombres que han hecho cosas más estúpidas.

Lo que tenía a Brandon un poco confundido era la genuina angustia de Eva, nadie podía ser tan buen actor, aunque casos se habían visto, o ya ella estaba de nuevo friéndole los sesos como en el pasado.

—No confío en tus intenciones, Brandon. No sé qué pretendes.

—Ya somos dos.

Ni él mismo sabía. Apenas podía apartar la mirada de ella, estaba seguro de que experimentaba lo que sentía un jodido adicto después de meses en rehabilitación, suavizado ante la vista de un chute de heroína. Imaginarla desnuda, debajo de él, gimiéndole al oído, era el viaje de su vida. Dios, cuando descubrió su traición había estado tan, pero tan enojado, que se había dedicado a follar con cuanta mujer se atravesó en su camino para anestesiar el dolor y volver a sentirse hombre otra vez. Trabajaba como un loco, saturaba su tiempo de actividades para negar su ausencia. No le había servido de mucho, la pena estuvo allí mucho tiempo, como esas heridas profundas sin esperanza de cicatrización que describían esas cutres canciones que hablaban de desengaños. No eran sentimientos generosos los que lo tenían allí sentado frente a ella, estaba la curiosidad, una gran cuota de resentimiento, el deseo de algún tipo de revancha y una profunda atracción que a la vez repelía. Negarlo sería de tontos, y había algo más, no sabía aún lo que era, pero necesitaba de manera desesperada averiguarlo, necesitaba cerrar ese capítulo de su vida y de pronto buscar las respuestas que se había negado a contemplar tiempo atrás. Claro que no sería tan imbécil de hacerlo patente ante ella, ya era muy evidente al estar convenciéndola de trabajar esa semana. ¿Y después qué?

Se sintió tonto, tuvo el impulso de levantarse y salir corriendo sin mirar atrás, pero había algo que lo ataba a esa silla, a esos ojos, a esa boca, era como una energía, un campo magnético que lo atraía a ella, siempre a ella. Necesitaba calmarse, ver las cosas en su justa perspectiva, era una simple mujer, atractiva, era cierto, pero él había tenido a su lado a mujeres mucho más hermosas. Acababa de comprometerse con una belleza, no concebía el por qué no se levantaba, salía corriendo y se olvidaba de todo.

No podía.

Se aclaró la garganta.

—Tus credenciales son impecables, a pesar del poco tiempo que llevas dedicada a esta labor has hecho muy buen trabajo y quiero ver qué tan ciertas son las apreciaciones de las demás empresas con las que has trabajado. Voy a pagar una buena cantidad, es justo que pruebe el percal antes de abrir la bolsa

del dinero.

El mesero llegó con el pedido. Brandon le pasó el azúcar normal, no había olvidado sus gustos. Eva se tomó su tiempo endulzando la bebida mientras su mente trabajaba a millón, podría tener acceso a cierta información si se decidía, pero no lo haría a espaldas de Brandon, necesitaba que él supiera que ella estaba interesada en limpiar su nombre.

—Trabajaré contigo, pero necesito que todo esto se aclare. Ya me preocupa qué información sobre mí, que no es cierta, anda rodando por ahí; si llegara a oídos inadecuados, sería mi fin como profesional. De haberlo sabido cuando ocurrió todo, lo hubiera aclarado en ese mismo momento —apuntó ella con firmeza y decisión, que refutó el temor que la asaltó de pronto de no poder hacerlo. Enarcó las cejas y lo miró con expectación.

—Suenas muy convincente —objetó Brandon—, has perfeccionado tu poder de convencimiento, pero se necesitarán más que palabras bonitas y poses de mujer indignada para hacerme creer en tu verdad. Además, tengo pruebas, no deberías molestarte y más bien sí seguir trabajando de la manera en que lo has hecho después de ese desafortunado incidente.

Eva se negó a desanimarse.

—No lo hago por ti, tú ya tienes tu juicio, lo hago por mí y por mi futuro, ¿estamos?

—Está bien —aceptó poco convencido.

—¿Confrontaste a Maurice Weisz? ¿Pudo pagar de alguna forma por lo que hizo?

Él la miró, furioso.

—Estabas tú de por medio, no quería que terminaras en la cárcel, ni que se desatara un escándalo que no convenía a ninguna de las dos firmas, recuerda que estaba empezando a dirigir el negocio.

—Qué considerado, me abrumba tu buen corazón —dijo con un tinte irónico, que lo molestó aún más—. ¿Debo darte las gracias?

Él le aferró la muñeca.

—No te pases.

Darse cuenta a los pocos días de que, además de lo ocurrido, los diseños de la última colección de joyas habían ido a parar a la competencia, fue otro duro golpe sobre el que había guardado estricto silencio. No quiso profundizar en los hechos por orgullo y para no quedar como imbécil ante sus empleados; aceptar las pruebas que su madre le puso en las narices le fue fácil después de lo ocurrido en el hotel. Ahora se preguntaba si eso había sido una estupidez. A

su favor esgrimía la enorme presión de hacerse cargo de la dirección de la empresa en medio de circunstancias difíciles para la compañía, era el futuro de cientos de empleados el que estaba en juego, no podía dar pasos en falso. Apretó los dientes y siguió adelante. Y a la larga fue el peor semestre para la competencia, nunca supo si porque los diseños no eran tan buenos o por la baja en los mercados.

La siguiente media hora hablaron de la empresa, de la visita que harían a todas las instalaciones al día siguiente y de la reunión con los diferentes jefes de departamento que tendría lugar después de aquella visita. Se despidieron, si no en un ambiente cordial, por lo menos con menos animosidad, o eso le pareció percibir a ella, pero con los King no podía bajar la guardia.

Brandon llegó a la mansión de Lincoln Park con un ramo de flores, como siempre pasó de largo y aparcó cerca de la casa de su *mammy*. Al llegar a la puerta, se peinó con los dedos, se alisó la chaqueta y se miró los zapatos en una serie de gestos reflejos que siempre tuvieron los hermanos antes de comparecer ante la señorita Selma, que no admitía el más mínimo desorden en su aspecto personal. La anciana mujer había empezado a tener lagunas severas año y medio atrás, el alzhéimer le robaba una de las personas más importantes de su vida. Los días buenos empezaban a escasear, la enfermera, encargada de su cuidado, tenía la obligación de llamarlo cuando ella tenía un buen día y sin importar lo que estuviera haciendo, nunca dejaba de visitarla. Nathan hacía lo mismo, y Mathew, cuando estaba en el país.

Una enfermera en bata blanca le abrió la puerta.

—Señor King, buenas tardes.

—Buenas tardes, Julie —respondió Brandon con una sonrisa que hizo ruborizar a la mujer.

La enfermera lo acompañó por un pasillo, atravesaron una puerta vidriada que los llevó a un jardín, donde la señorita Selma, sentada en silla de ruedas, miraba la vegetación florida. Brandon la miró con ternura. Vestía un traje de color claro y un suéter a juego. Se había encogido y adelgazado en poco tiempo, una neumonía casi se la había llevado el invierno anterior. La debilidad le había impedido volver a caminar, como si su mente lo hubiera olvidado por el largo tiempo en cama. Aunque el clima era agradable, Brandon tuvo el impulso de abrigoarla más.

—Hola, mammy.

—¡Hijo! —saludó la anciana con ojos brillantes, pero enseguida frunció el ceño—. Esa camisa está arrugada y no tienes muy buena cara. Te falta un

afeitado y un buen corte. ¿Qué les pasa a los jóvenes de ahora?

Hoy sería un buen día, se dijo Brandon, dándole un beso en la cabeza.

—Mammy, me alegra mucho verte tan bien. —Le entregó las flores.

—Hoy no es mi cumpleaños, estamos en primavera y Dios me trajo a este mundo una fría noche de enero, pero gracias.

—No se necesita que sea tu cumpleaños para regalarte flores.

La mujer tomó las flores y las olfateó.

—Tú siempre has sido muy detallista, gracias, hijo, eres un buen hombre.

“Si supieras lo cabrón que he sido hoy, no pensarías igual, qué no daría por uno de tus coscorrones en estos momentos, mammy”, caviló.

Brandon le entregó las flores a la enfermera. La mujer las tomó y los dejó solos. La señorita Selma lo invitó a que se sentara a su lado.

—Esa joven es muy seria, pero amable, no sé por qué no sonrío más.

La mujer lo miró con detenimiento y luego llevó la mano a su pecho, donde descansó por unos segundos, calibrándole los latidos del corazón, en un ritual establecido entre ellos desde que había ocurrido todo.

—Late diferente. —Lo miró de nuevo a los ojos, nadie lo miraba así, con ese amor del alma tan patente—. Como si algo lo hubiera reparado, el sonido es distinto al de hace unos días.

A su querida mammy no se le escapaba nada de él, así estuviera a un tris de no saber ni cómo se llamaba. Por esa y otras razones, Brandon no se perdía esos momentos de lucidez, así tuviera trabajo que hacer, porque sabía que escasearían con el paso de los meses y los años.

—Ay, mammy —se acercó y le dio otro beso en su cabello gris—. Me hacías mucha falta.

—Pero ¿qué dices? No me he ido, ni me voy para ningún lado.

—Lo sé —Le acarició el dorso de las manos en un gesto destinado a conectar con ella—. Gracias.

—Prométeme que buscarás la felicidad, tu corazón está preparado para encontrarla, vuelve a amarte a ti mismo, te lo he repetido innumerables veces, solo así llegará a ti aquello que te colmará de dicha.

—Soy feliz, mammy.

La anciana lo miró dudando de sus palabras.

—Las heridas no las sanan ni el tiempo, ni el alcohol, ni otros clavos. Las heridas cicatrizan cuando profundizas en ellas y entiendes los motivos.

Brandon se quedó en silencio unos segundos.

—No me gusta lo que siento cuando pienso en ello.

—Si no procuras sanar tus heridas, ellas lastimarán a alguien completamente inocente. No llesves esa carga, hijo. Lo lamentarás por mucho tiempo.

—Pero ¿qué dices, mammy?

—Busca una buena chica, no la estirada con la que te ennoviaste. Una mujer que hace ley de vida obtener el amor de un hombre por encima de lo que sea, no será buena compañía. Esa chica ha estado años detrás de ti desde que era una jovencita.

—Ella no es así.

Quiso decirle que se había comprometido, pero no fue capaz de hacerlo, ella vería muchas más cosas, a lo mejor algo que ni siquiera él había vislumbrado, y no necesitaba más iluminaciones ese día.

La señorita Selma se quedó callada, de pronto le regaló esa expresión que él conocía cuando su mente empezaba a retraerse. Quiso decirle que no lo dejara, que ella era el único bastión de su caótico mundo, pero no sería justo, se limitó a acompañarla mientras atravesaba la puerta al olvido. A lo mejor esa enfermedad era una bendición, tener la capacidad de olvidar todo y volver al recuerdo en contadas ocasiones, hasta que se cerrara definitivamente la puerta y no se recordara de más. Al cabo de unos minutos, la mujer le dijo:

—¿Eres amigo de mis chicos?

—Sí, señora.

—Ellos deben estar en la piscina, ven a la cocina, te daré un pedazo de mi pie de pecanas que está delicioso.

—Será un placer, muchas gracias.

La mujer lo miró de nuevo y Brandon tomó el control de la silla y la llevó por un pasillo hasta la habitación luminosa y decorada con flores. Ya había una mesa con té frío y en el centro la tarta lista para ser servida.

—¿Eres del sur? Estás muy bien educado. Estos yanquis no han aprendido nada.

—Mi madre es de Charleston.

—Igual que la madre mis chicos, pero parece una yanqui, me equivoqué con la educación de ella, pero no se lo digas, porque me quedo sin trabajo. Anda, sírvete, come un buen pedazo.

—Sí, señora, gracias. —Brandon le sirvió a ella un pedazo y luego se sirvió él.

—Mientras haya chicos como tú en este mundo, todo estará bien, alabado sea Dios.

CAPÍTULO 25

Eva tomó ese mismo día rumbo a Evanston. Había recordado el préstamo de la fiducia al negocio de sus padres, que les fue concedido justo en la época en que todo había sucedido, y que ellos empezaron a pagar a finales de ese verano. Un dinero que pareció salir de la nada. Treinta mil dólares. La misma cantidad que había mencionado Brandon. Podía ser una coincidencia, pero era una pista por dónde empezar. Y decidió que no esperaría para comprobarlo.

El tráfico fue fluido y llegó a la pastelería de sus padres a primera hora de la tarde. La apariencia del negocio había cambiado, lo habían remodelado el año anterior, dándole un toque moderno que atraía mucha más clientela. Su madre estaba tras la caja registradora cuando Eva entró, inspirando con placer el olor a pastel de canela y chocolate que se paseaba por el lugar. Tres jóvenes universitarios trabajaban por turnos, el local estaba medianamente lleno. Millicent salió de su puesto tan pronto la vio.

—Hija, qué alegría. —La miró curiosa—. ¿Qué haces aquí entre semana?

Eva la abrazó y después de los saludos, preguntó por su padre.

—Está en la oficina. ¿Ocurre algo?

—No, mamá, nada de lo que debas preocuparte. Tengo que hacerle una consulta.

Eva saludó a Paula, una de las meseras, una jovencita estudiante universitaria de primer año a quien ella conocía, ya que había sido su nana en sus años de adolescencia.

—¿Estás bien, hija? —preguntó Millicent.

Por más que Eva tratara de mostrar una expresión imperturbable, ella sabía lo que sangraba el corazón de su hija y con feroz lealtad, custodiaba sus sentimientos. Y aunque no estaba en su mano, no permitiría que alguien la lastimara nunca más. Eva le regaló un gesto que había perfeccionado a lo largo del tiempo, destinado a tranquilizarla, pero Millicent no se dejaba engañar.

—Estoy perfectamente. Envíame con Paula un café y un pedazo de pastel.

—¿Pasarás por casa? ¿Cenarás con nosotros? Sophie se volverá loca

cuando te vea. ¿Viste el video de su primera clase de ballet?

—Mamá —se tensó Eva—, tendré que volver hoy mismo a Chicago, tengo mucho trabajo, dile que el fin de semana vendré sin falta. Se veía hermosa con su tutú rosa —dijo con un dejo de nostalgia en la voz.

Millicent la miró con algo de reproche.

—Hay cosas más importantes que el trabajo, como el crear lazos, jovencita. Los años pasan muy rápido y te perderás sus momentos más importantes. Ella siente tu ausencia.

“Mamá, hoy no, por favor, hoy no”.

—Mamá, no tienes idea de la presión a la que estoy sometida en este momento, no quiero que Sophie me vea así.

—El alma de los niños es muy especial, a veces su sola presencia tiene la capacidad de sanar cualquier cosa.

Quería ver la alegría regresar a la mirada de Eva, ese brillo que tenía en sus primeros años de universidad, antes de que su camino se viera envuelto en esa nube espesa y oscura de la que tanto esfuerzo le costó salir.

—Lo sé.

Millicent suspiró mientras observaba a su hija con una mezcla de sentimientos encontrados, pero algo en su mirada le dijo que la dejara en paz.

—Ve con tu padre, Paula te llevará el café.

Eva la abrazó.

—Te quiero, mamá y te prometo que en cuanto termine este nuevo proyecto, todo será diferente.

—Yo también te quiero. No te preocupes, hija, sé que todo se arreglará.

Ella le aferró las manos.

—¡Gracias!

Caminó por el pasillo hasta la puerta de la oficina de su padre. El negocio había crecido mucho, habían remodelado el área de la cocina donde ahora laboraban cuatro empleados, contaban también con un auxiliar contable y la constante asesoría de Eva, que junto a sus padres había llevado Pastelería Millicent a otro nivel.

La oficina de su padre era pequeña, con un par de escritorios, un archivador y dos ordenadores. Unas cuantas fotografías de la familia y algún trofeo al mejor pastel o cupcake de la ciudad.

—¡Preciosa! —exclamó su padre en cuanto la vio aparecer. Se retiró las gafas y se levantó para saludarla con idéntica calidez que la de Millicent.

Eva lo abrazó, pero lo atajó antes de que le preguntara que hacía allí en

día laborable.

—Papá, quiero que hablemos del préstamo que te hizo Fiduciarias North Trust.

El hombre la miró extrañado.

—Ese crédito lo terminamos de pagar hace dos meses. ¿A qué se debe ese repentino interés?

Eva había planeado durante el recorrido lo que les diría a sus padres, aunque le molestaba el tener que mentirles, no quería angustiarlos de manera innecesaria.

—Estoy haciendo una investigación para un posible cliente que desea información sobre North Trust, y recordé que fue la financiera que te concedió el crédito. Entonces, si no te molesta, quiero ver qué documentación guardas sobre el tema para asesorarme.

El hombre se levantó y abrió un cajón de un archivador, de dónde sacó un sobre con una serie de papeles.

—Todo está guardado también en la carpeta de ese nombre en el escritorio del ordenador.

—Gracias, papá —contestó Eva, sumergida ya en los diferentes papeles que había esparcido en el escritorio y luego, como si recordara algo, interrumpió su labor y miró a su padre—. ¿Cómo los contactaste?

—No recuerdo muy bien, creo que enviaron una carta, en ella comentaban que habían destinado una parte de su capital a apoyar empresas emergentes, o algo así. Un estilo de banca social, como en los países tercermundistas.

—Está bien, papá.

—¿Verás a Sophie antes de irte?

“¡Dios!”.

—No, papá, tengo mucho que hacer, vendré el fin de semana —afirmó categórica.

Su padre levantó ambas manos.

—¡Está bien! No te pongas a la defensiva. Sabes que aquí puedes quitarte los guantes, estamos de tu parte.

—Lo siento —murmuró Eva apenada por todo, pero no se sentía con fuerzas para lidiar con aquello en ese momento.

—Nadie te está obligando a nada.

Paula entró en ese momento con una bandeja que dejó encima del escritorio.

—Gracias.

—Iré a ver cómo está tu madre.

Se deshizo de sus caóticos pensamientos y se dedicó a tomar fotografías de cada página del contrato y de cada recibo de pago. Copió en una memoria todo lo que encontró sobre el tema en el ordenador.

El atardecer cubría el cielo de varios colores en su recorrido de vuelta a Chicago. Su hipótesis había cobrado fuerza al escuchar de boca de su padre el modo en que el dinero había llegado a ellos. Y ese era el único dinero recibido en esa época que podría estar relacionado con Anne y Ryan, a no ser que hubieran falseado algún documento, pero tenía el presentimiento de que ese ingreso en la cuenta de la pastelería era una de las pruebas que le habían presentado a Brandon.

Un cuento bien urdido, no podía negarlo. Su madre lo habría achacado a alguna bendición del altísimo y su padre, a que por fin el gobierno miraba con algo de simpatía a la gente honesta que solo quería salir adelante. Fueron los candidatos perfectos para tenderles la trampa. Y ella ajena a todo, nunca sospechó, ni ató los cabos. ¿Y si todo hubiera salido mal, y ellos se hubieran visto envueltos en algún escándalo? No se lo hubiera perdonado nunca.

Pero no servía de nada autocondolerse, debía meditar bien acerca de lo que haría. Primero asegurarse y luego solo tendría que demostrarle a Brandon que sus padres habían devuelto cada centavo de ese dinero en los años siguientes, con lo cual la teoría del soborno perdería toda su fuerza.

Cuando llegó al hotel ya era noche cerrada. Se dedicó a organizar la información sobre el crédito, y anotó en su agenda electrónica el nombre de Claire Latham, para entrevistarse con ella al día siguiente.

El descanso se le hizo esquivo, apenas pudo dormir por ratos. En el punto más sombrío de la noche, ese momento donde los pensamientos se profundizan, las nostalgias resurgen y el sentir se cubre con el manto negro y espeso que nos rodea, la conciencia de Eva tuvo la facultad de hacer brillar lo más importante y a la vez teñir de nostalgia los recuerdos. Su crecimiento en medio de la pena no había sido controlable ni progresivo, el dolor la había pulido y forjado con su fuego alquímico, purificando los valles lúgubres y los espacios de su alma cubiertos de pena, brindándole la fortaleza necesaria para revelar su verdadera esencia. Había recuerdos y sentires adheridos a esa nueva esencia que ni siquiera el fuego más voraz podría hacer desaparecer, y esa era la costra con la que enfrentaba al mundo.

Miraba el reloj cada tanto, ansiando que amaneciera.

A la mañana siguiente, después de arreglarse con un vestido estilo *pencil*

de colores negro y vino tinto, manga tres cuartos y a la rodilla, y de aplicarse corrector en cantidades ingentes, estaba lista para empezar la jornada.

Al llegar a Joyerías Diamond, la recepcionista le dijo que Brandon ya la esperaba. Tan pronto la secretaria la anunció, entró en la oficina del mayor de los King, con un nudo en el estómago y rogando a Dios que accediera a sus peticiones.

“Dios, es tan guapo”, caviló tan pronto lo tuvo en su campo de visión. Esa mañana vestía un traje de tres piezas azul oscuro, camisa blanca y corbata gris perla. Lo encontró al teléfono, y sus ojos no se desprendieron de ella, la recorrió de arriba abajo, cualquier duda sobre su atuendo desapareció ante la mirada apreciativa que le lanzó mientras hablaba con alguien de brillos, claridades y quilates. Le hizo una seña para que tomara asiento, pero Eva dejó el abrigo, la cartera y el maletín en una silla y caminó hasta la ventana, dándole un poco de privacidad.

Lo sintió antes de que le hablara. Invadió sus límites invisibles, disminuyendo el grosor de su burbuja a nada, pudo percibir su aliento rozándole la nuca, causándole un placentero y temido estremecimiento que la hizo sentir vulnerable. No podía permitirlo. Tragó con fuerza.

—Tengo algo de información sobre los treinta mil dólares del soborno que crees que recibí. —Se alejó de él y paseó por la estancia. Brandon cruzó los brazos esperando a que ella continuara—. Necesito cotejar tus datos con los míos para dar inicio a mi propia investigación.

—¿Es esto lo que en realidad quieres?

Eva asintió. Brandon redujo la distancia que los separaba.

—¿Y si no logras tu cometido?

—No lo sabré hasta no haberlo intentado. Es mi buen nombre el que está en juego.

—No tuviste el mismo impulso cuando ocurrió todo. —Brandon buscó su mirada, sus ojos la desafiaban, un poco de ira bullía a través de él.

Eva se sulfuró: adiós buenas intenciones.

—Si hubiera tenido alguna idea, créeme que no hubiera dejado las cosas así.

No debería provocarla así, tan pronto volvió ayer a la oficina, estuvo reunido con Mark, su jefe de seguridad y puso en sus manos las pruebas que le había dado su madre sobre Eva. En esa época, Mark trabajaba en la seguridad de las joyerías, poco trato tenía con los dueños, hasta que Brandon fue nombrado presidente de la empresa y lo llamó para trabajar directamente con

él. Recordaba de manera somera a Eva, pero no por qué se había ido de la empresa. Paul Meyer, el jefe de seguridad cuando Anne estuvo en la presidencia, se había ido de la empresa al mismo tiempo que Ryan Winthrop. Fue difícil relatarle todo a Mark, pero empezaba a haber agujeros negros en la historia y necesitaba averiguar la verdad.

—Tenemos un trato y a diferencia de ti, soy un hombre de palabra.

Brandon le ofreció la mano y ella, aprensiva y con expresión desconfiada, le devolvió el gesto. Ignoró el cosquilleo que la invadió.

—Tenemos un trato —susurró mientras tomaba asiento y meditaba sobre qué podría ofrecer para ganarse su apoyo de alguna forma, porque lo necesitaba si quería llegar hasta las últimas consecuencias.

—No creas que me fío de tu palabra, hace años pagué un alto costo, si de aquí al viernes no has encontrado nada, me beneficiaré de tu diagnóstico a mi empresa y te irás sin un maldito dólar.

Ella lo miró con un resentimiento tan profundo que Brandon torció la boca en un gesto.

—Adelante, di lo que piensas.

—No creo —respondió ella con sorna—, tu orgullo saldría muy lastimado.

Sus ojos parpadearon de forma peligrosa, pero su postura era en apariencia tranquila mientras recorría su cuerpo de arriba abajo.

—Estoy seguro de que en cualquier momento puedo hacerte cambiar de opinión.

—Nunca —objetó Eva enseguida.

Brandon se rascó la barbilla al lado de los labios, Eva siguió el gesto y él soltó la risa.

—Puede que tu boca lo diga, faltaría averiguar si el resto está de acuerdo.

—No estoy para juegos. —Se removió inquieta en su asiento.

Brandon volvió a su escritorio y se sentó. Eva abrió una carpeta y le pasó una copia de un cheque de gerencia de Fiduciarias North Trust por el valor de treinta mil dólares a nombre de sus padres. Él se quedó mirando los documentos.

—No me dijiste que tus padres atravesaban por un problema económico, ¿esta fue una de las razones? —increpó Brandon.

Eva soltó un fuerte suspiro. Ambos estaban tan heridos, las palabras eran como campos minados y a cada uno le costaba bajarse del pedestal de prevención y orgullo para tratar de arreglar las cosas. A su vez los dos buscaban una revancha.

—No quise abrumarte con los problemas de mi familia, tú tenías otros más graves. Pero dime, ¿investigaste acaso qué hice con el dinero que supuestamente recibí? ¿Le seguiste la pista?

Brandon se levantó de golpe.

—¡No! No me interesaba, vi que tu familia fue la beneficiaria, con eso tuve más que suficiente.

—¡Fuiste un necio! —La rabia impresa bajo su piel palpitó, aunque no dio ninguna muestra de ello mientras revisaba los documentos que Brandon le había facilitado.

—Ver a la mujer de la que estás enamorado en brazos de otro, no hace a ningún hombre racional.

Eva sacó los documentos del maletín y le pasó la carpeta.

—A tu familia le faltó mostrarte este documento, es un pagaré de la misma fiduciaria —adujo Eva.

Brandon se mostró genuinamente sorprendido por primera vez desde que se habían vuelto a ver. Leyó el documento con avidez. Su respiración agitada y el golpeteo del lapicero en el escritorio eran los únicos sonidos que se escuchaban en la estancia.

—También están todos los recibos de pago, mis padres pagaron cada centavo de esa deuda.

Brandon levantó la vista de los papeles con gesto confuso.

—¡No puede ser!

—Coteja el número del cheque del que tienes copia con el número del cheque que hay en el pagaré que mis padres firmaron, por favor. Ese fue el dinero que entró en la cuenta del negocio de mis padres y que ellos pagaron religiosamente durante cinco años. Tu familia te hizo creer que fue un soborno, ya que mis padres empezaron a pagar dos meses después de que ocurrió todo, para esa época, la mentira había surtido el efecto deseado, que fue lo que en realidad ocurrió.

—Debe haber un error —susurró Brandon volviendo la vista a los papeles que revisaba con ansiedad una y otra vez.

—Me temo que no.

Brandon levantó la mirada con aprensión y dio de lleno con los pozos azules de Eva, abismos insondables de los que quiso huir a toda velocidad, pues se dio cuenta de que después de cinco años era más peligrosa para su corazón.

Eva se dijo que tenía que dejar de dar pasos en falso, reajustar sus

defensas para poder enfrentarlo, tanto en el ámbito laboral como en el personal. ¿Cómo reaccionaría Brandon cuando le contara la verdad? El temor la invadió, había estado tan dolida durante tanto tiempo. Debajo de su capa de suficiencia había una mujer con el corazón roto, y no solo por lo perdido esa tarde en el hotel. Necesitaba contarle a Brandon lo ocurrido después, necesitaba contarle lo ocurrido con la hija de ambos.

CAPÍTULO 26

La primera semana después del rompimiento, Eva a duras penas pudo levantarse de la cama. Un servicio de mensajería había llevado, desde el departamento de Brandon, sus cosas en un par de maletas que ella ni siquiera se había molestado en abrir. Janeth llegaba de clases y se quedaba con ella, animándola, llevándole sopa o pizza. Eva no comía nada, era como si tuviera una piedra en la garganta que le impedía pasar bocado, había vomitado en varias oportunidades, tomaba agua para no angustiarse más a su amiga.

Janeth llegó una tarde, diez días después del rompimiento, con una prueba de embarazo. Eva hasta el momento no había querido oír hablar de esa posibilidad, pero ya resultaba demasiado evidente. Su amiga la obligó a tomar un baño que la despejó un poco, y al salir se puso de manera maquinal una bata de felpa y se desenredó el cabello sin pronunciar palabra. A la prueba solo le echó un vistazo y la guardó en un cajón de la mesa de noche.

—Él vendrá por mí cuando todo se aclare, se disculpará y superaremos esto, ¿cierto?

Su amiga, con la paciencia de un santo, le hablaba como si se tratara de un niño o de una persona enferma. Eva solo quería volver a arrebujarse en la cama y no salir nunca más de esa habitación.

—Lo hará, será un gilipollas donde no arregle este malentendido. Vamos, hazte la prueba, no te dejaré sola, no haces sino vomitar, que yo sepa no has usado tampones ni toallas y estás muy pálida, además, tienes las tetas como melones.

A Eva se le aguó de nuevo la mirada. Las imágenes de lo ocurrido en el hotel la perseguían en todo momento, la expresión de estupor de Brandon le angustiaba sobremanera, podía imaginar lo que pensaba de ella. Le había enviado varios correos electrónicos y mensajes de WhatsApp que ni siquiera aparecían como vistos. Las lágrimas volvían a rodar por su rostro en los momentos menos pensados, cuando ya se había calmado y pensaba que se había quedado seca de tanto llorar.

—Dios, no, me costó horrores bajarte esa jodida hinchazón —protestó

Janeth refiriéndose a sus párpados.

Necesitaba encontrar el camino que le permitiera superarlo. Esa noche se durmieron temprano, después de Eva tomar dos cucharadas de sopa. Durmió a ratos, las pesadillas se mezclaban con los recuerdos, en la madrugada se levantó y sin hacer apenas ruido se puso a mirar una película en el ordenador.

Janeth abrió los ojos en la madrugada y la encontró sentada en la cama.

—Te quiero mucho, amiga, pero quiero que dejes de cuidarme.

La chica se refregó los ojos y se sentó en la cama.

—¿Por qué?

Ella podría salir y hacer su vida, pero temía dejarla sola, no confiaba en Eva en el estado en que estaba.

—Ya estoy mejor, he tenido tiempo para pensar en lo ocurrido, lo he comprendido, debo aceptar que me porté como imbécil, superarlo y seguir con mi vida. Ya es hora de que empiece a hacerlo. Te agradezco mucho lo que has hecho por mí, has sido la mejor amiga que pueda tener, pero tienes mejores cosas que hacer con tu vida.

Procuró que su tono de voz fuera tranquilo, aunque le tembló la voz en el último momento, se sentía tan cansada. No tenía idea de cómo continuar, y tampoco era que le importara mucho. La herida en el pecho apenas le permitía respirar, sentía que atravesaba un túnel a oscuras sin vislumbrar la salida.

—No tengo nada mejor que hacer —Janeth se acercó y la tomó de las manos—, pero necesito que te hagas la maldita prueba, si el tiempo sigue avanzando no podrás tomar una decisión.

—En un rato aclarará, te prometo que de hoy no pasa.

Cuando Janeth se despidió esa mañana, Eva se hizo la dormida, y en cuanto quedó sola, decidió salir de dudas. Una náusea le atravesó el estómago y tenía los pezones muy sensibles. Las dos rayas en el test de embarazo no fueron una sorpresa para ella. Lo presentía, su cuerpo no era el mismo. ¿Qué iba a hacer?

Se cambió, telefoneó por primera vez en una semana a su madre, pero interrumpió la llamada al escuchar su voz y sentir que le afloraba de nuevo el llanto. Le escribió diciéndole que se le había disparado la llamada y que estaba en una reunión.

Recordó el fin de semana largo en que había olvidado tomar las pastillas, entonces no pensó en las consecuencias. No tenía idea de qué hacer. Llamó a Brandon, pero la llamada fue de nuevo rechazada. Tendría que hablar con él, y decirle que iba a ser padre. Así no fuera a ser parte activa de la vida de ella,

tenía derecho a saberlo.

Necesitaba tomar decisiones, ¿podría congelar el semestre de práctica sin que peligrara la beca? Tendría que enfrentar a su monitor, justificar por qué no podía continuar la práctica en Joyerías Diamond. Sintió vergüenza, había sido tan tonta. Brandon o Anne podrían seguir haciéndole daño si enviaban un informe negativo de su gestión que perjudicara su récord académico y la hiciera perder todo por lo que había luchado tanto. La eventualidad de lo que pudiera ocurrir la obligó a salir de la habitación después de dos semanas del suceso. Se maquilló, tratando de disimular las ojeras y la palidez, y se peinó con una cola de caballo. La ropa le quedaba grande, se decantó por unos pantalones de bota ancha y un suéter de material delgado.

Al salir a la claridad del día, percibió sus ojos irritados. Caminó como entre una burbuja hasta llegar a las oficinas de monitoría, y no pudo evitar recordar a Brandon cuando su mirada se decantó al cubículo donde el hombre ejercía de consejero. El corazón se le encogió de nostalgia al pasar por allí y ver a un joven de ascendencia oriental en la labor. Se despejó en cuanto entró a hablar con Meryl Taylor, su monitora de prácticas y profesora de Económicas en tercer año.

—Eva, precisamente me iba a comunicar contigo hoy —dijo la mujer invitándola a tomar asiento—. Recibí un correo de Joyerías Diamond donde alaban tu trabajo, pero te dejan en libertad porque la plaza no supe las expectativas del programa. Debiste hablar conmigo tan pronto te diste cuenta. En el informe firmado por el gerente del departamento financiero hablan muy bien de tu trabajo y de que estabas subutilizada, lo que no era justo para alguien de tus capacidades. Me sorprende que se hayan preocupado por eso, en general a las empresas les importa muy poco el desempeño de los pasantes. La práctica en la consultora D&M en Nueva York se ciñe más a lo que quieres hacer, es un golpe de suerte que la plaza aún esté disponible.

—Tengo entendido que la plaza estaría disponible a partir de la primera semana de mayo.

¿Tendría Brandon algo que ver con el informe? Un arranque de caballerosidad a último minuto o quizás estaba arrepentido... Una brizna de esperanza la invadió al darse cuenta de que otro tipo de persona la habría puesto por el suelo, pero él no, en medio de una situación tan terrible, no quiso dejarla en el limbo, ¿por qué?

No fue capaz de decirle a su monitora que estaba embarazada y que a lo mejor ni siquiera podría ir a Nueva York, apenas empezaba a asimilar la

noticia de su nuevo estado.

Necesitaba hablar con Brandon, la urgencia le vino alrededor de las nueve de la noche, no podría descansar hasta que no lo hiciera. Llegó a la torre de departamentos, y en medio de otro ataque de nostalgia, le preguntó al portero por Brandon. El hombre, que ya la conocía, le dijo que Brandon no estaba y que no podía esperarlo en la recepción. Eva no se amilanó por la conducta del empleado, se imaginó que solo cumplía órdenes. Lo esperó a pocos metros de la entrada del edificio, sentada en una parada de autobuses. Pasaron dos horas y él no aparecía, no quería perder el impulso, sabía que si se iba no volvería. Alrededor de la media noche un auto aparcó frente a la entrada del edificio, el corazón le bailó en el pecho al ver a Brandon bajarse del vehículo, pero se le encogió enseguida al verlo en compañía de una hermosa mujer ataviada con un minúsculo vestido de fiesta. Debió darse la vuelta e irse, pero los celos, las hormonas del embarazo y una profunda rabia la hicieron enfrentarlo.

—Hola, Brandon.

Brandon se tensó antes de darse la vuelta y enfrentarla, y cuando lo hizo, la miró de arriba abajo, como si de una aparición muy molesta se tratara. Soltó un resoplido fuerte y luego desenchajó una risa. Eva se percató de que estaba borracho. Abrazó a la mujer y la enfrentó con un brillo peligroso en sus ojos.

—¿Qué quieres?

—Veo que estás ocupado.

Brandon acercó a la mujer más a él aferrándola por la cintura, la chica apenas la miraba con curiosidad.

—Sí quieres unirse a la fiesta eres bienvenida, ¿verdad, cielo? —preguntó a la mujer y le dio un beso rudo.

Eva casi se desmaya, no supo si por la pena o por el embarazo, quiso llenarlo de improperios, luego meditó que no valía la pena, así sus hormonas revolucionadas y su corazón partido le dijeran lo contrario. Viéndolo en compañía de esa mujer a la que tocaría igual que la había tocado a ella, le susurraría cosas y la acostaría en la cama que habían compartido por poco tiempo, se dijo que nunca le diría que llevaba a su hijo en las entrañas.

—No me gusta el número tres, es impar —dijo con intención y con la voz a punto de romperse.

—Todo lo contrario, es un número jodidamente bueno. Si hubiera sabido la clase de mujer que eras te hubiera propuesto un trío en el tiempo en que anduvimos juntos.

—Fue algo más que andar juntos, pero eso ahora no importa, vete a la

mierda, Brandon King.

Ella se dio la vuelta y caminó sin mirar atrás. Si hubiera volteado el rostro hubiera visto a Brandon parar un taxi, despachar a la chica y alejarse por el camino contrario al que ella había tomado.

Eva volvió al dormitorio, donde Janeth la esperaba angustiada, y lloró toda la noche.

Al día siguiente se levantó con el ánimo renovado, como si lo visto la noche anterior fuera el motor que la impulsara a seguir adelante. Empezaría por dejar de llorar, afectaría al bebé. Brandon se lo perdería, ella criaría a su hijo sola, no sería ni la primera ni la última mujer en hacerlo. Tendría que buscar un médico, empezar algún tipo de control prenatal. En dos semanas sería el matrimonio de su hermana, tendría que disimular a como diera lugar, no arruinaría el momento más especial de su familia en años, y aunque su bebé no era una mala noticia, a sus padres no les gustarían las circunstancias que rodeaban su embarazo y el hecho de que criaría un hijo sin un padre en el panorama.

Quiso recurrir a la señorita Selma, pero no se atrevió, se imaginaba que la mujer sería leal a Brandon y no la creería. A pesar de las dudas, pensar en interrumpirlo era algo impensable para ella. Después de la boda hablaría con sus padres, algo que le daba mucho temor, y luego se instalaría en Nueva York.

Unos días más tarde, estaban en uno de los probadores del salón de vestidos de novias, en la última prueba del traje de Helen.

—¿Qué tienes? Nunca te había visto tan apagada —observó Helen mientras la empleada traía el velo a juego y el vestido de dama de honor de Eva.

—Terminé con Brandon. —Se le aguaron los ojos.

Helen la miró sorprendida, la llevó a una silla y se sentó a su lado. Su hermana ya sabía que estaban viviendo juntos y que la relación iba en serio.

—¿Qué pasó?

Eva no quería develarle los motivos, pero conocía a su hermana, sabía cómo sacarle información, trataría de evadirla.

—Tuvo un arranque de celos, la verdad no quiero hablar mucho del tema.

—Tendrás que profundizar un poco, no puedes dejarme en Babia. —Tomó dos copas de champaña que estaban servidas en una mesa, sobre una bandeja y le brindó una a Eva—. Nos emborracharemos y dormiremos juntas en un hotel. Había alquilado la habitación para pasar la noche con Jack, pero lo cancelaré, haremos noche de chicas, beberemos tequila y nos olvidaremos de los

hombres por un rato.

Después del brindis, Eva dejó la bebida en la mesa sin probarla. Helen, que se percató del gesto, levantó las cejas.

—¿Hay algún problema?

—No me prestes atención, estaré bien.

La empleada del salón entró con el vestido de Eva, un delicado traje de color lila, y ella ingresó al *vestier* a cambiarse mientras Helen intercambiaba impresiones del velo y el vestido de novia con la joven. Al deslizar la prenda por su cuerpo y tratar de subir la cremallera, se dio cuenta de que, al llegar a la cintura, el cierre no subía. “Lo que faltaba”, suspiró, estresada. Trató y trató, pero nunca subió. Llamó a la empleada, que tomó una cinta métrica y le midió la cintura. La comparó con las medidas anteriores, también le tomó medida al busto.

—En un embarazo la cintura es lo primero que se pierde —dijo la mujer comparando las notas.

—¿Qué? —preguntó Helen entrando al *vestier*. Eva se sintió mareada, miró a la dependienta, azorada y furiosa.

—¡No sabe de lo que habla! —exclamó con voz temblorosa y lágrimas en los ojos. Lo que menos quería era arruinar los días previos a la boda.

—Eva —tronó la voz de Helen—. ¿Tienes algo que contarme?

La mujer salió del cubículo disculpándose y dejándolas solas. Eva soltó el llanto.

—¡Dios mío! Ese cabrón te embarazó. —La hizo sentarse en el pequeño sofá, junto a ella, le reclinó la cabeza y la abrazó.

—Él no sabe que estoy embarazada. —La miró angustiada—. No quiero que lo sepa, nunca.

—¿Por qué? —Helen tomó en sus manos el rostro de su hermana pequeña, su Eva, su inteligente y buena hermana, ¿qué diablos había pasado? —Él debe responder. Vamos a cambiarnos y a salir de aquí. Esa mujer no fue muy discreta, ¿te imaginas donde hubiera estado mamá?

—No la riñas —pidió Eva—. Ella no tiene la culpa.

Minutos después salieron del salón de modas, atravesaron la calle tomadas del brazo hasta que llegaron a un parque que quedaba justo enfrente del almacén. La primavera estaba en todo su esplendor, un joven jugaba con su perro tirándole una pelota. Unos ejecutivos almorzaban unos metros más allá. Allí, en medio de ese ambiente, Eva le contó todo a Helen.

—Mis papás no pueden saberlo, nunca —dijo Helen con lágrimas en los

ojos.

—Me usaron, me engañaron, montaron toda una farsa y yo caí como una estúpida. Ahora Brandon me odia y yo estoy aquí embarazada y sin saber muy bien qué hacer.

—No te preocupes, no estarás sola. —Helen suspiró y luego refregó sus ojos pensativa—. Lo que no entiendo es... ¿no seguías un método de planificación?

—Sí, pero no son seguros y me salté algunas dosis.

—Es que esta actuación no parece tuya y créeme, no te estoy recriminando. La chica se levantó de la silla y caminó unos cuantos pasos.

—Bueno, eso no es verdad, sí te estoy recriminando. Debiste ser más cuidadosa. —Helen volvió a sentarse y la tomó de la mano—. Sabes que tienes opciones, ¿verdad?

—No me desharé de mi hijo —respondió ella de inmediato.

—Lo sé, simplemente tenía que ponerlo sobre el tapete. ¿Qué vas a hacer con la práctica?

Eva se quedó mirando a una mujer que paseaba un cochecito de bebé.

—Lo he estado meditando mucho y pienso que podré hacerla sin problema. Es solo un semestre, terminaré antes del parto. No quiero que pienses que me voy a rendir.

—Eso lo tengo claro, eres una James, nosotros no nos rendimos —señaló Helen alentando a Eva, aunque su corazón estaba roto por todo lo ocurrido a su hermana—. En tus condiciones, Nueva York me parece que está muy lejos. Necesitas cuidarte, los primeros meses son delicados para la salud del bebé. Mamá enloquecerá de preocupación.

—Si no me mata primero —aseguró Eva y súbitamente se puso seria—. Las cuestiones por las que normalmente decides preocuparte nunca llegan, ¿no te has dado cuenta?, y acabas deseando que hubiesen ocurrido porque, a pesar de todo, no habrían sido tan graves como las que te caen de golpe.

La ceremonia fue preciosa, como en todas las bodas. Las promesas de amor arrancaron suspiros, el primer baile de la pareja fue todo lo romántico que debía ser. Eva lució su vestido lila e hizo de dama de honor como si no tuviera el corazón fragmentado. Observó a su hermana dar el sí con genuina felicidad. Escuchó las emotivas palabras de su padre ante miembros de la familia y amigos e ignoró las miradas inquisitivas de su madre. Trató simular que todo estaba bien, hasta que su hermana, con los ojos aguados, se despidió

de ella antes de partir para su luna de miel.

Al día siguiente después de su náusea matutina, bajó a la cocina por un vaso de leche y encontró a su madre ante una taza de café, cuyo olor le renovó las náuseas.

—¿Qué tienes, hija?

—Nada, mamá, ¿papá aún duerme?

—A pierna suelta. —La mujer sorbió de su bebida y dejó la taza en el plato—. Andas como alma en pena por todas partes. Necesito saber qué te ocurre.

Eva no aguantó más, dejó el vaso de leche que acababa de servir en la mesa y se sentó frente a su madre, se tapó la cara y estalló en violentos sollozos.

—¿De cuánto estás? —preguntó en tono suave.

—Dos meses.

La mujer se levantó de la mesa con lágrimas en los ojos.

—¿Quién es el padre?

Eva negó con la cabeza.

—¿El padre de quién? —preguntó Ian, que entraba a por su café con la prensa debajo del brazo y miró a las dos mujeres—. ¿De qué diablos está hablando tu madre, Eva?

Con el ceño fruncido observaba a Eva, que seguía con la cara tapada y no paraba de llorar.

—Estoy embarazada —balbuceó dando por fin la cara.

—¿Que tú qué?! —gritó Ian dando un golpe con la prensa en el mesón.

—Eva está embarazada, ¿no escuchaste?

Ian se acercó a Eva y la aferró por los brazos, la chica lo miraba asustada y con razón, el rostro de su padre estaba congestionado de la rabia, los ojos le brillaban furiosos.

—¡Ah, no! Ahora mismo me vas a decir el nombre del cretino que hizo eso, ¿tiene que responder o le pego un tiro!

Millicent lo interrumpió, separándolo de ella.

—Ya cálmate. Tú no le vas a pegar un tiro a nadie y primero déjala hablar.

—Llevó al hombre hasta una silla, pero él se negó a sentarse—. Cuéntanos Eva, ¿qué diablos te pasó?

Eva no era capaz de pronunciar palabra, solo se le escuchaban los espasmos del llanto.

—¡Pues qué va a ser! Le abrió las piernas a uno de esos ricos de mierda

que abundan en esa maldita universidad. —Señaló a su esposa con el dedo—. Te lo dije, Millicent, ella debió quedarse en Evanston e ir a la universidad del condado y sacar un título como el de Helen, trabajar y conseguir un buen hombre; pero no, ustedes con sus ínfulas de grandes sueños, ahí está, la jodida pesadilla. Te has deshonrado.

—¡Ya cállate, Ian! —gritó Millicent—. Eva necesita de nuestro apoyo, no que la recrimines.

—Tú como siempre favoreciéndola. —Luego miró a Eva—. ¡No te educamos para esto!

Eva arreció el llanto.

—Lo sé, papá, lo sé, perdón.

—Ya déjala tranquila, perderá al bebé.

—¿Quién es el padre?

Eva volvió a negar con la cabeza.

—¡Ya déjala! —volvió a la carga Millicent—. Vete a dar un paseo y no vuelvas hasta que te tranquilices.

Ian salió de la cocina y luego se escuchó un violento portazo.

—No me perdonará nunca.

—Estamos desilusionados, Eva, no era lo que esperábamos para tu vida.

Eva tomó una servilleta, se secó las lágrimas y se sonó la nariz.

—Lo sé y me hago responsable, han sido unas semanas horribles, no quería ocultarlo más, mamá, voy a tener a mi hijo, y si tengo que hacerlo sola y ustedes no quieren saber nada más de mí, lo entenderé.

Millicent contuvo la decepción y el llanto, después de la andanada de Ian, no le parecía sano seguir recriminándola. Se sentía decepcionada, admiraba mucho a Eva, su inteligencia y su tesón, nunca imaginó que algo así le pudiera ocurrir a ella. Como siempre debía hacer de tripas corazón y tomar las riendas en las crisis emocionales de la familia.

—No seas tan dramática, a duras penas recoges el desorden de tu cuarto, no te puedo imaginar cambiando pañales y preparando teteros. Necesitarás de nuestra ayuda. Tu padre se calmará, no hoy ni mañana, pero lo hará. Debes tener una razón muy poderosa para no decirnos quién es el padre, lo respetaremos, con Ian no será fácil, pero terminará aceptándolo. Si ese hombre cobarde no quiere ese tipo de responsabilidad en su vida, es que no vale la pena, y mejor sola que mal acompañada.

—Gracias, mamá. —Millicent le abrió los brazos y Eva se refugió en ellos, no sabía cuánto necesitaba del apoyo de su madre hasta ese momento.

—¿Cuáles son tus planes?

Eva, más tranquila, se sentó en una de las sillas que rodeaban el mesón.

—En una semana empiezo mi práctica en Nueva York, no voy a continuar la pasantía en Joyerías Diamond.

—¿Está el padre del bebé relacionado con esa empresa?

—No voy a hablar de eso. Entiéndeme, mamá, el padre del bebé no está ni estará en el panorama y no porque sea una mala persona, ocurrieron cosas que me impiden decirle que va a ser padre. Espero que puedas respetar eso —rogó Eva a su madre.

Millicent se quedó pensativa unos segundos, no entendía por qué tanto misterio, pero veía a su hija tan apaleada que no quiso presionarla más con el asunto del padre del bebé.

—Está bien, no estoy de acuerdo ni mucho menos, pero si es lo que tú quieres, lo haremos. Esperemos a que tu padre se calme. Respecto a la práctica, ¿tienes que irte tan lejos? Tú sola, en esa ciudad y embarazada, si algo te llegara a ocurrir...

—No me pasará nada —sentenció Eva simulando una tranquilidad que estaba lejos de sentir—, iré a mi control prenatal, puedes acompañarme.

Millicent se secó el par de lágrimas que se permitió por las decisiones erradas de su hija y asintió.

—No me lo perderé, y no estoy feliz, que conste. Es un tremendo golpe, pero eres mi hija, te amo y sabes que puedes contar conmigo siempre.

CAPÍTULO 27

Viajó a Nueva York el día antes de empezar la práctica. Por una página de Internet consiguió habitación en un apartamento de un edificio cerca al distrito financiero y que alquilaba una mujer sola. Era una agradable dama de más de sesenta años llamada Susan Foster, que había sido secretaria en una firma de abogados. El departamento era amplio y soleado, la habitación estaba muy bien iluminada, y podía caminar hasta el trabajo. Eva quiso ser sincera con la mujer y le comentó, ni bien se instaló, sobre su estado. Ella, un poco sorprendida, dijo que si no era un embarazo de riesgo, no veía el problema. Eso sí, le exigió los exámenes clínicos que avalaban que se trataba de un embarazo normal, aclarándole que no era por discriminación, sino porque necesitaba saber las condiciones en las que estaba para poder atenderla en caso de necesidad.

Eva inició su pasantía en Nueva York, caminaba cinco cuadras todos los días al trabajo de ida y de vuelta. Consultora D&M era una de las mejores empresas del sector y a los pocos días se percató de que sería una excelente escuela. El trabajo era pesado, ella se desempeñaba como ayudante de una de las ejecutivas más talentosas de la empresa, analizando la información de las diferentes compañías que adquirirían sus servicios. Victoria Trent supo del embarazo de Eva cuando ya la joven entraba al cuarto mes, cuando Recursos Humanos hizo esa salvedad al insistir la mujer en que Eva la acompañara en un viaje de asesoramiento a Houston.

—Debiste decírmelo y hubiera entrenado a ese chico de Princeton. No es que esté en contra de la maternidad, pero si no puedes desplazarte conmigo, no me sirves como pasante. Y ahora, si me descuido, me viene un llamado de atención por discriminación. Todo habría sido más fácil si me lo hubieras contado.

—Discúlpame, Victoria, precisamente no quería ese tipo de reacción.

—Es lo que hay, Eva, estamos en el mundo real. Pero no te preocupes, tendrás la labor de preparar a Nick, creo que así se llama el chico de Princeton, y te doy un consejo que no me has pedido: no te veo anillo de

casada, por lo que deduzco que estás sola; ya que eres de Chicago, deberías considerar la adopción, ¿qué le puedes brindar a un pequeño a estas alturas? Tienes talento y puedes llegar muy lejos, pero un bebé en la etapa en la que tú estás puede ser un incordio y de los grandes.

Eva se sentía tan ofendida que estuvo a nada de ir y poner una queja en Recursos Humanos por discriminación, pero como siempre, el orgullo y algo más vinieron al rescate. No se dejaría amilantar, ya bastante la habían pisoteado; si tenía que tragarse los comentarios de esa mujer, lo haría.

—Estaré bien. Desde que cumpla con mis obligaciones, el que tenga o no bebés no debe ser un problema.

—Pero lo será, créeme y tú eres de las ambiciosas.

Eva no le quiso rebatir más y se dispuso a hacer lo que la mujer le ordenó, sin desatender su carga laboral, lo que implicaba salir más tarde del trabajo y descuidarse en la alimentación. Una noche no fue capaz de caminar hasta la casa y paró un taxi, sentía unas contracciones en el bajo vientre. En la ecografía del último control le habían diagnosticado placenta previa, pero el especialista esperaba que se revirtiera, así que no la incapacitó, aunque le pidió que se tomara las cosas con calma.

En esos momentos extrañaba tanto a Brandon, que era como un dolor físico, como si alguien cortara su corazón en el mismo lugar impidiéndole cicatrizar la herida. Todo en su vida diaria se lo recordaba. Alrededor del cuarto mes la sorprendió un profundo deseo sexual, algo que, le comentó el ginecólogo, era normal. Recordaba la manera de amar de Brandon, su cuerpo y el modo en que se unía a ella, el intenso deseo que lo asaltaba cuando llegaba de viaje. Fantaseaba con que él llegaba, la tomaba en brazos y la encerraba en un hotel donde se dedicaba a darle rienda suelta a su necesidad. Se despertaba sudorosa, acalorada y con la brecha en el alma más doliente que nunca, como si hubiera sido sometida a una dolorosa cirugía. Luego recordaba toda la trama urdida por Ryan y por Anne, ese par de artistas de la crueldad y el resentimiento, y cerraba la herida, pero el dolor no se iba y veía muy difícil que lo hiciera algún día.

En el control de la segunda semana del quinto mes tuvo que incapacitarse, ya que en la ecografía se observó que la placenta obstruía de manera total el cuello uterino, lo que originaba un pequeño sangrado. El profesional envió a Eva a guardar reposo durante dos semanas hasta que cumpliera seis meses, y después la actividad sería moderada. Ella decidió que lo mejor sería congelar la práctica, el chico de Princeton la reemplazaría, y debido a su buen

desempeño, pudo hacer la transición sin problema. Volvería en cuanto naciera el bebé.

Se instaló en la casa de sus padres. Ian, ya superado el mal trago, en esos momentos se mostraba preocupado por lo que pudiera ocurrir. A Eva le ilusionaba ser madre y compartía actividades con Helen, que ya iba por el tercer mes. Se dedicó a leer libros de maternidad y a aprender a tejer y a bordar, labor en la que su madre era toda una campeona, pero el par de hermanas carecían de esa habilidad y Millicent terminaba arreglando el estropicio que hacían.

—Prefiero ordenar en línea —susurraba Helen mientras bordaba una camisilla con lo que pretendía ser una abeja.

—Es un lindo detalle que la primera prenda que tu hijo utilice sea alguna hecha por ti misma.

—Creo que no se dará cuenta, estará dormido y hambriento, no le interesará si lo visto con mis creaciones o con las de Fisher-Price —rezongó Helen, que se levantó enseguida para ir al baño—. Esta es de las cosas que más me mortifican, las ganas de ir al baño.

—Deja que te crezca el vientre —intervino Eva—. Será peor.

—Dame ese bordado, esa abeja parece una mosca —aseveró Millicent examinando el trabajo de Helen.

—Yo iré por galletas —dijo Eva, estirándose y acariciándose el abdomen.

En una de las ecografías, Eva pidió saber el sexo y supo que iba a ser una niña. Se dedicó a hacer un listado de nombres, su padre le tomaba del pelo cada tanto citando nombres antiguos y absurdos. A medida que se ensanchaba su cintura, iba eliminando nombres de la lista, hasta que escogió el nombre de Sara, y toda la familia estuvo conforme.

Una noche se despertó desorientada. Encendió la luz y caminó hacia el baño aún medio dormida, la imperiosa necesidad de vaciar su vejiga cada tres horas primaba. Encendió la luz y se sentó en el inodoro, su corazón se aceleró cuando vio sangre deslizándose por sus piernas y la ropa interior manchada. Llamó a su padre de un grito mientras buscaba una toalla intentando detener la hemorragia, aunque sabía que no funcionaría. Ian golpeó la puerta desesperado por su llanto y gritos, dio un empujón, haciendo que la bisagra se rompiera. Eva seguía sentada en el inodoro, la sangre manchaba el piso mientras ella emitía palabras que él no podía entender.

La alzó entre sus brazos y bajó las escaleras de la casa decidiendo llevarla

al hospital de inmediato, detrás de él, Millicent intentaba calmar a su hija, que parecía estar en medio de un ataque de nervios.

Un equipo de ginecólogos y enfermeras logró detener la hemorragia un par de horas después, sin embargo, el doctor de turno recomendó empezar a madurar los pulmones del bebé, ya que debido a su condición era probable que el parto fuese prematuro.

Tres días después, Eva volvió a la casa con la recomendación de guardar reposo absoluto. En su habitación oró por la salud de su bebita, lloró y rezó como nunca antes lo había hecho. Se planteó hacerle llegar una misiva a Brandon, lo necesitaba a su lado, pero desistía al tener la certeza de que él no quería nada con ella.

El reposo absoluto calmó la hemorragia, pero no las preocupaciones. Las interrogantes por su futuro hacían que cada día fuese más largo y frustrante. Se preguntaba si sería capaz de proveer a su hija, educarla, darle cariño, convertirla en una persona de bien. Y cuando preguntara por su padre, ¿qué le diría? Estaba asustada, angustiada por lo que venía, por todo lo que la rodeaba. Su padre entró una noche a su habitación y se preocupó al ver su cara.

—¿Te duele? —preguntó azorado.

—No —murmuró mirando la ventana de la habitación.

—Hija...

—Dime. —Volteó a mirarlo.

—¿Sabes que puedes hablar conmigo? —Se sentó en la cama y suspiró—. Sé que al principio la noticia no fue de mi total agrado. Pero te amo y también a mi nieta... Sé que estás preocupada por el futuro, siempre te has preocupado por lo que vendrá, tomas cada decisión previniendo lo que te ocasionará. Pero debes saber que todo se resolverá, cada día trae su propio afán. Saldrás adelante en todo lo que te propongas porque Sara tiene a la mejor familia del mundo y te tiene a ti como madre. —Acarició su mejilla con ternura antes de levantarse y salir al pasillo solo para entrar unos minutos después con el armazón de una cuna, y luego salió y entró con una caja de herramientas. A Eva se le aguaron los ojos.

—Llevo dos meses trabajando en ella, todas las noches.

Eva se levantó de la cama y acarició las barandas pintadas de blanco.

—Es hermosa, pero tiene un mayor significado porque la hiciste tú. Gracias, papá.

—Gracias a ti por el privilegio que me das de convertirme en abuelo. —

La abrazó—. Quiero verte feliz y ya quiero conocer a mi princesa más chiquita y que pueda dormir en la cunita.

Saber que a pesar de todo no estaba sola, trajo tranquilidad al corazón de Eva, y mientras veía a su padre armar la cuna, supo que él tenía razón. Su Sara sería el bebé más querido de todo el mundo. Tomaría un día a la vez.

A la primera semana del sexto mes, en horas de la madrugada, Eva tuvo un *déjà vu*. No tuvo que ir al baño para darse cuenta de que todo volvía a repetirse: su cama, sus piernas y su ropa interior estaban empapadas de sangre. Esta vez Ian no quiso moverla, llamó entre asustado y nervioso a una ambulancia para que fuesen los paramédicos los que llevarán a Eva al hospital de urgencias.

Sara nació esa madrugada en una cesárea de emergencia, con tan solo 29 semanas, 1800 gramos, los pulmones y el corazón sin madurar completamente. Ni siquiera dejaron que su madre la tomara en brazos, los pediatras la colocaron enseguida en una incubadora con un respirador artificial que ayudara a sus pulmones a funcionar mejor. Eva duró dos días convaleciente, había perdido mucha sangre. Cuando volvió en sí, a pesar de que se sentía débil y adormilada, preguntó enseguida por su hija, su madre le dijo que la niña llevaba dos días luchando por su vida en la incubadora.

Ella lloró en brazos de su madre, que le repetía que todo estaría bien, que Sara era una pequeña guerrera, que la habían visto a través del cristal y que, a pesar de ser minúscula, estaba luchando como un gigante. Eva pidió verla, pero era de noche y estaba débil. Al día siguiente insistió tanto que Millicent llamó a una enfermera, la arreglaron, la acomodaron en una silla de ruedas y la llevaron a la sala de incubadoras. La higienizaron y le dieron todas las instrucciones antes de entrar al lugar. Volvió a llorar de alegría una vez estuvo en la UCI Neonatal, su bebita era muy pequeñita, con la piel arrugada y reseca, una luz la mantenía calentita y ella introdujo su mano por un costado de la incubadora para acariciar el pequeño pie. Llevaba puesto un pañal desechable y un gorrito del que le salía un mechón oscuro de cabello, tenía los ojitos cerrados y la cánula del oxígeno. Pero era el bebé más lindo que ella había visto, estaba segura de que sus ojitos serían del color de los de su papá.

—Hola, bebé de papá —saludó ella emocionada a su hija. Millicent esperaba en el pasillo tras el vidrio—. Eres muy hermosa y te amo tanto, mi Sara, vamos a salir de aquí, bebé, te voy a llevar a casa para que duermas cómoda en la cunita que el abuelo Ian construyó para ti, y pronto vas a tener un primito o primita... Tienes que ser fuerte, bebé, yo también seré fuerte.

Bienvenida, mi pequeña. —La acarició con suavidad y cuidado, tenía cables conectados a varias partes del cuerpo, contuvo el llanto de emoción y rogó porque su pequeña luchadora ganara la batalla—. Crecerás hermosa y saludable, mi pequeña, no sabes cómo he esperado este momento de conocernos, quiero enseñarte muchas cosas.

Eva le masajeaba las piernas, le tocaba la cabeza y la niña abría sus ojitos al sonido de su voz.

—La reconoce —señaló una enfermera detrás de ella—. En cuanto pase esta etapa y puedan sacarla de la incubadora, el mejor remedio será tenerla acurrucada en su pecho día y noche.

—Lo haré.

Se despidió de ella con la promesa de que volvería antes del anochecer, ya en la habitación se dedicó a masajearse los pezones, para proveer la leche, una de las enfermeras la ayudó y pudo vaciar varias onzas en un biberón.

Quiso contarle a Brandon, él debía saber que tenía una hija, marcó su número en el móvil, pero la llamada fue rechazada como siempre y entonces desistió. Sara era lo más importante.

La bebé tuvo complicaciones en la quinta noche, sus pulmones estaban batallando, pero todo era muy fuerte para su pequeño cuerpo. El doctor le explicó a Eva que le había subido la temperatura y se le dificultaba respirar, que estaban haciendo lo posible por mantenerla estable. Le recomendó no verla ese día. Sin embargo, Eva insistió y el médico ordenó que la dejaran estar con su hija, pero sólo a través del cristal.

Una vez llevaron la silla, Eva le pidió a su madre que la dejara sola, oró en silencio y escribió un mensaje para Brandon.

Brandon:

No sé si en algún momento te des la oportunidad de leer este mensaje. Te escribo para contarte que te has convertido en padre de una hermosa niña. Ella es dulce y guerrera, tiene el color de tu cabello y tengo la certeza de que heredará tus ojos. Nació antes de tiempo, está batallando por madurar, estoy segura de que, si tuvieras la oportunidad, estarías a su lado dándole tu fuerza. Gracias por este maravilloso regalo que me has dado, no conocía la magnitud del amor total e incondicional hasta que vi su carita y su boquita en forma de botón. Gracias, porque en medio de estas difíciles circunstancias, me permitiste experimentar esto y siento mucho el que tengas que perdértelo. Un saludo,

James

En el mismo instante en que iba a enviar el mensaje las máquinas empezaron a sonar y Eva vio cómo los médicos dentro de la unidad empezaban a moverse a toda prisa, quiso levantarse de la silla y correr, quiso proteger a Sara, soltó el móvil que se estrelló contra el piso, vio cómo la sacaban de la incubadora antes de que una enfermera le ordenara a otra llevársela enseguida, ni siquiera sabía en qué momento se había levantado, en que instante había golpeado el vidrio entre lágrimas y gritos. Todo fue muy rápido, la enfermera la alejó del lugar sin importarle sus ruegos, su llanto y su dolor. Fue llevada de regreso a la habitación donde Millicent trataba de calmarla mientras Ian estaba en la UCI, una enfermera inyectó algo en su brazo y sus ojos se hicieron pesados hasta perderse en la inconsciencia.

Sara James murió esa madrugada por una insuficiencia respiratoria y Eva quiso morir con ella.

Ian consiguió preparar todo el funeral de manera rápida y Eva se negó a alejarse de su lado. Cuando pudieron disponer del cuerpecito, la vistió y la recostó en la cuna que había sido construida para ella y lloró. Lloró por lo que no pudo ser, lloró por Brandon, que nunca se enteraría de que por pocos días había sido padre, lloró por el futuro que escapó de entre sus manos.

Dos semanas después, Eva seguía con la impresión de que estaba inmersa en una pesadilla, de que un dique, levantado al nivel de su pecho, estaba a punto de desbordarse. Poco a poco tomaba conciencia de todo lo ocurrido y se sumía un poco más en la tristeza. Luego un miedo indescriptible la asaltó, el temor a que fuera a llegar otra desdicha. El sueño era poco reparador, salpicado de imágenes de su bebé y de Brandon; soñaba que desaparecían sin poder alcanzarlos. Su madre la obligó a ir a terapia un día en que no se quiso levantar de la cama ni probar bocado.

Al transcurrir el segundo mes, se despertó una mañana y se dijo que tenía que superarlo: la terapia empezaba a surtir efecto. Empezó a ayudar en la pastelería mientras meditaba sobre su futuro. Pensó en volver a Nueva York, porque Chicago no era una opción: deseaba alejarse de todo y de todos los que le recordaran lo ocurrido. ¿Y si se dedicaba a viajar? Podría irse a la India, decían que había una peregrinación especial para superar el dolor; pero no tenía dinero y a sus padres les daría algo, ya bastante preocupados estaban por ella. Si tuviera la potestad de dejar los pensamientos en casa, de irse sin ellos, qué sencilla sería la vida.

Nueva York sería un buen comienzo para la vida que quería, a lo mejor allí, en medio de la gente, podría encontrar nuevos rostros para crear otros recuerdos que no la atormentaran tanto. Necesitaba aferrarse a eso, pensar que sí iba a funcionar, que el rostro de su bebé dejaría de aparecerle en sueños, mezclado con la mirada de Brandon. Reconocía que la existencia de un hijo en común había vestido sus días de una tenue esperanza de volver a verlo, pero ya no más, eso se cortaría de raíz.

Necesitaba volver a mirarse con los ojos de antaño, recuperar esa mujer, esos sueños. Dejar de respirar el mismo aire que Brandon, vivir en otra órbita donde tuviera la seguridad de que nunca lo volvería a ver. El único vínculo que la ataba a él se había ido, ya era momento de pasar la página.

Tomaba un café en la sala de su casa, cuando Helen entró y se sentó a su lado. Ya su embarazo se empezaba a notar y eso la incomodaba sobremanera, tenía que disimularlo a como diera lugar.

—Cuando vemos el panorama negro, solo podemos hacer una cosa y es seguir caminando en línea recta hasta el final —dijo Eva sorbiendo de su bebida.

—¿Y cuando llegues a una curva qué pasará? ¿Te lanzarás de cabeza al abismo?

Eva suspiró profundo.

—Sabes perfectamente que me refiero a la vida —afirmó, envalentonada, aunque por dentro se estuviera muriendo de miedo—. Simularé que estoy bien, haré mi práctica con un sobresaliente como resultado, me graduaré con honores según lo planeado, llegaré a ser CEO de una gran compañía y alcanzaré mis sueños. —Hizo una pausa y miró de reojo a su hermana, luego bajó el tono de voz—. Solo pocas personas sabrán que soy un fraude, me niego a autocompadecerme, y a partir de ahora no reconoceré nada que no esté en la línea del triunfo. —Helen se quedó callada unos instantes, al comprender cuánta ira y dolor encerraba el alma de su hermana—. ¿Qué te parece? —preguntó ella, desafiante.

—No tocarás el cielo de la felicidad con las manos, ya que no la incluyes en tus planes, pero por lo demás estarás bien.

El par de jóvenes se quedaron en silencio, la tranquilidad del lugar no estaba acorde con la preocupación y angustia de Helen y el dolor lacerante de Eva.

Esa misma semana volvió a Nueva York y se puso a disposición de Victoria Foster, que no le hizo ninguna pregunta de índole personal, y se dedicó en cuerpo y alma a trabajar en la empresa consultora bajo el ala de la mujer, que le enseñó mucho del oficio. Cuando falleció dos años después de un cáncer de pulmón, Eva entró a trabajar a las órdenes de Dominic, un hombre muy preparado y metódico, con que el que, además, hizo una buena amistad. Cada tanto visitaba la tumba de su hija, que sus padres mantenían arreglada con flores de la estación.

CAPÍTULO 28

Brandon aún no estaba listo para escuchar a Eva, y por lo visto, eso era lo que ella esperaba que él le pidiera. Necesitaba blindarse de alguna forma y eso lo haría con la información que su jefe de seguridad le proporcionara. Arguyó una reunión de urgencia con el departamento financiero y la envió con el gerente de producción.

Después de un par de reuniones donde no se la pudo quitar del pensamiento, y sin poder concentrarse en lo que le hablaba el gerente del área financiera, salió de su oficina rumbo a su departamento ubicado en el exclusivo sector de Gold Coast. El chofer ya esperaba en el auto cuando salió del edificio.

Una de las primeras decisiones que tomó al terminar con Eva fue cambiar de vivienda. No iba a soportar vivir en un lugar con tantas reminiscencias, se hubiera vuelto loco. Le dolía llegar cada noche a un departamento vacío, donde las sábanas todavía olían a ella, y el susurro del viento aún le llevaba el recuerdo de su voz. Cada recuerdo cortaba su corazón con afiladas cuchillas que lo vaciaban poco a poco, necesitaba cortarlos de raíz. Sonrió, irónico. No había servido de mucho, los recuerdos iban con él a todas partes como una segunda piel, el dolor era tan hondo que sentía que lo quemaba por dentro. Atiborró su tiempo y cualquier espacio de su vida con mujeres, sexo y trabajo, mucho trabajo; hasta que un día se levantó y consiguió respirar sin el peso opresor de la ausencia de Eva, y supo que podría seguir viviendo. Se había mudado a un hotel donde permaneció tres meses, hasta encontrar el departamento en el que vivía en este momento.

La vivienda estaba decorada con un estilo lujoso y minimalista, las pocas obras de arte que mostraban las paredes eran de artistas emergentes no comerciales, futuras promesas en el mundo del arte. Tenía muebles amplios y cómodos, y una cocina moderna con todos los implementos del mercado. En el segundo piso había dos habitaciones, la principal, espaciosa y de colores claros; un estudio al lado de la sala con una biblioteca y un comedor formal, diferente al comedor auxiliar que daba a una terraza.

Brandon se cambió a ropa deportiva, se puso una pantaloneta oscura, una camiseta gris y zapatillas de correr. Bajó al gimnasio del edificio, donde había una docena de caminadoras y demás aparatos deportivos. Una angustia que hacía años no percibía lo atrapó mientras aumentaba sin clemencia la velocidad a la cinta y subía el volumen de su iPod. Soltó un gruñido mientras observaba el tablero que mostraba los kilómetros, los pasos y las calorías consumidas, el sudor corría por su cara, cuello y espalda, llevaba la respiración agitada. Aumentó la inclinación de la cinta de correr y se obligó a exigirse más. El ejercicio siempre le funcionaba, lo centraba, lo ponía en perspectiva sobre las decisiones que debía tomar.

Nathan le bajó la intensidad a la cinta y Brandon se quitó los auriculares con brusquedad.

—¿Qué? —preguntó mirando a Nathan.

—Si sigues subiendo la velocidad, tendremos que recogerte con una cuchara—. ¿Qué te pasa?

—Nada, tú eres un jodido blandengue, eso es lo que eres, cuando quieras te reto a una carrera.

Nathan ignoró su comentario.

—¿Tu ímpetu deportivo tiene nombre propio?

Él puso los ojos en blanco.

—No sé de qué estás hablando.

—Háblame de Eva.

Brandon se tensó y volvió a centrarse en la caminadora. Nathan era un incordio desde que el año anterior se había mudado a un departamento unos pisos más abajo.

—El mundo no gira en torno a Eva James y tengo cosas más importantes que hacer. Además, ¿qué te hace pensar que hacer algo de ejercicio tiene que ver con ella?

El otro soltó una risa y sacudió la cabeza.

—No conozco a nadie más con la capacidad de descolocarte que Eva.

Se subió a otra caminadora y empezó a andar a ritmo lento. Brandon bajó la velocidad, sintiéndose medianamente nervioso. A su hermano era difícil ocultarle algo, ni recordaba qué historia le había contado sobre el fin del romance con Eva. Sus hermanos se habían mostrado muy sorprendidos, ambos estaban encariñados con la joven.

—¿Tienes alguna idea de por qué te descoloca tanto?

—Ya que estás dando terapia gratis, ilumíname.

Brandon apagó la máquina y se bajó de ella, bebió de su termo de agua y se limpió el sudor con una toalla. Las puertas del lugar se abrieron y un hombre maduro entró, los saludó con una inclinación de la cabeza y se subió en una escaladora.

—Están hechos el uno para el otro, no conozco un par de personas que se complementen tanto. Ignoro lo que pasó entre ustedes, pero si la vida te la volvió a poner enfrente, es por algo, hermano.

—Se te olvida el pequeño detalle de que tengo novia y acabo de comprometerme con ella.

—No se me ha olvidado y esto que te tiene así, no tiene que ver con ella. Cassandra ha sido la chica que siempre ha estado a mano, ya que ella tuvo la grandiosa idea de estudiar, hacer maestría y doctorado en cómo convertirse en esposa de Brandon King.

—No seas tan cabrón.

—Sabes que es cierto. En cambio, Eva es una inteligente mujer que te planta cara y no te deja salirte con la tuya siempre.

Brandon se quedó mirando a su hermano mientras intentaba formular una respuesta.

—De Eva no sabes ni la mitad, y a Cassandra mejor la aceptas, porque se convertirá en mi esposa, lo quieras o no.

Nathan sonrió.

—Eva te afecta y mucho.

Brandon cruzó el gimnasio escapando de los juicios certeros de su hermano.

—¡Qué te den!

De vuelta a su departamento, hizo una videollamada a Cassandra y después se dio una larga ducha. Luego de cenar se dispuso a contestar una serie de correos electrónicos, cuando entró una llamada de su jefe de seguridad.

—Dígame, Mark.

—Señor King, Paul Meyer vive en un departamento de Lake View, en este momento estoy frente a su casa, pero el motivo de mi llamada es porque la señorita Eva James se está apeando de un taxi en la misma dirección. En la vivienda no se encuentra nadie en el momento, llevo esperando hora y media.

Brandon se levantó como un resorte.

—¿Qué diablos le pasa a esa mujer? ¿Se volvió loca? Envíeme la dirección y nos vemos allá en un rato.

Brandon se cambió en menos de un minuto y maldiciendo tomó las llaves de su auto deportivo y salió rumbo a la dirección que le había dado Mark. Esa semana se le presentaba como una maldita locura.

Pensamientos oscuros lo asaltaron. ¿Por qué Eva iba a entrevistarse con Paul Meyer? ¿Cómo había conseguido la dirección? Después de elucubrar una buena distancia del recorrido, la respuesta le cayó como un jarro de agua fría. Esa mujer iba a acabar con él. No podía ser tan estúpido. ¿Acaso creía que él volvería a hacer el papel de tonto? Había tratado de convencerlo con sus aires de mujer indignada, estaba dispuesta a cualquier cosa con tal de lograr el contrato de Joyerías Diamond.

Golpeó el timón con fuerza. Maldijo por lo bajo varias veces hasta llegar al vecindario de edificios de pocos pisos, rodeados de bares, cafeterías y restaurantes, una zona habitada por gente joven y de otras culturas e intereses.

Brandon visualizó a Mark recostado en el capó del auto.

—¿Dónde está Eva?

El hombre se enderezó en su puesto.

—Entró a aquella cafetería, está sentada frente a la ventana, desde ahí puede ver llegar a Meyer.

—Bien.

Brandon caminó media cuadra hasta la cafetería, había empezado a lloviznar.

Eva lo sintió antes de que hablara, ya fuera porque las mujeres desviaron sus miradas apreciativas a la puerta o por el tono profundo de su voz que reverberó por toda su columna, o la electricidad que de pronto surcó el aire y que se hizo tan palpable que pudo sentir que se le aceleraba el corazón.

—Hola, Eva.

Ella se dio la vuelta. Brandon vestía un jean y una camiseta como en la época de la universidad, se parecía mucho al joven serio y amable que había conocido en esa etapa, a excepción de su expresión, que se veía como el infierno. Era un hombre hermoso, después de todos esos años, su cuerpo todavía reaccionaba a él, la atracción y el resentimiento estaban en pugna, como gladiadores a punto de entrar en combate.

—¿Brandon? —exhaló, confusa.

—¿Qué demonios estás haciendo? —Levantó una ceja, esperando una respuesta.

—Te dije que iba a tomar la investigación en mis manos.

—¿Quién me dice que no es otro de tus ardidés para lograr el contrato? A

lo mejor quieres advertir a Meyer, llegar a algún tipo de acuerdo. —Continuó mirándola, su rostro completamente duro y frío—. Ni siquiera me has contado tu versión de lo ocurrido.

Eva quiso abofetearlo, levantó la barbilla y cerró de golpe los ojos. Él nunca la creería, pero eso ya no le importaba, necesitaba hacerlo por sí misma. La entrevista con Claire Latham no había arrojado ningún resultado, la mujer no le dijo más que lo que estaba en los papeles; sí, sus padres habían firmado un pagaré por treinta mil dólares y la documentación y todo lo demás no mostraba nada raro, ni nada que ellos no hubieran hecho antes. No sabía cómo relacionar a Ryan o a Anne con ese evento. Volvió al presente. Lo que Brandon pensara era su problema, no el de ella. Dejó escapar un suspiro y se pasó los dedos por la frente.

Brandon se acercó más a ella. La silla en la que estaba sentada era alta, apoyó ambas manos a lado y lado del mesón, encerrándola con su cuerpo.

—Habla.

Eva abrió los ojos.

—No me vas a creer y ya no me importa lo que pienses, Brandon. No entiendo por qué estás perdiendo el tiempo aquí conmigo.

Lo miró tratando de disimular el dolor en sus ojos.

Él llevó la mirada a sus labios, luego a sus ojos y de vuelta a sus labios. Bajó la cabeza un poco más.

—Convénceme.

Eva arrugó el ceño, al ver como se derretía el hielo de la expresión de Brandon, de pronto sintió calor y la invadió el temor.

—Retírate si no quieres ganarte una patada en las bolas.

Brandon ignoró su amenaza, sin desprender la mirada de sus malditos ojos, que eran transparentes al enfado, al desafío, y que le mostraban una tremenda herida, la misma que él exhibía. “No te acerques tanto”, se dijo, embebiéndose de su perfume.

Bajó la cabeza unos segundos tratando de centrarse. Se estaba ablandando, cuando la tenía cerca todo lo demás desaparecía. De repente el tiempo de miseria no le importaba, perdía del punto de mira lo que ella le había hecho y la forma en la que él deseaba desquitarse. La odiaba, debería odiarla.

—Supongamos que te creo, ¿cómo conseguiste la dirección de Meyer? — No quería mirarla más, no quería tocarla, no quería su aroma flotando a su alrededor, porque nunca había estado tan excitado y a la vez tan desprotegido de ese deseo tan poderoso. Necesitaba un trago. Se separó de ella de pronto,

como si quemara. ¿En qué diablos estaba pensando?—. Contesta.

—En la oficina de archivo de personal me dieron el dato.

Brandon la miró confuso.

—Un momento —señaló—, los empleados de esa oficina, y de todas en general, no tienen la autorización de dar datos a personas ajenas a la empresa.

Eva bajó la cabeza y cuando la volvió a subir, un ligero rubor había teñido sus mejillas. Brandon cruzó los brazos esperando que ella continuara.

—No fue difícil, el chico fue amable.

Él colocó ambas manos sobre la barra inclinándose mientras la miraba, ya que ella se había dado la vuelta en la silla para evitar encontrar sus ojos.

—Y tú fuiste amable con el chico, no me cabe la menor duda. Tienes la capacidad de envolver a la gente con tus tretas.

Antes de que Brandon tuviera la oportunidad de verla afectada por sus palabras y por su gesto de velado desprecio, Eva agarró su bolso, se lo colgó en el brazo y salió a la calle. La llovizna había dado paso a un aguacero en toda regla. La gente iba de un lado a otro para resguardarse. Se puso el bolso sobre la cabeza mientras corría por la acera en busca de un taxi. Escuchó la voz de Brandon llamándola, lo que hizo que se alejara más rápidamente, pero el hombre la alcanzó y la jaló del brazo.

—¡Detente, por el amor de Dios!

Ella se giró sobre sus talones y se soltó de su agarre.

—¿Qué más quieres?

—¡Te llevo al hotel! —La rabia estaba reflejada en su rostro.

—¡No! Déjame sola, así como lo hiciste hace años, me dejaste sola. —Las lágrimas mezcladas con el agua fueron reemplazadas por la rabia. Dio gracias a Dios por la lluvia, no hubiera soportado la humillación de que él la viera llorar—. Te odio por eso.

Brandon volvió a aferrarla del brazo y la llevó casi a rastras hasta su auto.

—Yo también me odio por muchas cosas. —Llegó hasta el auto, abrió la puerta—. ¡Entra!

—No necesito que me lleves a mi hotel —dijo entre dientes—. Déjame ir.

—Eva —dijo Brandon al límite, con tono de voz engañoso—, no me obligues a dar un espectáculo, porque el resultado será el mismo, tú dentro del jodido auto.

Ella lo miró y subió al vehículo. Con gesto furioso se puso el cinturón de seguridad. Brandon dio la vuelta. Tomó su móvil e hizo una llamada.

—Quédate hasta que Meyer llegue, si es necesario poner más hombres en

la labor, hazlo. Es imperativo hablar con él tan pronto aparezca, ¿entendido?
—Soltó el aparato y encendió el auto.

—No era necesario, hubiera tomado un taxi.

Brandon negó con la cabeza mientras maniobraba en medio del caótico tráfico de la ciudad.

—A esta hora y con esta lluvia sería casi imposible. Lo último que quiero es que agarres una pulmonía.

—¡Soy más fuerte de lo que crees! —exclamó Eva.

—¿Qué es lo que quieres? Maldita sea —preguntó exasperado—. Llegas a mi vida como si yo te debiera algo, cuando fuiste tú la que actuó mal.

—Quiero que me creas.

Eva se quedó en silencio, todo su ánimo beligerante la abandonó de pronto, dando paso a un profundo cansancio. Aun así, estaba lejos de sentirse derrotada, esa noche contactaría a Elizabeth, necesitaba saber de su vida. Ella había corrido un tupido velo a lo ocurrido esos días en Joyerías Diamond y ahora se percataba de que Elizabeth también había salido damnificada.

Esa mañana se había enterado de que Cassandra Elliot estaba de viaje al otro lado del mundo, por eso Brandon respiraba detrás de ella, estaba segura de que si su novia estuviera en la ciudad no tendría tiempo para andar tras sus faldas. Cerró los ojos un momento, se sentía tan cansada. Cuando los abrió de nuevo, observó de reojo el perfil de Brandon, que miraba al frente con el ceño fruncido y su boca en un rictus desagradable, el cabello húmedo por la lluvia. Era increíble y a la vez curioso cómo se podía ser tan íntimo de una persona durante determinado tiempo y luego sentirse tristemente incómodo o torpe en su presencia. Eva ni siquiera se sentía con la confianza suficiente de encender la radio para escuchar música o noticias en lugar de ese endiablado silencio que acentuaba la tensión y aumentaba la sensación de que un polvorín estaba a punto de estallar.

Brandon la observaba de cuando en cuando. No podía perdonarla, pero tampoco ser tan cruel con ella, a pesar de que sus gestos y su comportamiento eran, en sí mismos, un reproche, una condena.

No obstante todo lo ocurrido y de estar comprometido con otra mujer, no le gustaba verla sufrir, se sentía como un soberano cabrón al verla alterada. Nathan tenía razón en cuanto a Eva. Ella era la única mujer en el mundo que encarnaba su cielo y su infierno personal, a lo mejor era un resto de los antiguos sentimientos, pero estaba confundido. Y si las pruebas la absolvían y ella era inocente, ¿qué diablos iba a hacer?

CAPÍTULO 29

Brandon aparcó el auto frente al hotel, se bajó y dio la vuelta; ya Eva había abierto la puerta cuando él extendió la mano para ayudarla a bajar. Ella declinó el gesto, él murmuró entre dientes y blanqueó los ojos.

—Toma una bebida caliente, la necesitarás si no quieres agarrar un resfriado, estas lluvias de primavera son engañosas.

Eva tragó el duro nudo en la garganta, tratando de alejar el cansancio de su voz.

—Lo haré, buenas noches.

Ya cuando se montaba en el auto, Brandon le dijo:

—Eva, no vuelvas a donde Meyer, yo lidiaré con él.

—Quiero saber qué tiene que decir.

Brandon encendió el auto.

—Lo sabrás, no te preocupes.

Eva se quedó de pie en la acera hasta que vio el auto desaparecer por la abarrotada calle, ya la lluvia había menguado, pero se escuchó un trueno a lo lejos.

Entró al hotel, subió a su habitación y se dio una larga ducha con agua caliente. Desistió de cenar algo, no tenía apetito. Atendió una llamada de Dominic, al que no le dijo gran cosa, solo le comentó sobre algunos apartes de unos informes que enviaría a su correo. El hombre tampoco estuvo muy comunicativo. Eva era consciente de que una barrera se había erigido entre los dos, él le pidió que se cuidara en cuanto se despidió.

Se quedó mirando el techo de la habitación por un rato, meditando acerca del encuentro. “Convénceme”, había dicho Brandon, y eso, junto a la manera que tenía de mirarle los labios y el cuello, solo le traía a la mente una palabra: “Hambre”.

Brandon la deseaba, ni siquiera la había tocado y esa mirada ardiente en medio de nubarrones de tormenta la había enviado a una espiral de deseo, como hacía años no experimentaba. Se reprendió por sus pensamientos, recordó que lo más duro de trabajar en la terapia fue el perdón a Brandon, sin

ese perdón hubiera sido muy difícil enfrentarse a él sin querer lastimarlo de alguna forma. Pero tenía que ser objetiva, la trampa de Ryan y Anne había estado tan bien urdida, que de haber sido ella la contracara de la historia, tampoco habría sido caritativa con Brandon. Y respecto a su bebida, tampoco podía culparlo, si de verdad hubiera querido que él lo supiera habría logrado decírselo. El temor al rechazo, su orgullo herido y el resentimiento le habían impedido darle la noticia.

El sueño le era esquivo, recordó que no había revisado su cuenta de Facebook por si había respuesta de Elizabeth en la bandeja de mensajes. Abrió el ordenador. El perfil era privado y no podía vislumbrar nada de ella, durante su breve periodo de amistad la seguía en todas las redes, pero después de lo ocurrido, había cerrado sus perfiles sociales por casi un año y cuando los volvió a abrir, ya la chica no estaba entre sus amistades.

Al observar su perfil, vio que tenía una solicitud de amistad de un tal Alex Mason. Recordó el personaje por sus duelos de Call of Duty con Brandon y sus hermanos, ¿sería él? Revisó su perfil, era una cuenta recién creada con la imagen del famoso soldado de élite y una frase de Pitágoras, como foto de portada: “Si sufres injusticias, consuélate, porque la verdadera desgracia es cometerlas”. Tenía que ser él. ¿Y si era Ryan? ¿O Anne? Se estremeció. No aprobaría la solicitud aún. Se dedicó a mejorar su perfil con sus fotografías más favorecedoras, de viajes y con algunos amigos. En ese momento entró un mensaje de Elizabeth en respuesta al suyo.

“Hola, Eva, ¿cómo estás? Me alegra saber de ti, sigo viviendo en Chicago y sí, me gustaría reunirme contigo”.

“Hola, Elizabeth, a mí también me da gusto saber de ti. Volví a Chicago hace unas semanas, tú dime la hora y el lugar”.

“Tengo un puesto de joyería en el mercado de la calle Randolph, te enviaré los datos más tarde, ¿te parece si nos vemos mañana a las cuatro?”.

“Me parece fabuloso, hasta mañana entonces”.

Ya era algo de su lista de pendientes que podía tachar y otra pista que podría llevarla a la verdad.

Después de actualizar su Instagram y aceptar la solicitud del tal Alex Mason, que cuanto más meditaba más estaba segura de que era Brandon, se tomó una pastilla para el dolor de cabeza que atacaba la frente y las sienes, y trató de descansar.

Brandon estaba recostado en su cama con el ordenador abierto, repasaba

el contenido del Facebook de Eva, las diferentes publicaciones y las fotografías que había subido la hora anterior, antes de aprobar su solicitud de amistad. O ya sabía que era él o era una mujer confiada. ¿Es que nadie le había explicado el peligro que entrañaban las redes sociales? Su propio contenido era una serie de paisajes y animales que había fotografiado a lo largo de sus viajes. No decía gran cosa sobre él. Observó varias fotografías, una de ellas en especial aparecía enfundada en un bikini dorado, tomando el sol en una playa, al lado de un tipejo unos años mayor que ella. La fotografía estaba sin etiquetar, no aparecía el nombre del tipo por ningún lado. Observó sus piernas bronceadas e imaginó lo resbaloso de su piel brillante por el uso del bronceador. Eva tenía el cuerpo perfecto de sus fantasías, a lo mejor para otros hombres no sería así, pero para él, ella era ideal, tenía unas curvas en las que se podría perder sin problema, no le importaría que nunca lo volvieran a encontrar.

Se reprendió por tonto, ya estaba bailando otra vez a su ritmo. Ni de coña. Cerró el ordenador de golpe.

Eva se despertó con el sonido de los mensajes de su móvil. Mantuvo los ojos cerrados unos momentos antes de enfrentar el mundo. Estiró la mano y tomó el aparato. Había varios mensajes de texto: uno de su madre recordándole que la esperaban el fin de semana; otro de Dominic deseándole un buen día; otro de Janeth diciéndole que tendría el apartamento que le había gustado fuera del mercado una semana más por si acaso se decidía, y el último mensaje, que le sorprendió, era de Brandon y rezaba: “Hola, Eva, espero que hayas descansado después de tus aventuras detectivescas y no estés resfriada por el chapuzón de ayer. Te enviaré a John, él es mi chofer, estará disponible para llevarte a la oficina en cuanto estés lista. No nos veremos hoy, tengo asuntos inaplazables, me imagino que eso corre un día más nuestra asociación, disfruta tu fin de semana”.

Eva quedó un poco desconcertada por el mensaje, a lo mejor su noviecita había llegado y pasaría todo el día en la cama con ella. “¡Qué manera de llevar un negocio!”, se dijo, mortificada por la sombra de celos que la cercaba.

Llegó a la oficina y sin tener gran cosa que hacer, ya que Brandon no había dejado una hoja de ruta definida, se dedicó a terminar el informe de producción. Al medio día almorzó en el mismo restaurante de antaño y entrada la tarde se encaminó a cumplir su cita con Elizabeth.

El mercado de la calle Randolph bullía de actividad al ser una tarde soleada de viernes. El lugar estaba repleto de mesas y puestos, adentro y al aire libre. Había cosas nuevas, cosas viejas, cosas hechas a mano, mucha bisutería y artesanía. El ambiente era animado con música en vivo, puestos de frituras, dulces y helados que se mezclaban en diversos olores que se esparcían por todo el lugar.

Se guió por las señas dadas por Elizabeth en un mensaje de texto, hasta que llegó al puesto de joyas de la diseñadora colombiana. El lugar —pequeño, pero decorado con un buen gusto, moderno y audaz—, era la viva imagen de la personalidad de la diseñadora. Elizabeth atendía a una pareja cuando ella llegó al lugar. La mujer escogió unos aretes de piedras grandes engastados en bronce que iban a la perfección con su rostro ovalado. Observó unas pulseras en cuero trenzado, con dijes de piedras de diversos colores.

—¡Eva! —saludó entusiasmada Elizabeth, que salió de la vitrina y le dio un fuerte abrazo.

—Me alegra mucho verte —saludó Eva correspondiendo el abrazo.

—A mí también, mírate, estás hecha toda una ejecutiva.

—Tú también estás muy hermosa.

Era cierto, la chica tenía un estilo *vintage* que muchos podrían confundir con *hippie* y que a ella le sentaba de maravilla.

—En unos momentos vendrá mi ayudante, y podremos ir a tomar un café.

—No te preocupes, tómate tu tiempo.

Eva realizó varias compras, se decantó por unos aretes, un collar para su madre y una pulsera para su hermana. Luego paseó por los puestos cercanos mientras Elizabeth atendía un grupo de mujeres. Unos minutos más tarde, la diseñadora la alcanzó en un puesto de jabones y cremas artesanales y la invitó a una cafetería cercana. Ya instaladas ante las tazas de café, Eva le preguntó cuánto tiempo llevaba con el puesto.

—Hace año y medio. —Elizabeth endulzó la bebida y la revolvió con el pitillo—. Cuando salí de Joyerías Diamond atravesé una mala racha, Brandon King y Cassandra Elliot se encargaron de que nadie en el sector me contratara, entré en una especie de lista negra del sector. He trabajado de mesera, niñera y cuidadora de ancianos, hasta que pude ahorrar algo de dinero y dedicarme a lo que me gusta. Mi negocio es pequeño y apenas me da para la renta, pero por algo tenía que empezar.

—Lamento escucharlo, ¿por qué no regresaste a tu país?

Elizabeth sorbió de su bebida.

—Esa no es una opción —contestó tajante, y Eva se dio cuenta de que no diría nada más.

—Me enteré apenas el lunes de lo sucedido. —Elizabeth la miró sorprendida—. El mismo día que tú saliste de la empresa, yo salí de la vida de Brandon King.

—Traté de contactarte, pero cambiaste de número, te dejé un par de mensajes en Facebook, cerraste la cuenta días después. Me imaginé que Brandon te había indispuerto contra mí. Además, Cassandra Elliot robó mis diseños del logo, ¿recuerdas aquellos que te mostré en uno de nuestros almuerzos? Brandon no me creyó, la creyó a ella, y a Anne, que estoy segura estaba detrás de todo.

Eva la miró aterrada.

—¿Anne?

—Te dije que esa mujer era el diablo y mira lo que ocurrió, ¿qué te pasó con Brandon? Ustedes se veían muy enamorados, aunque déjame decirte que fue lo mejor, es hijo de esa diabla y también me trató muy mal.

A Eva no le sorprendió lo relatado por la diseñadora.

—Elizabeth, yo también me vi envuelta en algo muy feo, por culpa de Anne y de Ryan Winthrop, le hicieron creer a Brandon cosas que nunca sucedieron y ahora, al igual que tú, mi nombre está en entredicho y necesito aclarar lo sucedido y de paso que se haga justicia también en tu nombre. Es terrible que esa víbora de Cassandra se salga con la suya.

Elizabeth se quedó callada unos instantes antes de volver a hablar.

—Por lo menos a ti te dan trabajo en lo tuyo, a mí me cierran la puerta en las narices.

—Tenemos que reunir pruebas, alguien tiene que pararle los pies a esta mujer.

—He escuchado comentarios, soy amiga de una de las chicas ensambladoras, salgo con ellas algún viernes a tomar algo y Cassandra le ha hecho lo mismo a dos diseñadoras más, roba sus ideas y después las despide con cualquier pretexto ¿sabes que mi agenda con los dibujos de mis diseños desapareció el día que me echaron de Joyerías Diamond?

—Brandon me imagino que no se da cuenta.

—Es su novia, la protegerá o, a lo mejor, no tendrá idea. Lo que sí es cierto es que no tiene talento. Todavía trabajan algunos de mis viejos diseños, ella les hace unas cuantas variaciones, y vuelve y los utiliza, y los condenados se venden como pan caliente.

—Alguien debe haberse dado cuenta, es una situación muy injusta.

La chica se quedó pensativa.

—No lo sé. He tratado de dejarlo ir, pero con todo lo que he vivido es muy difícil.

—Volví a Chicago porque la empresa de consultorías para la que trabajo está tratando de ganar un contrato con Joyerías Diamond.

—¿Volviste a ese lugar? —preguntó, alarmada, Elizabeth, y se levantó como una bala de la mesa.

—Tuve que hacerlo, es una negociación importante y...

La diseñadora la miró como si se hubiera vuelto loca.

—¿Cómo pudiste poner un pie en ese lugar? Son despreciables.

—Es mi trabajo el que ahora está en juego.

Elizabeth salió de la cafetería. Eva caminó detrás de ella hasta que la alcanzó, arrepentida de no haber ido al hotel a cambiarse, con los tacones y la falda tan ajustada no podía seguirle el paso.

—Lo siento, no puedo hablar más contigo, no sé si estás de parte de esos desgraciados y me quieres engañar. No creo en nadie en este momento.

—¡No! Tienes que creerme, vamos a hacer justicia, por algo la vida me puso en ese lugar.

—Ellos me arruinaron la vida, allá tú si volviste por más. No me vuelvas a buscar.

La chica se perdió entre el gentío que había alrededor de una feria callejera.

Brandon había decidido trabajar ese día en su departamento, lejos de la tentación que suponía Eva. Según los reportes de Mark, Meyer aún no aparecía en la vivienda, entonces se dedicó a recabar información sobre Ryan. No había vuelto a verlo desde esa tarde en el hotel, se cuidaba de aparecer en las mismas reuniones sociales, los anfitriones de la ciudad sabían que algo había ocurrido y evitaban juntarlos. Brandon no supo si fue por obra de Anne, pero no habían coincidido ni siquiera cuando a Parker lo sometieron a una cirugía y él fue a visitarlo. Sabía que había fundado su propia fiducia y que también se había asociado con alguien del extranjero para comprar terrenos y erigir una serie de centros comerciales en varias ciudades del país. Hacía un año había escuchado una conversación referente a lavado de dinero, pero como con todo lo relacionado con él, Brandon se había cerrado al tema, ahora le pesaba, trató de recordar quién le había hecho el comentario sin mucho

éxito, había sido en una de las fiestas celebradas en la mansión de Lincoln Park.

En horas de la tarde, Mark le comentó que Eva había desistido de usar el auto que él le había dispuesto y entonces la había hecho seguir. El hombre que la seguía le dijo que estaba en el mercado de la calle Randolph, por las fotos que le enviaron minutos después, supo que se había encontrado con Elizabeth Castillo. La rabia nubló su entendimiento. Salió del departamento dispuesto a enfrentarla.

Eva, después de la despedida abrupta de Elizabeth, caminó un trecho, intentando sin éxito tomar un taxi, hasta que un auto parecido al de Brandon se situó a su lado. No creía en coincidencias, el chofer aparcó y Brandon salió del vehículo, dio la vuelta y le abrió la puerta.

—Sube —dijo en tono helado.

—¡No!

—¿Otra vez? —Él le regaló un gesto ladeado—. ¿Por qué me da la impresión de que gozarías si te tomara en brazos y te subiera al auto a la fuerza?

—Estás completamente loco —afirmó Eva, furiosa, porque a pesar de todo lo que lo rodeaba, ella lo aún se sentía atraída por él. Se imaginó dejándose llevar por la fuerza y un calorillo que no tenía que ver con el rechazo la invadió. Estaba jodida, dijo la parte que luchaba todos los días contra ese tipo de comportamientos—. No estoy de humor para tus tonterías.

—Tengo noticias, tenemos que hablar.

Ella lo miró fijamente y al fin subió al auto.

—¿Mi casa? —le preguntó él.

—¿No le molestará a tu novia?

Sus ojos zarcos estaban fijos en él; Brandon desvió los suyos.

—No voy a hablar de Cassandra contigo, no insistas.

—Pues vas a tener que hacerlo.

Él la miró de nuevo de manera interrogante y le dio la orden al chofer de que lo llevara a su departamento, se volteó a mirarla con ceño fruncido.

—¿Qué quieres decir? —Eva negó con la cabeza señalando al chofer, enseguida un vidrio separó el área del conductor—. Habla.

—Estuve hablando con Elizabeth, pero tengo la impresión de que sabías dónde estaba. En serio, Brandon, esto me suena a lugar común, deberías hacer seguir a los malos, conmigo pierdes el tiempo.

—¿Qué hacías reunida con ella?

—Hablar, saber de su vida, parece que aquel día la desgracia no fue solo para mí, también lo fue para ella.

—Hablas como si fueras víctima, recuerda cómo te encontré.

—No voy a volver a eso.

—Claro que no —señaló con sarcasmo.

Eva se negó a seguir hablando hasta que llegaron al departamento de Brandon que estaba ubicado en el último piso de una lujosa torre. El ascensor los llevó directo a la entrada del departamento, Eva aparentó indiferencia ante lo que veía, lujo y buen gusto por todas partes.

Brandon la llevó hasta la sala, donde la invitó a tomar asiento en un sofá de color hueso. La miró fijamente, mientras ella dejaba la chaqueta y el maletín en una de las sillas y tomaba asiento en la otra. ¡Dios mío! Iba a morir de un infarto. Ella era su mayor tentación. Esa blusa que dejaba al descubierto la fina silueta de sus hombros, su clavícula y ese hueco de la garganta que había reverberado todos sus gemidos y que él disfrutó como el jodido adicto a ella que era. Eva iba a ser su ruina, su cielo y su infierno con esa falda que le llegaba por debajo de las rodillas y se pegaba a sus curvas de qué manera. Era perfecta, era sexy y sabía que estaría excitado todo el jodido rato porque no había la más mínima posibilidad de que se situara lejos de ella, y así estuviera furioso, quiso tener la potestad de encerrarla en su ático y nunca más dejarla salir de aquel lugar.

Tomó asiento en un sillón frente a ella.

—¿Quieres tomar algo? —Eva negó con la cabeza—. ¿En serio no habías vuelto a verla? —preguntó incrédulo.

Eva tuvo que hacer el ejercicio de no arremeter contra Brandon. Respiró profundo varias veces y le contó los pormenores del encuentro, hasta la afirmación de la diseñadora colombiana de que Cassandra le había robado los diseños del logo de la joyería.

—Eso es mierda.

—No lo es, tú estás ciego porque estás enamorado, ¿pero no se te hace raro que todavía sigan usando los diseños de Elizabeth con pequeñas modificaciones? También me contó de las diseñadoras a las que les hizo lo mismo y que hizo despedir sin justa causa.

—Los que tú crees que son de Elizabeth.

—Además —continuó ella—, el cuaderno de trabajo de Elizabeth desapareció ese mismo día, y sabes que esos cuadernos son parte del alma de

cualquier diseñador.

Brandon recordó una charla con Cassandra hacia un par de años en la que hablaban sobre el volver a utilizar diseños reformados de colecciones pasadas, los diseñadores de modas lo hacían todo el tiempo. Brandon no le veía nada de malo a querer depurar un diseño y presentarlo en una nueva versión y efectivamente, no era malo si el diseño era tuyo y no de personas a las que despedías con malas artes.

Eva, mientras tanto, aprovechó y sacó su iPad del maletín.

—Recordé estos datos, mira. —Le tendió el aparato—. En el área de diseño, hay una rotación de personal más elevada que en producción, ¿a qué crees que se deba?

—Para eso es que voy a desembolsar miles de dólares, para que me lo digas.

Aunque Brandon no necesitaba pagar para saber la razón: Cassandra era una mujer de trato difícil, fuertemente competitiva con otras mujeres, y él no entendía el porqué, siendo hermosa y talentosa, pero ese era un rasgo de su personalidad con el que le costaba lidiar.

—Tengo mis teorías sobre eso que me comentas y créeme, no tienen nada que ver con la gran conspiración que crees que ha habido en la empresa. Tendrás que darme algo más sustancioso, no creerás que de buenas a primeras voy a creer en el par de personas que me vieron la cara de imbécil hace cinco años.

Eva lo miró de manera beligerante.

—No entiendo para qué me trajiste si no vas a creer nada de lo que diga.

Se acercó a tomar su abrigo, pero Brandon se lo quitó y dejó la prenda donde estaba.

—Discúlpame, tienes derecho a defenderte, ese fue el trato —dijo contrito.

—No quiero desperdiciar palabras —protestó Eva fastidiada.

—No lo harás —concluyó él aclarando su garganta de una súbita ronquera.

Al pedirle a la joven que le explicara uno de los datos, Eva se levantó y se inclinó sobre el aparato, acercándose tanto a Brandon, que él dejó de escuchar la disertación que ella, de manera profesional, le hacía, para perderse en la sensación de sentirla tan cerca. Volteó el rostro en el momento en que ella echó su cabello a un lado y pudo observar sin pudor la delicadeza de sus hombros y su clavícula, luego llevó la mirada a su boca y de nuevo a esa porción de piel que lo embrujaba. En cuanto lo miró, él desvió la mirada con

rapidez al aparato sin tener ni idea de lo expuesto por ella.

—Podrías hablar con las diseñadoras.

—Ellas hablarán mal de Cassandra si fueron despedidas de la empresa.

—¿Quién es su colaboradora más cercana?

—Colaborador. Michael Donaldson es un chico talentoso, llevan trabajando casi dos años juntos.

Brandon se quedó callado, validando su teoría. Michael llevaba dos años con ella y se llevaban muy bien, no había competencia de por medio. También se percató de que el área de diseño había dado un vuelco desde esa época. Cassandra afirmaba que todo era idea de ella, que Michael lo único que hacía era perfeccionar algunos diseños y encargarse de la línea económica, pero las palabras de Eva encendieron sus alarmas, no podía ser tan obtuso de no creerle, porque algunos datos coincidían.

—Vamos a la empresa.

—¿Ahora? —se sorprendió Eva.

—¿Tienes algo mejor que hacer? ¿Alguna cita? A propósito ¿qué hay entre Dominic y tú?

Eva casi suelta la carcajada, pero puso su cara de jugadora de póker.

—Mi vida privada no es asunto tuyo. Podremos reunirnos mañana.

Brandon examinó su rostro mientras ella se ponía el abrigo, no tenía derecho a preguntarle, pero le molestaba que Dominic o cualquier otro la estuvieran esperando. Eva se despidió sin mostrar nada en su expresión.

—Está bien. Te dejaré descansar, haré que John te lleve a casa.

—Gracias.

CAPÍTULO 30

Brandon decidió esa noche que iría al departamento de diseño de la empresa, debía empaparse de lo que hacía Cassandra. Él le había dado carta blanca en la reestructuración del área, y habían obtenido buenos resultados. Sin embargo, no podía ser tan obtuso, Eva había puesto el dedo en la llaga.

Ese sábado en la mañana llegó a la empresa a primera hora, los empleados no laboraban ese día, pidió a alguien de mantenimiento que abriera la puerta del departamento de diseño. Le gustaba el orden y el ambiente de distinción que se respiraba en el lugar. Había una mesa de dibujo, pero su novia prefería el uso de un programa especial en el computador, como todos los diseñadores hoy día.

Entró en la oficina de Cassandra aislada del resto, una foto de los dos en una gala benéfica estaba en un portarretratos de metal encima del escritorio. Fotografías de las joyas emblemáticas de la firma, sobre todo las creadas los últimos cinco años, se exhibían en un mosaico de imágenes. Todo pulcro. Abrió cajones, ¿qué buscaba? No tenía idea o por lo menos deseaba hallar algo que echara por tierra las dudas que de repente brotaban como mala hierba en su corazón.

De pronto se sintió tonto. Cassandra era la mujer que lo había sacado del pozo de la amargura en el que estuvo sumido por años. Abrió un par de cajones donde no encontró nada relevante. La gaveta de la mitad estaba con llave, la curiosidad pudo con él, y se dedicó a buscarla en los diferentes potes de lapiceros y cajas de madera con objetos variados de sus viajes. La encontró pegada a la tapa de una caja de latón, al abrir el cajón, encontró una serie de papeles sin importancia, recibos, fotos; ya iba a cerrarlo, cuando descubrió una carpeta de color oscuro que tenía el mismo tono del fondo del cajón. Al abrirla, observó una serie de diseños con los nombres de las diseñadoras que Cassandra había despedido, eran creaciones en que las mujeres habían trabajado, no sabía Brandon si durante su estadía en la empresa o fue el portafolio que presentaron para acceder a la vacante. Se acercó al computador de Cassandra y lo encendió, no conocía su clave, ensayó

con varias fechas, hasta que la carpeta de documentos abrió con la fecha de su aniversario. No era nada original, su novia, se dijo Brandon sentándose cómodamente mientras observaba el contenido de las diferentes carpetas. Pudo notar que dos de las carpetas estaban marcadas con las iniciales de los nombres de las diseñadoras Donna Liza Davenport y Pamela Sue Rose, lo que no se le hizo raro, al fin y al cabo, era la jefa del departamento. Abrió los archivos y los examinó, primero con curiosidad, luego con preocupación y por último con decepción. Eran los mismos que Cassandra había hecho pasar como propios en colecciones pasadas. Eva tenía razón, otra vez.

Copió el contenido en una memoria, dejó la oficina como estaba y subió hasta su despacho, donde pasó gran parte de la tarde. Salió de la empresa al anochecer y en el momento en que se montaba al automóvil, el sonido del teléfono móvil interrumpió sus sombríos pensamientos.

—Señor King —habló Mark—, localizamos a Meyer en un casino del centro, voy enseguida para allá.

Brandon necesitaba tomar la investigación en sus manos, de nada le valdría volver a su casa y sentarse a esperar.

—Yo iré con usted.

—Pero, señor...

—Envíeme la dirección, lo veré a la entrada del lugar.

Mientras llegaba al sitio de destino, Brandon cavilaba en lo encontrado en la oficina de Cassandra. Entonces, todo lo dicho por Elizabeth podría ser cierto, si lo era, tendría que reparar el daño de alguna forma, y también era imperativo hablar con las dos diseñadoras despedidas.

Recordó un fin de semana en el departamento de su novia en que había salido a comprar pan y otras cosas para hacer el desayuno, mientras Cassandra se devanaba los sesos con los diseños de la próxima temporada. Él había vuelto con ganas de levantarla de ese sillón y llevársela a la cama, pero al entrar en el lugar no estaba a la vista, la encontró en el cuarto, guardando un viejo cuaderno en una caja de madera. Cuando le preguntó lo que era, ella se puso nerviosa y lo distrajo con sexo, así que él lo olvidó. Iría más tarde al departamento de su novia.

El lugar de apuestas era un antro en un sector algo peligroso del centro de la ciudad. En cuanto se bajó del auto, vio a un grupo de jóvenes en una esquina que miraban el vehículo con interés. Mark salió a su encuentro tan pronto abrió la puerta.

—¿Está adentro? —inquirió, listo para la acción.

—Sí, señor, uno de los hombres lo vigila, pero parece que no somos los únicos, los escoltas de un cobrador de apuestas lo están siguiendo, me temo que nuestro hombre tiene problemas de dinero y por eso no ha vuelto a su departamento.

—Vamos —dijo Brandon encaminándose hasta la casa—. ¿Sigue trabajando para Ryan?

—Rompieron relaciones hace dos años, hay un asunto turbio ahí que estoy investigando —dijo Mark en tono bajo, en cuanto se acercaron al lugar.

—Tomate tu tiempo. ¿Está Eva involucrada con alguno de los dos? —preguntó con un nudo de temor en el estómago, tocando el timbre.

—Señor King, en lo que llevo con esta investigación, nada me dice que la señorita James tenga algo que ver con Meyer o con Winthrop.

—Bien.

En ese instante vieron a un hombre, que Brandon alcanzó a ver que era Meyer, saltar una reja que daba a un callejón y perderse por la siguiente calle. Los dos hombres de Mark empezaron a seguirlo y un par de hombres morenos y acuerpados trataban de darle alcance también. El hombre era delgado y ágil como un felino, Brandon se subió a su auto y dio la vuelta, para darle alcance en la siguiente calle, pero Meyer había corrido hasta un parque poco iluminado. Se bajó del auto y corrió detrás de él, escuchaba el paso de los demás hombres siguiéndolos, al desembocar de frente con una calle donde había un festival de música al aire libre, lo vio escabullirse entre un grupo de bailarines y en cuanto se acercó, ya el hombre se había perdido. Observó a los escoltas llegar hasta él algo desorientados. Negó con la cabeza, Meyer no volvería por ahora a su casa.

—Mark, habla con los escoltas del hombre que lo está haciendo seguir —indicó volviendo a su auto—. Ellos deben conocer los escondrijos y apostaderos de Meyer.

—Bien.

Se dirigió al departamento de Cassandra, el día parecía no acabar. Quiso enviarle un mensaje de texto a Eva, necesitaba verla, pero desistió, a ella le parecería raro si él le escribiera: “Quiero verte, perderme en la suavidad de tu piel, en el olor de tu sexo, respirar, por fin”. Sonrió para sus adentros porque pensó un par de guarradas más y la reacción de ella mínimo sería la de darle una bofetada en cuanto lo viera.

Al abrir la puerta, un fuerte aroma al ambientador favorito de Cassandra saturó su nariz.

Con las dudas alborotadas, caminó hasta la habitación y luego hasta el vestier donde la había visto guardar la caja misteriosa de ese día. El dichoso recipiente estaba en la parte superior, al lado de un edredón doblado. La bajó y con ella se acomodó en la cama, la abrió presuroso, había sobres de cartas, fotos viejas y una agenda en cuero con el diseño de un collar en su portada. Al abrir la libreta, se topó con una frase en español que rezaba: “El único modo de ser irremplazable siempre es ser diferente. Coco Chanel”. Era una libreta de diseños, con fecha y las iniciales de EC en las esquinas. Al llegar a un logo parecido al que tenía la empresa en la actualidad, observó la fecha, era de mucho antes del incidente, por lo menos un mes.

Contrario a lo experimentado cuando sucedió lo de Eva, una extraña calma lo invadió, como si las piezas de un juego siniestro, que no tenía idea de estar jugando, se hubieran puesto en su lugar. A su mente llegaron escenas de lo vivido con Cassandra. El baile del club, donde ella había descollado entre las demás. Por culpa de una serie de absurdos juegos con sus amigos, habían terminado en la piscina del club, después de varias botellas de champaña, recordó como el vestido de gala de color blanco se volvió casi transparente al entrar en contacto con el agua, evidenciando unas curvas perfectas. Fue como si ella hubiera escogido ese preciso instante para hacerse visible ante él de una manera que no la pudiera rechazar. Esa noche se rieron y retozaron hasta altas horas de la madrugada. Le llamó la atención su humor cínico y su conversación.

La cortejé, flores, cenas, viajes intempestivos, hasta que se vio inmerso en reuniones y fiestas familiares. Meditó que habían sido casi dos años de relación y todo era un engaño: ¿lo habría amado alguna vez o era el premio gordo? Recordó el afán de su madre porque se comprometiera, sabía que ella no estaba tras su dinero, ella tenía más dinero que él, pero el prestigio de sus apellidos era un activo para esa maldita sociedad retrograda. Él le había sido fiel; aunque Cassandra no era dinamita en la cama, creía que había cosas mucho más importantes, como la lealtad y el compromiso. Hasta ese día, pensaba que ella nunca lo pondría en la situación en la que lo había puesto Eva. Era una relación cómoda para él, sin altibajos de ningún tipo. Todo había sido mentira. La situación era tan irónica que no sabía si reír o llorar.

Se levantó con gesto cansado y fue al mueble de los licores, el rompecabezas que hasta ahora había sido todo lo ocurrido en ese tiempo empezaba a tomar forma, y no le gustaba nada la figura que iba descubriendo. Se tomó otro trago, dejó la caja en su puesto, pero sin la agenda en ella, y

salió del departamento.

La rabia y el desengaño se paseaban por su pecho al montarse en el auto, ¡él confiaba en Cassandra! ¡Maldita sea! Golpeó el timón. Le había puesto un jodido anillo en el dedo, se iba a casar con ella. Pensó en Anne y en qué tanto estaría involucrada. No la enfrentaría hasta no tener el rompecabezas completo, si lo hacía en ese momento, ella se saldría por la tangente.

El sonido del móvil lo sacó de sus cavilaciones, al ver el número de Nathan contestó enseguida.

—Hola, viejo.

—Hola —contestó lacónico.

—¿Mal día?

—He tenido mejores.

—Bien —concedió Nathan, indeciso.

Brandon no tenía ganas de hablar con nadie, solo quería llegar a su casa y perderse en el olvido que le daría el alcohol. Pocas veces tomaba licor, pero el regreso de Eva y el huracán de sentimientos que lo asolaban merecían una jodida botella.

—¿No tienes nada mejor que hacer un sábado en la noche?

—No, y más cuando estoy viendo a Eva con un tipo sentados como tórtolos.

Brandon se puso enseguida en tensión y aferró más el aparato.

—¿Qué diablos estás diciendo?

—Lo que oyes, mejor mueve el culo aquí ahora o tu chica se irá a bailar mambo de manera horizontal con el señor elegante y no queremos eso, ¿o sí?

Sobre su cadáver. Brandon aceleró el auto, pero se quedó pensativo unos segundos. No tenía ningún derecho sobre Eva la, la había maltratado, la había despachado de su vida sin contemplaciones y sabía que se moriría donde ella tuviera la razón en todo y fuera inocente. Lo investigado hasta ahora la absolvía y eso que solo había rascado la superficie. Un nudo de temor se asentó en su estómago. Su vida perfectamente organizada se estaba rompiendo en pedazos y lo único que deseaba era estar cerca de Eva.

—¿Dónde estás? —preguntó por fin después de batallar contra el impulso de reclamarla en medio de esa tormenta de sucesos y sentimientos, y perder sin ninguna vergüenza.

—Ese es mi hermano. —Nathan le dio la dirección—. Apresúrate, le está metiendo mano.

La sola idea de alguien haciendo eso a Eva lo encolerizó.

—Interrúmpelos, siéntate en la mesa, has algo, no la dejes irse con él ¿lo conoces?

—Es el hombre que estaba con ella el día de la presentación —respondió Nathan, risueño y burlón—. No sé si sea demasiado tarde.

—Vete a la mierda.

Brandon soltó el móvil en la silla del acompañante y aceleró rumbo al lugar. Así que estaba con el jodido Dominic, pues por lo menos esa noche le desharía los planes o dejaría de llamarse Brandon King. El lugar era un restaurante a una cuadra del hotel.

Nathan observaba a Eva charlar con el hombre, sabía que había exagerado en su conversación con Brandon. El hombre estaba lejos de meterle mano a Eva, conversaban como buenos amigos, en ningún momento vio que hubiera algún interés romántico en el encuentro, pero él pensaba que su hermano mayor necesitaba un empujón.

—La agencia de adopción nos sacó una buena tajada de dinero el mes pasado —comentaba Dominic mientras degustaba una deliciosa carne a la brasa.

—Lo importante es que tendrán a su pequeño en un par de meses, ¿van a viajar para traerlo?

Dominic sonrió.

—Esa es la idea, nunca hemos estado en el sudeste asiático, es una buena oportunidad para disfrutar de unas vacaciones antes de recoger al bebé. Robert ya decoró la habitación, está todo listo, ¿puedes creer que hasta hizo una lista de las mejores guarderías y colegios?

—Robert es toda una madre —señaló Eva mientras partía otro trozo de pan y tomaba otra copa de vino. El licor había puesto un sonrojo en sus mejillas y tenía los ojos más brillantes.

—Estoy nervioso, me imagino que la dinámica de la relación cambiará.

—Cambiarán algunas cosas —aseguró Eva—, pero todas para bien, ya lo verás, descubrirás nuevos sentimientos.

Dominic se concentró en su copa.

—Reconozco que soy egoísta y posesivo con Robert, no se me da bien compartir y hemos sido los dos durante muchos años.

Eva retiró su plato y bebió de su vino.

—En unos meses te veré todo posesivo con el bebé, ya lo verás.

—¿Cómo está Sophie?

Eva soltó un largo suspiro, se había ganado una reprimenda de su madre

por no haber asistido esa tarde a su presentación de ballet. No podía. Después de perder a Sara y cuando nació Sophie, Eva fue incapaz de relacionarse con su sobrina. Había tratado, pero fallaba de manera miserable, la psicóloga le había dicho que era normal debido a lo experimentado cuando perdió a su bebé. Necesitó mucha terapia para alzarla y acunarla. Helen y sus padres entendían su predicamento y la trataban con suma paciencia, pero la niña crecía y preguntaba por su tía. No la veía desde Navidad, en que había tratado de ser cálida y cariñosa, llenándola de muchos regalos, que engañaron a la pequeña, pero no a Helen ni a sus padres. Con su traslado a Chicago, la familia esperaba que por fin entablara una relación normal con Sophie, que era un amor y la adoración de todo el mundo.

En cuanto Brandon entró al lugar, un maître lo llevó a la mesa en que estaba Nathan, el lugar estaba repleto al ser un sábado en la noche. Saludó con un gruñido a su hermano, se sentó y ordenó un whisky. Mientras bebía un sorbo, sus ojos tropezaron con los de Eva y el corazón le reaccionó con un vuelco. Estaba cenando con Dominic y no supo por qué tuvo el fuerte impulso de acercarse y reclamarla. Se estaba volviendo loco. Su mirada ardió cuando levantó el vaso de licor en dirección a ella a modo de silencioso brindis.

Eva, sorprendida, ni siquiera levantó la copa que un mesero presuroso se apuró a llenar. Brandon escuchó la risa de su hermano mientras la bebida dejaba un sabor amargo en su boca.

—Estás jodido.

—¿Qué te pasa? —preguntó Dominic mientras contestaba un mensaje de texto, ajeno al intercambio.

Eva bebió otro sorbo.

—Nada.

—Te pusiste seria de repente, ¿algo te sentó mal?

Eva negó con un gesto.

—La velada era perfecta hasta que vi a los hermanos King. —Dominic abrió los ojos sorprendido—. Están a un par de mesas de la nuestra.

El hombre los miró de reojo y suspiró.

—Si a alguno de esos chicos le gustaran los hombres, te juro que mi matrimonio se vería en problemas. Joder con el par de hermanos.

—No me estás ayudando.

Dominic tenía razón. Eran guapos a rabiar, demasiado como para no

prestarles atención. Ambos vestían de manera informal; Brandon con jean, camiseta oscura y chaqueta de cuero, con su porte seductor, atraía las miradas de las chicas del lugar. Su mandíbula firme y sombreada, su mirada sagaz y su boca carnosa lo convertían un peligro ambulante.

—Quiero irme —dijo ella, incómoda por las sensaciones que la presencia de Brandon le ocasionaba—. Ya bastante tengo con soportar su arrogancia en el trabajo para encima tener que encontrármelo en cualquier parte.

Dominic llamó al mesero y pagó la cuenta, se levantó y ayudó a Eva a ponerse el abrigo, mientras Brandon ni siquiera escuchaba la charla intrascendente de Nathan y se cocinaba en el fuego lento de los celos. Al pasar cerca de su mesa, se despidió con un movimiento de cabeza y una mirada fugaz.

En cuanto salieron del restaurante, Brandon salió detrás de ellos, despidiéndose de su hermano con un gesto de la mano sin pronunciar palabra. Volvió a respirar en cuanto vio a Dominic despedirse de ella con un ligero beso en la mejilla, allí mismo en la entrada del lugar, y vio caminar al hombre en sentido contrario dirigiéndose al aparcamiento.

Eva caminó despacio por la acera, la distancia era corta hasta el hotel. Al ser tarde, la calle estaba algo vacía, sin embargo, todavía había algunos transeúntes. Iba distraída, achispada, percibiendo el olor del agua en el ambiente, otra tormenta de primavera se avecinaba.

Aceleró el paso cuando de pronto sintió un hormigueo en la piel, la sensación de unos ojos que la seguían y luego el tirón de alguien que la llevó a un portal cercano. Se asustó, pensando que podría ser un asalto, pero al segundo supo quién era la persona que la había seguido.

—¿Qué pasa con Dominic?

Eva negó con la cabeza.

—No entiendo por qué no estás con tu novia —atacó ella percibiendo su cercanía. Su mirada sombría la ponía nerviosa, su contacto le alborotaba las ansias dormidas. Necesitaba ligar con alguien, y pronto, era lo más sensato, se dijo ante el escrutinio de sus ojos.

—Ella no debe preocuparte.

Los ojos de Eva se entrecerraron.

—Dominic tampoco —contestó con tinte irónico.

Unos cuantos transeúntes pasaban por su lado. Nadie los miró. Brandon examinó su rostro en busca de algo que lo hiciera retroceder, pero lo único que veía era piel perfecta de porcelana, labios matadores y ojos que deseaba

ver oscurecidos de pasión.

—¡Tú de nuevo en mi vida! —exclamó con tono de voz tormentoso. Todo lo que había conseguido, todo lo que lamentaba o apreciaba en el presente, existía por ella y a pesar de ella.

Quería besarla y a la vez salir corriendo, vio cómo sus ojos se agrandaban, la boca se separaba y claudicó sin pena.

La acorraló haciéndola apoyarse contra la pared de lo que parecía un negocio de libros. Puso una mano a cada lado de su cabeza, Eva alzó las manos y las apoyó en su pecho, a lo mejor para separarlo de un empujón. Se pegó a ella y cuando sus labios se abrieron, no supo si para hablar o respirar, inclinó la cabeza para saciar su sed. Estaba besándola por fin, las rodillas le flaquearon, sus labios suaves y cálidos le dieron la bienvenida y él, con firmeza de saqueador, se apoderó de esa caricia. La atrajo hacia sí con más impulso, la abrazó y la mantuvo pegada a su cuerpo, dejando que notase la evidencia de su excitación.

Percibió sus estremecimientos, el movimiento convulsivo de sus caderas y como se arqueaba hacia él. Los dientes de ella rastrillaron su lengua, dándole la bienvenida, y lo atrajo con sutileza para retenerlo dentro de su boca. Un sonido salió de su garganta al profundizar el beso y fue a por más. Brandon sintió un crujir de huesos, el corazón le palpitaba enloquecido, le faltaba el aire, la necesitaba de cualquier manera, culpable o no, era la mujer de su vida, de sus entrañas. Cassandra no tuvo la más mínima posibilidad en cuanto Eva se materializó ante él después de todo ese tiempo. Sabía que tomaría lo que ella estuviera dispuesta a darle, así lo destrozara otra vez. Él quería más, quería todo. Se separó unos instantes para decirle en tono ronco:

—Vamos a tu hotel, me muero por estar dentro de ti.

Eva se puso rígida, y salió de su encantamiento. Lo empujó y él dio un paso atrás. Brandon observó que lo miraba furiosa. Salió a la acera y se volvió a mirarlo.

—No vuelvas a hacerlo. —La ira hizo que su voz sonara aguda. Echó a andar con paso rápido.

Brandon se dijo que no era el momento de hablarle de sus sentimientos. Lo achacaría al beso o a la atracción que iba y venía entre los dos, o a alguna otra cosa, y eso sería peor. La dejó marchar, la observó caminar hasta el hotel y perderse tras la gruesa puerta de vidrio.

CAPÍTULO 31

Las lágrimas distorsionaron su visión todo el camino hasta el hotel y cruzaron su rostro en cuanto atravesó la puerta de cristal, se las enjugó presurosa con ambas manos. La rabia la invadió porque por un momento estuvo tentada a decirle que sí, a Brandon, el hombre que había herido su corazón con colmillos bien afilados, causando heridas que ella tapaba con tiritas —de trabajo, otros brazos y manteniéndose ocupada todo el tiempo—; tiritas ineficaces, ya que la herida estaba ahí y dolía con más fuerza desde que lo había vuelto a ver.

Subió hasta su habitación en el ascensor sin mirar a nadie, cerró la puerta con rabia, había estado a punto de caer. No había sido un beso suave, sino uno profundo y abrazador. Un beso contaminado de resentimiento, deseo y un amor maldito sin final. ¿Cómo podía amar tanto a alguien a quien odiaba? El frágil hilo de la cordura entre los dos estaba a punto de hacerse añicos, no se engañaba, pero ella nunca sería la tercera en discordia, antes muerta, aunque su parte oscura supiera que nada heriría tanto a Cassandra como que ella se acostase con su novio.

¡Dios! Se iba a enloquecer, había trabajado durante mucho tiempo para superar todo eso, era la prueba viviente de que se podía funcionar con el corazón roto, con el dolor familiar de la herida y de la ausencia, experimentando la vida de la mejor manera y esperando que nunca se volviera a repetir un sufrimiento así. Se podría escuchar cursi y romancón, pero era así como se sentía. Pensó que lo había superado y ahora que tenía que presentar la verdadera prueba de todo lo aprendido, iba a reprobar con muy baja nota. A su favor tenía que nunca pensó que la trama urdida por Ryan hubiera llegado más lejos de esa parodia en la habitación del hotel. Lo ocurrido con el dinero y los diseños le parecía mucho más grave para su vida profesional y lo que pensaba Brandon de ella respecto a ese tema la preocupaba más que aquella escena sórdida con la que tuvo pesadillas durante un tiempo.

El lunes llegó a Joyerías Diamond a primera hora de la mañana, había escogido un pantalón pitillo verde con una blusa camisera de seda estampada con motivos de hojas a juego con el color del pantalón. Sus zapatos de tacón beige y el cabello recogido en un rodete bajo. Mientras se dirigía a la oficina, rememoró el domingo en Evanston, el grito emocionado de Sophie en cuanto la vio llegar al almuerzo familiar. Ella la abrazó y la besó por un tiempo más prolongado que lo usual, se dijo que a lo mejor ya lo estaba superando, se sentó a su lado para observar el video de la presentación que se había perdido la tarde anterior, y se le volvió a encoger el corazón al pensar en Sara, mientras veía bailar a su sobrina con su tutú rosa. Después del almuerzo salió con su padre hasta el cementerio, no sin antes pasar por una tienda de artículos de baile donde compró unas zapatillas de ballet, mientras él compraba flores en un puesto unas puertas más allá.

Al llegar al cementerio, Ian se alejó, dándole unos momentos de privacidad.

—Hola, pequeña. —Tocó la lápida con la mano y sacó las zapatillas de ballet que dejó en la parte superior, acarició el material y las cintas—. Estoy segura de que serías una estupenda bailarina, mi bella Sara, te imagino con un tutú de colores vivos, no pasteles y tu cabello oscuro recogido en un rodete —suspiró sin dejar de tocar la lápida—. La primavera está en todo su esplendor, espero que desde donde estés puedas ver el sol, los árboles, las mascotas corriendo por el parque, a veces pienso en cuál sería tu animal favorito, pequeña, te imagino guerrera y perfecta en todo. —Se quedó callada unos instantes, a lo lejos vio a su padre acercarse—. He visto a tu padre toda la semana y siempre tengo tu nombre en la punta de la lengua. Quiero hablarle de ti, no sé cómo hacerlo, mi pequeña, pero lo haré, te lo prometo, tendrás que ayudarme de alguna forma.

Su padre llegó hasta ella y se agachó para hablarle a la pequeña.

—Yo te consentiría mucho, mi Sara, tu abuela y yo te hubiéramos obsequiado mucha felicidad, cachorros, atardeceres y muchas galletas.

—Tu abuelito escogió las flores más bellas y coloridas del puesto de Lucy. Te caería bien, siempre tiene dulces en los bolsillos para regalárselos a los niños. Te amo, pequeña, te amo mucho y me haces mucha falta.

Volvió a su presente cuando la recepcionista le dijo que Nathan la esperaba en el área de mercadeo. Respiró más tranquila, ya que podría ajustar sus defensas para enfrentar a Brandon en cualquier momento de la jornada.

La asistente de Nathan, una joven de estilo algo excéntrico, pequeña y vivaz, con el cabello en varios matices de rojo, hubiera parecido becaria universitaria de no ser por su atuendo un poco más conservador. Tan pronto Eva se presentó, la chica se levantó para acompañarla hasta la oficina de Nathan, ella le dijo que no se molestara, que con un simple llamado era suficiente, pero la joven desestimó con un gesto la sugerencia de Eva, en segundos supo por qué. Nathan estaba sentado de espaldas a su escritorio en una pose relajada y con un par de audífonos en los oídos.

—Hace meditación a esta hora —le informó, blanqueando los ojos—. No le gusta que lo interrumpen.

—Volveré más tarde —dijo Eva, pero la mujer negó con la cabeza.

—Voy a interrumpirlo —insistió ella con talante contrariado—, me lo debe, el viernes no pude salir temprano y tuve que plantar a mi novio. Era nuestro tercer aniversario.

—No creo que debas meterte en problemas por...

La mujer no le hizo caso, se acercó a la silla del hombre y le quitó los auriculares. Nathan se dio la vuelta en la silla giratoria, iba a reprender a su asistente, cuando vio a Eva.

Se incorporó de la silla con una sonrisa devastadora.

—Vaya, vaya, miren quien cayó en la jaula del león.

Se escuchó un resoplido de su asistente. Nathan no le hizo caso, tomó a Eva por las manos y le dio un beso en la mejilla. Luego estiró uno de sus largos brazos, la tomó por la cintura, la hizo girar de un tirón y entonces la soltó.

—Eva, qué alegría verte.

—La cabeza me da vueltas —se quejó ella.

—Ese es el efecto Nathan King.

Se escuchó otro resoplido de la asistente.

—Verónica, ya puedes dejarnos solos, y antes de que sabotees otra de mis actividades, tienes una reserva en Acanto para esta noche, así que podrás irte temprano y arreglarte para darle el sí a Paul.

Verónica lo miró sorprendida.

—¿Cómo sabes que él hará la pregunta? —preguntó la chica algo turbada.

—Por Dios, es cuestión de tiempo, llevan viviendo juntos casi tres años, cualquiera que te haya tolerado ese tiempo, si no te ha mandado a freír espárragos, créeme, está listo para hacerte la pregunta. Así que cámbiate ese vestido tan simplón y sorprende a tu chico con algo sexy.

Verónica negó con la cabeza, sonriendo.

—No sé si besarte o abofetearte.

Nathan encogió los hombros y soltó una suave carcajada.

—De nada.

La chica salió del lugar.

—¿Cómo puedes asegurar algo así? —preguntó Eva, sorprendida.

Nathan tenía el descaro de seguir riendo.

—Supe por una vendedora de la joyería en el centro que Paul había estado cotizando anillos de compromiso, así que lo llamé. Verónica lleva más tiempo trabajando conmigo que viviendo con él, la conozco, y lo asesoré en la compra del anillo. La empresa le dio un buen descuento.

Eva se quedó mirándolo un rato.

—Eres un buen hombre, Nathan King.

Él desestimó el comentario con un gesto de la mano.

—Eso no fue lo que me dijeron anoche.

Eva soltó una carcajada.

Era tan parecido a Brandon, pero sin la capa de inflexibilidad que cubría al hermano mayor. Tenía una hermosa sonrisa y los ojos de mirada pícaro, profunda. No se engañaba con las formas relajadas de Nathan King, era uno de los cerebros detrás del auge de Joyerías Diamond, pero también era un rompecorazones de primera laya. Era más delgado que Brandon y por lo que sabía, seguía siendo igual de fiestero. Vestía con traje oscuro y corbata clara, barba de un día sin afeitarse. Sonaba a cliché, pero se veía como si acabara de salir de una sesión de modelaje para alguna revista de modas.

—Vamos a trabajar —musitó Eva, abriendo el maletín con documentos y sacando la laptop.

Nathan la miró espantado.

—¡Dios santo! ¿Tan pronto? Pensé que podríamos atacar unas cuantas rosquitas de chocolate y contarnos experiencias de vida —dijo él acomodándose tras el escritorio—. Mira —señaló una máquina de hacer todo tipo de café—. Puedo ofrecerte un expreso o un capuchino.

—No, gracias. Me temo que tenemos que trabajar.

—Lo haremos, claro que sí, pero cuéntame. ¿Estás soltera, divorciada o...? ¿De qué signo eres? Yo soy de Aries. La astrología no me convence, pero tampoco la descarto...

—Para, para, la verdad me gustaría muchísimo ponernos al día, pero tu hermano no soltará el dinero sino no ve resultados y desafortunadamente

debemos trabajar.

—Te volviste aburrida.

—No me volví aburrida —exclamó indignada.

De pronto se puso serio, sus ojos la atravesaron, queriendo comprender por qué su hermano parecía un lobo herido y ella llevaba una tristeza profunda que no era patente para los demás, pero para él sí.

—No rompas su corazón —pidió en tono de advertencia.

—No voy a hablar de Brandon contigo —musitó sin mirarlo.

—Quedó hecho una mierda cuando terminaron.

Ella soltó una risa irónica, acordándose de la noche que fue a darle la noticia de su embarazo y, en cambio, recibió una dudosa propuesta.

—No me dio esa impresión... —Se detuvo, había cosas que dolían y que no tenía intención de mostrar al mundo, bajó el tono de voz y carraspeó incómoda—. Por favor, Nathan, tengo trabajo que hacer.

Él decidió dejarla en paz.

Trabajaron toda la mañana. Analizaron cifras y luego las tendencias con miras a la expansión que deseaba hacer Brandon.

—He insistido mucho en que tenemos que hacer cosas distintas, no queremos copiar a la competencia, aunque estén más arriba que nosotros —expuso Nathan.

—La identidad corporativa va por buen camino.

—Eso está muy bien —dijo él mientras buscaba unas cifras en el computador—. Mira lo logrado desde que modernizamos el logo hace cuatro años y nos arriesgamos a expandir el mercado. Te envié unas cifras a tu correo.

Eva abrió el correo en su laptop enseguida y analizó la información.

—Están siguiendo una misma línea y han creado una identidad corporativa atemporal y elegante en consonancia con las altas jerarquías del sector —observó.

Nathan sonrió y le envió otro correo que ella abrió enseguida.

—Estamos apostando a un público joven con altos ingresos.

—En el informe que le presentaré a Brandon esta semana, le sugiero, según lo estudiado por tu área, el tema de la inclusión que está a la orden del día, y los Millenials son el grupo que más influye en esa tendencia en este momento. Hay que crear algo que nos diga que lo nuevo está bien.

A Nathan se le iluminó la mirada.

—Me diste una idea, la trabajaré.

El resto de la mañana analizaron presupuestos y cifras de tendencias. Al comienzo de la tarde salieron a almorzar.

Brandon tuvo reuniones gran parte de la mañana y luego despejó su agenda para recibir a Mark.

—¿Qué sabemos de Meyer? —preguntó tan pronto el hombre atravesó la puerta.

—Estamos cerca, lo hemos buscado en casas de amigos, novias y familiares. Mis hombres están investigando a una hermana en Shaumburg y hay un par de hombres en el vecindario por si aparece. Marco Castello es el hombre al que Meyer le debe veinte mil dólares en apuestas.

—Te daré el dinero, pagarás la deuda y así Meyer aparecerá.

—No pienso que deba precipitarse en ayudar a ese gusano, señor King.

—No hemos obtenido resultados en la búsqueda, por lo visto no es la primera vez que lo hace, por lo que pude ver, tiene experiencia en escabullirse. No me puedo dar el lujo de esperar, es urgente para mí hablar con él. Sin la deuda en el panorama, no tendrá necesidad de seguir escondido.

Brandon le extendió un cheque con el monto de la deuda para que Mark lo cambiara en el banco. Ni el dueño del negocio de apuestas podría saber que el dinero provenía de su bolsillo, no quería prevenir a Meyer.

—Tengo noticias referentes a Ryan Winthrop.

Brandon se enderezó en la silla prestando toda su atención.

—Habla.

—Según mis fuentes, hubo una fuerte transacción de dinero, hecha por Mateo Suarez, un narcotraficante del norte de México que está lavando dinero en los centros comerciales que está construyendo Ryan. El problema es que Winthrop es experto en cubrir sus huellas, las autoridades competentes no han podido echarle el guante.

—¿Quién es tu informante?

—No puedo revelarlo, señor King.

Brandon se quedó mirándolo unos instantes.

—Está bien. Necesitamos las pruebas para relacionar al par de nombres.

—Se masajeó el cuello con gesto cansado—. Siempre supe que era una sucia rata.

—Mi fuente está trabajando en ello, pero no puedo asegurarle nada, Ryan es una persona muy sagaz.

—Lo sé, sagaz y retorcido, piensa que está por encima de la ley.

Mark le comentó un par de asuntos más, de poca importancia y salió de la oficina.

No había visto a Eva en todo el día, pero no había dejado de pensar en el beso compartido, en la suavidad de su piel, en cómo pudo sentir las curvas de su cuerpo pegadas al suyo. El resentimiento, tan familiar en él, respecto a todo lo ocurrido con Eva, se iba diluyendo a medida que transcurrían las horas. No sabía si por lo poco averiguado o por ella... Siempre ella... Era momento de ser sincero consigo mismo, no estaba dispuesto a dejarla ir, no entendía cómo su odio se transformaba en algo cálido y visceral, o a lo mejor, ese sentimiento siempre había estado allí, guardado y enmohecido esperando volver a verla, para que esa sensación peleara por salir del rincón de su alma donde la había enclaustrado. Se conocía, no era generoso, le costaba trabajo y se rebelaba, pero darse cuenta de que ella nunca había recibido el dinero... Sí, ya lo había confirmado, había hecho sus averiguaciones y Ryan estuvo detrás del préstamo en compañía de Anne, que fue la que le vendió la idea del soborno, y de Cassandra, que había llegado hacía un par de horas de su viaje y lo esperaba en su departamento. Tendría que controlarse para no acogerla.

Tomó el cuaderno de prueba y los documentos que había impreso y se dirigió a la casa de su novia.

Ya era tarde, casi todos los empleados habían salido. Brandon entró al ascensor y pulsó el botón del aparcamiento, con una llamada había despachado a John, porque quería ir al departamento de Cassandra en su propio auto. Dos pisos más abajo se abrieron las puertas y entró Eva, llevaba el maletín colgado al hombro y un gesto de cansancio, aunque estaba tan hermosa como siempre. A Brandon el corazón se le detuvo al ver su sonrojo y cómo ella quiso desaparecer de su vista y subirse a otro elevador. Estaba seguro de que era a causa del beso.

—Tranquila, puedes tomar el ascensor conmigo.

—Hola, Brandon —dijo entrando al elevador y poniéndose a su lado. Negándose a sentirse intimidada, fijó la vista en las luces de los botones que descendían. Brandon, en cambio, se dedicó a mirarla. Allí estaba esa corriente entre ellos, algo que los atraía y que hacía que se congelara el tiempo.

—¿Cómo te fue con Nathan? —preguntó al tiempo que el aroma de su perfume lo envolvía.

Un gesto cálido asomó a las facciones de Eva y descolló en una sonrisa.

—Fue... interesante.

Brandon sintió el ramalazo de los celos.

—Interesante —repitió para sí en tono irónico.

Su corazón aleteó con posesividad, se puso tenso de necesidad, dio la vuelta y la cercó contra la pared, sin moverse, sin tocarla, apoyó una mano en el muro. Si la besaba, estaba seguro de que no podría parar. De pronto su rostro bajó y acercó los labios a su oído.

—¿Qué fue lo interesante? —preguntó tenso.

—Cosas del trabajo —señaló Eva, nerviosa por la cercanía, sintiendo su respiración y su olor—. Es mejor que te alejes, puede entrar alguien.

Él sonrió seductor.

—¿Solo por eso quieres que me aleje? —preguntó, separándose un momento para oprimir el botón del ascensor que detenía el aparato.

—Brandon —dijo ella en tono de advertencia.

Él volvió a su posición anterior y le acarició un mechón de cabello que se había soltado del recogido. Un gesto delicado en contravía a la tormenta de emociones que se paseaban por su pecho.

—¿Tienes idea de lo jodidamente difícil que es estar alejado de ti? ¿Quién coño no supera a una mujer en cinco años? —Brandon se golpeó el pecho—. ¡Yo! ¿Cómo puedes odiar a alguien y a la vez extrañarlo hasta morir? Te juro que pensé que te odiaba y me engañaba pensando que lo había superado y en el fondo mi corazón, te echaba de menos. —Soltó una risa baja y torturada—. Me iba a casar, maldita sea, pero atravesaste la puerta de la oficina y fue como si entrara un jodido tornado, llegaste a revolverlo todo, el odio, la miseria, el enfado, y lo único que quiero es volver a sentirte. Me estoy quemando, Eva, y no puedo detenerlo.

—No podemos, Brandon, hemos pasado por mucho —dijo ella queriendo alejarlo y a la vez abrazarlo. Las palabras: “Me iba a casar”, atravesaron sus barreras

—¿Qué pasa con Cassandra?

Brandon se alejó y negó con la cabeza varias veces.

—Lo sabrás, no te preocupes, solo puedo decirte que ella ya no está en el panorama de mi vida.

—Espero que no sea por mi culpa.

Brandon la atrapó otra vez, furioso.

—¡Todo esto es tu maldita culpa! —bramó exaltado—. Si tan solo hubieras confiado en mí, no estaríamos atravesando por toda esta mierda. Si me tenías, ¿por qué? —Se alejó de nuevo y se masajeó la cabeza—. Yo...

El sonido del teléfono interno del elevador interrumpió la diatriba de

Brandon. Se apresuró a contestar.

—Sí, no pasa nada, está bien. No hay necesidad. Gracias.

Dejó el teléfono en su puesto y enseguida puso en marcha el ascensor. Se metió las manos en los bolsillos, obligándose a calmarse, ya lamentaba su arranque. En cuanto se abrió la puerta, Eva se apresuró a abandonar el pequeño espacio.

—Corre, corre, James —dijo Brandon—. No podrás hacerlo por mucho tiempo. Por más que lo niegues, sé que estás igual que yo.

Eva se volteó a mirarlo con el deseo de soltarle un comentario irónico, algo que lo lastimara, pero su mirada hambrienta la detuvo. La había llamado James, como en la época del amor, escuchar ese nombre hizo que los recuerdos cortaran su corazón como pequeñas espinas. Se llevó la mano al pecho.

—No tienes derecho a llamarme así —dijo con voz estrangulada y luego se dijo que estaba siendo ridícula, se dio la vuelta y caminó hasta la salida.

CAPÍTULO 32

—¡Cariño! —saludó Cassandra, vestida con un traje camisero de diseñador. Estaba descalza cuando se acercó a besar a Brandon. Él le esquivó la boca y se separó enseguida, ella no pareció notar nada raro.

En la sala del departamento había un juego de maletas que la mujer no se había molestado en abrir.

—El viaje fue horrible, hubiera preferido volver por Los Ángeles y no por Madrid. No sé qué pasaba con los operadores, alguna huelga o algo así, nos retuvieron en el avión más de dos horas. Te juro que casi me da un ataque de claustrofobia.

—Necesito hablar contigo —dijo él sin ni siquiera tomar asiento.

—¡Fabuloso, cariño! Deja y ordeno algo de comida, me apena no cocinar hoy, quería hacerte algún plato especial y mostrarte algo que compré. —Se estiró frente a Brandon y le acarició el rostro en busca de su boca. Pero él rehuyó de nuevo la caricia, se sentó en el sofá y la invitó a tomar asiento. La veía y le parecía increíble haberle dado toda su confianza, ¿qué diablos le pasaba a él con las mujeres?—. Voy por un poco de vino. Necesito reunirme contigo y con Nathan mañana, tengo buenas noticias.

—Siéntate, Cassandra.

A la mujer se le borró la sonrisa. Buscó sus ojos, pero su gesto impenetrable no le dijo nada y se percató de que, desde su llegada, él no la había besado ni una sola vez. Entonces supo que algo grave había ocurrido. Se sentó en el borde de la silla con la espalda recta.

—Me estás asustando, cariño. ¿Qué pasa?

Brandon abrió el sobre que llevaba en la mano y en el que ella no había reparado y sacó el cuaderno de su vergüenza. Cassandra se puso pálida de repente y lo miró angustiada. Se levantó de golpe, le dio la espalda y comenzó a alejarse.

—¿Qué tienes que decirme respecto a esto? —Brandon sacó el resto de papeles y los dejó encima de una mesa esquinera.

Ella se dio la vuelta y los miró con profunda tristeza. Negó con la cabeza varias veces. De pronto, toda máscara de su rostro desapareció cuando se sentó. Se cubrió el rostro con las manos y soltó un llanto doliente y

desconsolado. Brandon observaba en silencio su tristeza. Con los hombros hundidos y los sueños rotos, levantó la mirada y lo enfrentó.

—Estoy tan cansada de fingir, fingir que soy la mujer perfecta para ti, fingir que soy una mujer exitosa, que soy la feliz hija de los padres que la vida me envió.

—Tienes todo, no te quejes, maldita sea, eres del grupo de los privilegiados, no me vengas con enredos. —Su voz sonó dura y helada—. ¿Por qué lo hiciste?

Ella se quedó callada, rompió de nuevo en llanto al comprender que todas las tretas, las mentiras y maquinaciones no le habían servido de nada.

—¡Contesta! —explotó.

Brandon se levantó de la silla y caminó unos pasos por el lugar. Recordó sus inseguridades, su incapacidad de trabajar con otras mujeres, solo una gran inseguridad la tuvo que haber obligado a hacer algo tan incorrecto. Ella se levantó y caminó hasta él.

—Lo repararé de alguna forma, lo siento, necesito que me perdones —rogó ella tratando de llegar a él de alguna forma.

Brandon la tomó de ambos brazos y la sacudió.

—No me has contestado ¿por qué le arruinaste la vida a esas personas robándoles algo que no era tuyo? Robaste sus sueños, sus creaciones, horas de trabajo y esfuerzo, ¿te das cuenta? Eres una vulgar ladrona.

Ella se soltó de su agarre, se alejó y chilló.

—¡No soy una ladrona! Solo quería lo mejor para las joyerías, y de la mano de esas mujeres sin clase los diseños no habrían surgido. —Se golpeó el pecho—. Yo les di clase, les di estilo, los mejoré.

—¡Pero no eran tuyos! —gritó—. ¡Eres una ladrona!

—Anne estuvo de acuerdo conmigo, no le vio nada de malo.

Brandon se irguió como si hubiera recibido una bofetada, reaccionó como siempre que se enteraba de alguna treta de su madre y luego soltó una risotada carente de humor.

—Así que mi madre está en esto —dijo con voz ronca y mirada dura—. Vendiste tu alma al diablo y no te sirvió de nada.

Cassandra se descontroló y se acercó a él, rogándole.

—¡Lo siento! ¡Lo siento tanto!

—Me iba a casar contigo —dijo él descompuesto.

—¡No, mi amor! —Brandon se la sacudió, podía percibir su angustia y quiso hierla de alguna manera, pero se dijo que no valía la pena. Pensó en

Anne y lamentó en el alma tener la clase de madre que tenía. Cassandra se aferraba a él, suplicando desesperada—. ¡Lo solucionaremos! Perdóname, por favor, nadie tiene por qué saberlo, vamos a casarnos. Me propusiste matrimonio, yo las buscaré y las compensaré si eso es lo que quieres, les daré un buen dinero.

—Basta —dijo Brandon cansado de la diatriba, él ya había tomado su decisión—. Dicen por ahí que el dinero no lo compra todo. Ni lo intentes.

—Por favor, mi amor —insistió ella, aunque en el fondo de su corazón sabía que no había nada que hacer, lo conocía y Brandon no era de dar segundas oportunidades.

Él la miraba sin creer que la hermosa mujer que tenía enfrente fuera tan egoísta. Tendría que indemnizar a las mujeres de alguna forma, tapar el error cometido por Cassandra, porque había sido en su empresa y el prestigio de esta podría verse en riesgo. Tantos años de trabajo, de hacer las cosas bien, para que acciones engañosas de terceros se llevaran su labor por delante. Eso lo enfureció.

—¡Se acabó! ¡Te quiero fuera de la empresa! ¡Fuera de mi vida! Tienes prohibido acercarte a alguna de las diseñadoras, yo me encargaré de ellas, si lo haces te hundiré, no me importarán los años que compartimos juntos. — Soltó un suspiro cansado—. Eva tenía razón sobre ti.

Ella quedó pasmada, dejó de llorar enseguida, se secó el rostro con un arrebato.

—¿Qué tiene que ver Eva James en esto?

Esa sería su revancha, caviló Brandon.

—Todo, ella tiene todo que ver.

Un silencio sofocante invadió el lugar, al tiempo que Cassandra lo miraba pasmada, tratando de registrar lo que escuchaba.

—¿Has vuelto a verla? —preguntó con voz gangosa.

—Sí.

Se acercó a él y lo golpeó en el pecho.

—¡Lo sabía! Esa zorra volvió para dañarlo todo, ¿cómo puedes?

Brandon la aferró de las muñecas.

—¡Cálmate!

Cassandra lo miró con una expresión que Brandon no le conocía y se soltó de manera brusca.

—Todos estos años aguantando tus lágrimas de cocodrilo, ¡mientras te divertías con todas esas zorras! —gritó—. Una mujer tras otra, porque estabas

desesperado por olvidarla. ¡Te esperé, imbécil! Año tras año, rogando que me miraras, fui tan estúpida.

—No te lo discuto y como consejo para tu vida, no pongas tus sueños y esperanzas en un hombre, un hombre no va a arreglar lo que está mal contigo.

—¡Lárgate! ¡Vete con tu zorra!

Brandon se dirigió a la salida.

—No te quiero más en la empresa, estás advertida.

Salió del lugar dando un fuerte portazo, hasta el hall llegaban los violentos sollozos de Cassandra.

Salió del edificio presuroso, necesitaba a Eva, lo que iba descubriendo apuñalaba su conciencia. Necesitaba salir del infierno en el que estaba, así tuviera que caminar por un trecho lleno de espinas para llegar al cielo de su mirada, al calor de sus brazos, al bálsamo de su boca. La necesitaba y podía pasar el resto de su vida sin necesitar nada más. Confrontaría a su madre, sabía por Nathan que estaba en Nueva York, volvería a mitad de la siguiente semana, lo que le daría tiempo para recabar más información. El móvil vibró en su bolsillo.

—Ya llegó Meyer a su casa, señor King —dijo Mark—. ¿Qué quiere que hagamos?

Brandon había aparcado en la calle. Aunque tenía una plaza en el edificio de Cassandra, ese día se negó a utilizarla. Oprimió la alarma del coche.

—Ya voy para allá. No lo vayas a espantar, yo hablaré con él. Mantenme al tanto.

Se acomodó el cinturón de seguridad.

—Como usted diga, señor.

Llegó al lugar a los veinte minutos.

—Yo voy a hablar con él primero —dijo en cuanto visualizó al investigador.

—Debería dejar que lo acompañe, no tiene un buen prontuario y pienso que acorralado puede ser peligroso.

Brandon necesitaba tomar la investigación en sus propias manos.

—Puedo cuidarme solo, además, estarás a pocos pasos.

Se metió los puños en la chaqueta y caminaron por las calles mojadas hasta la vivienda, saltó un charco y llegó al pequeño jardín de la casa.

Un hombre alto y delgado de barba descuidada les abrió la puerta. Se sorprendió al verlo.

—Meyer.

El hombre aferró la puerta como si se la fuera a cerrar en la cara.

—Señor King, no lo esperaba —dijo con voz ronca.

En las facciones del hombre apareció un sesgo de temor.

—Tengo que hablar con usted, Paul.

El hombre los miró a los dos y decantó los ojos en el jefe de seguridad, evaluándolo de arriba abajo, seguro calibrando la presencia de un arma. Mark levantó ambas manos en un tácito gesto y el hombre se relajó.

—Viejo Mark, supe que te está yendo muy bien —comentó Meyer.

El hombre no le contestó.

—¿Podemos hablar? —inquirió Brandon.

Meyer abrió más la puerta e invitó a pasar al par de hombres. Brandon le hizo una seña a Mark para que lo esperara afuera.

Entró en un lugar desordenado, que no conocía la presencia de una aspiradora. La vivienda olía a cigarrillo, a comida y a cerveza.

—Si hubiera sabido que tendría visitas hubiera limpiado —dijo el hombre con sarcasmo.

Brandon se cruzó de brazos y se negó a tomar asiento, se acercó a una de las ventanas.

—Voy a ir al grano, Meyer. Necesito que me hable de una época muy específica. Hábleme de Ryan Winthrop y su relación con Maurice Weisz y Eva James.

El hombre frunció el ceño.

—¿Eva James? No recuerdo...

—Mi novia en esa época, hacía su práctica en la empresa.

El hombre recordó enseguida y soltó una sonrisa nerviosa.

—La chica rubia que estaba en el lugar equivocado a la hora equivocada.

El nudo de angustia en el estómago de Brandon se acrecentó.

—¿Qué quiere decir con eso?

El hombre soltó una risa burlona.

—Fue como un conejo directo a la trampa, no entiendo cómo no se dio cuenta de todo. No fue nada personal, eso repetía Winthrop, era solo trabajo.

Brandon carraspeó varias veces.

—Necesito que me hable con claridad y me cuente todo desde el principio, me lo debe.

El hombre soltó una risa seca que terminó en un ataque de tos.

—Así que fue usted.

—No me lo agradezca, estoy pagando por información que espero sea de

valor.

—Será de valor, claro que sí. —El hombre fue por una cerveza a la nevera, la destapó, le brindó una bebida a Brandon, que él declinó—. Ellos los engañaron como niños, nunca entendí lo que pretendían, solo me limité a cumplir órdenes. —El hombre bebió un sorbo de su cerveza y Brandon se arrepintió de no haber aceptado la bebida, tenía el presentimiento de que la iba a necesitar—. Tome asiento, señor King, porque la historia es larga.

Brandon se sentó. El hombre empezó su relato contándole como Anne había hecho seguir a Eva desde el primer día que había llegado a la empresa, y como Ryan aprovechaba cada momento para ganarse su confianza.

Brandon empezó a sudar frío.

Meyer continuó la historia. Relató cómo Winthrop le había dado el sobre con los diseños que había sustraído para que la chica se los entregara a un ficticio maître y como él estaría unas mesas más allá para tomar las fotografías cuando Weisz se acercara.

Brandon se sintió enfermo y consternado a medida Meyer avanzaba en su relato. No pudo evitar interrumpirlo.

—¿Por qué me lo está contando ahora? Esta información hubiera sido muy valiosa en su momento.

—Y a lo mejor hubiera dado con mis huesos a la cárcel, además, Winthrop en ese momento me necesitaba y tenía trabajo con él, pero es un hijo de puta en toda la extensión de la palabra. ¿Ha conocido usted esa clase de personas que llevan la crueldad bajo la piel, pero solo se advierte cuando se han sufrido sus efectos?

—Me está describiendo a Ryan Winthrop, lo conozco.

—Entonces, si usted lo conocía, ¿por qué le creyó toda esa pantomima? —“Celos, inseguridad, estupidez, escoja usted”, quiso decirle Brandon—. Además de todo es un perverso, cuando me hizo instalar las cámaras en la habitación del hotel, debí saberlo. Apuesto a que todavía se la sacude observando a la chica.

Brandon sintió como si hubiera recibido una bofetada. Se levantó de golpe, agarró a Meyer de la camiseta, lo alzó de un tirón y lo arrinconó contra la pared.

—¿De qué diablos me está hablando, hijo de puta? —preguntó sulfurado y con los ojos desorbitados.

El hombre, asustado, le contó cómo la habían engañado, le habló de Martin Spencer, el experto en informática que había hackeado la cuenta de Brandon

para enviar los correos que hicieron que Eva fuera al hotel. Ella pensaba en todo momento que hablaba con Brandon, pero era Ryan el que lo hacía. La ropa que la hizo vestir y cómo, estaba seguro, la observaba por las cámaras.

Brandon quería golpear algo y a la vez golpearse él mismo. El maldito de Ryan había jugado con sus emociones como si fuera un jodido niño de pañal. No había sido capaz de proteger a Eva, lo enfermaba el que ese perverso hubiera abusado de ella, con qué cara se iba a presentar ante ella, no la merecía, ni antes, ni mucho menos ahora.

—¿La lastimó?

El hombre negó con la cabeza.

—No que yo sepa, todo ocurrió muy rápido, cuando usted entró en la habitación, él apenas había acabado de entrar tres minutos atrás.

—¿Por qué debo creerte, grandísimo hijo de puta? —le dio un puñetazo en pleno rostro.

—¡Porque así fue!

El hombre se soltó y se alejó de él, caminó rumbo a un mueble seguro buscando un arma para enfrentarlo.

—No te molestes —dijo Brandon con tono letal, sacó un arma y lo apuntó —, no me des motivos para liberar al mundo de una escoria como tú.

El hombre se alejó del mueble y levantó las manos. Brandon guardó el arma y caminó como fiera enjaulada por el desordenado espacio. Si todo lo que le contaba Meyer era verdad, habría cometido una de las peores injusticias de su vida. De pronto, las dudas, los viejos comportamientos, lo asaltaron.

—Espero que Eva no haya contactado con usted antes, para que me estén vendiendo este cuento traído de los cabellos.

El hombre negó con la cabeza varias veces, mientras se limpiaba la sangre de los labios producto del golpe. Brandon se dijo que se merecía mucho más, pero lo necesitaba.

El remordimiento apenas lo dejaba recibir aire con efectividad.

—Fue todo tan exacto, hasta la droga que le dio a la señorita James para atontarla.

Iba a matar a Ryan con sus propias manos.

—¿Cómo? —preguntó con voz ronca.

—Le puso una droga a la botella de champaña, para que estuviera dócil cuando ocurriera todo.

Si hubiera escuchado a Eva en su momento, en vez de dejarse llevar por su

orgullo de macho herido, otra sería la vida de los dos. Lo angustiaba sobremanera su comportamiento con ella en la habitación del hotel, la había abandonado, humillado, no podía imaginar el desasosiego que debió sentir, la vulnerabilidad al darse cuenta de que no era él el que llegaba. Si hubiera estado en sus cinco sentidos, habría estado más combativa y lo habría hecho escucharla.

—Nunca entendí lo que pretendían —comentó el hombre.

—¿Pretendían? —preguntó más para él mismo—. ¿Mi madre?

Meyer se quedó callado y el que calla otorga, elucubró Brandon. La mirada que le lanzó fue más que elocuente. No podría perdonarle tamaña traición.

—¡Maldita sea! —bramó llevándose las manos detrás de la cabeza—. Necesito que permanezca en la ciudad, si no lo hace, lo denunciaré y lo enviaré a la cárcel o en el mejor de los casos, lo entrego a sus acreedores, que sé que son varios. Me pondré en contacto con usted ¡Cuidado con avisarle a Ryan! ¡Porque lo sabré!

Salió al jardín, la sangre le bullía.

—Mark, ubique a Martin Spencer, enseguida.

—Él trabajó en las joyerías hasta hace tres años más o menos.

—¿Qué mierda hacía en mi empresa?

—Era uno de los expertos en seguridad informática.

Lo que le faltaba.

—Necesito hundir a Ryan Winthrop, no importa lo que tenga que pagar ¡Lo quiero agarrado de las pelotas hasta que se ahogue! Necesito que averigües la dirección de Spencer.

CAPÍTULO 33

Mientras se dirigían a sus respectivos autos, Brandon puso al tanto a su jefe de seguridad de lo hablado con Meyer. La rabia apenas lo dejaba respirar.

—¡Vamos a casa de Ryan!

Mark lo observó de reojo.

—Pero, señor, será...

—¡Vamos! —bramó.

Después de varios intentos por aplacar la ira de su jefe, Mark desistió. Ryan vivía en una casa cerca de Lincoln Park. Aparcaron el auto frente a una gruesa reja, se bajaron y escrudñaron algún resquicio por el que acceder a la mansión. Lo encontraron por el lado de la piscina. Atravesaron esa área.

Brandon agradeció que Ryan odiara a los perros, por una puerta de cristal accedieron a la vivienda. La alarma se escuchó enseguida y las luces se encendieron, Mark se acercó y la desactivó enseguida. Ryan en pijama bajó las escaleras con un arma en la mano, dispuesto a defenderse de su atacante.

En cuanto vio de quién se trataba, descendió sorprendido. Brandon lo alcanzó en el último tramo de las escaleras y como un toro furioso lo agarró de las solapas del pijama, el arma se resbaló de sus manos

—¡Grandísimo hijo de puta!

Ryan lo miraba como si se hubiera vuelto loco y apenas podía modular.

—¡Qué diablos! —exclamó antes de que Brandon le diera un puñetazo en el rostro.

Lo arrastró hasta una pared cercana, aprovechando que apenas se reponía del golpe.

—¡Voy a matarte! Lo sé todo, la manera en que engañaste a Eva, para llevarla a ese maldito hotel.

Ryan lo miró confuso y empezó a su vez a atacarlo para defenderse. Brandon le dio otro golpe que ya el otro, más alerta, esquivó. Se soltó de mala manera y se alejó hasta el centro del salón.

—No me arrepiento, me di el gusto de joderte la vida —soltó con profundo desprecio.

—Eres una maldita rata.

Le dio un golpe en el estómago que Ryan no vio venir. Se dobló en dos y Brandon se acercó para molerlo a golpes, pero él se escurrió, tenía la ventaja de que conocía la casa y supo esquivarlo. Brandon tropezó con una pequeña mesa por alcanzarlo, pero eso no lo detuvo, fue de nuevo a por él. Ryan lo recibió más preparado y se enzarzaron en una serie de golpes mientras ambos caían al suelo. Mark había tenido el buen tino de resguardar el arma, pensaba que su jefe había sido temerario al enfrentarlo de esa manera, pero la ira apenas lo dejaba razonar.

—¡No entiendo tu odio! Fue así desde que llegaste a mi casa —gritaba Brandon agarrándolo de las solapas y levantándolo de un tirón. Ryan era más bajo, pero estaba más acuerpado, sin embargo, Brandon jugaba con una gran fuerza y agilidad.

—Lo tenías todo —exclamó Ryan con el odio barbotando de su boca—. Te creías el puto rey, mirando el mundo con condescendencia, fuiste el preferido de mi padre. Me alejaron al poco tiempo.

—¡Porque eras un maldito matón! Tirabas la piedra y escondías la mano como el hijo de puta que siempre fuiste, pero con Eva te pasaste.

Le dio un puñetazo en la boca que Ryan respondió.

—Estabas tan encoñado, que fue como quitarle un caramelo a un niño —se burló Ryan y eso renovó la ira de Brandon que lo agarró de nuevo a golpes.

—Te voy a pisotear como la maldita escoria que eres, vas a ver, no descansaré hasta verte hundido. Cuando caigas, porque caerás de una forma u otra, piensa en mí.

Lo soltó con fuerza y cayó cerca de la escalera, Brandon salió del lugar seguido por Mark.

—Buena derecha, jefe.

Brandon se limpió la sangre del labio.

—Gracias. Me voy a casa. Busca a Spencer, quiero verlo mañana.

En el auto de camino a su departamento se permitió por primera vez en cinco años darse una vuelta por los recuerdos agridulces que atesoraba en un espacio de su alma cerrado a cal y canto, de ese amor que, como enfermedad virulenta, había invadido su vida y no tenía intenciones de alejarse. Se conmovió recordando sus risas, sus charlas, las miradas, la conexión. Lo que había vivido con Eva había sido tan corto, pero tan intenso, que los había marcado a fuego.

Necesitaba un trago, caviló. Antes de llegar a su casa, se compuso como pudo, el labio estaba hinchado y estaba seguro de que al día siguiente tendría un ojo morado. No le importó, Ryan había quedado mucho peor.

Se apeó frente a un bar, entró a lugar, se sentó y pidió un whisky mientras se perdía en sus pensamientos. El mesero le pasó una bolsa con hielo.

Lo que él sentía era lo mismo que veía en los ojos de Eva, así en ese momento ella quisiera hacer un moño con sus pelotas. No podía culparla. Le dolía el tiempo desperdiciado en odios, en sufrimientos amargos y resentimientos sin razón. El arrepentimiento apenas lo dejaba pensar en lo que debía hacer. Recordaba a su Eva, risueña, combativa, tierna y apasionada, una mezcla que lo volvió loco de amor y deseo. La forma en que lo miraba... Pero también recordó lo que ese amor había hecho en él, tenía que ser sincero consigo mismo, el amor por Eva lo había vuelto celoso, posesivo, intransigente, tanto, que ella prefirió ocultarle la supuesta amistad con Ryan. Tenía su cuota de culpa en lo ocurrido.

La Eva de la actualidad era lejana, como una escultura de museo que podía admirar, pero no tocar. Seguía siendo la mujer más hermosa para él, pero había perdido mucha de su alegría, se había vuelto introvertida y muy prevenida. Claro que tampoco él era un dechado de simpatía, ella no tenía ningún motivo para sonreírle al hombre que la había tachado de zorra y de ladrona. ¡Dios! ¿Cómo había podido equivocarse tanto? Lo ponía furioso su propia estupidez. Ella nunca lo iba a perdonar.

Sintió por un momento que le faltaba el aire. Siempre se sintió culpable con su exprometida por no quererla de la manera en la que había amado a Eva, suplía esa falta de amor con regalos, viajes y dándole gusto en lo que ella quisiera, tolerándole sus comportamientos nocivos, que habían sido muchos a la luz de todo lo ocurrido.

Horas más tarde, tocó el timbre de manera insistente, hasta que recordó que tenía llaves del departamento de su hermano en algún cajón del escritorio de su estudio, iba a devolverse por ellas en el momento en que la puerta se abrió y un Nathan cabreado, despeinado y a medio vestir se asomó al pasillo, donde lo encontró recostado en la pared lateral con una botella en la mano.

—¿Qué diablos...?

—Necesito hablar...

Confuso al verlo por primera vez en años en ese estado, Nathan lo llevó hasta la sala, retiró unos periódicos del sofá, lo acomodó como si fuera un niño y le quitó de las manos la botella vacía.

—¿Con quién te peleaste?

Brandon se quedó en silencio. Nathan fue a la cocina, sacó una bolsa de guisantes de la nevera y se la pasó.

—Te haré café.

Brandon sonrió.

—No quiero café —alargó las palabras—. Quiero tomarme un jodido trago con mi hermano.

—Son casi las tres de la mañana, me imagino que estás en la labor hace rato. ¿Te peleaste en un bar? Me hubieras llamado antes y con gusto te habría acompañado.

—Te imaginé ocupado.

Nathan sonrió y fue hasta un mueble de dónde sacó un par de vasos.

—Imaginaste bien. Estoy ocupado.

Brandon hizo el amague de levantarse, pero Nathan no lo dejó.

—Tú te quedas aquí. —Le revisó el labio y el ojo—. Sobrevivirás.

Una hermosa mujer con piernas kilométricas y cabello oscuro hizo su aparición en la sala. Vestía una de las camisas de Nathan.

—Cielo —dijo Nathan a la joven—, vas a tener que disculparme, emergencia familiar, cámbiate, por favor, haré que te lleven a tu casa.

—No es necesario —atajó Brandon, intentando levantarse otra vez, pero Nathan no lo dejó. La cabeza le dio varias vueltas y desistió de su tentativa.

La mujer no dijo nada y se alejó por el pasillo. El hombre tomó el teléfono y solucionó el medio de transporte.

—Siento dañarte tu...

Su hermano menor lo interrumpió.

—No estás dañando nada, acabábamos de llegar de una fiesta, estábamos empezando a calentar.

Brandon se refregó la cara antes de mirar a su hermano de nuevo.

—Ahórrate los jodidos detalles, no me interesan.

Nathan fue hasta la habitación y volvió al poco tiempo con un pantalón de chándal y una camiseta de manga corta. Acompañó a la chica, que vestía un diminuto vestido de fiesta y estaba encaramada en unos tacones altísimos, hasta la puerta, le dio un profundo beso y la despidió con la promesa de que la llamaría al día siguiente.

Fue al bar, de dónde sacó una botella de Jack Daniels y un par de vasos, y sirvió los dos tragos. Le ofreció el licor a Brandon y se sentó frente a él.

—Ahora sí, buen hombre, confiesa tus pecados, tenlo por seguro que tu

hermano te absolverá. —Brandon bebió un sorbo largo y se quedó en silencio mirando lejos—. Déjame adivinar, ¿le pusiste los cuernos a Casandra con ese fuego de dinamita que es Eva? Y para hacer penitencia, te metiste en un bar de mala muerte y te liaste a golpes con un par de moteros, no me quites la ilusión.

—Estás loco.

Nathan no le hizo caso.

—Esa follada no necesita absolución, eso merece un premio.

Brandon fijó la mirada beoda en él y luego miró el departamento, algo desordenado.

—¿Tú solo piensas en folladas?

Nathan, serio en apariencia, le contestó.

—Gran parte del tiempo sí, como la mayoría de los hombres en el mundo cuando vemos un buen culo y un par de tetas, bueno, y cuando no las vemos también.

—Eso es un jodido mito —aseveró escéptico.

—Si tú lo dices. Dime que él o los cabrones con los que peleaste quedaron peor que tú.

Brandon no dijo nada y llevó la mirada al desorden de periódicos encima de la mesa.

—¿Es qué tu mucama no ha vuelto? Esto parece un chiquero.

Nathan bostezó, levantó el brazo y bebió un sorbo.

—Me imaginó que no fue para hablar de folladas y del maldito desorden que irrumpiste en mi casa a las cuatro de la mañana, dando al traste con una sesión de sexo que prometía ser épica.

—No —respondió bajito y con tono de voz ronco.

Tras dejar el vaso sobre la mesa, Nathan se acercó a él.

—¿Qué te pasa, hermano? Hacía mucho tiempo que no te veía así. No sé si asustarme o felicitarte.

Brandon, que miraba el vaso entre sus manos, levantó la mirada y soltó un resoplido.

—¿Felicitarme?

—Sí, felicitarte, por fin veo esa chispa en ti que ha estado ausente durante años. Nunca te había visto con la boca reventada y un ojo morado, Matt tiene que saberlo, hermano, es demasiado bueno para dejarlo pasar.

Brandon soltó el vaso, se tapó la cara con las dos manos y negó con la cabeza varias veces.

—Hermano, he cometido un error bestial.

—Cuéntame —dijo Nathan en tono suave, dejando atrás ya todo dejo de burla.

Escuchó por varios minutos sin atreverse a interrumpirlo. Amaba a Brandon de manera fiera e incondicional. Su valiente hermano mayor había suplido muchas carencias emocionales del par de hermanos menores. Admiraba su dureza y su tesón, su gran capacidad de trabajo que a veces le impedía disfrutar de la vida como se merecía. Ni Mathew ni él supieron nunca lo ocurrido con Eva, ahora, escuchando su discurso algo inconexo, no sabía qué pensar. Si bien en un primer momento la presencia de Eva le causó resquemor, ahora estaba ciento por ciento seguro de que ella era la mujer a la que su hermano de verdad amaba, no Cassandra. A Nathan se le partió el corazón ante lo que le contaba.

Brandon, a pesar del licor ingerido, tuvo buen cuidado de que de su boca no saliera el nombre de Anne. Aunque sus hermanos sabían qué clase de persona los había traído al mundo, era su madre y algo así sería muy doloroso de aceptar y lo menos que deseaba Brandon era lastimarles el corazón. Se guardó ese pedazo de información y esperó a que Nathan le diera su punto de vista.

—Siento pena por Eva y todo lo que tuvo que pasar. Quisiera reprenderte por no haber visto un poco más allá de tus celos, sobre todo conociendo la naturaleza de Ryan, pero todos somos humanos y cometemos errores. Es sobre esa premisa que tienes que empezar a reconstruir tu vida, ya sea que ella te perdone o no, porque tendrás que arrastrarte. La pregunta aquí es, ¿la amas? ¿La quieres de vuelta?

Brandon soltó una risa como si se le hicieran absurdas las preguntas.

—No ha habido un solo día en el que no la haya tenido en el pensamiento, así fuera con rabia.

—Por Cassandra siento algo de lástima, no debió ser agradable para ella verte tan enamorado de Eva y luego con otras mujeres.

Brandon se levantó furioso, se tambaleó un poco, pero caminó hasta un mueble donde había varias fotografías de ellos en diferentes edades y eventos.

—Yo no puedo sentir lástima por ella, de manera indirecta influyó en todo esto y, además, cometió un delito. ¡La mujer que iba a ser mi esposa!

—Me imagino la sorpresa que se llevó cuando se dio cuenta de que estabas enterado de todo. Me abisma de lo que son capaces algunas personas por conseguir lo que creen que es de ellos. Dicen que nada hay oculto entre el cielo y la tierra.

Brandon se devolvió y se tumbó de nuevo en la silla con gesto derrotado.

—Ella no me importa. —Suspiró, apesadumbrado—. No sé cómo acercarme a Eva, cómo empezar a repararlo.

Miró a Nathan, vulnerable, y eso era una sorpresa para su hermano menor.

—Quisiera darte la fórmula, pero no la hay. Debes sincerarte con ella, acercarte de nuevo, pero despacio, con cautela. Conoce la nueva mujer que es hoy día y guárdate las manos en los bolsillos y la polla en los pantalones.

—Eso es lo jodido —aventuró Brandon.

—¿Qué? ¿Tener la polla dentro de los pantalones?

Brandon sonrió a su pesar.

—No, aunque ha sido difícil, no te lo niego, ver que ella, a pesar de toda su dureza, tiene esa misma forma de ser que me volvió loco en el pasado. Veo en esta nueva mujer tantas cosas de la Eva de antes, que te soy sincero, si hubiera sido culpable, con el paso del tiempo me hubiera importado bien poco y estaría como estoy ahora.

—Sé que será difícil, pero te conozco, no puedes asustarla. La has odiado durante mucho tiempo, por lo que me cuentas has sido un cabrón con ella, tendrás que ser muy persuasivo, no creará ninguno de tus avances. Ten cuidado.

—Deberías abrir un jodido consultorio —señaló burlón.

Nathan se levantó y le quitó el vaso de licor de su hermano.

—Recuerda que tengo un magister en Psicología, por aquello de las tendencias y el negocio.

—¿Te he dicho que estoy muy orgulloso de ti y de Mathew?

—Sí, cada vez que tomas unas copas de más.

—Hace días no hablo con Mathew.

—Él está bien, ese taller de tasaje y talla en Sudáfrica es como su hijo.

—Lo sé.

Brandon se levantó, Nathan lo detuvo.

—Quédate aquí, duerme un rato, ya va amanecer, te despertaré con un buen desayuno y verás las cosas desde una óptica distinta.

Brandon, en medio de la nebulosa del alcohol, no lo creía, pero se las ingeniaría para ignorar el cadáver del elefante en medio de la habitación, que desprendía un hedor impresionante. Ahora lo más importante era ella.

CAPÍTULO 34

Hola, James, espero que hayas dormido bien. Te pido disculpas por mis avances, pero cuando se trata de ti, mi cerebro se vuelve papilla, prometo de ahora en adelante portarme bien. Pasando a otro tema, recuerda que John está disponible para llevarte a donde quieras. El pobre hombre debe ganarse su sustento y piensa que no te simpatiza, espero que lo dejes hacer su trabajo. Te espero en mi oficina tan pronto llegues a la empresa, quiero discutir contigo ciertos aspectos de nuestra asociación.

Tuyo,
Brandon.

Eva releyó el mensaje varias veces, “Tuyo, Brandon”. ¿Quién era ese hombre y que había hecho con Brandon *Gilipollas* King? El escuchar “James” en el ascensor, la había descolocado la noche anterior, llevándola por el sendero de las emociones y los recuerdos, ¿por qué? Sus palabras la golpearon toda la noche, no supo qué pensar, a lo mejor era alguna retorcida venganza y quería que bajara sus defensas para atacar con todo, tendría que estar preparada. Aunque no dejaba de pensar en el par de encuentros, el beso y cómo ella le había respondido, se avergonzaba cada vez que lo recordaba.

Observó su vestuario, se sentiría más segura si ponía más cuidado del normal en su atuendo personal. Era una hipócrita, quería llamar su atención así se estuviera muriendo de miedo. Se vistió con una falda entubada de color negro que estilizaba su figura y una blusa de seda color hueso, femenina y elegante, adecuada para el trabajo. Se dejó el cabello suelto y completó el atuendo con unos pendientes de perlas y sus Manolos negros de tacón delgado. Decidió llevar la chaqueta en el brazo, pues el día pintaba más como del verano que llegaría en unas semanas.

Ya en la limosina, pensó en los datos recolectados, era su reputación la que estaba en juego. Si sus padres se enteraban de que su buen nombre estaba en entredicho, no quería imaginar lo doloroso que sería para ellos, ya habían sufrido mucho por su culpa.

Se sintió nerviosa al arribar a su destino. Al llegar al despacho de Brandon, la secretaria le dio vía libre enseguida, y en cuanto entró a la oficina,

él se puso de pie y salió a su encuentro. ¡Qué diablos...! Lo miró pasmada, llevaba el ojo morado y los labios hinchados, el superior partido por la mitad.

—¿Qué te ocurrió? —Quiso tocar sus heridas—. ¿Estás bien?

—Estoy bien, fue un incidente sin importancia —contestó él, tajante.

Ella no dijo más. A pesar de las heridas estaba elegante como siempre, había dejado los trajes formales de días anteriores y se había decantado por ropa casual. Eva estaba segura de que todo el atuendo era de diseñador: un pantalón de dril color caqui, una camisa azul clara y chaqueta de pana azul oscura, los zapatos color miel hacían juego con la correa.

Ese Brandon le recordó al chico de universidad del que se había enamorado, su cabello con ese peinado ligeramente desordenado y el olor de su colonia, que podía jurar era el mismo que usaba en esa época. Solo su mirada y la sombra debajo de los ojos le decían que algo lo preocupaba. No creía que él se hubiera vestido así por ella. Se percató de que toda animadversión y desconfianza habían desaparecido de su mirada.

Tenía que salir de esa oficina, trabajar lejos de su presencia, no era justo, debería odiarlo, pero algo en él la ablandaba, no tenía idea de por qué.

—¿Cómo estás, James?

Quiso pedirle de nuevo que no la llamara así, pero entonces él se daría cuenta de cuánto la afectaba y su orgullo no se lo permitía. Decidió ignorar el apelativo, pero algo en su corazón se había encogido de nuevo al escucharlo.

—Mejor que tú. ¿Supiste algo de Meyer?

Brandon quiso morirle frente a ella por todo lo que le había contado el hombre la noche anterior. Quería decirle la verdad cuando hubiera hablado con Spencer.

—No, aún no. Démosle algo de tiempo a Mark, que está encargado de la investigación, pero va por buen camino, no te preocupes.

La miró fijamente, mientras se debatía en la manera de arreglar las cosas. La angustia por todo lo que ella había tenido que pasar le quitaba la respiración, le había fallado de muchas maneras, no entendía cómo podía estar sentada frente a él y no querer lastimarlo de alguna forma. Se sentó en una esquina del escritorio.

—Voy a seguir trabajando en el área de producción, hay una serie de sugerencias que me gustaría hacerte. ¿O tienes pensada otra cosa? —preguntó ella, sacando su iPad del maletín, ajena a los pensamientos de Brandon.

—Iremos a producción más tarde.

Eva levantó la vista con algo de temor en su expresión. Ese gesto, en

cambio, le dio algo de tranquilidad a Brandon, al percatarse de que la mujer también se sentía afectada en su presencia. Lo sentía por ella, pero se iba a aprovechar de eso.

—Yo puedo hacerlo sola o con el jefe de departamento, tú debes estar muy ocupado y no quiero hacerte perder el tiempo.

Brandon soltó una risa algo irónica.

—No te preocupes por mi tiempo, trabajaremos en equipo todo el día. —Eva levantó los hombros desconcertada, pero no dijo nada más—. En uno de los informes que envié a tu empresa estaba el estudio de factibilidad de comercialización de la marca a otro tipo de mercancía, por ahora nos hemos extendido a la platería de mesa y adornos, pero mi plan es mucho más ambicioso —continuó Brandon.

—Lo sé, pero tengo entendido que hay una parte de los socios que no está de acuerdo con ampliar la oferta.

—Con el estudio de factibilidades que hará tu empresa los convenceremos.

—No nos has dado el contrato, todavía —replicó Eva.

—Eso estará arreglado en un par de días.

Ella lo miró muy sorprendida.

—¿Eso quiere decir que el contrato es nuestro?

—Sí, pero con una condición.

Eva le regaló una sonrisa, de esas que le hacían temblar las rodillas años atrás: luminosa, espontánea, capaz de caldear un corazón duro o de darle consuelo. Tuvo la urgente necesidad de devorarlo en un beso.

—Te escucho —interrumpió ella sus pensamientos.

Brandon carraspeó.

—Tú estarás al frente de todo el proyecto, quiero a tu equipo y te quiero a ti.

—Es Dominic el que siempre está al frente.

—Te quiero a ti —dijo en tono intransigente—. Arréglalo. También hay algo que no le he comentado a nadie, solo a mis hermanos, y ahora a ti.

Eva levantó ambas cejas.

—No deberías, recuerda que no confías en mí.

Brandon se sintió un cabrón completo, debería estar de rodillas pidiéndole perdón, ella no había merecido ninguno de sus reproches. Viéndola frente a él, tan hermosa y capaz, no tenía idea de cómo solucionarlo, recordó lo dicho por Nathan, ella no creería nada en ese momento.

Se enderezó del escritorio, se puso las manos en los bolsillos y caminó unos pasos como sopesando lo que iba a decir. Luego se paró frente a Eva.

—James, habíamos hablado de una tregua, lo que no habíamos pactado eran los términos. Sé que no harás nada que atente contra mis intereses, no lo has hecho en ninguna de las empresas en las que has trabajado. —Se quedó callado unos instantes mirándola angustiada—. James, yo...

—No sé si sentirme halagada o salir corriendo. Algo te hizo cambiar de opinión. Bienvenido sea si ayuda a limpiar mi nombre.

—Sí —dijo él solemne—, algo hay y lo sabrás en su momento, mientras tanto tengo una empresa que dirigir y planes que no pienso posponer —concluyó.

No podía ser tan confiada y creer que de pronto Brandon había visto la luz porque sí. No sería tan tonta, pero si este cambio ayudaba a ganar el contrato y a la vez limpiar su reputación, dejaría la ironía a un lado.

—En ese caso, te escucho.

—Vamos a aumentar el canal de ventas y distribución, queremos desmarcarnos de lo típico, voy a realizar una alianza con Set-A-Porter, para expandir las ventas por Internet.

—¿Lo crees realmente necesario? Tienes tu web de ventas oficial a la que le va muy bien.

—No va a ser un contrato a largo plazo, pero aumentará los beneficios para la empresa, ya que ampliaremos la red comercial a más de cien países.

—Puede ser —añadió Eva—. La web actual solo alcanza a diez países y sería una buena plataforma para cuando la empresa se quiera expandir todavía más.

Ella le sonrió de nuevo y Brandon quiso tatuarse esa sonrisa en el pecho. Las pulsaciones aumentaron y el deseo de besarla lo invadió por completo. No podía, aún.

—Exactamente.

Eva no pudo evitar sentirse orgullosa de Brandon, de su tesón, ya sabía desde que lo había conocido que sería así. Trabajador, intrépido y sagaz. Se quedó mirándolo unos instantes.

—Es una buena idea —concluyó rompiendo el encanto. Le parecía más peligrosa la actual situación que su animadversión y sus ataques furibundos, le recordaba a un animal salvaje en reposo listo para atacar.

—Llamaré a Nathan, discutí con él este y otros temas antes de que ustedes hicieran su presentación.

La notaba tensa y con razón, pero a él le estaba costando un gran trabajo mantener la fachada. Por teléfono interno le pidió a su secretaria que llamara a su hermano y lo convocara a la oficina.

Nathan llegó como unas pascuas cinco minutos después, abrazó a Eva y le dio un beso en la mejilla, ella correspondió el saludo con calidez y una sonrisa. Brandon quiso golpear a su hermano en cuanto él y Eva se enfrascaron en una conversación sobre sitios de moda en la ciudad como si fueran amigos de toda la vida y él fuera un manchón en la pared.

—Les pido disculpas si interrumpo su animada charla, pero tenemos asuntos que discutir —dijo, invitándolos a una oficina contigua que tenía una mesa de juntas con varias sillas.

—Sí, papá —contestó Nathan y luego se dirigió a Eva—. Cuando quieras ir a Soka, el nuevo club, me avisas, tengo varios amigos que puedo presentarte.

Nathan miró a Brandon de reojo y le guiñó el ojo a Eva.

Sobre su cadáver dejaría ir a Eva con Nathan y su pandilla de amigos a cualquier parte. Él la llevaría a donde quisiera, faltaba más. Le obsequió una mirada dura a su hermano que él correspondió con una sonrisa burlona.

—Nathan —dijo Eva—, estoy sorprendida con la buena noticia.

—Hemos tenido varias noticias interesantes esta semana. ¿A cuál de ellas te refieres? —preguntó Nathan con sarcasmo.

—Set-A-Porter, es una buena opción.

Nathan miró sorprendido a su hermano.

—Vaya, vaya, esto sí que está bueno —dijo mirando de uno a otro con una sonrisa.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Eva.

—Solo Brandon y yo hemos trabajado en ello, Mathew también lo sabría si no estuviera refundido en la selva.

—Mathew no está refundido en ninguna selva —aseveró Brandon.

—Es un decir —contestó Nathan.

—¿Ni siquiera Cassandra? —Eva no supo qué la impulsó a hacer esa pregunta. Quiso que la tierra se la tragara.

Brandon la miró con una chispa de diversión.

—No, ni siquiera ella —afirmó.

Eva experimentó algo de calor, no lo entendía, el ambiente estaba climatizado, luego comprendió que era la mirada de Brandon la que la sumía en ese estado; sus ojos brillaban como brasas que parecían arroparla, como

antes, como en el pasado. Las pulsaciones aumentaron y las mariposas dormidas revolotearon en su vientre. La incomodó la chispa de deseo tan inoportuno que la alcanzó. Observaba sus labios y los recordaba en todas partes de su cuerpo, ¿por qué ahora? Se obligó a pensar en otra cosa. Se removió incómoda en su asiento.

—¿Por qué me lo comentas entonces?

“Porque confío en ti”. Le lanzaría cuatro frescas donde le dijera eso, caviló él.

—Soy un hombre práctico —señaló, en cambio—, y quiero ahorrar tiempo, necesito que este tema esté incluido en la asesoría.

Nathan disimuló como pudo una risa burlona, sabía que no era necesario incluir el tema en la asesoría. Le dirigió a su hermano una mirada punzante, quiso hacer alguna broma al respecto, pero al captar la manera en que ambos se miraron, lo dejó pasar. Hizo el amague de levantarse.

—Chicos, creo que ustedes estarán mejor solos. —Las exclamaciones de su hermano y Eva lo dejaron de nuevo en su sitio.

—¡Sí, es lo mejor! —exclamó Brandon.

—¡No! —exclamó ella.

—Bueno, pónganse de acuerdo. —Nathan se acomodó en la silla con las manos entrelazadas sobre su abdomen.

Eva no dijo nada más, se levantó y fue hasta la otra oficina por la laptop.

—¡Estás siendo un cabrón! —exclamó Brandon entre dientes.

Nathan negó con la cabeza varias veces y aventuró con cautela:

—No sabes lo que estoy gozando, ambos necesitan una ducha muy fría.

Brandon se encontró con la mirada de su hermano y se contuvo de soltar una palabrota.

—Estás loco, ella no quiere nada conmigo.

—Estás ciego, hermano, ella está asustada y atraída, conquístala con el encanto de los King, en este momento destacas el encanto de Hannibal Lecter.

—Mejor vete de aquí. —Brandon lo miró indignado.

Eva volvió en ese momento y encendió el aparato. Nathan se levantó.

—Los dejaré solos, tengo una reunión y ya voy tarde.

—Pero... —señaló ella contrita.

—Seguiremos nosotros dos, no te preocupes —manifestó Brandon, que se levantó y se puso de pie detrás de Eva.

Nathan murmuró entre dientes: “¿Los corderos han dejado de llorar?”.

Eva lo miró confusa y Brandon le hizo un gesto con el dedo medio, el

joven solo sonrió y los dejó solos.

—¿Qué le pasa a Nathan?

—Conoces a Nathan, creo que se cayó de la cuna cuando era bebé.

El siguiente rato lo pasaron repasando unas notas referentes a la visita del día anterior al área de producción. Luego salieron de la oficina. Eva estaba bastante extrañada de que Brandon no la quisiera dejar sola un solo segundo. Recorrieron de nuevo el área. Ella tomó varios apuntes de lo que anotaría en su informe y se entrevistó con el jefe de producción. Evaluó los diferentes procesos y al mediodía volvieron a la oficina.

—Te invito a almorzar —aventuró él.

—No es necesario, en serio, debes tener cosas que hacer...

—En algún momento tenemos que comer —interrumpió Brandon.

—Tú prometida no se pondrá muy contenta cuando vuelva y alguien le cuente que has estado andando conmigo de arriba para abajo durante una semana.

Brandon se tensó.

—Ya no es mi prometida y me importa muy poco lo que piense.

Eva abrió la boca y la volvió a cerrar. No iba a pecar de imprudente, pero se obligó a preguntar.

—¿Cómo te sientes al respecto?

—No voy a hablar de eso —concluyó con evidente molestia—. Almorcemos aquí. Mi secretaria tiene las cartas de casi todos los restaurantes de la ciudad.

—Me parece muy bien, así evitaremos las habladurías.

La secretaria entró con una carpeta con diferentes menús y los dejó de nuevo solos. Eva abrió su celular.

—Eso es anticuado, tengo una aplicación donde puedes pedir lo que quieras ¿Qué deseas comer?

Una ráfaga de deseo lo asaltó de nuevo. “A ti, quiero extenderte sobre el escritorio, romperte la ropa interior, que imagino de seda y encaje, y saborear y chupar tu sexo hasta intoxicarme de ti, de tu sabor y de tu olor que aún no he olvidado, y que me pidas más y más”.

—Algo con especias, picante, dulce y adictivo —dijo con intención.

—¿Comida hindú? —preguntó Eva sin mirarlo, aún concentrada en el móvil y ajena a sus pensamientos—. A mí también me gusta.

—He estado privado mucho tiempo de mi comida favorita.

Ella levantó la vista del aparato.

—¿Por qué? ¿Alguna dieta de desintoxicación o han variado tus gustos?

—Mi gusto sigue siendo el mismo —contestó con sarcasmo—. Lo que he estado comiendo me ha dejado insatisfecho.

—Trabajas mucho, debes alimentarte bien.

—Entre otras cosas, debo relajarme también.

“Basta Brandon, deja de ser tan imbécil”.

—Debes jugar más al tenis o tomar un masaje, ya que me imagino que unas vacaciones estarán fuera del panorama con esto de la expansión.

—En este momento solo hay una cosa que me relajaría.

Eva cayó en cuenta del doble sentido de la conversación y decidió cortar de raíz sus comentarios.

—Vamos a pedir curry de pollo, *tandoori paneer*, ensalada de tomate con yogurt y garbanzo, y kebab vegetal.

Brandon dijo sí a todo, mientras su mente volaba en las nebulosas del deseo y le importaba bien poco lo que se llevara a la boca a no ser que fuera ella. Su mente se recreaba en otro tipo de imágenes.

Después de almorzar, en un ambiente más o menos distendido donde hablaron de conocidos en común, Eva se excusó alegando que tenía una cita. Necesitaba alejarse, sus defensas se diluían a medida que pasaba tiempo a su lado. Notó la expresión molesta de hombre y si él pensaba que era una cita de interés romántico, no lo sacaría de su error. Por lo menos ese día.

CAPÍTULO 35

—Llegamos, señor King.

Treinta minutos atrás, Brandon había recibido una llamada de Mark, en la que le comentaba que ya sus hombres habían dado con el paradero de Spencer. Lo había recogido a la salida de la empresa. Miró la hora, faltaban pocos minutos para las ocho de la noche. Se bajó del auto.

—¿Está seguro? —inquirió de nuevo el jefe de seguridad, sabiendo de antemano la respuesta.

—Lo estoy, vamos.

El vecindario era un suburbio de clase media, la casa tenía un amplio jardín, vio varios juguetes desperdigados en el prado. La luz de la sala estaba encendida. Brandon tocó el timbre. Un hombre de estatura mediana, cabello largo y chivera hizo su aparición. ¿Qué pasaba con los hombres de ahora y sus chiveras descuidadas? ¿Es que no tenían una jodida barbería cerca?

—¿Martin Spencer?

El hombre hizo un gesto afirmativo, correspondió el saludo al reconocer a Brandon, salió y cerró la puerta tras él.

—Mi esposa está tratando de dormir al bebé, está partiendo las encías, no es una buena noche —dijo el hombre, visiblemente asustado.

—No lo demoraremos —aseguró Mark.

—¿Pasó algo? —Su mirada iba de uno al otro.

—Sí, señor Spencer, ocurrió algo y mientras venía hacia acá, me asesoré legalmente. —Era un farol, pero Brandon tenía el presentimiento de que el tipo era manejable, aunque esos eran los más peligrosos cuando se sentían acorralados—. Ante todo, necesito la verdad, dependiendo de la información que me brinde, sopesaré si recorro o no a las autoridades —continuó.

Vio palidecer al hombre.

—No sé de qué me está hablando.

—Yo creo que sí. Estoy hablando de la cuenta de correo electrónico que hackeó hace tres años, para engañar a una joven. Eso es un delito.

—No tuve nada que ver —aseveró angustiado.

Brandon frunció el ceño y empezó a golpear una mano contra la pierna en gesto impaciente.

—Tenemos un testigo que asegura que fue usted quien lo hizo. Además, hay pruebas, señor Spencer.

El tono de voz de Brandon trataba de ser calmado igual que su expresión, pero por dentro hervía de la rabia. ¿Cómo se le habían pasado tantas cosas por alto? En este momento no se sentía el hombre brillante que varios diplomas acreditaban.

Spencer empezó a caminar en el porche con una viva angustia. Al momento de abalanzarse sobre Brandon, Mark lo atajó, sacó su arma y se la puso en la sien.

—Si usted colabora —dijo Brandon ante su mirada aterrada—, podríamos llegar a un acuerdo, al fin y al cabo, es a Ryan Winthrop al que quiero, no a usted.

El hombre miraba a uno y a otro sopesando qué hacer, tardó unos segundos en elucubrar una respuesta.

—No hablaré hasta no tener la seguridad de que nada me va a pasar, no me puedo dar el lujo de ir a la cárcel. Tengo un niño con parálisis cerebral y un bebé de meses. Lo hice por mi hijo enfermo.

Brandon chasqueó los dientes.

—Señor Spencer, nada ni nadie nos obliga a delinquir, si usted no hubiera padecido esas circunstancias, de todas formas lo habría hecho.

—Se nota que no tiene hijos.

A Brandon lo frustraba no poder denunciar directamente a Ryan o a cualquiera de sus cómplices por lo ocurrido, pero su madre estaba en el medio y Joyerías Diamond no soportaría el escándalo y menos con los planes de expansión que tenía. Tendría que manejar la situación con mucha prudencia y hacer pagar a los culpables sin que se viera involucrado el buen nombre de la empresa. Además, también tenía que pensar en Eva, un escándalo, así fuera la parte afectada, no le convendría a su desempeño profesional.

—Señor Spencer, no voy a llevar este caso a las autoridades, confíe en mí, pero necesito la verdad, si hago una exhaustiva investigación y me entero de que está involucrado en algo más, no tendré compasión con usted.

La puerta se abrió y salió una mujer bajita, pelirroja y con algo de sobrepeso. Se le notaba agotada, vestía una sudadera de color púrpura con el logo de un instituto de educación especial.

—Has seguir a los señores, Martin, y por tus hijos que están durmiendo en

las habitaciones de una casa que a duras penas nos podemos permitir, vas a decir toda la verdad, como el hombre decente que sé que en el fondo eres.

La sala era sencilla y práctica, sin adornos, había un corral en una esquina, una silla especial, probablemente para el uso del hijo mayor, en el aire se respiraba el olor a comida y medicamento. Cuando estuvieron sentados en la sala, Martin Spencer se dispuso a contarle a Brandon lo ocurrido.

—Ryan Winthrop me contrató para investigar un agujero de seguridad en el software de la empresa, fue algo sencillo, una fuga sin importancia, la adjudicamos a piratas informáticos de la costa oeste. Blindamos de nuevo el sistema y todo volvió a estar bien. Me dio trabajo en la empresa, pero supe que algo no estaba bien cuando me pidió alterar el sistema de seguridad de una empresa bursátil para beneficiarse de unas transacciones.

—¿Por qué lo hizo, señor Spencer? —Brandon se sentó en el mueble, impaciente por escuchar las respuestas del hacker.

—Salud para mi hijo enfermo —aseveró angustiado—. Winthrop tenía un contacto en un laboratorio de investigación para que mi chico entrara en un programa experimental para controlar las convulsiones.

Brandon soltó un suspiro impaciente.

—Continúe.

—El hackeo de su correo fue como un juego de niños. —El hombre tuvo el tino de sonrojarse—. Ryan manejó lo de los correos a la chica. Ella pensó que hablaba con usted todo el tiempo.

Brandon se daría por bien servido donde esa noche no cometiera un asesinato.

—Lo que hizo estuvo mal —dijo con rabia contenida.

El hombre carraspeó y asintió, avergonzado.

—Eso no fue todo.

Brandon levantó las cejas y soltó un resoplido.

—¿Hay más?

—Lo siento mucho, ese mismo día me llamó para que cambiara las fechas de los diseños de un archivo en el ordenador de la diseñadora Elizabeth Castillo.

La rabia apenas lo dejaba pensar. Se levantó como un resorte y en un par de pasos atravesó la estancia. Se puso las manos en la espalda tratando de controlarse, pero no lo consiguió. Se plantó delante del hombre y lo agarró por el cuello de la camiseta, quedando frente a él.

—¡Explíquese! —observó al hombre como si hubiera perdido la razón.

—Lo siento, lo siento.

—Deje de repetir esa mierda —bramó Brandon desesperado. Lo soltó con fuerza, el hombre se tambaleó hacia atrás.

—Los diseños del logo de la señorita Cassandra Elliot eran de factura más reciente que los de la señorita Elizabeth, tuve que revertir las fechas.

Ya.

—Eso es un jodido delito aquí y en el fin del mundo, robo de propiedad intelectual y usted se prestó para ello.

—Lo siento mucho.

—No le creo. —Brandon caminó por la pequeña sala, se dio la vuelta y miró al hombre fijamente—. Por lo que averigüé, usted ya no trabaja con él.

—No. Ryan va desechando personas que ya no sirven a sus fines, vio que no estaba de acuerdo con algunas de sus estrategias y decidí renunciar, tengo familia de la que ocuparme, así que me fui, no antes de que me hiciera unas cuantas amenazas.

Brandon se quedó en silencio sopesando toda la información. ¡Dios! La brecha en su corazón le ardía casi como el primer día. Inspiró profundo varias veces tratando de calmarse, a esas alturas no podía perder los papeles. Quería coger a ese pirata a golpes, pero de nada le valdría incapacitarlo cuando podría sacarle provecho. Caviló unos segundos más.

—Vamos a hacer algo, Spencer, necesito sus dotes en informática para coger a Ryan de las bolas.

—Yo ya no hago eso.

—Me lo debe —aseveró Brandon, contundente—. Y si no quiere que usted y su esposa vayan a la cárcel, porque la involucraré en esto, se lo aseguro, y sus hijos terminen en un hogar de servicios sociales, más le vale encontrar pruebas contundentes contra Winthrop.

Después de convencer al hombre de que volviera al lado oscuro para recabar información, salió del lugar rumbo al hotel. Necesitaba verla.

Eva llegó satisfecha al hotel, después de cenar con Janeth y dar vía libre al contrato del departamento.

Se desvistió enseguida y entró en la ducha. Sintió el agua caliente rodar por su pelo y por su cuerpo, y cerró los ojos: necesitaba relajar la tensión muscular, sobre todo la de los músculos de la espalda, tratar con Brandon la tensaba, era un estrés constante. Estaba acostumbrada a tratar con ejecutivos difíciles, pero nunca se había sentido tan estresada como con Brandon. Claro

que ninguno de ellos era su ex.

Al salir de la ducha, se desenredó el cabello, aplicó una crema suavizante, se puso su pijama de seda y abrió una botella de vino mientras pasaba de un canal a otro en el televisor, quería distraerse, anesthesiarse. Había sido un buen día, la noticia de la adquisición del contrato se había regado como pólvora por la empresa, en Nueva York, había recibido llamadas de sus jefes, del abogado, del departamento legal inquiriendo por el contrato, en fin... Se le presentaba una semana agotadora. Había hablado con Dominic, sin comentarle aún que Brandon deseaba que fuese ella la encargada de manejar al equipo. Escogió una película de acción y pidió algo de cenar.

Un rato después, alguien golpeó la puerta, y Eva pensó que la cena había llegado demasiado rápido. Puso pausa a la película y fue a abrir, su pecho colapsó al dar de lleno con la mirada tempestuosa de Brandon, que le dijo en tono serio:

—Volviste pronto de tu cita.

Eva quiso jugar un rato con él.

—Al contrario, es mejor que te vayas, mi cita no demora en llegar —dijo desafiante. Observó que el color del hematoma, se le había oscurecido y la boca ya estaba desinflamada. El corte en el labio apenas se notaba.

“Sobre mi cadáver le vas a abrir la puerta así a cualquier gilipollas”.

El corazón de Brandon comenzó a tamborilear con fuerza, ella estaba hermosísima, y lo volvía loco el pensar que estuviera a sí de dispuesta para alguien más. El pijama se pegaba a su cuerpo como una segunda piel, podía ver sus pezones erguidos y no estaba haciendo frío en la habitación, de pronto quiso quitarse la chaqueta, pero ella ni siquiera lo había invitado a entrar. Esa visión, sexy y femenina, de su Eva, lo hacía olvidar la reunión de porquería que había tenido.

—Es mejor que te vayas, no sé quién te habrá dado el número de mi habitación, pero ten por seguro que pondré una queja a seguridad —aferró con fuerza el pomo de la puerta, consciente de cómo los ojos de él recorrían su cuerpo.

—Tengo gente que trabaja para mí, puedo averiguar cualquier cosa. No vas a llamar a seguridad. —Caminó hacia ella con el fuego calentando su mirada.

Eva se negaba a sentirse intimidada.

—Espero que tu gente sea más eficaz que en el pasado.

Brandon soltó la risa.

—Oh, sí, muy eficaz, tanto, como para saber que no sales con nadie — sostuvo su mirada, desafiante—, y que no tienes nada con Dominic, porque el hombre tiene gustos muy distintos, lo cual hace que me caiga un poco mejor.

Eva se arrebuja la bata, caminó hacia atrás y él siguió sus pasos.

—No eres confiable —retrucó con talante serio.

—Lo sé —dijo él mirándola de arriba abajo y soltando una sonrisa lenta —, pero tenemos algo pendiente, James.

Eva quiso cerrarle la puerta en las narices, pero algo en la expresión de Brandon, aparte de sus heridas, se lo impidió. Lo notaba cansado, a pesar de su seductora sonrisa, estaba triste, y aun así no dejaba de ser el hombre más atractivo que había conocido. Caviló que se debía sentir muy sola, ya que trataba de atajar los recuerdos del pasado, de cuerpos sudorosos, él acariciando sus pechos, lamiendo su sexo.

—¿Qué haces aquí? No es correcto y no recuerdo haberte invitado a seguir.

—Este es el lugar donde debo estar. —Se quedó pensativo unos instantes —. No hay ningún otro sitio donde pueda imaginar estar en este momento, James...

—No me llames James —murmuró ella, vulnerable—. Perdiste ese derecho el día que creíste toda esa basura sobre mí. —Caminó hasta la ventana y cruzó los brazos mientras observaba el paisaje de la ciudad. Lo deseaba, ese era el problema. Quería acostarse con él—. ¿A qué viniste?

Brandon se acercó a ella.

—Necesitaba verte —soltó y llegando hasta ella, le acarició el brazo

Su rostro y sus labios acunaron su piel. Se mantuvo quieto, no la besó, solo se mantuvo cerca. Ella percibía su respiración, en vaivén contra su piel, mientras la encerraba entre la ventana y su cuerpo. Lo imaginó dolido por el fin de su compromiso.

—Vete Brandon. —Ella se dio la vuelta y quedó frente a él—. No me interesa lo que hagas con tu vida y no soy buen paño de lágrimas.

—He extrañado tus comentarios sarcásticos. —La envolvió en sus brazos. Eva se sintió atrapada, como si no hubiera suficiente oxígeno en la habitación —. Tienes todo el derecho de odiarme, me lo merezco, pero...

Eva no quería escucharlo más, lo tendría esa noche porque quería, porque lo deseaba y estaba cansada de sentirse sola, a lo mejor era lo que ambos necesitaban para poder seguir con sus vidas, a lo mejor lo vivido en el pasado ella lo había idealizado, y era el momento de pasar la página. Levantó el

rostro en clara rebelión y en pura lujuria, ese gesto fue suficiente para que Brandon presionara sus labios contra los suyos en un beso descuidado y violento. Él metió los dedos en su cabello e hizo retroceder su cabeza, el beso se intensificó; sus dientes mordisqueaban y tomaban, provocando, saboreando la sensación de su lengua tocando la lengua de ella. Eva trataba de respirar con fuerza entre besos, él endureció el abrazo devolviendo cada roce y cada gemido, yendo por más.

Le aferró más el cabello y estiró su cuello, que recorrió con la boca, se separó unos momentos antes de volver a sus labios.

—Lo deseas tanto como yo.

No la dejó contestar. Mordisqueó el labio inferior y cuando abrió los ojos, vio, en medio del brillo del deseo, la respuesta. Eva cerró los ojos de nuevo y le acarició el pecho por encima de la camisa. Brandon la llevó presuroso contra la primera pared que encontró, con una sensación de alucinación y miedo, no quería llegar a la cama y que en ese instante le volviera la cordura. Le subió el pijama a la altura de su sexo sin dejar de besarla y acariciarla, le parecía increíble tenerla de nuevo así, apasionada y entregada. Cuando puso una mano en su sexo, gimió satisfecho por el baño de humedad que percibió. Ella llevó la mano a su cinturón y lo desabrochó con premura para llegar hasta su miembro, que acarició de arriba abajo. Brandon dejó de besarla para observar el gesto, sin llegar a creérselo y con la respiración agitada. Luego le levantó las piernas y Eva las enredó a su cintura, tenía que penetrarla enseguida, no quería que las dudas la invadieran y le robaran el momento, se moriría donde ella lo rechazara en esa instancia. Empujó y de una sola estocada la penetró, cuanto se sintió aprisionado en su interior, húmedo, caliente y suave, no quiso nada más, soltó un fuerte gemido, espoleó más fuerte, tanto que ella se golpeó la cabeza con la pared, algo a lo que ninguno de los dos dio importancia.

Eva se acomodó para darle más acceso, gemía temerosa y complacida ante cada empuje, cada roce, cada respiración agitada.

—Te he extrañado tanto, joder —gimió Brandon con los dientes apretados y la frente perlada de sudor, ni siquiera se había quitado la chaqueta. Ella lo acariciaba por debajo de la ropa, codiciosa, hasta donde podía llegar. Permanecía con los ojos cerrados.

—Mírame.

Ella negó con la cabeza y siguió con los ojos cerrados. Él, perdido en el placer, no insistió más. Era un encuentro explosivo y desesperado, que

buscaba respuestas a preguntas no formuladas.

—Joder, James.

La abrazó más mientras se movía dentro de ella. Notaba su lucha entre aceptarlo o rechazarlo. Eva no quería claudicar a algo más profundo, y Brandon supo que solo quería una follada. ¡Ni de coñas! Se obligó a hacer más lentos sus empujes, debería seducirla y no tomarla, pero el cavernícola que habitaba en él había tomado el mando, además, tenía el presentimiento de que Eva no buscaba gentileza. Ella gimió y su espalda de arqueó, aprisionándolo más, su respiración se hizo más acelerada, ya estaba a punto. Su cuerpo se puso rígido, tenso, mientras vaciaba en ella su añoranza, su amor, su rabia y su dolor.

—Siempre has sido tú, siempre. —Le aferró el rostro con ambas manos y con la respiración agitada, le devoró los labios.

Eva llegó a una liberación atravesada por la confusión, pero impregnada de un profundo, doloroso y maldito amor.

En cuanto pudo respirar con normalidad se separó de él. Brandon trató de aferrarla, pero ella se escabulló para el baño y antes de cerrar la puerta, le dijo:

—Ya tuviste lo que querías, yo también, vete, por favor. —Y cerró la puerta de un portazo.

Brandon, desconcertado, se apresuró a subirse los pantalones, sudaba como un cerdo, se acercó a la puerta del baño con el ánimo de golpear, pero escuchó el ruido del agua de la ducha y ese gesto, indicativo de que ella quería borrar enseguida lo sucedido, lo enfureció. Decidió dejarla en paz.

CAPÍTULO 36

Eva ni siquiera había entrado a la ducha. Solo abrió la llave, se recostó contra la pared cercana, y dejó que su cuerpo se escurriera hasta el piso, mientras se tapaba la boca para contener las ganas de llorar. En cuanto escuchó el sonido de la puerta cerrarse, soltó un llanto desgarrado. Había querido herirlo por todo lo que la había hecho pasar, su manera de castigarlo fue utilizarlo y después decirle que se fuera, pero en ese explosivo encuentro percibió sensaciones que habían estado largo tiempo dormidas, asegurándose de no despertar hasta volver a los brazos de Brandon King. ¡Dios! Tuvo que contener el fuerte impulso de acunarse en su pecho, de pedirle que la abrazara y la consolara. Llevaba el nombre de Sara en la punta de la lengua, como si algo en su interior le gritara que Brandon necesitaba saberlo. Por suerte ni siquiera se había despojado del pijama y él no llegó a ver la cicatriz de su cesárea, que lo habría alertado. Debía encontrar el momento adecuado.

Se suponía que lo odiaba, debió alejarlo y sacarlo a empellones de la habitación, pero algo dentro de ella se negó a hacerlo. Se levantó y se miró al espejo, no se conocía en esa mujer rencorosa y vulnerable, se quitó el pijama y al notar lo pegajoso que había entre sus piernas, quiso darse cabezazos contra la pared. No había usado protección, había actuado como adolescente irresponsable, afortunadamente tomaba la píldora. Molesta consigo misma, se metió al fin en la ducha, donde al contacto con el agua poco a poco dejó de llorar. Al terminar y con un pijama limpio, volvió a la habitación, y se sentó en la cama, donde volvió a sus cavilaciones: en su interior sabía que gran parte del deseo de limpiar su nombre era porque necesitaba que él cambiara la opinión que tenía de ella. A pesar de los problemas, los insultos y los años que habían transcurrido desde la última vez que se vieron, Eva era consciente de que aún sentía cosas por Brandon, el hombre que la había rechazado, del que había tenido una hija y el mismo que, al volverla a ver, la había atacado sin consideración. Aunque no podía culparlo por todo lo que le había sucedido después que ella abandonó las joyerías. Él no tenía idea de que había estado embarazada y de que había sido padre por pocos días.

Demasiado tensa para conciliar el sueño, se puso a trabajar en los contratos de la firma del acuerdo, hasta horas de la madrugada.

Brandon llegó a trabajar a primera hora. Estaba pendiente de la llegada de Eva, a la que había destinado una oficina para que se reuniera con su equipo de trabajo.

A pesar de tener mucho trabajo, estuvo distraído pensando en lo ocurrido la noche anterior, no se reconocía; él, que siempre se había portado como un caballero, sentía que se había propasado, así ella hubiera estado dispuesta en todo momento. Había salido de la habitación del hotel confundido y molesto, y ni de lejos medianamente satisfecho. No creyó volver a experimentar la clase de placer que solo ella le brindaba, se excitaba recordando lo que era estar aprisionado en su interior, de solo pensarlo todo su cuerpo se tensaba. Era como si el tiempo no hubiese transcurrido entre los dos y deseaba lograr una cercanía con ella, aun sabiendo que esta vez iba a ser más difícil de lo que había supuesto y no podía culparla. Eva tenía razón, la entendía, él le había fallado de manera miserable, ahora que sabía la verdad debía atenerse a las consecuencias.

Volvió al trabajo y abrió un mail de Nathan donde le comentaba los arreglos para su fiesta de cumpleaños en el club Glenmore, que se haría en un fin de semana el siguiente mes, y también le comentó que su madre llegaría de Nueva York esa tarde. Luego le entró una llamada a un móvil desechable que había conseguido para hablar con Spencer y con todo el que tuviera algún dato o noticia de las andanzas de Ryan Winthrop. El número era del hacker, contestó enseguida.

—Diga.

—Tengo información.

Brandon le facilitó una dirección cercana a su Alma Mater como punto de reunión y al terminar la llamada, le habló a su jefe de seguridad.

—Mark, tenemos noticias de Spencer, espéreme en el aparcamiento, salgo enseguida.

En pocos minutos atravesaron las calles, la primavera en todo su esplendor tapizaba parques y jardines. Llegaron a una cafetería que Brandon frecuentaba en sus épocas estudiantiles, que, por lo que sabía, había cambiado de dueños años atrás. Seguía igual: sillas de madera y paredes tapizadas de fotografías enmarcadas de los deportistas que habían dejado el alma por la universidad. Estaba casi vacía, apenas una pareja de estudiantes y un joven

trabajando en un ordenador eran los únicos clientes del local. Martin ya estaba sentado a una de las mesas ante una taza de café. Brandon le pidió a Mark que lo acompañara en la reunión, ya que él estaba más informado de las actividades de Ryan, el hombre se acomodó en un lugar desde el que observaba todo el perímetro.

—¿Me tiene noticias? —preguntó Brandon.

—Sí.

Spencer le pasó una tableta con información de interés mientras le comentaba lo difícil que había sido atravesar la seguridad informática del hombre. A Brandon eso no podía importarle menos.

—Es un proceso sucio donde se han generado redes empresariales muy diversas, Winthrop ha sido tan inteligente que ha pasado desapercibido para las autoridades.

—Lo sé, ¿qué más tiene? —preguntó impaciente.

—Los servicios de la fiducia de Winthrop van más allá de la rutina de los servicios bancarios e incluyen guía de inversiones, planificación inmobiliaria, depósitos en el extranjero y esquemas delicados para asegurar la confidencialidad de las transacciones financieras. —Brandon escuchaba sin decir palabra, el hacker continuó—: Por ejemplo, mire aquí, señor King. —El hombre expuso un esquema que mostró toda la operación—. Esto ocurrió el mes antepasado y es un informe que le pasaron a él. La fiducia ayudó a transferir cien millones de dólares fuera de México de forma tal que, efectivamente, ocultó las fuentes de los fondos y su destino, evitando todo papeleo y creando una corporación de papel en México. Como de costumbre, hay un nombre en código, me imagino que es el del narco, porque aparece en otras partes, este proporcionó un alias para un tercer intermediario que depositó el dinero en una cuenta en ese país, y lo transfirió a un depósito de concentración en Nueva York, desde donde fue movido a Suiza y Londres.

—La transacción ideal en este caso —señaló Brandon—. Ya veo por qué las autoridades no le han puesto las manos encima, porque al gobierno lo único que le importa es que ese dinero entre al país.

—Exacto.

—Si se hace público, el gobierno no tendrá más remedio que actuar. —Brandon devolvió la tableta a Spencer—. Bien, imprima todo, correos de charlas, números de cuentas, todo tipo de transacciones, aquí y fuera del país, y me lo envía a un apartado del que le daré el número en un rato. Espero que esa información sea veraz o lo envíe a la cárcel, no lo olvide.

El hombre tuvo el buen tino de regalarle una mirada temerosa.

—Lo es, señor King, mire los correos, usted debe conocer su estilo, no jugaría con el futuro de mi familia así.

—Está bien. —Brandon se puso de pie—. Pronto tendrá noticias mías. Hasta pronto.

Mark ni siquiera se despidió.

Salieron del local. En cuanto se subieron al auto, Brandon dijo:

—El hombre dice la verdad, tenemos a Winthrop agarrado de las pelotas. —Recordó todo cuanto le relataron Meyer y Spencer de Eva, y su mirada ardió de furia.

—Tengo a la persona que puede publicar esto, es incorruptible y Ryan nunca sabrá de dónde vino el golpe.

—En cuanto tengamos toda la documentación contáctame con él.

Sabía que respecto a Ryan no podría llevar las cosas más lejos. Si lograba una acusación por lavado de activos por parte de la justicia, se daría por bien servido, quedaría manchado de por vida. Lo importante de llevar a cabo de esta manera su venganza era que ellos habían roto relaciones hacia cinco años. Ryan no tenía nada que ver ni con las joyerías ni con la familia. Le daba algo de pena con Parker, pero caviló que él también tuvo la culpa, por educarlo de la manera en que lo hizo. En cuanto a Anne, se negaba a pensar en ella y en sus acciones en ese momento.

Al llegar a la empresa, la recepcionista lo recibió con una enorme sonrisa.

—Felicitaciones a usted y a la señorita Cassandra por su compromiso.

—¿Cómo? —preguntó de mala manera Brandon.

—Sí, está en el Chicago Sun Times —susurró la chica, azorada al observar la reacción de su jefe.

Brandon abrió la aplicación en su teléfono y maldijo por lo bajo.

El solo pensar lo que esa noticia causaría en Eva, lo hizo temblar de ira.

—¿Señor?

—No me voy a casar, esto es un jodido error —dijo y pasó de largo hasta el ascensor. Solo le importaba la reacción de Eva, tenía que hablar con ella, si había visto la noticia, pensaría que le había mentado solo por acostarse con ella. Bueno, acostarse era un decir, follar como conejos quedaba muchísimo mejor a lo que habían hecho la noche anterior.

Llegó hasta la oficina de Eva, entró sin llamar e interrumpió la reunión que ella tenía con un par de personas, las mismas que él había visto el primer día que se reunieron.

—Mil disculpas, Eva, necesito hablar contigo urgentemente.

El brillo furioso en la mirada de Eva le dijo que ya estaba enterada de la noticia.

—Me temo que tendrá que esperar, señor King, estoy en medio de una reunión, a propósito —señaló punzante—, felicitaciones por su compromiso.

Enseguida le dio la espalda. Brandon la miró preguntándose si de pronto estaba celosa. Se apoyó en la puerta cerrada y cruzó los brazos.

—Puede continuar como si no estuviera, señorita James —dijo en tono de voz serio y profesional, como si la noche anterior no hubiera existido. El par de profesionales miraba a uno y a otro.

Estaba nerviosa y hermosa. Continuó la charla con los ejecutivos. El movimiento de sus labios rojos lo sumergía en un estado de inconciencia a todo lo que no fuera ella. No escuchó ni una palabra de lo que decía, su cabeza estaba en el breve momento compartido. Quiso repetir, tuvo que hacer un esfuerzo gigante para evitar empalmarse en el momento en que ella se levantó de la mesa de reuniones, se acercó al escritorio y necesitó pasar por su lado. Una estela de su perfume lo llevó a uno de los momentos vividos la noche anterior y que se repetía como una película sin fin en sus pensamientos. Pudo observar la curva perfecta de su trasero, arropada en una falda oscura, la blusa de tela suave y el cabello suelto. En un momento dado ella lo miró y fue consciente del tipo de mirada que Brandon le lanzó, le sonrió burlona y siguió con su disertación.

Eva estaba furibunda, cuando vio la noticia del compromiso de Brandon, quiso tirar el móvil a la basura, había estado imposible con Kim y Edward, el reemplazo de John, que lideraba un nuevo proyecto en otra empresa de la ciudad. Estaba celosa, debió saber que para Brandon ella no valía gran cosa, tuvieron sexo y al día siguiente aparecía la noticia de su compromiso. Le había mentado y tenía que reconocer que estaba envidiosa de que otra mujer ocupara su maldito corazón.

Como pudo dio fin a la reunión, los ojos de Brandon la seguían y así no había manera de concentrarse. Los profesionales se levantaron, se despidieron presurosos y Eva empezó a recoger sus cosas. Había pensado al despertar en buscarlo y hablarle de una vez sobre Sara, pero estaba tan enojada y dolida con él que sabía que no era el momento. A lo mejor ese momento nunca llegaría.

—¿Qué quieres, Brandon? —preguntó en tono de fastidio.

—Necesito explicarte que la noticia del compromiso...

Ella levantó la cabeza de pronto.

—No tienes por qué explicarme nada, no me interesa tu vida íntima. Si crees que necesitas justificarte por lo ocurrido anoche, desestímalo, fue solo sexo. —Metió un par de carpetas dentro su maletín, el ambiente en esa oficina se había vuelto pesado una vez estuvieron solos y lo único que ella quería era correr en dirección al cementerio y conversar con su bebé.

Brandon ni siquiera tuvo en consideración su comentario, él había estado allí y visto la lucha de Eva por entregarse a él, que se dejara de majaderías.

—James, escúchame, no sé qué pasó, pero te juro que yo ya no estoy con Cassandra.

Eva golpeó con ambas manos la superficie del escritorio.

—¡A mí no tienes que convencerme de nada! —Sus ojos se encontraron con los de él, determinados a demostrarle que ella no sentía nada, que no dolía—. A la prensa sí o a lo mejor a tu novia, si no le quedó claro.

—Exnovia.

Eva siguió recogiendo papeles que no tenía por qué recoger. Cualquier cosa con tal de mantener su mente ocupada y evitar reclamarle. Su orgullo no se lo permitía.

—Lo que sea, no me importa, Brandon King, ve cástate, o no te cases. —Pausó y luego continuó—. Lo que hagas con tu vida no es asunto mío.

Su voz se escuchó aguda a causa de la ira. En su interior, Eva era una completa contradicción, quería reclamarle, quería salir de ahí, quería pedir explicaciones, pero también quería huir. Brandon la observaba con gesto de suficiencia.

—¿Entonces, si no te importa mi supuesto compromiso, por qué estás tan furiosa?

Eva soltó un resoplido.

—No eres tan importante, señor King —escupió con sorna—. Tengo cosas que hacer y me haces perder el tiempo.

Sabía que, si no se iba en ese momento, cualquier cosa podría suceder y se pondría en evidencia ante él. Pasó por su lado, dispuesta a acabar con la conversación, pero Brandon tomó su brazo y la miró con fiereza.

—Hablemos. ¿Qué es más importante que solucionar esto? —dijo sin dejar de mirarla. Ella se zafó de su agarre y respiró profundamente antes de hablar.

—Cualquier cosa es más importante que este patético intento de tu parte... Sobre todo cuando tengo una cita con alguien que me hace más feliz.

Salió de la oficina caminando apresuradamente hacia el elevador. Brandon la vio salir sin decir una palabra, su mirada la siguió hasta que las puertas se cerraron. Sacó su celular y marcó a Mark, que contestó el teléfono a la primera timbrada.

—Señor King.

—La señorita James va saliendo del edificio, ordena a alguien que la siga... No, hazlo tú e infórmame a dónde va.

Volvió a su oficina e intentó concentrarse en el trabajo, pero todos sus pensamientos lo llevaban a Eva. Una hora después respiró con fuerza, dándose por vencido. No podría trabajar hasta que ella no cediera y escuchara lo que él tenía que decirle. Pasó la mano por el rostro antes de pedir a su secretaria que lo comunicara con Cassandra, pero su exprometida no contestaba el teléfono. Al rato, en un simple mensaje de texto, Cassandra le comentó que antes de salir del país había hablado con la periodista sobre el compromiso. Brandon le respondió de manera escueta que lo arreglara.

En ese momento le entró una llamada de Mark.

—Señor King

—¿Dónde está?

—En un cementerio a las afueras de Evanston.

—¿Un cementerio? ¿Qué demonios hace Eva ahí?

—No lo sé, señor, pero lleva cerca de diez minutos sentada frente a una lápida. Puedo verla desde donde estoy ubicado. ¿Quiere que haga algo?

—No, mándame la ubicación y espera hasta que yo llegue, saldré enseguida.

Brandon condujo hasta la ubicación que Mark le había enviado, sabía que había pasado el límite de velocidad y también había cometido más de una infracción, en su cabeza solo podía pensar en las últimas palabras de Eva y en por qué ella estaría en un cementerio. Hizo rápidamente un recuento de su familia, no había muerto nadie en los años en que estuvieron separados. Dejó de pensar en cuanto vio el auto de Mark, se detuvo y bajó del suyo. Caminó hasta su hombre de seguridad, no había terminado de llegar cuando este señaló a Eva a la distancia.

—No se ha movido de ahí desde que llegó.

—Espérame aquí. —Se dirigió al chofer del auto que había destinado a Eva—. John, puedes irte, yo llevaré a la señorita James a casa.

Caminó lento hasta la entrada del cementerio y luego dirigió sus pasos hacia donde ella estaba, pudo notar que el lugar estaba rodeado de lápidas con

figuras de ángeles y sobre estas había pequeños juguetes y figuras infantiles, por lo que intuyó que estaba en un área de niños. Eva estaba cada vez más cerca, sentada de espaldas a él, a medida que se acercaba podía escuchar su voz melancólica mientras narraba *Ricitos de oro*.

Se detuvo al llegar detrás de ella observando el libro que sostenía entre las manos. Eva calló al sentir la presencia de alguien, pero no se giró. Brandon observó la lápida, la pequeña bailarina en tutú sobre ella, y las diminutas zapatillas de ballet cubiertas de polvo a un costado, vio que estaba rodeada de flores frescas —no era un experto en flores, pero si no se equivocaba, eran pensamientos o nomeolvides, todas de color lila y morado —, antes de fijarse en el nombre que estaba esculpido en ella.

Sara James

Agosto 01 2012 - agosto 05 2012

*Querida hija, tus alas ya estaban listas para volar,
pero mi corazón nunca estuvo listo para verte partir.
Vuela alto.*

Por un par de minutos, la mente de Brandon trabajó a mil por hora. La manera en la que Eva estaba frente a la lápida, la fecha, el nombre... ¿Querida hija? Su mundo entero se tambaleó, y negó con la cabeza cuando todo tuvo sentido.

CAPÍTULO 37

—¿Sara? —la voz de Brandon tembló.

Eva soltó un profundo suspiro.

—Mi terapeuta me dijo una vez: cuando alguien te hace daño es como si te mordiera una serpiente haciendo unas heridas inmensas —dijo con voz rasgada—. Una vez que te ha dejado de morder, curar una mordedura así puede ser largo y difícil. A veces la herida parece sanarse, el problema es cuando la serpiente es venenosa y aunque se haya ido, te deja un veneno dentro que impide que la herida se cierre del todo. —Se quedó en silencio unos momentos—. No sabes todo lo que he luchado por liberarme de la rabia y el rencor, pensé que lo había logrado, pero al enfrentar todo de nuevo, me di cuenta de que las heridas nunca se fueron. Tuvimos una hija.

Las palabras salieron de su boca con dolor, pero liberando una carga que pensó nunca podría soltar.

—¿Hija?! ¿Tuvimos?

Brandon sintió como si alguien le hubiera disparado en el pecho o el piso hubiera desaparecido bajo sus pies ¡No! Las piernas apenas lo sostenían. Trató de normalizar la respiración y los latidos del corazón. Eliminó los pasos que los separaban y se dejó caer al lado de ella observando el mármol frente a él.

—Tuve un embarazo de alto riesgo, hice todo lo que el médico me recomendó, comí todo lo que indicó, me mediqué como él lo dispuso, dejé de trabajar para que ella estuviera bien y luego una noche... —El muro que atajaba sus lágrimas se soltó del todo y apenas podía hablar con claridad—. ¡Había tanta sangre en mi ropa, en mi cama! Y yo quería que ella se quedara conmigo, lo intenté todo. ¡Todo! Papá llamó a una ambulancia, me llevaron al hospital, me operaron de emergencia, tuve una preciosa niñita que tenía el color de tus cabellos.

Brandon era incapaz de reaccionar, paralizado por la angustia, trató de imaginar la escena, Eva, sola, asustada, angustiada. Podía sentirlo a través de su relato y cada palabra era una estocada a su corazón.

—Ella era hermosa, pero muy pequeña, se aferró a la vida como una guerrera, la vi... —Eva giró su rostro y observó a Brandon, al que lágrimas silenciosas le corrían por sus mejillas—, varias veces, tan bonita, tan pequeña. —Su voz se cortó—. Lo siento, lo siento tanto.

Brandon la atrajo a sus brazos sin poder contenerse, dejando que ella llorara en su pecho, que gritara si quería hacerlo mientras cada parte de él se desmoronaba en ese gesto.

—Lo intenté, la quería, quería que ella estuviera aquí, quería decirte, quería... pero no pude Brandon, no pude ayudarla.

—Shhh.

Brandon intentó calmarla, una brizna de esperanza flotaba en el ambiente, tímida, temblorosa, insegura de manifestarse en medio de tantas palabras sin decir, pero allí estaba, y Eva deseaba desesperadamente aferrarse a ella con el mismo ímpetu que intuía en Brandon. La vida los había llevado a bailar una danza que no entendían, ya era suficiente. Se soltó de su abrazo limpiando sus lágrimas y llevando las manos de él al mármol.

—Sara —pronunció con voz suave y llorosa.

—Sara —repitió Brandon con él mismo tono de voz, grabando a fuego ese nombre en su corazón—. ¿Qué ocurrió? —La expresión de desolación en la mirada de Eva lo angustió tanto que de pronto no quiso saber.

—Tenía placenta previa, nació prematura, sus pulmones no estaban listos, estuvo cinco días luchando, pero su corazón no resistió y ella se fue.

Las lágrimas volvieron con fuerza. Brandon la abrazó y ella se apoyó en su pecho como quiso hacerlo en esa época. Él acunó su cabeza y la dejó desahogarse. Trató de contenerse por ella, pero no pudo y lloró por la pérdida de la pequeña niña que nunca supo que había existido.

Se quedaron en silencio un buen rato, hasta que Brandon se levantó y la ayudó a levantarse, había muchas más cosas de las que hablar, caviló que lo harían en su departamento.

Al llegar a la salida del cementerio, le pidió a Mark que enviara a alguien a buscar su auto, no se sentía con ánimo de conducir. El hombre abrió la puerta del auto y Brandon le cedió el paso a Eva y luego se montó él. No hablaron durante el recorrido hasta su casa. Ella se recostó en su hombro y él se apresuró a consolarla. Tenía tantas cosas que reparar, el daño era inmenso, no sabía cómo encajar este nuevo golpe. Su bebé... Sintió rabia, a lo mejor si él hubiera estado enterado, sus recursos hubieran ayudado de alguna forma, con su dinero hubiera traído a los mejores especialistas del país, Sara hubiera

tenido una oportunidad. La brecha en el pecho apenas lo dejaba respirar. No sabía cómo ser fuerte en ese momento, en el que lo único que deseaba era aullar de dolor.

Al llegar al departamento, mientras Eva se sentaba en el sofá, Brandon le brindó un vaso de agua. Ella sacó su móvil de la cartera, tenía mensajes de su madre, su hermana y Dominic. Brandon le pasó el agua. No sabía cómo borrar la tristeza de su expresión, le conmovía verla así, cuando siempre era tan combativa.

—¿Por qué no me lo dijiste?

Ella bebió un sorbo de agua. Estaba cansada, se sentía de pronto como un globo en una habitación rodeada de alfileres.

—Vine a decírtelo, quería que lo supieras tan pronto me enteré, pero entonces tú y esa mujer se bajaron del auto y me propusiste un trío.

—¡Dios! —Brandon se tapó la cara con ambas manos y negó con la cabeza varias veces, luego se levantó con rabia y caminó como fiera enjaulada—. He sido un cretino, el hijo de puta de la historia.

—No te lo discuto.

Esta era la Eva que conocía.

—Te abandoné cuando más me necesitabas, y tienes todo el derecho de odiarme —le acunó el rostro con las dos manos y agradeció que ella no lo rechazara—, pero necesito que me escuches. No ha habido un solo día en el que, de manera directa o indirecta, no te llevara en el pensamiento, no sabes cuánto lamento que mi orgullo y mi estupidez nos hayan ocasionado este profundo dolor.

Brandon decidió que no tenía sentido seguir guardándose el resultado de sus pesquisas, lo había hecho no porque siguiera desconfiando de ella, sino por él, reconocer que había sido un total imbécil no lo llenaba de orgullo, su actuar insensato le ocasionaba una profunda vergüenza. Era un hombre orgulloso que trataba de no equivocarse en su día a día; lo ocurrido dejaba su juicio muy mal parado y no era fácil aceptarlo. Pero su Eva merecía la verdad y afrontarlo. Carraspeó antes de hablar.

—Hablé con Meyer, ya sé cómo ocurrió todo —dijo en tono de voz rasgado.

—Dime qué averiguaste, por favor. —Eva estaba más calmada, se sentía más ligera después de hablarle a Brandon de su hija.

Él se sentó de nuevo a su lado y le relató todo: la trampa de Ryan en complicidad con Anne, cómo preparó todo para engañarlos. Le partía el alma

ver la expresión de tristeza, rabia y decepción paseándose por el rostro de Eva. Le contó lo que había hecho Cassandra, ella abrió los ojos sorprendida.

Eva se levantó como un resorte y se alejó de él, caminó unos pasos sopesando todo lo que Brandon le contaba. Él anduvo detrás de ella, con ganas de tocarla, de abrazarla, de arrodillarse, de empezar a hacer penitencia de alguna forma, de hacer algo que le diera alivio a lo que sentía en ese momento.

—No tienes idea de cómo me siento en estos momentos —dijo tenso. Se acercó y la envolvió en sus brazos—. Necesito redimirme a tus ojos. Haré lo que quieras, dime qué quieres que haga.

Ella lo miró, sus ojos garzos, que reflejaban toda una cadena de emociones, no le dieron el indulto que él esperaba.

—No te estoy pidiendo nada.

Brandon insistió.

—Tenías razón en todo, fui un imbécil, ellos nos engañaron y no sabes cuánto lo siento. Perdóname, James. Lo siento tanto, no tienes idea.

Unos momentos después, ella manifestó que deseaba irse y Brandon la acompañó hasta el hotel.

—¿Ya tienes departamento? Porque te puedo ayudar a buscar uno. Llevas mucho tiempo en este hotel.

—Lo sé, quiero mis cosas, Janeth me ayudó y mañana firmaré los papeles.

—Lo que necesites solo tienes que decírmelo.

—Brandon...

Él la miró.

—No tienes la culpa de todo, ambos éramos jóvenes, impetuosos y no teníamos mucha experiencia.

—James, agradezco tu gesto —Brandon estacionó frente a la puerta del hotel—, pero no merezco tu indulto, no sé si seas capaz de perdonarme algún día, pero necesito pensar en algo que te alivie la pena. Necesito reparar mis errores de alguna forma y necesito también perdonarme a mí mismo.

—Cada uno es responsable de su propia vida y de su propio dolor.

—Eva —Brandon le aferró la mano, antes de que se bajara del auto—, yo quiero intentarlo, a pesar del infierno que hemos pasado, yo...

—No lo sé, no sé si sea lo más sano, ambos estamos resentidos.

Eva se bajó del auto, Brandon caviló que resentido era poco, tenía el alma en carne viva.

Brandon llegó a la mansión de Lincoln Park alrededor de las siete de la noche. El ama de llaves le comentó que Anne estaba en casa de la señorita

Selma. Brandon atravesó la puerta de cristal que daba al jardín que comunicaba la mansión con la vivienda de la anciana.

Anne abrió la puerta y se le iluminó el rostro al ver a Brandon.

—Hola, madre.

Ella le pidió silencio con un dedo en la boca.

—Está alistándose para dormir, la enfermera está con ella. Qué agradable sorpresa —expresó en tono de voz bajo.

A Brandon se le dificultaba pronunciar palabra.

—No me llamaste a darme la buena nueva, felicitaciones por tu compromiso. Hubiéramos podido hacer una reunión en casa con sus padres, toda la familia ¿qué es eso de proponerte de la manera en que lo hiciste? —dijo mientras lo invitaba a tomar asiento en uno de los sillones de la sala—. Cassandra me llamó antes de viajar a darme la buena nueva.

La mujer se acercó y le trató de dar un beso en la mejilla que él rechazó.

—Claro que sí, han hecho un buen equipo todo este tiempo —dijo con notable sarcasmo.

—¿Qué te pasa? —preguntó, sorprendida por el comportamiento de su hijo.

Brandon se quedó mirándola con incredulidad. Era la mujer que le había dado la vida, pero siempre puso los intereses materiales por encima de él y de sus hermanos. La sabía ambiciosa, vanidosa y egoísta, pero nunca capaz de lastimar tanto a otra persona. Eran tantos los reproches que llevaba atravesados en el alma; le costaba tanto hablarle, mirarla frente a frente, la ira apenas lo dejaba cavilar.

—Pasa que lo sé todo. Sé del engaño que urdiste con Ryan para sacar a Eva de la empresa y de mi vida, ¿cómo pudiste?

La mujer se quedó como estatua.

—No sé de qué estás hablando.

—Lo sabes, lo del hotel fue orquestado por ustedes dos, el hijo de puta de Ryan puso cámaras en la habitación, ¿lo sabías? La observó todo el tiempo como el maldito perverso que es. ¿Lo sabías? —gritó.

La mujer se puso pálida y le empezaron a temblar las manos, incapaz de pronunciar palabra.

—Ni siquiera puedes negarlo. La drogó y pudo haberla violado, si yo no llego al momento y todo con tu aval. ¿Cómo puedes vivir tan tranquila?

—No tenía idea de que hubiera sido tan...

—¿Sórdido? Los detalles no te interesan con tal de no ensuciarte, otros son

los que cargan con tus culpas, pero en esto no. Me rompiste el corazón, te importaron una mierda mis sentimientos, no fuiste leal a tu hijo, sangre de tu sangre. Nunca le haría eso a un hijo mío. No me cabe en la cabeza.

La mujer se levantó y se acercó a él.

—Lo sé, actué mal —claudicó angustiada—, pero en mi defensa te digo que lo hice por ti, por tu futuro, te vas a casar con la mujer más bella y rica de Chicago.

Brandon soltó una carcajada carente de humor. Le parecía asombroso que justificara sus acciones delictivas y que encima quisiera endosarle de por vida una mujer igual a ella en principios.

—¿Crees que voy a compartir mi vida con una tramposa?

Anne se quedó con la boca abierta.

—¿De qué estás hablando?

—Sé todo sobre los diseños, que cedió su trabajo para ensuciar a Eva con Maurice Weisz y que le robó los diseños a Elizabeth.

—Esas son tonterías.

Brandon la observó con estupor.

—Para ti lo son, no para mí, ni para mis hermanos. Hiciste daño a personas inocentes, solo por tu egoísmo y vanidad. Pero Eva es mejor persona que tú y que todos nosotros y no me alcanzará la vida para pedirle perdón.

Anne lo miró furiosa.

—Ah, así que se trata de eso, ya volvió para freírte los sesos. Los hombres son todos iguales, solo piensan con una cosa. —Trató de acercarse, pero Brandon la atajó con ambas manos—. Hijo, con el paso del tiempo verás las cosas de diferente manera.

—No lo creo, no quiero saber nada más de ti. Mantendré la investigación a raya, si pongo los hechos en manos de la ley, podrías ir a la cárcel, pero no te deseo ese mal.

—Pero, Brandon...

—¿Sabías que tuve una hija... —Anne lo miró como si hubiera recibido un bofetón— ... qué vivió solo cinco días? A lo mejor si Eva y mi hija hubieran contado con más recursos hoy estaría viva, no lo sé, pero esto no te lo perdonaré nunca.

—Lo siento mucho, hijo...

—Ya no eres mi madre, nunca lo fuiste.

Anne se quedó mirándolo sin pronunciar palabra.

—No les voy a contar a mis hermanos tu intervención en el asunto, a los

ojos de ellos, Ryan será el único culpable, pero no volveré a esta casa nunca más.

Se dio la vuelta y salió de allí sin mirar atrás.

Tan pronto Brandon salió de la casa, Anne se quedó de pie en medio de la sala, sin saber qué hacer. Todo había sido por nada, el sueño de ver a sus hijos a la cabeza de la elite de Chicago no tendría lugar si Brandon no se casaba con Cassandra.

En cuanto Anne King se disponía a salir de la casa, la figura de la señorita Selma se materializó ante ella. La enfermera la llevaba en la silla.

—¿Qué haces aún levantada, mammy?

—Déjanos solas, muchacha —dijo a la enfermera.

—Organizaré el mueble de medicamentos —dijo la joven encerrándose en la habitación.

La señorita Selma miró a Anne con severidad.

—Cuando llegué a la casa de los Butler con treinta años de edad, tú eras la preciosa niña de la casa, recuerdo que tocabas el piano cuando te vi por primera vez, tenías once años y parecías un ángel. —Sonrió con incredulidad ante el recuerdo.

—¿Estás nostálgica, mammy? —preguntó la mujer, preocupada, a lo mejor había escuchado los reproches de Brandon. Ella era su conciencia, siempre lo había sido, pero nunca a lo largo de los años la había visto tan furiosa—. Yo también extraño Charleston.

Anne se dio la vuelta y caminó hasta la ventana, mirando a la anciana por el reflejo del cristal.

—Llegué a ti demasiado tarde y eso es algo que no sabes cuánto lamento al ver los tres hermosos hijos que te regaló la vida, a los que has tratado sin la más mínima compasión.

La mujer dio la vuelta con un brillo furioso en la mirada.

—No sé de qué hablas, mammy.

—Yo sí sé de lo que hablo, todos en Charleston sabíamos que te hizo falta una buena cueriza de pequeña. A lo mejor sin tantas contemplaciones hubieras sido un mejor ser humano. ¡Hoy al escuchar los reproches de ese hijo que tienes, además de pena, sentí vergüenza! ¡Eres una desalmada!

—No sé de qué hablas.

—Lo sabía, vi tu mano y la de ese malvado de Ryan en esto, no soportabas que tu hijo se hubiera enamorado de una chica sencilla.

La mujer se acercó con los puños apretados.

—¡Cállate! No tienes derecho a hablarme así. Soy tu patrona.

—Eras mi patrona, puedo irme cuando se me antoje. No pude proteger a mi niño de tu alma egoísta y ambiciosa. Agradece que ya no estoy a tu servicio, no podría hacerlo sin pensar en envenenarte o escupirte en la comida.

—¡Estás loca, vieja! —exclamó Anne sorprendida y temerosa, si había un juicio al que temía era al de la señorita Selma.

—La vida se encargará de hacerte pagar caro todo el sufrimiento que le has causado a Brandon, le rompiste el corazón y no te lo perdonaré nunca.

La mujer la miró con culpa, ella la conocía demasiado bien.

—Mammy, ahora lo ves así —se acercó la mujer dispuesta a calmarla. No se imaginaba la vida sin su mammy, ella era el único bastión que la ligaba al sur de sus padres, era el último eslabón de conciencia que le quedaba—, pero es lo mejor, esa chica no era para él.

—¡Eso no tenías que decidirlo tú!

—No entiendes mis responsabilidades, las presiones que tengo soportar todos los días.

—No me hagas reír, eres dura de corazón y mañana mismo llamaré a Brandon o a Nathan, me largo de aquí.

—No me dejes, mammy. —La mujer le habló como cuando era una niña—. Tú eres lo único que me queda de mis padres.

—Querida, ya no estamos en la época de la esclavitud, hablas como si yo fuera un bien o una herencia. Tus padres se revolcarían en su tumba de ver en lo que te has convertido.

Anne salió de la casa dando un fuerte portazo.

CAPÍTULO 38

Tan pronto saltó de la cama, Brandon salió a correr por el sendero del parque a poca distancia de la torre de departamentos donde vivía. Hacía tres semanas que Eva le había contado de su hija y todavía le dolía. Ni de lejos le habían servido de consuelo las palabras del par de expertos en neonatología que consultó, según los cuales, así la niña hubiera contado con todos los recursos, era muy poco lo que podría haberse hecho por ella. Igual él debió haber estado allí, su hija y Eva lo necesitaban. Lo avergonzaba recordar esa época, ya que lo único que recordaba era la fila de mujeres sin rostro con las que estuvo, el licor y los días encerrado en su oficina trabajando para evadir la herida en el pecho.

Gracias a Dios, el trabajo y los viajes a las diferentes sucursales lo tuvieron ocupado por más de dos semanas. Era poco lo que había visto a Eva, se notaba que ella se sentía incómoda en su presencia y él no quería imponerse. Como si les fuera difícil enfrentarse, ya sin máscaras, vulnerables y con un pasado que ninguno de los dos sabía cómo empezar a superar. Deseaba darle algo de espacio y tiempo para que meditara, se acostumbrara de nuevo a su presencia, y a su trabajo, porque no la iba a dejar ir de su empresa cuando la asesoría terminara, era una mujer brillante, intuitiva, recursiva y muy organizada. Sería un activo muy valioso y él estaba dispuesto a darle lo que quisiera con tal de que se quedara. Esperaba con algo de tiempo arreglar las cosas si es que todavía tenían arreglo.

Sus pensamientos se mezclaban con un tema de The Killers conectado a sus audífonos, sus pasos consumían la distancia del sendero. La vida por fin ponía las cosas en su lugar, le gustaba ver a Eva recorriendo las diferentes estancias de su empresa, como si tomara posesión de algo que siempre fue suyo, ojalá hiciera lo mismo con él. Tenía unas ganas inmensas de redimirse de alguna forma, de adorarla, de acompañarla en todos sus logros, de darle aliento para que cumpliera sus sueños y metas. La quería feliz, realizada con él, darle hijos. Era la mujer de su vida, la única y estaba loco por darle el mundo.

Al llegar al departamento, Nathan lo esperaba sentado en una de las poltronas de la sala. Ojeaba las noticias en su iPad.

—No te voy a hacer desayuno, vamos tarde para la reunión a la que citó Eva con la gente de marketing.

—Soy capaz de hacerme el desayuno yo solito, papá.

Brandon se quitó la camiseta y se limpió el sudor. Debería quitarle las llaves. Al hombre se le olvidaba aprovisionar la alacena y asaltaba la cocina de Brandon cada tanto. Nathan le extendió la tableta.

—Mira, agarraron al cabrón.

Brandon leyó la noticia: “Ryan Winthrop, CEO y principal accionista de Fiduciaria WBP es señalado por los delitos de lavado de activos y operaciones con recursos de procedencia ilícita. Las autoridades federales tomaron las instalaciones de la inversora el día de ayer en horas de la tarde. Un juez federal dictó medida de aseguramiento contra Ryan Winthrop, Phillipe Basil y Tom Paterson. La justicia norteamericana investiga a Winthrop por supuestamente formar parte de un entramado ilícito que habría movido de forma oscura decenas de millones de dólares, dentro de los Estados Unidos, y a través de transferencias a Islas Caimán y países de Europa. Winthrop fue detenido en la tarde al salir de un exclusivo club del centro de la ciudad, en un operativo en el que participaron alrededor de una treintena de agentes federales, y se encuentra recluido en una de las cárceles del condado”.

—¡Por fin se hace justicia! —saltó Brandon con la primera sonrisa en semanas.

—Es muy grave —señaló Nathan—, me imagino cómo se deben estar sintiendo Parker y mamá.

Brandon le entregó el dispositivo.

—Ryan no podía salirse con la suya siempre. —Omitió una opinión sobre su padrastro y su madre—. Tengo que contarle a Eva.

Fue hasta la nevera y sacó una botella de agua que bebió de un sorbo.

—A propósito de Eva, me causa gracia ese jueguito que se traen ustedes dos entre manos.

Brandon dejó la botella en una mesa y arrugó el ceño.

—¿A qué juego te refieres?

—Me recuerdan a un par de luchadores que dan vueltas en el ring sin llegar a tocarse, como si temieran hacerlo.

—Yo no le tengo miedo a Eva —bajó el tono de voz—, le estoy dando su

espacio, ambos tenemos muchas cosas que asumir.

Nathan se levantó.

—Si tú lo dices.

—Es así —trató de convencerlo Brandon, aunque la verdad era que sí tenía miedo de que ella no quisiera nada con él, que lo mandara al infierno, donde merecía estar.

Estaría en todo su derecho, pero estaba desesperado por una jodida oportunidad. Le enviaba flores, escuchó que su café favorito lo vendían en una cafetería a pocas cuadras del lugar, y cada vez que llegaba a su oficina, él personalmente se encargaba de que tuviera su provisión de la primera hora de la mañana. John, el chofer, prácticamente trabajaba para ella. En cuanto se encontraban por los pasillos o en alguna reunión, la chica se sonrojaba y le regalaba una sonrisa. Eso hacía sus días más llevaderos.

—Mejor te das prisa. David, uno de mis chicos de publicidad, quiere invitarla a salir.

Brandon hizo caso omiso del comentario, aunque por dentro los celos le jugaran una mala pasada.

—No te creo nada, mejor vete de aquí y gracias por la noticia de Ryan, me alegraste el día.

Con el pretexto de darle la noticia del encarcelamiento de Ryan, Brandon entró a donde trabajaba Eva. Llevaba en las manos su café y un bollo de canela, recordaba que en el pasado le gustaban. Estaba sentada de espaldas a la puerta hablando por el móvil con alguien. Al tiempo acariciaba el pétalo de una orquídea que Brandon había enviado el día anterior, había tres arreglos en la oficina. Dios, tenía que parar, caviló.

—Sí, muñeca, te prometo que el domingo te llevaré al circo. Pórtate bien, Sophie, dale un beso por mí a tus abuelos.

La imaginó, tierna y cariñosa, cuando tuviera sus propios hijos. Soltó un suspiro y cuando ella se volvió, chocó con su mirada azul.

—Hola. —Puso el café y el postre frente a ella, que le sonrió agradecida.

—Hola —aferró el café—, gracias, no has olvidado que no funciono sin mi dosis de cafeína.

—No he olvidado muchas cosas —retrucó él tomando asiento frente a ella.

Ella no dijo nada, bebió de su café y dio un bocado al pastelillo, luego enterró el rostro en el cajón del escritorio buscando una servilleta.

—Tengo que contarte algo.

Algo en el tono de Brandon obligó a Eva a levantar la cabeza enseguida.

—¿Sí?

—¿No has visto hoy las noticias?

—No he tenido tiempo, estoy reorganizando algunos temas de la reunión, ¿ocurrió algo?

Brandon hizo un gesto afirmativo sin dejar de mirar la miga de pastel alojada en una comisura de su boca.

—Encarcelaron a Ryan Winthrop.

Ella se quedó mirándolo sorprendida.

—¿Por qué? —atinó a preguntar.

Brandon se levantó, dio la vuelta y sin poderse aguantar le retiró el resto de pastel. Ella se quedó estática, no supo él si fue por la noticia o por el gesto. Mientras Brandon le relataba sus pesquisas y lo ocurrido, Eva no dejaba de mirar lo guapo que estaba y de pensar en lo que su presencia estaba ocasionando en ella. No era indiferente a ninguno de los gestos y miradas que él le destinaba.

—Logramos reunir pruebas, el gobierno no podía hacer la vista gorda con la cantidad de documentación que se le entregó.

Ella lo miró preocupada.

—Ojalá nunca averigüe que fuiste tú el artífice de todo, Ryan es un hombre malo.

—Nunca le he temido y sabía que tarde o temprano este día iba a llegar, está en la cárcel como la rata que es y quiero que te olvides de ese hombre.

Ella sonrió triste.

—Ojalá fuera tan fácil.

—James, no sabes lo que daría por devolver el tiempo y haberte evitado esa horrible experiencia.

—No debes culparte del actuar de Ryan, él es el único culpable.

—Y la ambición de mi madre —interrumpió él.

Brandon se dijo que era suficiente con recordar una situación que no se podía modificar y quiso cambiar de tema.

—¿Vas a ir a la fiesta de cumpleaños de Nathan?

Eva asintió, más tranquila por el cambio de tema.

—Como perdérmela, me envía recordatorios cada tanto.

—En su celebración de cumpleaños fue que empezó lo nuestro —dijo él con intención, empapando su rostro con una mirada cálida y una sonrisa que causaba estragos a su corazón.

—Brandon... —señaló Eva en tono de advertencia. Deseaba besar esa sonrisa, quería besarlo tanto hasta quedar grabada a fuego en su corazón. Disimuló como pudo la turbación que la invadió. Era muy difícil resistirse a él, a sus gestos, a sus absurdas pestañas, al brillo de sus ojos ardientes que le repetían en forma de promesa: “Tuve tu corazón una vez, volveré a tenerlo”.

Él se levantó de la silla sin llevar las cosas más lejos.

—Está bien, te dejo trabajar, nos vemos en un rato.

Eva se engañaba, repitiéndose que las cosas entre ellos no podían ser, pero su amor era imparable. No le hacía mucha gracia ver que sus sentimientos no habían cambiado, que él podría tenerla de nuevo donde quería. Rememoraba frecuentemente los sentimientos de esa época, la emoción, la felicidad, lo bien que se sentía adorarlo y luego el resentimiento que la corroía y perseguía. Ese espacio de tiempo era la oportunidad de sanar heridas, de dar vuelta a la página, era de tontos culparlo, porque su incapacidad para superarlo, era una emoción suya y en sus manos estaba el remedio. Tenía que perdonarlo y perdonarse, el problema era que frente a él volvía a ser esa jovencita vulnerable y enamorada de tiempo atrás y le temía a confiar de nuevo. Soltó un suspiro, le gustaba en lo que Brandon se había convertido, la atracción estaba allí, cercándolos, ¿qué pasaría si le diera una oportunidad? Era una locura, espantó sus pensamientos y siguió organizando los puntos de la reunión.

Brandon tomaba una larga ducha después de haber hecho ejercicio en el gimnasio gran parte de la mañana. Era el día de la celebración del cumpleaños de Nathan. Un nudo de temor atenazaba su vientre, no sabía qué esperar de Eva y sentía que se le acaba el tiempo. Mientras se frotaba el cuerpo con una toalla, pensó que ella siempre había tenido la sartén por el mango en la relación. Recordó el trabajo que le costó años atrás conquistarla y luego como lo había embrujado hasta depender de ella como nunca creyó depender de otra persona. Y lo que era más risible, había sido en muy poco tiempo, estaba seguro de que algunas personas, si no la mayoría, no le creerían o pensarían que le faltaba un tornillo. Ya no era ese hombre joven, sentía que había pasado mucho más tiempo del que en realidad había transcurrido.

Sacó la ropa del vestier y empezó a vestirse. Se sentía cansado, agitado y hambriento. Ahora era un hombre curtido en batallas de todo tipo y lo único que quería era a ella, toda ella, su alma fundida a la suya, sus gemidos en su oído y su miembro enterrado en su interior. Dios, el sexo con ella era...

celestial. Ahora entendía a Adán, pobre diablo, si la Eva original tuvo una cuarta parte del encanto de su Eva, estuvieron condenados desde el inicio de los tiempos. Hacer el amor con ella era como caer en un hechizo, había sido así antes, y lo poco que pudo probar en su breve encuentro semanas atrás le dijo que las cosas seguían igual. Se moría por devorarle el sexo y que ella lo acaparara en su interior, que lo tomara completo. Podía vislumbrar toda la escena, ella en su cama dispuesta, su sexo brillando de excitación, invitándolo a devorarla; le amarraría las muñecas al cabezal de su cama y sus gemidos tapizarían las paredes de la jodida habitación, la escucharía gritar su nombre una y otra vez, pero lo más importante, *lo verdaderamente importante*, ella pronunciaría las palabras que había querido escuchar desde que atravesó la puerta de su oficina con su aura de guerrera: "Te amo, Brandon King, te he amado siempre", y él le devoraría de nuevo la boca para sellar esas palabras, para sellar la promesa. Se sumergiría más en su interior diciéndole cuanto la había extrañado y que estaba igual de enamorado.

El timbre del móvil lo sacó de su fantasía.

—¿Qué haces que no has puesto tu culo aquí? El auto de Eva está entrando al aparcamiento del club.

—Voy.

Eva se había mirado en el espejo el vestido de flores sin mangas y a la rodilla que había escogido para la fiesta de cumpleaños de Nathan, que se celebraría en el club Lincoln Hills, en horas de la tarde. Decidió peinar su cabello en ondas gruesas y maquillarse de manera suave, solo sus labios resaltaban en un tono más oscuro, quería que Brandon la notara. Se calzó unos zapatos de tacón alto y puntudo que encontró en una caja, aún tenía equipaje sin desembalar: llevaba dos semanas viviendo en el departamento, pero no le había quedado tiempo de hacer mucho.

Llamó a John para decirle que ya estaba lista. Se había habituado a la presencia del hombre que, como cancerbero, la seguía a todas partes.

En la entrada al club cotejaron su nombre con una lista y el auto avanzó por el camino rodeado de árboles y flores a lado y lado; los majestuosos prados del campo de golf se extendían a la distancia. Al pasar una curva vislumbró las pistas de tenis y una de las piscinas, y llegaron a una edificación anexa a la casa principal, una mansión campestre utilizada para las fiestas de tarde y que daba al lago Michigan, donde había un yate del que disfrutarían al atardecer.

John aparcó en medio de autos de toda clase y dio la vuelta para ayudarla a bajar. Una panda de amigos reía y bromeaba mientras caminaba rumbo a la fiesta.

El lugar estaba a reventar, hombres y mujeres vestidos de manera casual y elegante iban de lado a lado con diferentes bebidas en sus manos. Un camarero pasó por su lado y le brindó una copa de champaña; la bebió de golpe, necesitaba calmar el cosquilleo en su estómago: en cuestión de minutos vería a Brandon y no sabía qué le deparaba la velada. Dejó la copa en una mesa auxiliar, tomó otra de una bandeja que pasó por su lado y atravesó la puerta de cristal que daba a un mirador.

El bufet estaba ubicado en esa parte, pero no tenía hambre; deambuló buscando a Nathan para felicitarlo, y de camino saludó a un par de profesionales del departamento financiero y bromeó con los chicos de marketing y publicidad. A su izquierda había una pista de baile y una orquesta animaba con un tema melódico de Aerosmith.

Encontró a Nathan en una salita que daba a un jardín, algo alejado del bullicio, charlando con un hombre alto que estaba de espaldas a ella. En cuanto él la vio, gritó:

—¡Eva! Ven acá corazón y dale un beso a este sapo. —Le abrió los brazos y ella correspondió el saludo como merecía.

—Te besaría esa hermosa boca, pero creo que terminaría eunuco al cabo de un rato —dijo guiñándole un ojo.

—¿Eva? —oyó preguntar el hombre con el que hablaba Nathan y de inmediato se dio la vuelta.

—Te lo dije —retrucó Nathan al hombre, señalando a Eva—, lo lleva de cabeza, peor que años atrás.

—Como debe ser.

—¡Mathew! ¡Por Dios! —exclamó Eva, a quien la bebida empezaba a hacer efecto.

El hombre la saludó encantado.

—Estás bellísima y me alegra muchísimo verte, he extrañado nuestros duelos de Call of Duty.

—Yo también —contestó, encantada.

El par de hombres la invitó a sentarse en un sillón.

—Tendremos que ponernos al día. ¿Cuándo llegaste? —preguntó ella complacida, llevaba el corazón encogido por culpa de los recuerdos de una época dichosa.

—Ayer en la mañana, duré casi dos días viajando.

Eva sonrió.

—He visto las fotografías y los informes, has hecho una fantástica labor con el taller de talla y tasaje.

—Ha sido una buena experiencia —soltó el chico dando un sorbo a su bebida.

Joder con los hermanos King, Dios había sido injusto al repartir tanta belleza en una sola familia. Mathew mantenía su talante serio, pero sus ojos brillaban de humor, era el más introvertido de los tres. Los dos vestían traje de material delgado y camisas blancas, pero sin corbata, ella se imaginó que dentro de poco las chaquetas saldrían a volar.

—¡Vaya! —exclamó Brandon con ese tono de voz que tenía el poder de erizarle la piel—. Han hecho fiesta aparte, chicos, eso está muy mal. Han acaparado a la mujer más bella de la fiesta.

CAPÍTULO 39

Eva quiso otra copa, que Nathan, como si adivinara sus pensamientos, le pasó enseguida. Se notaba que disfrutaba de la situación. Brandon estaba hermoso, meditó ella, con el cabello peinado hacia atrás, una camisa blanca y vestido de dos piezas de color gris claro, el típico traje de verano. Tenía la barbilla sombreada y sus ojos del color de la plata la acariciaron de arriba abajo. Llevaba una bebida en la mano.

—Joder con los tres hermanos King —señaló ella—. Deberían multarlos por exceso de belleza.

Nathan y Mathew soltaron la carcajada. Brandon la miró como si hubiera prendido una hoguera en su pecho. Estaba desesperado por arreglar las cosas, la voz le salió ronca en cuanto la saludó.

—Hola, James, me alegra mucho que hayas venido.

Ella siguió, ajena a lo que ocasionó su comentario. Brandon la notó achispada y se dijo que esta vez sí se aprovecharía de eso.

—No podía perderme el cumpleaños de Nathan. —Levantó la copa y bebió un sorbo de su vino.

—Suero de la verdad, esto pinta interesante —observó Brandon. Se acercó a ella y chocó su vaso en un brindis.

—Salud, por los reencuentros, que ponen tu jodido mundo de cabeza y te dan una buena patada en el culo.

Nathan y Mathew chocaron sus copas también mirando a uno y a otro.

Eva sonrió, brindó y bebió un sorbo sin dejar de mirar a Brandon.

—La señorita Selma te amenazaría con lavarte la boca con jabón. A propósito, ¿cómo está ella?

Brandon se sentó en el sofá a su lado y extendió las piernas.

—Ella está bien, aunque la edad le ha pasado factura, tiene días buenos y días malos. Los buenos empiezan a escasear.

—Lo siento mucho.

—Gracias.

—Creo que Mathew y yo tenemos mejores cosas que hacer, no he sido un buen anfitrión. Dejemos solos al par de tórtolos —sugirió Nathan, dejando su

bebida en una mesa.

Eva había estirado las piernas como Brandon.

—No, chicos, no se vayan, aún tenemos que ponernos al día —dijo e hizo el amague de levantarse, pero ellos no la dejaron—. Quédense otro rato, los he extrañado mucho.

—Estoy celoso —intervino Brandon sin dejar de mirarla—, ¿cómo es que puedes ser amable, sonreírle a este par de cabrones y a mí no?

"Ellos no me rompieron el corazón", quiso decirle ella.

—Porque son mis amigos y Nathan es muy gracioso —retrucó ella, blanqueando los ojos como si fuera lo más obvio del mundo.

—Yo también puedo hacerte sonreír. —Ella lo miró de manera dubitativa—. En serio —él le acercó su boca al oído—, recuerda que te conozco: cosquillas en la cama.

Mathew resopló.

—Si eso es lo que tienes —se burló—, te veo mal, has perdido facultades.

—Eh, no lo hace tan mal —saltó Eva enseguida a defenderlo.

Los dos jóvenes soltaron un silbido.

—Estoy calentando, apenas —contestó Brandon, satisfecho al ver que Eva era una lluvia de verdades—. Mejor piérdanse.

—Vamos, aquí estamos sobrando —dijo Mathew a Nathan.

Eva hizo otro ademán de levantarse, pero Nathan, a una mirada de Brandon, se acercó a ella y en un rápido movimiento le sacó los zapatos.

—¡Eh, devuélveme los zapatos! —Eva se levantó enseguida, como si no se hubiera bebido un solo trago, al tiempo que Nathan se acercaba a la salida.

—Las mujeres tienen un sentido de protección muy arraigado en cuanto a sus piezas de vestuario —afirmó Nathan.

—Habla con mi hermano —dijo Mathew a Eva, cruzó los brazos y se puso al lado de Nathan—. Y yo mismo te los devuelvo.

—No tenemos nada de qué hablar —señaló Eva mosqueada.

—Ya lo creo que sí —se aventuró a decir Nathan.

Eva se plantó frente al par de hombres dispuesta a escapar, pero Nathan estiró uno de sus largos brazos, la tomó por la cintura, la hizo girar de un tirón y la llevó de vuelta hasta Brandon, que ya estaba de pie.

—¡Suéltame!

—No.

—¡Retiro lo dicho, son horribles! —exclamó ella con las manos en la cintura.

—Ya lo sabemos —contestó Mathew mirándola con ternura. Luego miró a su hermano con un deje de preocupación.

Brandon la observaba con una enorme sonrisa. Estaba tan jodidamente hermosa y no solo por su físico perfecto, era ella, su James, la chica que lo enamoró tiempo atrás, despojada de su armadura: volvía a recuperarla. No se cansaría de mirarla, pero ya había girado lo suficiente alrededor de ella, como si fuera el maldito sol, quería aventurarse a las llamas.

—Diablos —dijo ella mirándolo seriamente—. Tienes la sonrisa que quiero para mis hijos.

"Ya era hora, gracias Dios", susurró Brandon.

Nathan le dio los zapatos a Brandon y el par de hermanos salieron de la estancia como si tuvieran fuego en los pies. Eva de pronto fue consciente de lo que había dicho.

—Dime que no dije eso en voz alta —murmuró un poco avergonzada.

—Disfruté cada palabra.

Eva le golpeó el brazo.

—Me haces decir cosas estúpidas.

Él le dijo con aparente calma:

—James, con gusto te daré hijos en las combinaciones que quieras.

Ella se volteó y se tapó la cara con ambas manos. Se sentía asustada, si las cosas no funcionaban esta vez, estaba segura de que moriría de pena.

—No puedo hacer esto.

Se dirigió a la salida, pero Brandon la alcanzó en un santiamén.

—¡Sí puedes!

Le aferró el brazo con suavidad y tras darle la vuelta, la miró fijamente y la tomó por los hombros.

—Es como estar al borde de un precipicio —murmuró ella—. Quiero paz.

—Vivimos en el borde del precipicio, siempre —señaló él con pasión—. Esa sensación es la que nos hace sentir vivos, James.

Cerró los ojos unos instantes.

—Quiero respirar tranquila.

—Dicen por ahí que la vida no se mide por las respiraciones que tomamos, sino por los momentos que nos dejan sin respiración.

Abrió los ojos.

—¿Qué quieres de mí, Brandon?

Él quiso borrarle el gesto angustiado con besos.

—¡Te quiero a ti! —Brandon le sostuvo el rostro para forzar los ojos de

Eva a permanecer en los suyos—. Quiero tu alma, tu cuerpo, lo quiero todo.

Eva presentía el fin de la batalla donde ella sería la perdedora. Trató de liberarse y él no la dejó. Acusó su mirada feroz.

—Escúchame —dijo en tono de voz contenido. La compresión de que si no era ella no sería nadie más, hacía que le resultara difícil respirar. Absorbió el aire con avidez antes de volver a hablar—. La jodimos en grande, James, y, sin embargo, no quiero estar en otro lugar. Eres mi todo, grábatelo de una vez y si tú no sintieras lo mismo, créeme que te dejaría en paz, pero te conozco como si fueras mi jodida alma. Pasamos por mucho, no vamos a abrir los jodidos libros viejos ahora, pero volvimos a encontrarnos, la vida nos brinda esta nueva oportunidad y no podemos arruinarla.

Un silencio cayó entre ellos, mientras Eva catava sus palabras. Desvió la vista hacia el lago, cuyas aguas tranquilas despedían chispas de plata como el color de los ojos de Brandon. A lo lejos les llegaban los acordes de una canción de Ed Sheeran, *Thinking out loud*, en la voz del vocalista del grupo musical que animaba la fiesta. La brisa traía las conversaciones y la risa de la gente.

—Tengo miedo de arruinarlo.

Los brazos de Brandon la rodearon en un fuerte abrazo, como en el pasado. Ella quiso llorar, se sentía tan bien, lo había echado de menos de manera feroz. Se había perdido de tanto. El hombre que amaba estaba de nuevo a su lado, quiso fundirse a él para no separarse jamás.

—Yo también —declaró él solemne sobre su cabello y luego aflojó el abrazo—. Así que, señorita Eva James, ya que está sin zapatos, me veré en la obligación de alzarla y sacarla de aquí.

Ella sonrió en medio de sus ojos llorosos.

—Podrías probar a devolverme mis zapatos.

Él negó con la cabeza.

—Y perderme de lo que has querido que haga todo este tiempo, no, James.

La alzó en un solo movimiento y se la atravesó en la parte superior de la espalda.

—¡Suéltame! —dijo con un dejo de risa en la voz.

—No quieres, tu jefe dice que te aguantas. —Le pasó los zapatos.

—Mi jefe es un prepotente y dictatorial.

Eva escuchó un resoplido.

—Eso dicen, también que es muy guapo y buen amante.

—Palabras, palabras.

Atravesaron el jardín ante las miradas curiosas de algunos invitados, el resto no les prestó mayor atención, a lo mejor, estaban acostumbrados a las excentricidades de Nathan. Llegaron al auto. Brandon la bajó con cuidado, Eva soltó la risa.

—Te demostraré lo equivocada que estás en minutos. —La miró de nuevo de arriba abajo—. Te ves preciosa con ese vestido.

Ella se dio la vuelta. El cabello le bailó en consonancia con el giro y Brandon supo que se moriría sin ella.

—Me lo puse para provocarte.

—Lo lograste, no sabes lo que me haces.

Ella sonrió. Él le atrapó el rostro con ambas manos y le dijo:

—Te doy tres opciones: Me besas, te beso o nos besamos...

Eva no lo dejó terminar y empezó a besarlo como si se fuera a morir si no lo hacía. Oh, sí, sí y mil veces sí, a lo que él le propusiera. Le acaparó los labios, robándole el aliento, el alma; enredó las manos en su pelo y tiró de él para profundizar el gesto, Brandon le acarició el cuello y pasó los dedos a lo largo de su columna, haciéndola estremecer mucho más y hechizándole de nuevo el corazón. Él profundizó aún más el beso, recorriendo el interior de su boca con la lengua, apropiándose de nuevo de su esencia. Apenas respiraban, a ella las piernas empezaron a fallarle, eran conscientes de que estaban dando un espectáculo, pero no les importó. Al cabo de unos segundos, Brandon se separó de ella, respiraba de manera agitada.

—¿A dónde quieres ir? —preguntó con la frente pegada a la de Eva y aferrándole las manos, como si se le fuera a escapar a la menor oportunidad.

—Donde sea, siempre que sea contigo.

Brandon la ayudó a entrar al coche con celeridad, ella se ajustó el cinturón, las manos le temblaban. Él, nervioso, le dedicaba vistazos rápidos. Eva tomó su mano cuando sujetó la palanca de cambios y él se tranquilizó. Cerró los ojos rogando que no fuera un sueño y que la caricia que ella destinaba al dorso de su mano fuera real. Al abrirlos, observó sus manos unidas y se prometió que pondría un anillo en su dedo muy pronto. Un nudo en la garganta le impedía decirle tantas cosas, prometerle que repararía cada herida de su corazón; de pronto sintió la mirada aguada y se controló como pudo antes de soltar el llanto como un niño.

Al llegar al edificio donde vivía Brandon, salieron con celeridad del auto y apenas pudieron aguantar las ganas en el ascensor, donde se volvieron a

besar. De no ser por que subió una jovencita que al parecer iba para el gimnasio, él la hubiera tomado allí mismo.

Atrapados en un remolino erótico y carnal entraron al departamento. Se desnudaron a toda velocidad, dejando un reguero de ropa en el camino al dormitorio. Ya desnudos, se abrazaron de nuevo, como si no soportaran estar separados ni un segundo. Se tumbaron en la cama, la piel de Eva erizada en respuesta al contacto de Brandon. Quería decirle muchas cosas, urgirlo a que se deslizara en su interior, quería sentirse suya, que calmara sus ansias, tener la facultad de devolver el tiempo y quedarse justo en ese instante sagrado en el que sus corazones latían al unísono, con prisa, ante la urgencia de satisfacer un deseo que iba más allá de lo carnal.

Los ojos de Brandon se deleitaban en la piel y las curvas de la mujer.

—Te he soñado así muchas veces, en mi cama, tu hermoso cabello suelto en mi almohada —gruñó mientras la tocaba—, tus pezones erguidos esperando mi toque, mis besos.

—Te necesito, ahora —ordenó ella.

Brandon quiso jugar un rato.

—¿Quieres que me aproveche de una mujer ebria?

—No estoy ebria —soltó ella, indignada, mientras Brandon acariciaba su sexo, liso y húmedo—. Eres el hombre más hermoso que he conocido.

—Gracias a Dios por el vino —sonrió ladino—. Te tomaré de tantas formas que se te irá la borrachera en un santiamén.

Necesitaba saborearla, tocar con su boca el paraíso en medio de sus piernas, chuparla, saborearla, marcarla. Se perdió en su sexo, la besó por todo el tiempo en que quiso hacerlo, pero no la tuvo, y ella le respondió con igual ardor. La necesitaba con urgencia. ¡Oh, Dios mío! Encendido por sus gemidos, su aroma y su sabor, sabía que estaba irremediablemente atrapado, y en cuanto por fin se unió a ella, con el corazón en carne viva y las ganas desbordadas, le dijo:

—Soy tuyo. —Empujó más fuerte—. Siempre he sido tuyo.

—Aún me duele el corazón —murmuró Eva mientras Brandon empujaba de nuevo dentro de ella. Le golpeó con un puño la espalda en un gesto más parecido a una caricia que a una agresión.

—Lo sé —gruñó él, desesperado por atravesar la barrera hasta llegar a su alma—. Viviremos con ello, James, porque no te dejaré marchar.

No era gentil, pero tenía el presentimiento de que Eva no quería gentileza. Brandon ya no pensaba, era como si toda su sangre se hubiera ido a una sola

parte de su anatomía. Ella gimió y su espalda se arqueó aprisionándolo más.

—Nunca he dejado de amarte. —Soltó un profundo gemido mientras su sexo empezaba a contraerse y veía estrellas tras sus ojos—. Te amo, Brandon King, y te amaré siempre.

Ahí estaba la claudicación que tanto necesitaba, gimió agradecido. Ella era su reina y él, su esclavo que demandaba misericordia. Estaba dispuesto a arrodillarse hasta conseguirlo, le daría la vida perfecta que ella se merecía, le daría todo. La besó como soñó que lo haría en el momento en que esas benditas palabras se deslizaran de su boca.

—Yo también te amo. —Echó la cabeza hacia atrás, su cuerpo temblaba sin contención al deshacerse en pedazos.

Minutos más tarde, en cuanto pudieron normalizar la respiración, Brandon se acomodó detrás de ella, le daba besos en la nuca y los hombros mientras mimaba su abdomen. Eva le acariciaba el brazo y meditaba que la vida era como una montaña rusa, con subidas y bajadas; el secreto estaba en sortear las bajadas con valentía, y aprender y atesorar experiencias en el trayecto a la cima, y ya en esta, saborear los éxitos y disfrutar de todo lo bueno que traía la existencia; para cuando tocara de nuevo el descenso, poder hacerle frente con arrojo y saboreando cada instante al lado del hombre que le había regalado la vida. Se volteó y miró a Brandon.

—No habrá camino de regreso —dijo ella.

Él le sonrió con el gesto más feliz y enamorado que le había visto nunca y le contestó:

—No regresemos entonces.

EPÍLOGO

Meses después

Brandon se enderezó en el asiento en cuanto Eva salió del edificio de oficinas y se dirigió al auto. Disfrutaba mirarla, apreciar su belleza sin que supiera que él la estaba observando. «Mi mujer», caviló. Ella le robaba el aliento y le ponía color a su vida. Era hermosa, sexy, de andar elegante, además de brillante y apasionada, ¿qué más podía pedir?

Sonrió en cuanto ella se subió al auto, para luego aferrarla del cabello y tomar su boca en un profundo beso.

—Te extrañé como no tienes idea —dijo Eva.

Él acababa de llegar de California, había estado ausente casi una semana.

—La próxima vez viajas conmigo —sentenció categórico.

—Dijiste que serían solo dos días.

—Una reunión llevó a la otra y en el momento menos pensado, estaba rumbo a San Francisco. —La volvió a besar, finalizó el gesto y sin dejar de mirarla dijo—: Vamos a la sucursal de la avenida Michigan, John.

—Sí, señor —contestó el chofer, alzando el vidrio para darles privacidad.

—¿Tan tarde? —preguntó Eva confusa.

—Le pedí a Thomas y a Stella que nos esperaran, no nos demoraremos, cariño. Hay un asunto que tengo que finiquitar esta misma noche.

Ella empezó a besarlo, ya con la idea de un rapidito, en cuanto él deslizó las manos debajo de su falda, por el contorno de sus muslos.

—Muéstrame cuánto me extrañaste —ordenó con voz enronquecida sin desprender el contacto con sus ojos.

Eva le regaló una mirada oscurecida y abrió las piernas.

—Siéntelo tú mismo.

La miró enamorado, su corazón rebotaba en el pecho. Allí estaba esa necesidad aplastante de poseer cada milímetro de ella. En esa mujer hermosa y apasionada había encontrado su igual no solo en el ámbito sexual, sino en

todos los ámbitos de su vida. Se acercó a su oído mordiéndole el lóbulo, lo que hizo que ella temblara a su lado, exhaló suavemente antes de susurrarle íntimamente:

—Diablos, James, si no estuviéramos a un par de cuadras, te demostraba cuanto te extrañé también.

Le arregló la falda. La abrazó, la besó de nuevo por varios segundos, luego apoyó la cabeza de ella en su pecho y le dio un beso en la coronilla.

Los meses anteriores no habían sido fáciles, pero tenían la confianza de que las heridas empezaban a cicatrizar. Como dos personas que se han amado más allá de todo y vivido lo que ellos vivieron, ya no les era posible volver a ser los mismos. La conexión que tuvieron en un comienzo había permanecido allí y nadie la pudo reemplazar en los años que estuvieron separados. En esos meses habían limpiado el camino del amor para que por fin sus almas estuvieran de vuelta, juntas, como siempre debió ser desde el comienzo. Para lograrlo, atravesaron tramos espinosos, a veces discutían y diseccionaban el pasado, se culpaban para luego reconciliarse y darse cuenta de que estaban destinados a estar juntos. Brandon vivió la pérdida de su bebé como si hubiera ocurrido el día anterior y es que para él la pena era reciente, a diferencia de Eva, que había tenido tiempo de procesarla.

Una noche, luego de una discusión, mientras ella dormía, Brandon se levantó de la cama, caminó hacia el balcón de su departamento y observó la ciudad, dormida como su pena; observó hacia la nada sin importarle el frío de la madrugada, ya que solo llevaba el pantalón de su pijama. Eva llegó poco después hasta él y se abrazó a su espalda. Se habían dicho tantas cosas, habían aflorado tantos reclamos tontos y celos retrospectivos que ellos sabían que debían dejar en el pasado. Él besó sus manos mientras ella dejaba pequeños besos en su espalda, y se consolaron. Siempre habría grietas y heridas en el alma que ellos tendrían que aprender a tapizar con amor y perdón para evitar que por algún resquicio se colaran la infelicidad y el resentimiento.

Lo que ahora les importaba era poder vivir de nuevo su amor en plenitud y lo hacían, pues por encima de ellos mismos estaba ese sentimiento inconmensurable.

El auto aparcó frente a Joyerías Diamond. Brandon salió del vehículo y dio la vuelta para abrirle la puerta a Eva, le tendió la mano y ella lo observó con deseo. ¿Algún día se acostumbraría a lo guapo que era? Le encantaba su actitud arrogante y decidida, su seguridad en todos los ámbitos de la vida.

Brandon llevaba en ese momento una sonrisa que era solo para ella. Se consideraba una mujer muy afortunada, a pesar de los malos momentos, había iniciado una de las mejores etapas de su vida, enamorada hasta los huesos. Una sonrisa o un gesto de Brandon tenían la potestad de doblarle las rodillas, de variarle el pulso y la respiración.

Ambos caminaron hacia la joyería, que ya estaba cerrada al público. Podía sentir la mano de Brandon quemando su espalda baja, tenía tantas ganas de hacerlo suyo y tantas cosas que contarle, como, por ejemplo, su hallazgo de la casa ideal para los dos. Antes de su viaje habían decidido que no esperarían más, ya había pasado tiempo y querían despertar juntos todas las mañanas. Cierto que lo hacían con frecuencia, casi siempre en el departamento de Eva, pues un resquicio de celos a floraba en ella cada vez que iban al de Brandon, y terminaban discutiendo. Saber que él había compartido ese espacio con Cassandra la ponía de mal humor. Así que juntos acordaron que querían un lugar en donde empezar a crear recuerdos desde cero, y ella lo había encontrado.

Entraron al local donde Thomas y Stella los esperaban a lado y lado de la puerta. Las luces tenues hacían brillar las vitrinas donde reposaban toda clase de joyas. Con una sola mirada de Brandon, el par de empleados desapareció de su vista, la iluminación bajó un poco más, al tiempo que una luz se encendía en una vitrina al frente.

—Ven —dijo Brandon tomándola de la mano y llevándola hasta el círculo de luz.

—Son para la nueva colección —dijo ella mirando los diamantes incrustados delicadamente en cada anillo.

De repente dejó de sentir la cálida mano de él en su espalda y se giró para encontrarlo hincado en una rodilla mientras sostenía un estuche de terciopelo azul abierto, en cuyo interior estaba el más hermoso de los anillos, con un elaborado diseño que acunaba un perfecto diamante, rodeado de otros más pequeños.

—Eva James, desde que te vi entrar al salón de clase, con tu cabello recogido en una trenza gruesa, tus ojos de mirada insondable y un morral que apenas podías cargar, me dije: “Chico, estás atrapado, sí señor”. Quiero decirte muchas cosas, hacer que este día sea memorable para ti, para que le hables de él a nuestros hijos y nietos; bueno, la parte que les podrás contar, habrá otra que solo quedara entre tú y yo, y por la que estoy impaciente.

—Oh, Brandon... —Los ojos de Eva se llenaron de lágrimas. Al ver a ese

hombre tan seguro de sí mismo, así de nervioso, lo amó aún más por ello. Le acarició el rostro, con todo el amor que sentía por él.

—James —dijo con adoración—, ha sido algo escarpado el camino que hemos tenido que recorrer, lo comparo con la elaboración de una fina e intrincada joya, hacer encajar una piedra en algo de metal no es fácil, pero con trabajo y dedicación se logra el resultado, muchas veces diferente a lo que se soñó en sus inicios, pero no menos valioso. Por eso estoy aquí, postrado ante ti, para pedirte que seas mi esposa. Cásate conmigo, James, me da igual que seamos diferentes, que pensemos tan distinto en varios temas, eso no me importa. Quiero amanecer todos los días a tu lado sabiendo que te pertenezco, quiero ver esa mirada cada vez que abra mis ojos, escucharte cantar mientras haces el desayuno por la mañana —sonrió de manera descarada—, quiero enterrar mi cabeza entre tus piernas en lo que me queda de vida y quiero envejecer contigo. Te ofrezco mi corazón, todo lo que poseo es tuyo, llegaste a mi vida para convertirme en mejor persona, me rescataste del infierno al que iba de cabeza, eres mi jodido milagro, así que te pido que me digas que sí, que aceptes ser mi compañera por el resto de mis días.

—Sí... —Él sonrió con coquetería y exhaló un fuerte suspiro—. ¿Sabes que tendrás que lidiar con manías que ni siquiera conoces? —agregó ella mientras estiraba la mano y Brandon le ponía el anillo con ilusión.

—Estoy seguro de que esas manías me enamorarán más.

Eva soltó una risa nerviosa al ver el anillo en su dedo, como un hecho consumado. No podía estar más feliz y lo ayudó a levantarse, dejando que sus manos se aferraran a las solapas de su chaqueta mientras las de él rodeaban su cintura. Se acercó para un beso, pero ella lo detuvo.

—Estoy impaciente por convertirme en tu esposa. Te amo y si hablamos de matemáticas, eres la suma de todos mis deseos. —Sus manos ascendieron hasta enredarse al rededor del cuello de su futuro marido y luego tantear sus labios con un beso provocador. Brandon sonrió, eran muchas las ocasiones en las que renegaba del pasado, pero si todo lo ocurrido lo llevaba a este preciso momento, en donde su corazón palpitaba al ritmo de su felicidad, con gusto volvería a repetir todo lo vivido—. Un mes —dijo ella—. No necesito una gran boda, solo te quiero a ti, un mes y seré tu esposa.

—Un mes y seré tu esposo.

—Llévame a casa, futuro esposo —murmuró ella, con la promesa de felicidad en sus ojos, antes de que él besara sus labios con todo el amor y la pasión que desbordaba su corazón.

Salieron de la joyería y le pidieron a John que los llevara al departamento de Eva lo más rápido que pudiera.

Fin

AGRADECIMIENTOS

A Dios porque nunca suelta mi mano. A mi familia por su paciencia y amor, a mis lectoras Beta por el tiempo dedicado, a mi amiga querida Aryam Shields, por su amistad que no sabe cuánto quiero y valoro.

A todas mis lectoras por su apoyo incondicional, por estar siempre pendientes de lo que deseo contar, por sus palabras y su compañía. A Isa Quintín por su paciencia y su talento, por su generosidad y profesionalismo, a Vivian que me ayuda a que la historia se vista gala, así como ustedes la merecen.



SOBRE LA AUTORA



Isabel Acuña.

Nació en Bogotá, Colombia, tiene 54 años. Estudió Bacteriología, carrera que ejerció por más de quince años. Actualmente está radicada en la ciudad de Barranquilla, dedicada a su familia y a la escritura.

Es lectora desde que recuerda, de joven disfrutaba de las novelas de Julio Verne, Charles Dickens y una novela muy especial de Armando Palacios Valdés, llamada La Hermana San Sulpicio, que releyó durante toda su adolescencia y que fue el inicio de su amor por las novelas románticas. Lee todos los géneros literarios entre sus autores preferidos están Gabriel García Márquez, Sandor Marai, Florencia Bonelli y Paullina Simons.

Fue participante del taller literario José Félix Fuenmayor durante tres años y pertenece a un colectivo literario que publicará una antología de cuentos de sus participantes llamada A ocho tintas, en enero del 2017.

Publicó su primera novela **De vuelta a tu amor** en enero del 2013, en la plataforma de Amazon.

Publicó **De vuelta a tu amor/La unión** el 18 de febrero del 2014, bajo el sello Zafiro de editorial Planeta.

Unos meses después, publicó la novela **Entre el valle y las sombras**, en la plataforma de Amazon, el 25 de mayo del 2014.

La novela **Hermosa locura**, primer libro de la serie, **Un amor para siempre**, fue publicada en la plataforma de Amazon, el 25 de febrero del 2015.

El segundo libro de la serie **Un amor para siempre, Perdido en tu piel**, se publicó con Amazon, el 24 de agosto del 2015.

En septiembre 14 del 2016, publicó su novela **Tal vez en otra vida**, por la plataforma de Amazon.

En abril 26 del 2017, ocupó el primer puesto en el concurso **Eriginal Books 2017** en la categoría de novela romántica con la novela **Tal vez en otra vida**.

En mayo 4 del 2017 publicó su novela **En un beso la vida**, recibiendo muy buenas reseñas.

En noviembre 22 del 2017 publicó su novela **Giros del destino**, conservándose en el top 100 durante varios meses.

En Abril 28 del 2018 publicó su novela **El camino de la seducción**.

En diciembre del 2018 publicó su novela **Sonata de Amor**.

Todas sus novelas han sido recibidas con entusiasmo y excelentes críticas, por parte del público que las ha leído alrededor del mundo a través del portal de Amazon, ocupando a pocas horas de publicadas los primeros puestos en dicha plataforma y convirtiéndose en Bestsellers por varios meses.

Participa de forma activa en las redes sociales y tiene un blog donde habla de literatura romántica y otros temas.